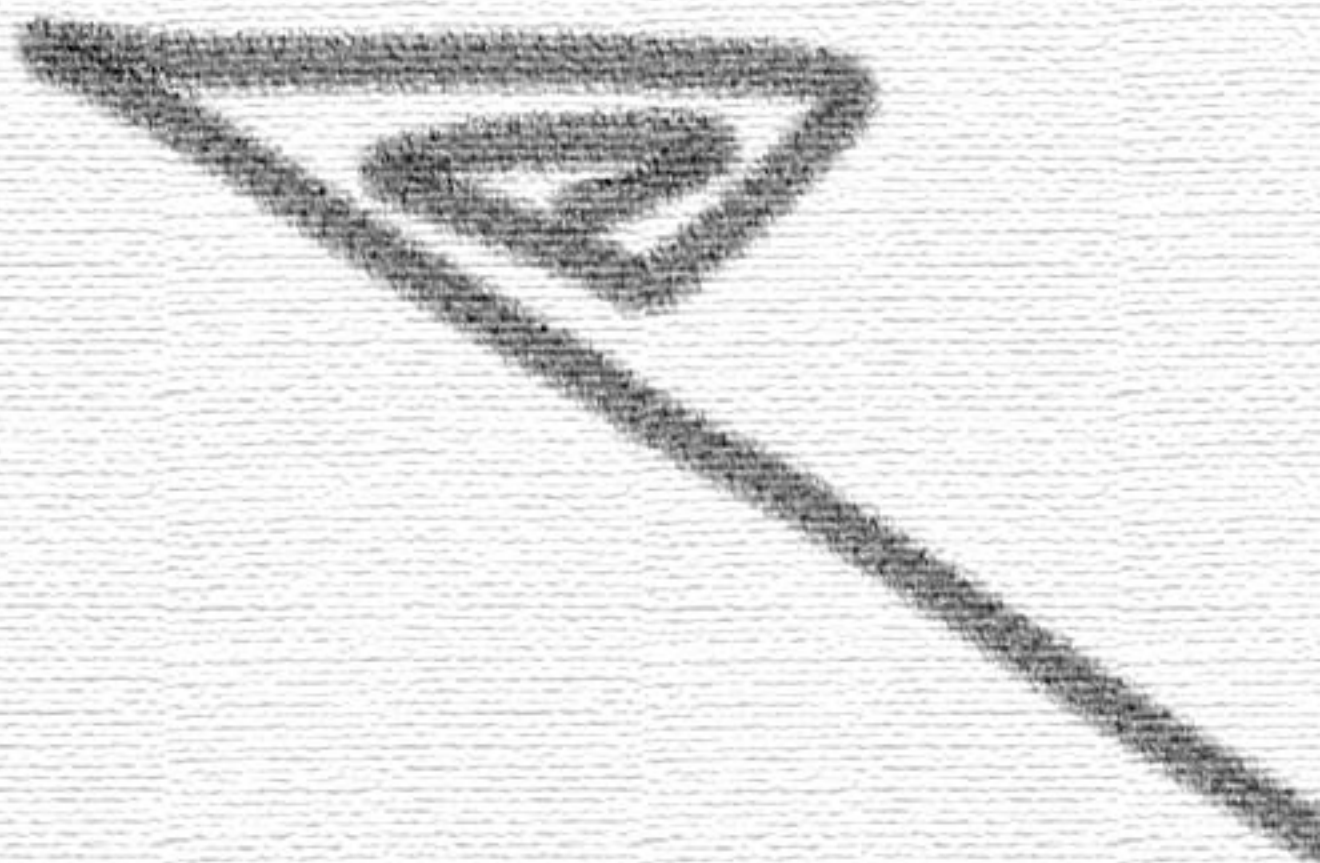


Bakakaï



Witold
Gombrowicz

Bakakai

Witold Gombrowicz

Traducción de Sergio Pitol
Tusquets Editores, Barcelona, 1986

Los cuentos «La virginidad», «El festín de la condesa Kotlubaj» y «Crimen premeditado» se publicaron en un volumen, titulado *La virginidad*, en Tusquets Editores (ínfimos, n.º 18) en 1970. *Bakakai*, que también contiene estos tres cuentos, fue publicado íntegramente en 1972 por Barral Editores.

Titulo original:
Bakakai

La paginación se corresponde con la edición impresa. Se han eliminado las páginas en blanco

Letra e

El banquete

Las sesiones del Consejo... las sesiones secretas del Consejo se desarrollaban en la oscuridad de la sala de los retratos, cuya autoridad multiseular superaba y anulaba hasta la misma autoridad del Gran Consejo. Desde la altura de los antiguos muros, los crepusculares retratos contemplaban, sordos y mudos, los rostros hieráticos de los dignatarios, quienes, a su vez, contemplaban la vetusta y descarnada figura del Gran Canciller y Ministro de Estado. Aquel anciano seco y poderoso habló secamente, como de costumbre, sin intentar de ningún modo ocultar su profunda alegría, invitó a los ministros y viceministros de Estado a solemnizar el histórico momento, poniéndose de pie. En efecto, después de largas y complicadas gestiones, tendrían lugar las nupcias del Rey con la archiduquesa Renata Adelaida Cristina. Renata Adelaida Cristina se hallaba ya en la Corte, y, al día siguiente, durante el banquete real, los prometidos (que hasta el momento sólo se conocían por fotografías) serían presentados... Aquella excelsa unión acrecentaría y multiplicaría hasta el infinito el prestigio y el poder de la Corona. ¡La Corona! ¡La Corona! Sin embargo, una terrible preocupación, una profunda inquietud, peor todavía, un terror manifiesto se mostraba en los rostros expertos e inteligentes de los ministros y de los viceministros de Estado, y algo informulado y dra-

mático se ocultaba entre sus viejos y fatigados labios.

Inmediatamente después de un voto unánime del Consejo, el Canciller abrió el debate, cuya característica principal fue, sin embargo, el silencio, un silencio sordo y mudo. El Ministro del Interior fue el primero en pedir la palabra, pero cuando le fue concedida, comenzó a callar y no hizo sino callar durante todo el tiempo que duró su intervención... después de lo cual volvió a sentarse. Hizo después uso de la palabra el Ministro de la Corte Real, pero también él no hizo sino levantarse y callar todo lo que tenía que decir y volvió a sentarse. A continuación, muchos ministros pidieron la palabra: se levantaban, callaban, volvían a sentarse, mientras el silencio, el obstinado silencio del Consejo, multiplicado por el silencio de los retratos y el silencio de los muros, se hacía cada vez más poderoso. Las velas agonizaban. El inflexible canciller presidía el silencio. Las horas pasaban.

¿Cuál era la razón de ese silencio? Ninguno de los elevados funcionarios allí presentes hubiera podido, ni siquiera osado, formular un pensamiento, un pensamiento que se imponía con fuerza irresistible, y cuya expresión habría constituido ni más ni menos que un delito de lesa majestad. Y era por eso que todos callaban. En efecto, ¿cómo decir que el Rey... que el Rey era... oh, no... nunca, primero la muerte... que el Rey... ¡oh, no, ay, no!... que el Rey era venal? ¡Que el Rey se dejaba sobornar! Impúdica, insaciable, rapazmente, el Rey era venal... pero de una venalidad como la historia no había conocido otra hasta el momento. Sí, venal y corrupto, eso era el Rey. El Rey se vendía y vendía a puñados su propia Majestad.

De pronto, los dos pesados batientes de la puerta esculpida se abrieron con estruendo para dejar pasar

a la persona del Rey. Vestía el uniforme de general de la guardia, con la espada al flanco y un tricornio de gala en la cabeza. Los ministros se inclinaron profundamente ante el monarca, el cual colocó la espada sobre la mesa, se arrellanó en un sillón y contempló a los presentes con mirada astuta.

El Consejo de Ministros se transformó, por efecto mismo de la presencia del Rey, en Consejo de la Corona, y el Consejo de la Corona se preparó a escuchar las declaraciones del Rey. El soberano manifestó en primer lugar su satisfacción ante su próxima boda con la archiduquesa y su confianza absoluta en que su real persona sería capaz de conquistar el amor de la hija del Rey. De ninguna manera dejó de soslayar la gran responsabilidad que pesaba sobre sus hombros... Y mientras decía esas palabras hubo en la voz del Rey algo tan absolutamente venal que el Consejo de la Corona se estremeció en medio del completo silencio que reinaba en la sala.

—No estamos en condiciones de ocultar —dijo el Rey— que para Nosotros la participación en el banquete de mañana constituye una dura prueba... Nos vemos obligados a hacer un serio esfuerzo para que Su Alteza la Archiduquesa reciba la mejor impresión... No obstante, estamos dispuestos a todo por el bien de la Corona, sobre todo si... si... ejem... ejem...

Los reales dedos tamborilearon la mesa, y aquel tamborileo adquirió una significación especial, mientras que la declaración misma del Rey asumía tonos más bien confidenciales. No cabía la sombra de una duda: el corrupto monarca deseaba una gratificación por participar en el banquete. Y, repentinamente, el Rey comenzó a quejarse de que los tiempos eran difíciles, no sabía cómo hacer frente a ciertos compromisos... y se rió... se rió y guiñó con-

fidencialmente un ojo al Canciller... volvió a guiñar el ojo y a reírse, mientras le picaba con un dedo las costillas al anciano.

El anciano observaba al monarca en medio de un silencio profundo, podría uno decir petrificado, mientras éste reía, guiñaba el ojo y le picaba las costillas... y el silencio del anciano iba en aumento con el silencio de los retratos y el silencio de los muros. La risa del Rey se extinguió. En aquel momento el férreo anciano se inclinó ante el Rey e, imitando su gesto, se inclinaron también las cabezas de los ministros y se doblaron las rodillas de los viceministros de Estado. El poder de la reverencia del Consejo fue tremendo por su inesperada aparición en la sala silenciosa. Aquella reverencia golpeó al Rey en el propio pecho, le inmovilizó brazos y piernas, le devolvió la Realeza... al grado de que el pobre Gnulo gimió terriblemente en medio de la sala y trató una vez más de reír... pero la risa volvió a secarse en sus labios... En la inmovilidad de aquel silencio, el Rey se aterrorizó... y su terror fue profundo... pero finalmente logró huir del Consejo y de sí mismo, y su espalda envuelta en el uniforme de gala desapareció en la penumbra de un corredor.

En ese momento se escuchó un grito atroz y vernal:

—¡Ya me la pagaréis! ¡Ya me la pagaréis!

Tan pronto como salió el Rey, el Canciller reabrió los debates y el silencio volvió a reinar en la sala del Gran Consejo. El Canciller, inflexible, presidía aquel silencio. Los ministros se levantaban y se sentaban. Las horas pasaban. ¿Qué hacer? ¿Cómo impedir que el Rey, furioso por no haber logrado la cantidad que deseaba, provocara un escándalo en pleno banquete? ¿Cómo defender al rey Gnulo? ¿Qué impresión produciría aquel miserable rey, infame y vergonzoso, sobre una archiduquesa extran-

jera, hija de emperadores, admitiendo que por un milagro el escándalo pudiera evitarse? Tales eran las dolorosas preguntas que el Consejo no podía formular, que rechazaba y vomitaba en silenciosas convulsiones entre las vetustas paredes del salón. Los ministros se levantaban y se sentaban... Sin embargo, cuando, a eso de las cuatro de la mañana, el Consejo, con voto unánime, ofreció su dimisión, el viejo timonel de la nave del Estado no la aceptó y pronunció las siguientes memorables palabras:

—Señores, es necesario constreñir al Rey en el Rey, encarcelar al Rey en el Rey... Debemos enclaustrar al Rey en el Rey.

Era indudable que la reputación de la Corona sólo podía salvarse de la catástrofe aterrorizando al Rey, llevando hasta sus últimas consecuencias la presión del esplendor, de la magnificencia, del ceremonial y de la Historia. En este espíritu emanaron las directivas del Gran Canciller y por esa misma razón el banquete que tuvo lugar al día siguiente, en la sala de los espejos, revistió todo el esplendor imaginable y rozó, como los golpes de una campana, las esferas sumibles, casi celestiales, de la magnificencia.

La archiduquesa Renata Adelaida Cristina fue introducida en la sala por el Gran Maestro de Ceremonias y Mariscal de la Corte, y tuvo que cerrar los ojos, deslumbrada por la augusta y secular luminosidad de aquel archibanquete. Linajes tan antiguos como la historia se fundían con discreta potencia en el nimbo hierático del clero, y éste a su vez giraba como ebrio en torno al candor de los respetables escotes que se movían con desenvoltura entre las espadas de los generales y los grupos de embajadores... mientras los espejos repetían hasta el infinito aquel esplendor. El murmullo de las conversaciones se dispersaba en la multiplicidad de per-

fumes. Cuando el rey Gnulo apareció en el salón y entrecerró los párpados cegado por el brillo que emanaba aquella atmósfera fue saludado por una gran exclamación de bienvenida... al mismo tiempo que la inclinación de los presentes le impidió la fuga, y el coro de cortesanos a sus espaldas le obligó a dirigir sus pasos hacia la archiduquesa, la cual, arrugando nerviosamente los encajes de su vestido, no podía dar crédito a sus propios ojos. ¿Así que aquél era el Rey, su futuro marido? ¿Aquel hombrecillo vulgar con cara de comerciante y mirada astuta de vendedor ambulante de fruta? Aquel pequeño comerciante, ¿cómo era posible? ¿Podía ser un gran rey aquél que se le acercaba entre dos vallas de genuflexiones? Cuando el Rey le tomó una mano, se estremeció de disgusto, pero en ese mismo instante el estruendo de los cañones y el repique de las campanas extrajeron de su pecho un suspiro de admiración. El Gran Canciller emitió un suspiro de alivio, multiplicado y repetido por los suspiros de todos los demás miembros del Consejo.

Apoyando su mano augusta, metafísica y sagrada en la empuñadura de la espada real, el Rey tendió la mano, poderosa y santificante, a la archiduquesa Renata Adelaida Cristina y la condujo a la mesa del banquete. Les siguieron los invitados, que conducían a sus damas en medio del brillo de sus condecoraciones y espadas.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿De dónde procedía aquel sonido apenas perceptible y, sin embargo, traidor que llegaba a los oídos del Gran Canciller y de los otros miembros del Consejo? Tal vez se trataba de una ilusión auditiva, ¿o era más bien como si alguno de los presentes, sí, como si alguno de los presentes se divirtiera en hacer sonar unas monedas... en hacer sonar en sus bolsillos algunas pequeñas monedas de cobre? ¿Qué ocurría? Con mi-

rada severa y glacial, el histórico anciano recorrió toda la asistencia para posarla en uno de los embajadores. Ni un solo músculo se movió en el rostro de éste, representante de una potencia enemiga que, con expresión de ironía en los delgados labios, daba el brazo a la princesa Bisancia, hija del marqués de Friulo... Pero de nuevo se oyó el sonido traidor, apenas perceptible, pero por todos los conceptos peligroso... Y el presagio de una traición, de una infame e innoble traición, de una conjura que se estuviera tramando en la sombra, se apoderó del ánimo histórico y dramático del Gran Canciller. ¿Se trataría de una conjura? ¿Se trataría de una traición?

El inicio del banquete fue anunciado con toques de trompeta, y su orden inapelable obligó a Gnulo a posar su vulgar trasero al borde del sillón real, y tan pronto como se hubo sentado se sentó toda la asamblea. Se sentaron, se sentaron, se sentaron los ministros, los generales, el clero y la corte. El Rey acercó la real mano al tenedor, lo tomó, y se llevó a la boca el primer bocado de carne y, al mismo tiempo, el Gobierno, la Corte, los generales, los sacerdotes se llevaron a la boca el primer bocado, mientras los espejos repetían hasta el infinito ese gesto. Atemorizado, Gnulo dejó de comer... pero entonces toda la Asamblea dejó de comer, y el acto de no comer se volvió aún más poderoso que el de comer... Para interrumpir cuanto antes esa situación, Gnulo se acercó a los labios una copa de vino... e inmediatamente todos levantaron las copas en un brindis estruendoso y mil veces repetido, en un brindis que explotó y permaneció suspendido en el aire... al que Gnulo respondió dejando su copa en el mantel. También los otros bajaron las copas. El Rey entonces volvió a tomar la copa. Y hubo otro brindis estruendoso. Gnulo dejó en la mesa la copa, pero, al ver que todos dejaban las copas, vol-

vio a levantar la suya... y, una vez más, la Asamblea, elevando la copa, elevó hasta las nubes la dignidad del Rey entre el estruendo de las trompetas, el esplendor de los candelabros, los reflejos de los antiguos espejos. El Rey, aterrorizado, bebió otro sorbo.

El sonido traidor... el tintineo ligero, apenas perceptible, característico de las monedas en el bolsillo... llegó una vez más a los oídos del Gran Canciller y de los miembros del Consejo. El ilustre anciano posó nuevamente su mirada inmóvil y escrutadora sobre el rostro convencional del embajador de la potencia enemiga... y una vez más, y con mayor fuerza aún, se oyó el sonido traidor. Era evidente que alguien quería comprometer al Rey y desprestigiar el banquete, que alguien trataba así de instigar la patológica avidez del monarca. El tintineo traidor volvió a oírse, y con tal claridad que también lo oyó Gnulo... la serpiente de la rapacidad apareció en su rostro vulgar de mercachifle.

¡Infamia! ¡Horror! El ánimo del Rey se obstinaba de tal manera en su mezquindad, era de tal modo bellaco y trivial que no se dejaba tentar por las grandes sumas, sino por las pequeñas; la calderilla podía conducirlo hasta el fondo del Averno: ¡Oh, monstruosa paradoja, no era tanto la corrupción la que corroía al Rey, como las propinas! Sí, las propinas ejercían sobre él la misma fascinación irresistible que un hermoso hueso sobre un perro. Toda la sala se paralizó a la espera. Una vez oído aquel sonido tan dulce como tan conocido, el rey Gnulo dejó la copa y, olvidando de golpe todo lo que le rodeaba, en su ilimitada imbecilidad, se relamió suavemente... ¡Suavemente! Eso fue lo que a él le pareció. El que el Rey se relamiera sentó como una bomba a los comensales rojos de vergüenza.

La archiduquesa Renata Adelaida emitió un so-

focado gemido de repulsión. La mirada de los miembros del Gobierno, de la Corte, de los generales y de los sacerdotes se dirigió hacia la figura del anciano, quien desde hacía muchos años conducía con sus manos yertas el timón del Estado. ¿Qué hacer? ¿Cómo comportarse?

Entonces vieron salir heroica, lentamente, de los pálidos labios de aquel hombre notable una vieja y estrecha lengua. El Canciller se había lamido los labios. ¡Se había relamido el Canciller del Reino!

Por un instante el Consejo luchó contra el desmayo, pero al final aparecieron las lenguas de los ministros, y después de ellas las de los obispos, las lenguas de las condesas, las de las marquesas... y todos se relamieron de un extremo al otro de la mesa, en medio del misterioso esplendor de los cristales. Los espejos repitieron ese acto hasta el infinito, bañándolo de reflejos glaciales.

El Rey, enfurecido al ver que nada le estaba permitido, ya que todo lo que hacía era de inmediato imitado, empujó violentamente la mesa y se levantó. Pero también se levantó el Gran Canciller y, tras el Gran Canciller, se levantaron todos los demás.

El Gran Canciller, en efecto, no tenía ya ninguna duda tras tomar la decisión cuya increíble audacia pulverizó todas las conveniencias sociales. Al comprender que no podría ocultar a Renata Adelaida Cristina la verdadera naturaleza del Rey, el Gran Canciller decidió lanzar abiertamente a todos los invitados al banquete en una lucha por la salvación de la Corona. No quedaba otro remedio... los invitados debían repetir inexorablemente no sólo aquellos actos del Rey que se prestaran a la emulación, sino *precisamente todos los que no admitían imitación*. Sólo de esa manera podían convertir sus gestos en archigestos, y esa violencia sobre la persona del Rey se convirtió en algo necesario e indispensable. Por

la misma razón, cuando el enfurecido Gnulo golpeó la mesa con el puño, rompiendo dos platos, el Canciller, sin la más mínima duda, rompió dos platos y todos los demás rompieron dos platos como si se tratara de honrar a Dios. ¡Y sonaron las trompetas! ¡Los invitados estaban a punto de ganar al Rey! El Rey, encadenado, volvió a dejarse caer en la silla y permaneció en ella en silencio, mientras los invitados permanecían a la expectativa de cualquier gesto suyo. Algo increíble, algo fantástico nacía y moría entre las exhalaciones de esa intensa convivencia.

El Rey se puso de pie. Todos los invitados se pusieron de pie. El Rey dio unos pasos, los comensales también. El Rey comenzó a deambular, los comensales comenzaron a deambular. Y, en aquel deambular, en ese caminar monótono e interminable, se alcanzaron alturas tan grandiosas del archideambular que Gnulo, repentinamente mareado, lanzó un alarido y, con los ojos inyectados de sangre, se derrumbó sobre la archiduquesa y, sin saber qué hacer, comenzó a estrangularla lentamente ante la Corte entera.

Sin dudarle un instante, el timonel del Estado se dejó caer sobre la primera dama que encontró a mano y comenzó a estrangularla. Los otros invitados siguieron su ejemplo. Y el archiestrangulamiento repetido por multitud de espejos se liberaba de todos los infinitos y crecía, crecía, crecía... hasta que la estrangulación cesó... ¡Y de esa manera el banquete rompió los últimos lazos que lo unían con el mundo normal y se liberaba de cualquier control humano!

La archiduquesa cayó al suelo... muerta. Cayeron también muchas damas estranguladas. La inmovilidad, una horrorosa inmovilidad multiplicada por los espejos, absolutamente silenciosa, comenzó a crecer y a crecer...

Crecía. Crecía sin tregua y se multiplicaba en los

océanos de la quietud, entre las inmensidades del silencio, y reinaba, la archiinmovilidad en persona, la quintaesencia de lo inmóvil que, al descender a la Tierra, se imponía y reinaba...

Fue entonces cuando el Rey se dio a la fuga.

Gesticulando, presa de un pánico indecible, con las dos manos en el culo, el Rey comenzó a huir, corrió hacia la puerta, con la obsesión de dejar tras de sí, muy atrás, todo aquel archirreino. Los invitados advirtieron que el Rey, su Rey, escapaba... ¡Un instante más, y el Rey habría huido! Observaban todo lo que estaba ocurriendo con estupefacción, pues ellos no tenían derecho a detener a un rey... al Rey. ¿Quién podía atreverse a hacer uso de la fuerza para detener al Rey?

—¡Sigámosle! —gritó el anciano—. ¡Sigámosle!
¡Tras él!

El aire frío de la noche golpeó las mejillas de los dignatarios, mientras corrían por la explanada del castillo. El Rey huía por la carretera, le seguía muy cerca el Gran Canciller, y todos los invitados corrían a sus talones. Y entonces el archigenio de aquel estadista se reveló una vez más en todo su archipoder... en efecto, LA IGNOMINIOSA HUIDA DEL REY SE TRANSFORMO EN UNA CARGA DE INFANTERÍA, y ya no se sabía si EL REY HUÍA, o si EL REY DIRIGÍA EL ASALTO. ¡Oh, las aladas colas de los embajadores, las túnicas violeta o escarlata de los prelados, las chaquetas negras de los ministros, las ropas de etiqueta de los grandes señores, oh, qué galope, qué archigalope de tantos dignatarios! Los ojos de la plebe jamás habían visto nada semejante. ¡Los magnates, los latifundistas, los descendientes de las estirpes más gloriosas galopaban junto a los oficiales del Estado Mayor, cuyo galope se unía al de los ministros todopoderosos, al de los mariscales y chambelanes, y al galope desenfrenado

de algunas grandes damas de la Corte! ¡Oh, qué carrera, qué archicarrera de mariscales, de chambelanes, la carrera de los ministros, el galope de los embajadores en medio de la noche tenebrosa, bajo las luces de las lámparas, bajo la bóveda del cielo! Los cañones del castillo dispararon. ¡Y el Rey se lanzó a la carga!

Y archicargando a la cabeza de su archiescudrón, el archirrey archicargó en las tinieblas de la noche.

1946

La rata

En aquella región rica y sedentaria sembraba el terror un malhechor, un bandido tristemente conocido por el nombre de Huligan. Había nacido en pleno campo, en medio de la gran llanura, y había crecido en los bosques, los montes, los valles y los campos; jamás había dormido en un recinto cerrado, lo cual terminó por dotarlo de una naturaleza especialmente robusta y abierta, y de un alma también espaciosa, sin hablar de su carácter exuberante. Sí, se trataba de una naturaleza abierta que no admitía restricciones de ninguna especie, lo único que admitía eran gestos amplios. Huligan, el bandido, odiaba todo lo que fuera estrecho, pequeño o restringido, como, por ejemplo, los ladrones de carteras y, si tenía que elegir entre pellizcar a alguien o despacharlo al otro mundo con un golpe violento, le asestaba el golpe... y seguía caminando con paso pesado y amplio campo a través, cantando a pleno pulmón.

Cuando él pasaba, todos se hacían a un lado. Y si alguien no tenía tiempo para hacerlo, el bandido Huligan le pegaba un puñetazo en pleno rostro, o bien lo enviaba por los aires, o sencillamente le asestaba un mazazo en la cabeza, luego hacía a un lado el cadáver de la víctima y seguía su camino. Jamás de los jamases se le pudo atribuir un asesinato vil o hecho a traición; todos sus asesinatos eran

de noble catadura, llenos de pompa y grandeza, y siempre los realizaba al sonido de su tonada preferida: «¡Ay, María, María, Mariíta mía!»... En efecto, amaba a esa María más que a nadie en el mundo, la amaba estruendosamente, con amplios gestos, entre bailes, saltos y vodka en abundancia...

Tenía la naturaleza más amplia que fuese posible imaginar. No concebía el silencio... y menos aún la falta de lenguaje, esa falta de lenguaje que constituye tal vez la principal y la más pérfida característica de los hombres de nuestro tiempo... Hasta cuando dormía lo hacía con la boca abierta, roncaba y sus ronquidos llenaban los valles. Odiaba los gatos; cuando veía uno podía perseguirlo durante diez o hasta veinte kilómetros; en cuanto a las mujeres, las tomaba a manos llenas, gritando: «¡Hija de perra, hija de perra!», o bien: «¡Bueno, aquí, arriba, abajo, afuera!». De igual manera abrazaba a su adorada María. Sin embargo, a veces ocurría que la nostalgia le pesaba, y entonces toda la región se llenaba de sus lamentos sonoros y lánguidos, coloreados de una lúgubre melancolía, y se oían los ayes y los suspiros del bandido dirigidos a la luna, implorantes, marciales, con un deje cosaco o moldavo, o mejor aún valaco, entre agreste y rupestre, un poco perruno: «¡Ay, ay!», cantaba, «¡ay, vida mía! ¡Vida mía! ¡Ay, María, Mariíta mía!». Desesperados, los perros ladraban dentro de los corrales, o aullaban sorda, tétricamente. Su aullido contagiaba al final hasta a los hombres. Y toda la región aullaba con nostalgia, sorda y oscuramente, a la pálida luna que iluminaba el mundo. «¡Ay, María, vida mía! ¡Ay, qué vida la mía!»

Los cantos de sus hazañas se multiplicaban y rodeaban con una aureola la figura del bandido. Poco a poco comenzó a ser leyenda, y, por consiguiente, se compusieron canciones en su honor, cantos cam-

pesinos de gran aliento o fragorosos y viriles cantos marciales, todos con el estribillo: «¡Ay, ay, ay, vida mía!»... Los cantos se multiplicaban y con ellos las escaramuzas y los delitos. Cerca de allí vivía, en una villa solitaria y arruinada, un tal Ekorabkowski, soltero encallecido, ex-juez, que detestaba la fantasía exuberante de la región. Con el más estricto secreto visitaba continuamente a las autoridades locales y se quejaba:

—No comprendo cómo pueden tolerar ustedes esta situación... Asesinatos en pleno día... Excesos, destrucción... Escándalos en las tabernas, orgías. Y, sobre todo, esos cantos, ¡ah, esos gritos, ese eterno lamento, ese aullido... y esa María, esa María!

—Pero, amigo mío, ¿qué quiere usted que hagamos? —decía el comisario de policía, un hombre obeso—. ¿Qué quiere usted? Las autoridades son impotentes —repetía, mientras miraba por la ventana abierta la inmensidad de la llanura, en la que despuntaba allí y allá algún árbol solitario—. La población le quiere, le protege.

—¿Cómo es posible que le proteja? —exclamó finalmente con impaciencia el ex-juez y bajo sus párpados semicerrados hizo vagar la mirada por la llanura, a varios kilómetros, hasta las dunas arenosas de Mala Wola, como para hacerla volver bajo sus párpados—. Tienen hasta temor de salir de casa. Él los mata.

—Los mata, pero sólo a algunos... —murmuró el comandante sobre el fondo de la ilimitada llanura—, los otros contemplan la escena... ¿me entiende usted? Para ellos asistir a todo un asesinato es un placer... Sí, señor —murmuró aún, y fingió no ver que del próximo bosquecillo volaba hacia las alturas un cadáver inmediatamente seguido por un grito magnífico, como si millares de bisontes hollaran los campos sembrados y los prados.

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte. El comandante de policía cerró la ventana.

—Si no tienen ustedes intención de detenerle, lo haré yo —dijo casi para sí mismo el juez jubilado—. Lo detendré yo y lo meteré en una jaula. Lo encerraré y reduciré su amplia naturaleza. La reduciré meticulosamente.

El comandante no hizo más que suspirar.

—¡Magnífico, magnífico!

Skorabkowski volvió a su villa arruinada y, mientras vagaba por las habitaciones vacías con una bata de color tabaco echada sobre los hombros, comenzó a preparar sus planes para capturar al bandido. El odio del avaro hacia el bandido crecía desmesuradamente. Capturarlo, aprisionarlo, obligarlo a permanecer en silencio se convirtió en una imperiosa necesidad de su espíritu estrecho. Al final, decidió emplear para capturar a su víctima la infernal rectitud del bandido, quien recorría siempre el camino más corto y directo cada vez que se dirigía a algún lugar, y, todavía más, su creciente e ilimitada arrogancia. En efecto, el bandido se había vuelto de tal modo prepotente que se había acostumbrado a que todo el mundo huyera de él, y consideraba una afrenta personal y un desafío si alguien, en vez de huir, se quedaba quieto allí. Skorabkowski ordenó que su propio mayordomo, Ksawery, se colocara bajo un árbol de la colina... Cuando el viejo servidor obedeció la orden, su patrón le encadenó rápidamente al tronco del árbol. Después, excavó con sus propias manos un agujero a los pies del mayordomo, puso en el fondo del agujero una trampa de hierro y regresó rápidamente a su casa. Llegó el crepúsculo. El viejo Ksawery se había estado riendo todo el tiempo de la broma inventada por el «joven señor», pero, cuando la luna surgió en el firmamento e iluminó toda la región hasta los bosques

que trazaban el horizonte, el sirviente comenzó lentamente a comprender el motivo de su encadenamiento... Skorabkowski lo había expuesto cruelmente a la merced del espacio nocturno. Los perros aullaron... en tanto que desde los brezos se oía el nostálgico lamento del bandido, y era igual que oír lamentarse a la estepa. Poco rato después oyó el tremendo grito: «¡Ay, María, María, Mariíta, mía!», que rodaba a través de la noche, nostálgico y vehemente, ebrio e ilimitado, se diría que enteramente desenfrenado. El primero en aullar fue el bandido; sin piedad, salvajemente, sin temor ni freno alguno, desahogaba libremente su alma; le siguieron los perros... y luego los hombres, que aullaron tímidos y amedrentados desde las ventanucas de sus casas.

—¡Señor! —quería gritar Ksawery—. ¡Señor! —pero no se atrevía a gritar para no atraer la atención del bandido...

Sus susurros aterrorizados no llegaban a Skarabkowski, quien desde un balcón seguía atentamente el desarrollo de los acontecimientos. El lacayo maldecía su suerte, esa suerte que hace que jamás podamos desaparecer... que, aun en contra de nuestra voluntad, sin que nuestro cuerpo lo desee, alguien pueda exponernos a la vista de todos y hacer de nosotros algo que sobrepasa nuestra capacidad. El viejo sirviente maldecía la *visibilidad* del cuerpo, la visibilidad independiente de la voluntad. El bandido se había levantado, dejaba su lecho, y el viejo Ksawery —quisiéralo o no— debía ofrecerse a sus ojos, cosquillear sus pupilas... y a través del nervio óptico penetrar en su cerebro... Y hete ahí que Huligan a grandes pasos se dirige hacia Ksawery para romperle la mandíbula, destrozarle la nariz y el pecho, despedazarle el cuerpo visibilísimo a la luz de la luna. ¡Ahhh! Pero helo también ahí caído y atenazado por la trampa que colocó Skorabkowski... El ex-juez

llegó a la carrera, y después de varias horas de intenso trabajo, logró finalmente transportar el macizo cuerpo del energúmeno a los sótanos de su vieja casona.

¡Al fin tenía a Huligan en su poder! De modo que el bandido estaba encerrado en una estrecha celda, reducido por cuatro paredes, empaquetado, clavado al muro, a su merced. El ex-juez se frotó las manos y sonrió con sorna, después de lo cual, y durante toda la noche, pensó en las torturas que debía emplear. En ningún momento había tenido la intención de liquidar al malhechor. Estrecho de mente como era, estrictamente formalista, quería restringir y coartar la libertad de su víctima; su muerte no le produciría ninguna satisfacción, sólo la cautividad podía producirle placer. El anciano no tenía prisa, durante los primeros días se regocijaba sólo con la idea de que Huligan estuviese abajo, en los sótanos, y de que fuera incapaz, ya que lo tenía debidamente amordazado, de aullar y de provocar el menor escándalo. Sólo cuando se convenció de que el estrepitoso bandido no gritaría, de que había quedado reducido al *silencio*, sólo entonces el ex-juez Skorabkowski tuvo el valor de bajar al sótano e iniciar en el más completo silencio las prácticas con las que se proponía reducir y disminuir al gigante. ¡Qué silencio! El poder de ese silencio subía desde el sótano y se transformaba en un pilar de la casa. Y durante semanas, durante meses enteros, reinó en la región un gran silencio, el silencio del grito reprimido, no emitido, asfixiado...

Todas las noches, a eso de las siete, Skorabkowski bajaba a la celda de tortura, vistiendo su vieja bata color tabaco, y llevando consigo palos y alambres. Todas las noches el mezquino juez trabajaba alrededor del bandido mudo, con la frente perlada de gruesas gotas de sudor y en completo si-

lencio. Subrepticamente se le acercaba y comenzaba a cosquillearle la planta del pie, largo rato, para estimular una risa nerviosa, luego construía pequeños cepos con los palos, restringía su visibilidad con trozos de madera, le clavaba agujas en el cuerpo, le ponía frente a los ojos arvejas, guisantes, nabos... Pero el bandido sufría esas vejaciones en silencio. Y su silencio crecía, corría, se engrandecía en las tinieblas, volviéndose digno de sus hazañas de armas más gloriosas... En vano trataba el ex-juez de vencer ese silencio amplio con su propia y silenciosa mezquindad... ¡Y de esa manera el odio iba llenando los sótanos! ¿Qué era, a fin de cuentas, lo que se proponía Skorabkowski? Pensaba que podía transformar la naturaleza del bandido, transformar su voz, reducir su amplia carcajada en miserable risita, transformar el grito en murmullo, reducir toda su figura, en pocas palabras, pensaba poder volverlo igual a sí mismo, al ex-juez Skorabkowski. Con la meticulosidad de un ratón de biblioteca, buscaba un punto flaco en el bandido, lo sometía a tremendos estudios específicos, para hallar ese punto *minoris resistentiae*, ese punto débil por medio del cual podía finalmente rehacer al bandido a su propia imagen. Pero el otro, sin jamás descubrir sus puntos flacos, se confinaba en silencio.

A veces, al cabo de esfuerzos tan reiterados como meticulosos, el viejo caballero creía haber logrado cierta restricción. Pero, desdichadamente cada semana se presentaba el momento de enfrentarse a la verdad. Instante fatídico al que el avaro temía más que cualquier otra cosa en el mundo. Cada semana, en efecto, debía quitar la mordaza de la boca del bandido para poder alimentarlo... ¡Oh, con cuánto terror mortal, después de haberse tapado con algodones, ponía frente al abatido malhechor una escudilla de alimentos y con un único gesto le qui-

taba la mordaza! Tenía la ilusión de haber logrado enmudecer al malhechor y esperaba que finalmente en esa ocasión Huligan no explotara... Pero todas las veces, el desamordazado malhechor explotaba en una orgía infernal de interjecciones, insultos y gritos: «¡Hijo de perra! ¡Hijo de perra!», exclamaba. «¡Fuera de aquí, carroña, fuera! ¡Te destrozaré, te mataré!... ¡Yo, Huligan, voy a hacerte picadillo! ¡Maldito hijo de puta, maldito seas mil veces! ¡Te haré trizas!», aullaba: «¡María! ¡María!, ¿dónde estás, María? ¡Ay, mi María!». Llenaba el sótano con sus aullidos y los esparcía por toda la región, se exaltaba, cantaba, deliraba su alma, mientras su verdugo, pálido como un cirio, avaro y estrecho, le metía el alimento en las fauces abiertas... Y él, entre un bocado y otro, continuaba aullando. La población de las aldeas se pasaba la voz:

—¡Es Huligan quien grita! ¡Huligan sigue gritando!

Después de semejantes sesiones, el ex-juez volvía extenuado a sus habitaciones y seguía buscando, buscando tenazmente, el punto *minoris resistentiae*.

Y finalmente lo encontró.

Fue la rata.

¡Cosa extraña, la rata!...

En una ocasión, por casualidad, una rata penetró en la celda de torturas, corrió hacia la pared y en ese momento el malhechor, hasta entonces indómito, se contrajo.

Skorabkowski le quitó inmediatamente la mordaza. Pero el bandido, a pesar de tener la boca libre, lejos de estallar en improperios, permaneció en silencio, siguiendo con la mirada los movimientos de la rata. Un gran asco y una sensación de miedo le paralizaron. Cuando la rata se acercó a sus pies, sujetos en el cepo, el gigante emitió una especie de risa nerviosa, una octava más alta que de costumbre.

¡Finalmente! ¡Finalmente! ¡Cómo darle gracias al Señor! ¡Había que arrodillarse ante aquella gracia inaudita! ¡Así que finalmente encontraba el remedio! El ex-juez no lograba contener las lágrimas. El orden impenetrable de la Naturaleza establece en efecto que aun el hombre más fuerte tiene en este mundo una sola cosa que le está destinada y que es más fuerte que él, que está por encima de él y que él no soporta. Hay quienes no soportan las caléndulas, quienes detestan el hígado de ternera, quienes son alérgicos a las fresas, pero lo más sorprendente de todo resultaba que el bandido, que no se había conmovido ante las torturas del garrote, ni de las agujas, ni de ninguno de los mil y un tormentos destinados a él, el hombre que parecía ser más fuerte que todas las cosas tenía miedo de una rata. No resistía las ratas. Era más débil que la rata. Sólo Dios podía saber por qué. Tal vez porque el malhechor que mataba a los hombres como si fueran insectos tenía miedo de matar una rata, temía la muerte ratuna, le producía más asco que cualquier otra cosa en el mundo, la muerte ratuna constituía para él un oprobio ilimitado y en consecuencia no habría podido infligirla, y ninguna otra muerte —la del cerdo, del cordero, del hombre, del jabalí, de la gallina, de la rana— hubiera podido ser para él ni la milésima parte más horrible, repelente, espasmódica, crispante, gelatinosa o flatulenta que la muerte de una rata. Y he ahí por qué aquel tremendo malhechor se encontró inerme frente al pequeño roedor... Esa era para él la única muerte inaccesible, imposible. A la vista de una rata, él se crispaba, se encogía, se disminuía visiblemente, se reducía, temblaba y vibraba. ¡Finalmente!

El viejo ex-juez Skorabkowski se convirtió finalmente en el amo de Huligan.

Y a partir de entonces, sin la menor piedad, le propinó ratas.

Le acercaba la rata atada con una cuerda, se la acercaba subrepticamente, se la pasaba por abajo y por encima, o bien, por un instante, la hacía entrar en los pantalones mientras el gigante crispaba la voz hasta alcanzar los timbres más agudos, o quedaba reducido a la inmovilidad cuando la rata saltaba y corría sobre su cuerpo cada vez más reducido. ¡Ya no era necesaria la mordaza! El malhechor había dejado de aullar y de proferir insultos; transcurrieron semanas y luego meses, mientras el viejo mayordomo Ksawery, cuya labor consistía en iluminar a la rata con una vela, gemía y rogaba en lo más hondo de su corazón... Con los pelos de punta, con el corazón en un puño, el viejo camarero le suplicaba piedad a la rata, maldecía su absoluta crueldad, maldecía los espantosos e inapelables lazos que existen en la naturaleza, maldecía la ilimitada falta de misericordia. «¡Maldita sea la rata y el amo y esta casa y la naturaleza del bandido y la naturaleza del juez y la naturaleza de la rata, malditas sean todas las naturalezas y maldita mil veces la Naturaleza!» Entretanto transcurrían los años. El suplicio se volvía cada vez peor, cada vez más tenso. Skorabkowski hacía cada vez más uso de la rata, y la tensión crecía, crecía.

Y siempre, la rata.

Ininterrumpidamente, la rata.

Solamente, la rata.

La rata, la rata, la rata...

Finalmente Ksawery, ya al extremo de la tensión, bajó la cabeza y corrió detrás de la rata, que acababa de romper el cordón y huía hacia una grieta. En ese momento, el sirviente perdió los estribos y se enfrentó al juez con la cabeza baja.

También Skorabkowski, tenso hasta un grado insoportable, perdió los estribos y agachó la cabeza...

Y embistió contra Ksawery. Se oyó un estruendo tremendo en el sótano, y los cerebros volaron en todas las direcciones. ¡Ah, el resultado fue que el malhechor Huligan se halló libre después de once años y cuatro meses de cautividad, y que sus minuciosos celadores yacían a su lado sin vida! ¡Y que la rata había desaparecido! El bandido tragó saliva, pensó que había llegado el momento de marcharse y, después de complicados movimientos, logró liberarse. Hacia el amanecer estaba ya libre de los cepos, salió por una puerta que daba a una pequeña terraza cubierta de hiedra y corrió hacia la libertad... El hombre, en otra época gigantesco, ya para entonces bastante disminuido. De la terraza saltó al prado, atravesó los jardines y caminó junto a un arroyuelo, mientras el sol surgía en el horizonte. Un pastor gritó a lo lejos:

—¡Vaca! ¡Arre, vaca!

Inmediatamente, Huligan se ocultó tras unos arbustos. ¡Ah, con cuánto gusto se hubiese metido en cualquier agujero, en cualquier grieta, en cualquier fisura, en cualquier escondrijo! Se hubiera metido hasta en un tubo para ocultar su espalda y el resto del cuerpo. El malhechor observaba la tierra bajo sus pies. Una ligera brisa le refrescó, pero él no la saboreó, no la aspiró ni la inhaló... sólo observaba con atención y prudencia qué sucedía a su alrededor. Un único pensamiento le obsesionaba: ¿qué había ocurrido con la rata? ¿Dónde se habría metido la rata que Ksawery había seguido hasta una grieta en el sótano?

Pero la rata no aparecía.

Sin embargo, Huligan no separaba la mirada de la tierra. Había conocido demasiado bien el aspecto horroroso de la rata, el ilimitado horror ratuno le

había angustiado hasta tal punto que la sola ausencia de la rata era más importante que los sonidos más dulces y que todas las brisas del mundo... No, el resto no era sino decoración, sólo la presencia o la ausencia de la rata contaban. El oído del bandido era empleado para captar el rumor más ligero, semejante al que hace una rata, mientras su mirada erraba en busca de formas semejantes a las de una rata, y ya le parecía haber, sí, sí, sí, ahí, descubierto algo... sí, sí, ya adivinaba... ya oía y distinguía aquel frufú, zig, zag, trac, trac...

Pero la rata no aparecía...

No obstante, parecía imposible que el roedor durante tantos años unido a su persona por relaciones tan estrechas y tan espantosamente profundas, fundido con su persona por el martirio, unido a su persona más de lo que animal alguno hubiera podido estarlo a un hombre... pues bien, parecía imposible (era necesario tomar en consideración el ciego amor que une a ciertos animales con el hombre) que el roedor hubiera podido separarse de él, desaparecer y renunciar a él, así de buenas a primeras...

Pero la rata no aparecía.

Algo extrañamente oblongo se deslizó a lo largo de una mancha de sol y desapareció.

¿Sería tal vez la rata?

El malhechor escrutaba y buscaba con la mirada, no del todo convencido, pero de nuevo volvió a oír un crujido entre las hojas secas.

¿Sería tal vez la rata?

¡No cabía duda!... ¡Debía ser la rata!

¡Da un paso y otro paso y otro paso
la rata fiel!

¡Paso tras paso, paso tras paso
la rata fiel!

Huligan se precipitó hacia un árbol y trató de ocultarse en el hueco del tronco, mientras la rata se deslizaba hacia la maleza, y permaneció allí al acecho. La cavidad del tronco no constituía un refugio suficientemente seguro, el imprevisible roedor, cegado por la luz del día, salido de las tinieblas del sótano, hubiera podido deslizarse hacia sus pies, meterse entre sus pantalones. Sin embargo, eso no ocurría: la rata, a la luz, aterrorizada, puesta en evidencia, buscaba espasmódicamente un refugio, algo familiar, ¿y qué podía serle más familiar que los pantalones de Huligan? ¿A qué orificio podía estar más acostumbrada? Y el bandido debió de comprobar que todas las aberturas y todos los agujeros que él mismo constituía, todos los pliegues y escondites que, quisiéralo o no, poseía en su propio cuerpo y en su traje eran deseados por la rata, representaban para ella un refugio. Saltó, pues, fuera del tronco e, impulsado por el terror, se dio a la fuga, sin meta fija, a ciegas, mientras a sus talones (estaba casi seguro) se deslizaba la rata. ¡Oh, poder encontrar un agujero, una grieta, un escondite, cubrirse las espaldas, ocultar las piernas, enmascararse por todas partes, volver inaccesibles aquellos agujeros, aquellas cavidades, aquellas atractivas fisuras de su cuerpo! El bandido, salido del subsuelo, galopaba, corría desbocado por los prados, los bosques, los valles, las colinas, los campos y cañadas, y, tras él (estaba casi seguro), galopaba la rata. Con las fuerzas casi agotadas, el malhechor llegó a un escondite, el primero que pudo encontrar y, más muerto que vivo, escondiendo las propias cavidades, se tendió en la paja. Sólo unos minutos más tarde, casi enloquecido por el terror, se dio cuenta de que el hueco en que se había metido se hallaba junto a las paredes de madera de una cabaña, que se había escondido en un establo o en una barraca cualquiera.

En el momento menos pensado podía saltar la rata de aquella paja y metérsele bajo la axila, o bien, en los pliegues de la camisa, por lo que se ovilló y comenzó a observar. Pero ¿qué era aquello? ¿Soñaba o se trataba de algo real? «¿Dónde estoy?», se dijo. «¡Ah, conozco esta cabaña! ¿Quién duerme tras aquella pared sino ella? ¡Ay, María, mi María! ¡Aquí duerme María, reposa María, respira María, ay, ay, ay, María, Mariíta mía!». Encogido hasta las vísceras, lleno de la rata, fijó en ella la mirada y sus ojos no podían creerlo, era realmente ella... La muchacha yacía dormida con la boca abierta, y Huligan se puso en pie, y, sí, sí, quería cantar, hacer escándalo como en otra época... como entonces. «¡María, María, Mariíta mía!»

Cuando de pronto apareció una rata.

Una rata gorda y opulenta se asomó por debajo de un haz de leña, avanzó prudentemente y comenzó a remolonear cerca de la falda de María.

De manera que de nuevo aparecía la rata.

La rata, al lado de María.

Aquella vez no se trataba de una ilusión, sino de una rata indiscutible, palpable, que saltaba a cuatro pasos de él. El bandido quedó petrificado. Probablemente se trataba de otro roedor... no la rata de la tortura, sino otra... pero las ratas se parecen de tal manera entre sí que el torturado no podía tener la absoluta certeza. No estaba del todo seguro de que tantos años de tan dolorosa convivencia con uno de aquellos animales no hubiera dejado en él algo que resultara atractivo para toda la raza ratuna. Temía sobre todo que, asustado como estaba, pudiera saltar sobre la rata, y que, entonces, la rata, asustada a su vez, pudiera saltar sobre él... No, Dios mío, era necesario echar mano de toda la prudencia posible, era necesario manifestar la propia presencia con circunspección, asustar apenas a la rata, hacerla

volver a su madriguera. ¡Dios mío! Era necesario evitar cualquier violencia, no dejarse ganar por el pánico, no caer en la inconsciente irresponsabilidad del salto, manifestaciones típicas de esos animales de las crepitantes tinieblas, provistos de interminables colas. El bandido descubrió el lugar donde, según todas las probabilidades, se encontraba la madriguera de la rata, y se preparaba delicadamente a realizar las maniobras que hicieran volver a ella al animal, en un silencio casi absoluto, con un imperceptible ruido o, como mucho, aclarándose ligeramente la garganta, cuando de pronto... algo atrajo a la rata hasta abajo de la rodilla derecha de la joven... y Huligan de nuevo quedó paralizado... La rata la había tocado, lo ratuno atentaba contra su chica, contra María... ¡su María!

Y aquella aproximación, aquel contacto de la rata con María superó todo el horror e hizo que el bandido... aullara. Aulló como en el pasado, con toda la fuerza de sus pulmones, aulló para despertar al mundo entero, aulló con su antiguo aullido irrefrenable y se lanzó aullando contra la rata. Ya no tenía miedo, saltó en medio de un aullido, un aullido tan espantoso, tan impenetrable que la rata jamás habría podido abrirse paso a través de aquel clamor para llegar a sus pantalones. No le importaba ya cortar la retirada de la rata hacia su agujero, así que la atacó de frente. ¡Ah, la ofensiva frontal de Huligan! ¡Ay, aquella retirada repentina, aquellos saltos en zigzag, aquel moverse de un lado para otro, zigzag, trie, trac, zambomba! ¡Pafff! La convicción del bandido de que la rata no se le escaparía fue fulminante, la tenía ya en un puño, la mataría porque ya estaba acorralada. Y fue entonces cuando... Pero... ¿me será posible continuar este relato? ¿Serán mis labios capaces de expresar lo que ocurrió?... En verdad fue algo terrible. Oh, me

temo que voy a decirlo ya que no existen límites para el horror, es más, existe cierta carencia de límites para lo Despiadado, cuando el horror comienza a acumularse y entonces su acumulación se acumula... se acumula acumulándose sin límites, sin fin, incesantemente, creciendo por encima de sí mismo, de un modo mecánico. Oh, sí, me temo que mis labios van a narrar cómo la rata... cómo la rata cegada por el terror, amedrentada y perseguida, enloquecida por la ciega e inmediata necesidad de encontrar un agujero... se dirigió hacia la boca de María, pareció dudar un instante, saltó en aquella cavidad abierta de la muchacha dormida. Y, antes de que Huligan pudiera detenerla, vio lo que estaba ocurriendo: la rata se metía en la boca, la rata presa de pánico, trataba de esconderse en la adorable cavidad oral. ¡Oh, el poder de la mecánica! María, semidormida, despertó sorprendida, cerró sus adoradas quijadas de un modo puramente mecánico, pero implacable, y de esa manera dio fin a la mecánica del horror: la rata terminó con la cabeza guillotizada. Un mordisco en el cuello consumó la muerte de la rata.

La rata dejó de existir.

Pero Huligan permaneció allí, y tuvo que enfrentarse a la muerte de la rata por obra de la adorada cavidad oral de su amada María. Y con esa visión en los ojos desapareció.

Da un paso y otro paso y otro paso
pero le sigue aquella rata muerta.
Paso tras paso, paso tras paso
y en boca de María sigue la rata muerta.

1937

Acerca de lo que ocurrió a bordo de la goleta «Banbury»

1

En la primavera de 1930 —por motivos de salud y reposo— decidí emprender un largo viaje por mar. La razón principal que me decidió a hacerlo fue que mi situación en el continente europeo se volvía día a día más embarazosa y decididamente cada vez menos clara. Por eso le escribí a un amigo, un armador de Birmingham, Mr. Cecil Burnett, pidiéndole que me encontrara sitio en uno de sus innumerables barcos, y recibí de inmediato una breve respuesta telegráfica: «*Berenice*, Brighton, 17 abril 9 en punto». Pero en el puerto de Brighton había tantos veleros anclados y tantos vapores, y la carga del puerto imposibilitaba de tal manera la libertad de movimientos, que llegué con un retraso de quince minutos, lo cual no impidió que los marineros y estibadores comenzaran a gritar animadamente, como siempre ocurre: «¡Corra, corra más rápido, todavía está a tiempo... más aprisa, más aprisa... no se duerma! ¡Todavía está a tiempo de embarcarse!»; en efecto, logré alcanzar el barco en una lancha de vapor, aunque tuviera que dejar en el muelle mi equipaje. Lanzaron una escalera de cuerda y yo subí a cubierta, sin poder leer el nombre del navío, escrito con grandes letras en la parte izquierda de la popa.

Se trataba de una hermosa goleta de tres mástiles con capacidad para por lo menos cuatro mil toneladas y que, como pude deducir por la disposición de las velas, se dirigía rumbo a Valparaíso, con un cargamento de sardinas y arenques. El capitán Clarke, un verdadero lobo de mar, con las mejillas curtidas por el viento, me dijo sencillamente:

—Bienvenido a bordo de la goleta «Banbury», *sir*.

El primer oficial consintió en cederme su camarote, a cambio de una módica suma de dinero. Muy pronto el mar comenzó a irritarse y empecé a marearme con insospechada intensidad. Devolví a las olas todo lo que había dentro de mí, gemí, vací como una botella vacía, impotente para satisfacer a los elementos que exigían cada vez más de mí... cada vez más... El vacío insoportable del estómago me martirizaba física y moralmente, y, aunque devoré las mantas y la almohada, no logré que ninguna de esas cosas permaneciera en mi interior más de un segundo. Devoré toda la ropa de cama y la ropa íntima que encontré en el baúl del primer oficial, marcada con las iniciales B.B.S., pero también esas cosas fueron huéspedes de muy breve permanencia en mis entrañas. Mis gemidos llegaron a oídos del capitán, quien, apiadándose de mí, ordenó que subieran al puente un barril de arenques y otro de sardinas. Sólo al anochecer del tercer día, después de haber consumido tres cuartas partes de los arenques y la mitad de las sardinas, logré recuperarme y cesó también el movimiento de las bombas que limpiaban el navío.

Navegamos a lo largo de la costa noroeste de Portugal. La «Banbury» se desplazaba con una velocidad media de once nudos, movida por una brisa

favorable. Los marinos lavaban el puente. Observaba la tierra rocosa de Europa que huía a lo lejos. ¡Adiós, Europa! Me sentía vacío, ascético y ligero, sólo la garganta me quemaba. ¡Adiós Europa! Con un pañuelo hice algunas señales hacia el continente... Un hombrecito que estaba en lo alto de una roca me respondió agitando quién sabe qué cosa. La nave se movía con rapidez, el agua crepitaba bajo la proa y tras la popa, y aun a ambos costados se levantaban olas cubiertas de espuma.

Los marineros, que hasta entonces habían estado ocupados en limpiar el puente anterior, se dirigieron al posterior. Sus espaldas inclinadas hacia el suelo se acercaron a mí y debí cambiar de lugar. El capitán apareció un momento en el puente de mando y levantó un dedo mojado para verificar la intensidad del viento. La noche de ese mismo día ocurrió un hecho interesante y en cierto sentido premonitorio; estaba relacionado, de un modo que mejor es no tratar, con mi reciente enfermedad: uno de los marineros, un tal Dick Harties de la Caledonia Central, se llevó a la boca, por distracción, una cuerda que colgaba del mástil mayor. Me imagino que fue el movimiento vermicular del intestino lo que hizo que se la tragara con tanta violencia que, antes de que nadie pudiera actuar, el marinero había sido izado hasta lo más alto del mástil. La ascensión fue semejante a la de un vagón de funicular, y el marinero permanecía en lo alto con la boca monstruosamente abierta. La capacidad vermicular de su intestino demostró ser tal que no hubo modo de hacerlo bajar al puente; en vano dos mozos se colgaron de sus piernas. Después de largas discusiones, el primer oficial, llamado Smith, tuvo la buena idea de recurrir a los vomitivos, pero allí volvió a surgir otro problema: ¿cómo introducir un vomitivo en un esófago totalmente ocupado por una cuerda? Final-

mente, después de largos conciliábulos, se decidió actuar directamente sobre la imaginación, por medio de los ojos y las fosas nasales. El capitán ordenó a uno de los marineros que subiera al mástil y le presentara al paciente un plato lleno de colas de rata. El infeliz observó aquel plato con ojos desorbitados pero, cuando a las colas de rata se añadió un tenedor, recordó de pronto un plato de macarrones comido en la infancia y bajó al puente con tal rapidez que poco faltó para que no se rompiera las piernas. Aquel acontecimiento debió hacerme reflexionar, ya que, repito, demostraba cierta analogía con mi reciente enfermedad. ¿No se trataba de la misma cosa (aunque fueran los síntomas de náusea diferentes) a pesar de que los suyos tuvieran un carácter absorbente, centrípeto, mientras que los míos, por el contrario, lo tenían centrífugo? Se presentaba allí una identidad refleja, como en el espejo, cuando la oreja derecha se encuentra de pronto del lado izquierdo, aunque el rostro sea el mismo. Por otra parte, también las colas de rata debieron darme en qué pensar. Pero yo, por lo menos de momento, no puse mucha atención, como no la puse en el hecho de que la nave y las espaldas de los marineros no me fueran del todo extrañas como habrían debido serlo, dada mi breve permanencia en aquella goleta.

Al día siguiente, durante el almuerzo, pedí al capitán Clarke y al teniente Smith, que me proporcionaran alguna información sobre el barco y sobre nuestro viaje.

—El barco es bueno —respondió confiadamente el capitán, mientras fumaba su pipa.

—¡Es excelente! —confirmó con cierto sarcasmo el teniente Smith.

—¡Y aunque no fuera excelente! —dijo el capitán Clarke observando el mar con mirada domina-

dora—. ¡Aunque no fuera excelente! ¡Supongamos que aparezca una grieta en alguna parte!

—Precisamente —dijo el primer oficial, mirándome con aire desafiante—. ¡Aunque no fuera excelente! El que tenga miedo de mojarse, puede en el momento que lo desee abandonar el barco. ¡Por favor! —y señaló las olas—. Me parece realmente un pollo mojado.

—Señor Smith —dijo el capitán, rascándose la oreja con el dedo meñique—, ordene que toda la tripulación grite tres veces: «¡Viva el capitán Clarke, hip, hip, hurra!».

Continuamos navegando con buen tiempo. La «Banbury» proseguía su camino con viento favorable y ritmo regular. En el horizonte apareció un gran cetáceo. Los marineros sacaron sus arpones relucientes. Eran vigilados por el segundo oficial, mientras el capitán, con un palillo en la boca, observaba el mar desde el ojo de buey de su camarote.

Transcurrieron así unos días, durante los cuales tuve ocasión de conocer mejor la goleta. Era un viejo casco, invadido por las ratas, que en cantidades incalculables vivían bajo cubierta; en algunas partes el maderamen estaba completamente roído, mientras que bajo la popa se acumulaban grandes cantidades de excremento de rata. En general la nave se parecía a las antiguas carabelas españolas. Aquella cantidad de ratas no pudo sino disgustarme... Se trata de roedores de costumbres poco agradables; sus gruesas colas son tan largas y la punta queda tan distante del cuerpo que a menudo son víctimas de la insoportable ilusión de arrojarse tras un pedazo de sabrosa carne, del todo ajena a ellas, lista para ser devorada. Eso las pone muy nerviosas. A menudo se muerden la cola con sus dientes agudos, contorsionándose en medio de chillidos atroces, enloquecidas por el deseo y el espantoso

dolor. El sistema de velas, la disposición de las cuerdas y la misma construcción de la nave no obtenían toda mi aprobación, pero, cuando vi la forma, la medida y el color de las escotillas, me volví a mi camarote manifestado mi extrema reprobación y permanecí encerrado hasta la llegada de la noche.

La tripulación me producía curiosidad. Paso por alto el estoicismo de los marineros al limpiar y pintar la parte de la nave que les estaba encomendada, sin preocuparse en lo más mínimo si arrojaban el agua sucia a las partes del barco que apenas acababan de limpiar. Sin embargo, cada vez que mi mirada se separaba del mar para volver a vagar sobre la goleta, me impresionaba un espectáculo inesperado. Así, por ejemplo, vi a cuatro marineros sentados en el puente con las manos cruzadas y la mirada fija en sus propios pies. Otra vez vi a unos marineros que se miraban las manos. Por las noches llegaban a mis oídos frases que la tripulación repetía durante horas enteras:

—Los peces y las aves marinas se devoran unas a otras mientras siguen al barco.

Un exagerado *afán de limpieza* reinaba en la goleta; se hacía uso ininterrumpidamente del agua y del jabón. Cuando pasaba al lado de los marineros, éstos no levantaban la mirada, sino que por el contrario se inclinaban sobre su trabajo redoblando el celo, de manera que no veía otra cosa que sus espaldas. Tenía, sin embargo, la extraña sensación de que cada vez que me dedicaba a la contemplación del horizonte, los marineros iniciaban sus conversaciones, siempre que no hubiera oficiales cerca de ellos. Me acordaba de que en tierra firme había visto a los barrenderos dejar escobas y cubos cuando creían que nadie les observaba. El capitán y el primer oficial pasaban el tiempo jugando al dominó o bien sentados uno frente al otro cantando viejas

canciones de 1897. La navegación, en efecto, cuando el viento era favorable, no presentaba dificultades. Sin embargo, no todo andaba como era debido en la goleta. Las espaldas de los marineros se inclinaban excesivamente cuando pasábamos a su lado, las espinas vertebrales parecían amedrentadas y las grandes manazas con las que trabajaban se hincharon y enrojecieron con demasiada facilidad. Encontré a Smith que vagaba sin meta por el puente y le expresé mi profunda y más sincera convicción de que la tripulación de la «Banbury» estaba compuesta exclusivamente de mozos honestos y valientes.

—Los tengo sujetos con esto, *sir* —respondió el teniente, mostrándome un taladro que sostenía en la mano venosa y mascullando horribles invectivas que se multiplicaban en la punta de su lengua—. Los trato con puño de hierro. Lo más difícil es no darles patadas en el culo... Usted mismo ve cómo lo ofrecen... ¡Joder!... Porque, si le diera una patada a uno, tendría que patear a todos los demás, por espíritu de igualdad, a todos sin excepción, y eso sería una tontería, una estúpida tontería, ¡joder! —abrió los brazos con un gesto de impotencia.

El extraño sentimiento de la propia impotencia frente a la estupidez de aquella alternativa le superaba. El barco continuaba su andar monótono, una ola se sobreponía a la otra. Sobre el puente de mando vi el fuego pálido de una pipa. El capitán Clarke paseaba de un lado para otro con su impermeable de goma.

—¿Sabe usted —dijo— qué significa ser amo de la vida y de la muerte? ¡Hola, Smith, venga aquí, venga a ver..., ja, ja!

—¡Ja, ja! —rió Smith, observándome con los ojos inyectados de sangre—. Papá y mamá... ¡Joder!

—Papá y mamá —repitió el capitán sacudiendo los hombros con una carcajada a duras penas con-

tenida—. En cambio aquí no hay papá ni mamá. Esto, amigo mío, es una goleta... una goleta en alta mar. Lejos de cualquier consulado.

—Por la abuela de mi bisabuela —imprecó Smith con suma satisfacción—. Aquí no va a encontrar dulces ni bizcochos, ni... Lo que quiero decir es que aquí sólo hay disciplina, y basta. Obediencia, y todos callados. ¡No quisiera empezar a patearlos en el cu...!

—Basta, basta, teniente Smith. Para bien o para mal, el señor Zantman es nuestro pasajero... aunque no estaría mal hacerle ver quién es el capitán de un barco en altamar y qué quiere decir ese nombre inmenso. Ah, ah, el señor Zantman probablemente piensa que el capitán es un señor con una gorra galonada, con hermosos pantalones blancos, bien planchados, tal como se suele representar a los capitanes en las postales. Teniente Smith, piense usted en algo para divertirnos.

Permaneció pensativo unos minutos; aspiró varias veces el humo de la pipa.

—¿Queréis que dé una orden? Si les ordeno que salten, saltarán —dijo—. Mañana y también pasado mañana.

—Eso ya lo hemos hecho —masculló Smith.

—¿Doy una orden, señor Smith? ¿Pedimos que se corten algo...? ¿Una oreja?

—¿Por qué no? —dijo Smith—; pero se trata de una operación endemoniadamente delicada... es decir... ejem... que las complicaciones aparecen después.

—Digamos entonces qué orden debo dar... ¡Puedo ordenar cualquier cosa! Por cien mil diablos, yo soy aquí el capitán. Esos seres infernales deben convencerse de ello... Llame usted a uno de los marineros.

—Todos los marineros están convencidos —dijo Smith, después de un instante, sin moverse.

Escupió el chicle en la mano, lo observó por un instante y volvió a metérselo en la boca.

—Elija al menos convencido —gruñó el capitán Clarke con impaciencia—. Ande, muévase... quiero demostrarle al señor Zantman... Piense algo, teniente Smith, no sea tan limitado. No se olvide de la tierra de Baffin y de la foca.

—Ya no sé qué inventar —dijo Smith, mirándole con las pupilas neblinosas de los amantes de la ginebra—. Hemos agotado todas las posibilidades. Todos han conocido el rigor... es decir..., quiero decir...

—Usted es un idiota —dijo el capitán, furioso—. ¡Animo, ánimo! Tengo necesidad de que alguien sienta mi mano. De vez en cuando me asalta el desaliento. De vez en cuando me reblandezco.

En aquel instante por desdicha me moví... precisamente entonces sentí la comezón en el talón, una vieja debilidad, que me asalta siempre en los momentos más inoportunos.

—¿Y si utilizáramos al señor Zantman? —murmuró Smith, dirigiéndome una mirada que no ocultaba su malevolencia.

—No es mala idea —exclamó el capitán—. Utilizaremos al señor Zantman. Está aún fresco. Todavía no ha sentido mi mano..., lo mejor será hacerla sentir en su propia piel... Excelente... Nada más sencillo.

—A sus órdenes, señor capitán —dijo Smith y se apoderó de mi mano con un apretón cálido pero como de hierro (de la misma manera que en una ocasión, en tierra firme, me apretó la mano un teniente: primero cálidamente, luego con violencia)—, construiremos un gran anzuelo, colocaremos al señor Zantman en el extremo y con ese hermoso ins-

truniento atraparemos un pez gigantesco. El pez se tragará al señor Zantman, pero luego lo descuartizaremos y extraeremos al señor Zantman aún vivo, como sucedió con Jonás. Será divertido, ¿no? ¡Ah, ah! ¡Recuerda, capitán, las cosas que hicimos en aquella bahía de las Antillas? Entonces sí que lo pasamos bien, ¿no es cierto?

—Es usted un idiota —respondió el capitán—, y no concibe sino idioteces. ¿Qué podrá él sentir de esa manera? Nada. Y además se trata de un pasajero nuestro... ejem... Y sobre todo le recomiendo, Smith, nada de brutalidad. ¿Me oye? Nada de brutalidad. Es usted un idiota —gritó—. ¡Cállese! Ya no puedo más con sus manifestaciones de ingenio y sus bromas que, para decir la verdad, me hacen vomitar. Carecen completamente de sentido. Yo deseo que el señor Zantman sienta al capitán Clarke, que lo conozca sin la hoja de parra, en toda su desnudez y crudeza, como Dios lo trajo al mundo. ¡Me río de los pantalones blancos bien planchados y de los galones de oro sobre la gorra de capitán! Quiero desnudarme, ¿me entiende usted? Mostrarme desnudo, con todos mis pelos. ¿Y cree usted, Smith, que el señor Zantman me reconocería en toda mi desnudez después de ese jueguito al estilo de Jonás?

—Aquí no hay necesidad de avergonzarse —murmuró Smith con la boca repleta de chicle—. Aquí no hay colegiales ni cónsules.

—No me reconocería —repitió el capitán después de reflexionar—. Pero... ¿si en cambio, mi querido teniente Smith, le prohibiera a usted atarse la jarretera y le obligara a caminar sin polainas? ¿Qué ocurriría? ¡Por todos los demonios! ¡Entonces sí que me reconocería, entonces sabría quién soy, y cuan velludo es mi cuerpo! ¡Al diablo! Esos ratones de tierra con sus pantalones blancos y sus tarjetas ilustradas de color blanco y azul se olvidan de que

la piel de un capitán está cubierta de pelo. Animo, señor Zantman, ¿me ha oído? ¡Dése prisa!

—Dése prisa, señor Zantman —repitió Smith, y me soltó la mano.

—Eso es lo que me gusta —dijo el capitán, ya más tranquilo—. Veo que es posible razonar con usted, señor Zantman, aunque no tenga usted aspecto de marinero. Hace dos años tuvimos con nosotros a otro ratón de tierra, malditamente imbécil. Nos vimos obligados a tirarlo sencillamente al mar, porque, cuando le ordené una tontería, fíjese usted, que se subiera el cuello de la chaqueta, comenzó a chillar como un cerdo degollado, y a nosotros, los navegantes, es bueno que lo vaya sabiendo, no nos gustan las gentes que chillan.

—Me imagino que esto basta —dije cuando Clarke se marchó, dejándome solo con el teniente—. Me imagino que no habrá necesidad de caminar con polainas —añadí con confianza, deseando resolver el asunto amigablemente.

Hablé en tono de adulación y de discreta y comprensiva tolerancia para las poco edificantes manías del capitán.

—¿Qué dice? —preguntó Smith alejándose de mí a un brazo de distancia—. ¿Qué dice? ¿Qué idea se le ha metido en la cabeza? No se lo aconsejo. No se lo aconsejo ni siquiera cuando esté usted solo en su cabina. ¡No faltaba más que esto! —dijo con un tono tan amenazador que se me puso la piel de gallina—. Le aconsejo que deje de hacerse el gracioso. ¡Joder!

Me sentí confundido, enrojecí hasta las orejas y murmuré:

—Claro que no, claro que no... yo sólo quería decir... ¡A quién se le podría ocurrir! —balbuceaba como en una ocasión lo había hecho en un tren, y otra más en un paseo campestre.

Seguimos navegando; el tiempo era espléndido, el cielo transparente, de vez en cuando entre las olas plateadas y azules aparecía una raya o un pez espada, algunos delfines jugueteaban bajo la proa de la goleta, pequeños peces voladores emergían de las olas; la nave, sin embargo, proseguía cada vez más lentamente, parecía reflexionar si le convenía o no detenerse completamente; mientras tanto la tripulación, bajo la mirada vigilante del infatigable segundo oficial, después de haber limpiado la parte de estribor de la goleta había comenzado a pintar la parte opuesta. El segundo oficial era un joven de poco más de veinte años, rubio, diligente, carente de expresión y no admitido en la confianza de sus superiores. En realidad, existía sólo de una manera formal, existía sólo para que pudiera existir el primer oficial. El capitán y Smith pasaban el día entero encerrados en su camarote, ya que el mar estaba calmo. Cuando paseaba por el puente, los veía por el ojo de buey, sentados a la mesa jugando con bolitas que parecían hechas de miga de pan. El tedio se dejaba sentir... A veces peleaban violentamente y se lanzaban los peores insultos, ignorando probablemente la razón de la riña. Se dedicaban también a preparar *cocktails* con licores Bols a los que añadían ginebra y whisky. De cuando en cuando, la tripulación comenzaba a repetir: «Los peces y las aves marinas se devoran unos a otros mientras siguen al barco». Observé después que los marineros realizaban extraños movimientos con el cuerpo: inclinados hacia el suelo, se apoyaban de repente en los brazos, estiraban las piernas, movían los hombros, al igual que en tierra lo hacen los gusanos. Pero no me permití hacer preguntas a nadie. Consideré sencillamente aquel descubrimiento mío como «una manera original de matar el tiempo». La verdad es que por lo general evitaba las conversaciones,

ya que había observado que en aquel barco existían signos y rasgos poco agradables; el casco parecía resquebrajarse debido al excesivo calor. No fui yo quien inició la conversación con Smith, sino Smith quien me salió al encuentro cuando, apoyado en el barandal, contemplaba el mar; me preguntó sin demasiados preámbulos si conocía juegos de cartas o de dados o de cualquier otro tipo, o si sabía adivinanzas que él pudiera resolver.

—A veces, jugamos al dominó, a las cartas, a las damas chinas y cantamos viejas tonadas de operetas. A veces, hojeamos el almanaque de la cría de caballos. Durante los últimos días —dijo con sinceridad, tragándose una invectiva—, lanzamos bolitas de pan contra un insecto colocado debajo del armario. Pero esto también ha empezado a aburrirnos. Ahora (ya que estamos sentados siempre a la mesa uno enfrente del otro) hemos empezado a mirarnos a los ojos, ¿sabe usted hacerlo? Se trata de fijar la mirada en los ojos del otro, y vence el que resiste más tiempo. Después de pasar algún tiempo de esta manera, hemos comenzado a picarnos con agujas, aquí también vence el que resiste más tiempo. Ahora no sabemos ya qué hacer, pero nos tratamos cada vez con mayor violencia. Al parecer, ya no podemos detenernos y cada vez nos pinchamos más ferozmente. Busque algo, señor Zantman, tal vez conozca usted algunos pasatiempos. Yo estoy tan picoteado como un colador.

En un momento de debilidad, dije incautamente:

—La culpa de todo reside en que habéis creado una especie de círculo vicioso sin ninguna salida lateral. Cuando se habla de agujas, se debe tener siempre un alfiletero. Buscad un alfiletero. Buscad un alfiletero, y colocadlo entre vosotros dos.

Smith abrió desorbitadamente la boca, y me miró con respeto:

—¡Joder! ¡Señor Zantman!, nosotros le habíamos considerado un inocente y ahora me doy cuenta de que es usted un magnífico navegante. ¡Usted es un experto!

—¡Dios me guarde de serlo! Se lo aseguro... Ha sido pura casualidad... Pero ¿qué dice usted, teniente Smith? ¿Quiere ofenderme? Le doy mi palabra de honor de que ésta es la primera vez que viajo por mar —balbuceé, terriblemente nervioso.

—Usted es un navegante malditamente experimentado —repitió el teniente, haciéndome una reverencia—. ¡Ni una palabra más! ¡Mejor será que no finja inocencia! Usted debe haber navegado de un lado a otro de estos malditos pantanos, del Rojo al Amarillo, del mar de Okhotsk al de los Sargazos, del Chino al Árabe. ¿No es cierto? Ah, señor mío, usted tiene el colmillo de un viejo lobo de mar y va directamente, como suele decirse, al meollo del asunto. Un alfiletero... ¡no faltaba más! El mejor consejo que podía yo recibir. Cuando coloquemos el alfiletero entre nosotros, dejaremos inmediatamente de pincharnos.

—Perdóneme, pero acabo de recordar que dejé en mi camarote el hornillo encendido. Tengo miedo que el café haya hervido. Dispense, por favor, teniente Smith.

A eso de las cuatro de la tarde observaba los juegos de los pelícanos con los peces voladores. Dos de ellos llegaron del Sudeste y comenzaron a volar en círculo sobre nuestra goleta. Los pelícanos son pájaros enormes, blanquísimos, con una gran papada y un pico de un metro de longitud, extremadamente cortante. Por supuesto, ni siquiera intentan soñar que con ese pico podrían devorar un tiburón o una ballena, pero son conscientes de su absoluta superioridad sobre los gigantes del mar: en efecto, ni las ballenas ni los tiburones son capaces de volar. Esta

superioridad les fascina y no les deja en paz. Por eso vuelan silenciosos, se detienen y luego, de golpe, dejan caer su pico afilado como un puñal sobre el lomo del pez; éste huye bajo el agua, o bien trata de salir fuera y seguir al pelícano en el inaccesible espacio aéreo. Los marineros interrumpieron su trabajo para contemplar el espectáculo, lo que les ganó algunas irrepetibles invectivas por parte del teniente Smith.

—¡Ah, canallas! —gritaba aquél, ante la masa compacta y silenciosa—. ¡Así que os sentís grandes señores! ¡Grandes señores! ¡Thompson, tú eres el peor, te he estado observando, Thompson! ¡Pero esta noche vamos a hablar! ¡Esta noche, Thompson, vas a tener que aguantar mis palabras!

Y comenzó a hacerme confidencias sobre la tripulación. Eran viejos lobos, la peor gentuza, carne de horca recogida en los peores puertos. Había que tratarles con mano dura.

—No piensan en otra cosa que no sea sacarle el cuerpo al trabajo. Su ideal es pasar el día entero con la panza al aire. Hay entre ellos un tal Thompson que es el peor.

—¿El peor?

—¿Thompson? Es una sanguijuela. Observe usted su boca, siempre en forma de culo de gallina, como si quisiera sorber sólo el diablo sabe qué. Finge trabajar como todos los demás. Ya me había dicho yo que a la primera oportunidad le daría una buena lección, y esta noche se la voy a dar. ¡Ah, va a tener que andar a gatas cuando le haya dado esta lección!

—La boca —dije yo en tono conciliador— ... probablemente porque Thompson es un mamífero. Todos somos mamíferos. Formamos parte de la familia de los mamíferos.

Decidí expresarle con todo tacto mi perplejidad

ante los movimientos de sus cuerpos y la manera en que contemplaban sus propios pies y recitaban las palabras: «Los peces y las aves marinas se devoran unos a otros mientras siguen al barco». Con cierta prudencia adelanté la tesis de que tal vez fuera mejor tener un poco de moderación e insinué, como de paso, que lo que era demasiado era demasiado. Smith replicó que, como viejo lobo de mar que era yo, me burlaba de él. Muy distinta era la situación con los chinos en el Sudeste asiático, o bien en la ruta de Aden a Pernambuco, donde muy a menudo, se recurría a la cera fundida. Los movimientos del cuerpo tendían a aumentar la flexibilidad de la columna vertebral, el hecho de tener que contemplar los propios pies constituía un castigo por la falta de limpieza indispensable... Quien tenía los pies sucios debía contemplárselos por lo menos durante una hora. En fin, las palabras: «Los peces y las aves marinas se devoran unos a otros mientras siguen al barco», no eran sino un modelo de caligrafía que era necesario grabar en la mente de los marineros.

—Una goleta como la nuestra marcha por sí misma, sin necesidad de ayuda alguna, a menos que haya una tormenta. Los marineros no pueden pasarse todo el tiempo limpiando este jodido puente, serían capaces de terminar con él de tanto frotarlo. En cambio, la disciplina debe observarse y es necesario que esos bribones permanezcan ocupados ininterrumpidamente. Por eso el capitán eligió ese método para mantenerles entretenidos.

—Ah, bueno, si se trata de un método...

—Sí, señor, también el capitán es un navegante experto, un lobo de mar como es debido. Sería bueno que usted le conociera mejor, señor Zantman, creo que oiría usted cosas interesantes. El viejo me ha dicho muchas veces —continuó confidencialmente el teniente Smith—: «Teniente Smith,

usted conoce las obligaciones de un capitán de navio. Debe mantenerse ocupado si no quiere que todos enloquezcan de tedio. Usted, teniente Smith, no deje de mascullar invectivas, yo, en cambio, no dejaré de usar la cabeza, ésa es toda la diferencia entre nosotros. Dígame, teniente Smith, ¿qué cosa debería yo inventar? No me va a decir juegos de pelota, ¿no es cierto, teniente Smith? ¡Maldición! Ya no somos niños, teniente Smith, ya no llevamos pantalones cortos».

—Ah, sí... el juego de pelota resulta un poco infantil, en cambio, esta observación de... de los pies... no —dije, carraspeando.

—Claro que no —respondió con presunción—, los pies no. ¿Quién de entre nosotros no sufre de callos?... Por otra parte eso mantiene la disciplina entre la tripulación. Deben obedecer cada orden sin respirar siquiera. Lo mismo sucede con las agujas. ¡Dios mío... fue una historia de locos, de imbéciles! ¿No lo cree así, señor Zantman? Ah, sí, usted con su experiencia tendrá que darme la razón. Y así con todas las cosas, y siempre. Sin eso ya habríamos reventado de aburrimiento.

Se mojó el índice con saliva y lo levantó contra el viento.

—Tanto más que casi no hay viento. ¡Joder! Siempre lo mismo. Usted ya conoce el refrán: «De agua y tedio está hecha la vida del marinero».

Esa noche pude ver una nutrida mancha de lenguados y distinguí la cabeza de un pez martillo a tres o cuatro pulgadas debajo de la superficie.

El capitán Clarke apareció en el puente de mando y me hizo señales de acercarme. Smith debía de haberle relatado la historia del alfiletero y de mi presunta larga experiencia de navegante. En efecto,

la actitud de Clarke hacia mí era distinta, parecía querer sondearme. Evidentemente pensaba que yo sabía cosas que él ignoraba, o que sabía organizarme el modo de aburrirme menos que los demás. Tan pronto como llegué al puente de mando, Clarke me dijo:

—¡Qué aburrimiento, esta tarde amigo mío! ¡El tedio marino!

—¡Ejem! —fue mi respuesta.

—Fea como el tedio, ¿no es cierto? Fea, tediosa. No sabe uno qué hacer.

—No me parece tan mala, se resiste —dije—. Se puede ver el agua... los peces...

—Pero, amigo mío, me ha dicho Smith —dijo el capitán con benevolencia, y dándome un codazo significativo— que usted con toda seguridad tendrá sus métodos para combatir el tedio y por eso no se aburre. Quiero decir... ese alfiletero, por ejemplo, ja, ja. Sólo que usted no quiere revelar esos métodos. ¿Somos avaros, eh?... Todo lo escondemos para disfrutarlo en secreto, ¿no?

—Nada de eso. Juro que me ofende, señor capitán. Me parece que Smith le ha contado una sarta de tonterías.

—Vamos, vamos, no se ofenda. Sólo quería decir que con usted, señor Zantman, es posible conversar. Usted no es uno de esos estúpidos ratones de tierra... y es inútil que trate de ocultarnos su verdadera identidad... No comprendo cuáles sean sus razones... Pero haga usted lo que mejor le parezca.

Me encontraba en una situación muy desagradable y difícil, así que concentré toda mi atención en un botón de mi chaqueta, ya que en la frente de Clarke, ampliada por la calvicie, apareció, de manera muy visible, una vena. Repentinamente adoptó una actitud sombría y comenzó a rascarse detrás de una oreja.

—El tedio —volvió a su cantilena, moviendo maquinalmente los pies—, el tedio. He firmado un contrato con la compañía y ahora debo ir de arriba a abajo, entre Birgmingham y Valparaíso. Diablos, ¿qué quiere que haga? En tierra firme no hace uno sino aburrirse... los tranvías, los bares... y es el tedio el que le arroja a uno al mar. ¿Y qué hay en el mar? Una vez que se ha partido... una vez que se han desplegado las velas... que han desaparecido las costas del continente... que ha empezado el movimiento... el ruido de la hélice tras la popa... pues nada, llega el aburrimiento. ¡El tedio marino!

—Es un fallo de la Naturaleza —murmuré, carraspeando—. La Naturaleza está hecha de esa manera.

—¿Cómo es eso? —preguntó Clarke.

—A la Naturaleza no le gusta —murmuré—, no le gusta.

—El remedio mejor contra el tedio es la pipa, como una amiga —dijo sentimentalmente—. También es bueno el whisky... el comerse las uñas... el tabaco de mascar... Cuando se tiene un diente cariado, puede uno pasarse las horas haciéndose daño con la lengua. Cuando se tiene comezón, puede uno rascarse. Imagínese usted que, en Mukden, entré en un restaurante y vi a cuatro capitanes arañados hasta la sangre, arañados como si hubiesen tenido un eczema. Usted, en cambio, señor Zantman, ¿qué hace?

—¿Yo? Pues bien... a veces...

—Tiene usted muy buen color —dijo el capitán con interés en los ojos—. Le doy mi palabra de honor que parece no haber abandonado las faldas de mamá. ¿Cómo logra hacerlo?

—Ve usted, capitán, yo verdaderamente... le aseguro...

—¡Ja, ja, ja, ja! —rió de todo corazón—. No

pretendo forzarle, si usted no quiere; que sea como usted dice, su primer viaje de mar... ¡ja, ja, ja! No nos vendría mal una pequeña tormenta, ¿verdad? —añadió, dándome un nuevo codazo—. Entonces, por Dios, sí que se arreglarían las cosas. En cambio, así, todo es intolerable, y para colmo está ese viento que parece a punto de acabarse... Es para reventar... qué aburrimiento... al diablo... no puedo más...

—Eso hace daño —le dije—. Hace daño a la salud. Pueden presentarse a la mente extrañas ideas.

—¡Qué peste! —murmuró el capitán—. Mire, por ejemplo, esos mástiles. Erguidos todo el tiempo, imbécilmente. ¡Qué estupidez! Y también yo... erguido, de pie, como un imbecil. Ambos de pie, yo y el vaso. Dígame usted, ¿qué se puede hacer con un vaso? Romperlo, no hay otra posibilidad. Y precisamente eso fue lo que hice ayer. En esta maldita goleta no sucede nada. Cuando observo esta barandilla —la golpeó con la mano— y veo que reluce siempre del mismo modo, entonces, mientras la miro, siento que estoy a punto de enloquecer —y comenzó a lamentarse, con voz quejumbrosa, de que todo era estúpido, realmente estúpido—. Todo debe relucir, todo debe estar en su sitio, los marineros no hacen otra cosa que lavar y pulir de la mañana a la noche. Como usted sabe, en los barcos es obligatoria una limpieza excesiva, diría que exagerada. ¡No sirve para un carajo! O bien, esos peces voladores. Dígame, ¿qué sentido tiene que salten tan imbécilmente fuera del agua? Mire, mírelos usted mismo —me señaló un pez que, describiendo una cerrada curva, voló sobre la cubierta—. Todo esto es estúpido, es estúpido hasta un grado intolerable. ¿Puede decirme por qué lo hacen? ¡Y pensar que no tienen alas!

Después de reflexionar un poco, respondí que se

trataba de una manifestación específica de aquellos ovíparos que son capaces de hincharse hasta el punto de que el agua, en cierto momento, no resistiendo más, los expulsa por temor a que exploten. Por la misma razón, los sapos terrestres se hinchan a menudo con el humo de un cigarrillo hasta alcanzar dimensiones espantosas, pero la tierra, en ese aspecto es peor que el agua, no los expulsa, y los sapos estallan.

—¡Santo cielo! —exclamó el capitán con una excitación incomprensible—. Ah, ah, ah. ¡Precisamente! ¡Muy cierto! ¡Hay que ver qué tipo! Claro que sí. Esos bribones, todos iguales. Hincharse, infundir miedo y luego esa puta de agua que se deja espantar y los expulsa. ¡Ay, ay! ¡Se deja espantar, por mil demonios! ¡Qué desastre, qué desastre! ¡A patadas! ¡Romper! ¡Explotar! —gritaba con entusiasmo. Mis palabras evidentemente habían tocado una recóndita vena terrorista...—: ¡Bravo, formidable! ¡Cómo no se me había ocurrido! Usted sí que comprende. Un verdadero naturalista —añadió hinchándose ligeramente y mirándome con admiración—. ¡Y quería hacerme creer que nunca había viajado antes!

—Sé algo sobre la naturaleza —dije—, pero en teoría.

Volví a toser, dije que estaba haciendo frío y volví a mi camarote, del que no salí durante todo el día siguiente.

Aquel día (el siguiente) ocurrió de nuevo un hecho interesante, al que, sin embargo, no asistí (por hallarme confinado en mi camarote). Como es de todos sabido, los escualos son animales extremadamente voraces, y esa característica es la que los hace tan temibles. Sucedió aquel día que el pinche de cocina dejó caer al mar un gran cubo de cobre y el cubo —¡crac!— desapareció inmediatamente en el

vientre de uno de esos glotones. El hecho le produjo al pinche tanta alegría y tan extraño placer que, sin poder contenerse, arrojó algunos cubiertos, devorados al vuelo, y después lanzó al mar todo lo que cayó en sus manos, o sea los platos, los cuchillos de cocina y de mesa, las tazas, su reloj de bolsillo, la brújula, el barómetro, su sueldo de tres meses, todos los volúmenes de la *Enciclopedia del navegante*. Smith le detuvo cuando de una pared estaba desclavando el último objeto existente, una repisa. Ya podrá imaginarse lo que ocurrió. El muchacho enfermó de paludismo esa misma noche y, como es de presumir, no reapareció hasta el fin del viaje. Nos vimos de esa manera privados de los objetos de primera necesidad y debíamos comer la tortilla de huevos directamente de la sartén. Cuando me contaron lo ocurrido, fruncí la mente y me dije, en voz alta pero con actitud de saberlo todo, como si quisiera que alguien me escuchara:

—Ah, sí, sí... muy bien pensado. Se trata de una enfermedad bastante conocida: consiste en una especie de fijación, por emplear un lenguaje científico; es una imbecilidad específica, nacida de una carencia de autodominio, en un determinado placer que surge de la imperfección de los sentidos y de los errores del instinto cegado por una voracidad excesiva... Se podría hablar hasta de una euforia nacida del automatismo. En fin, se trata de una enfermedad automática que resulta del empleo, en el juego del escondite, de las grandes fuerzas de la gravitación, expulsión y hambre. Además, es fácil imaginarse el fastidio que todos estos objetos deben producir en el vientre —pero pronto los músculos de mi rostro se relajaron, dejando paso a una temerosa ola de tontería desconsolada, y entonces dije en voz baja—: ¡Dios mío! Lo entiendo, ¿pero por qué tanta estupidez? ¿Por qué es todo tan estúpido,

árido, continuo, ininterrumpido, por qué todo es tan estúpidamente sabio y tan sabiamente estúpido? Hay aquí alguien que se pasa de listo y otro que se pasa de idiota. ¡Oh, Dios mío, concédenos por lo menos cinco minutos de reposo! —me permití también añadir—: Me parece encontrarme en un bosque oscuro, donde las formas alucinantes de los árboles, el plumaje y los gritos de los pájaros entretienen con su brillante mascarada, mientras que abajo se escucha el rugido del león, el galope del bisonte y el paso felino del jaguar.

2

La «Banbury» proseguía su ruta cada vez más lentamente. El sol calentaba cada vez con mayor violencia, el alquitrán derretido se escurría por las paredes, el mar era azul, y el agua utilizada para lavar el puente se evaporaba directamente hacia el cielo también azul. El capitán Clarke apareció en el puente de mando, se mojó un dedo y dijo:

—Lo sabía. La brisa está amainando. Es más, existe la posibilidad de que tengamos viento contrario. Teniente Smith, dé usted la orden de que icen las velas laterales. En este tramo ocurre siempre la misma historia... siempre, vaya uno a Valparaíso o venga de vuelta. ¿Y a esto le llaman navegación? ¿Es esto navegación? ¡Vaya navegación! —gritaba en plena furia.

Un tropel de delfines no abandonaba la popa. No buscaban carne... su único deseo era poder rascarse un poco contra el timón del navío, ya que sufrían horriblemente a causa de los piojos marinos. Es raro que se les presente semejante ocasión... un objeto sólido en medio del océano contra el que pueden frotarse. Sucede que durante semanas en-

terras nadan en medio del océano en busca de semejante objeto. Pero no comprenden que, aunque lentamente, la nave prosigue su ruta hacia adelante y siempre se equivocan por algunos centímetros al saltar hacia la proa. Los pobres peces, sin lograr comprender este hecho, repiten la maniobra continuamente, y siempre sin resultado.

Tomé un trozo de papel y anoté lo siguiente: «Todo me parece una exageración. Los delfines que nunca logran atinar, las ratas que se muerden la propia cola, los marineros que observan sus propios pies, los pelícanos que golpean los lomos de las ballenas, el capitán que pincha al teniente con una aguja, las ballenas que no son capaces de elevarse sobre el agua, los peces voladores que se hinchan a tal punto que el agua, espantada, no resistiendo la presión, los expulsa... todo esto es decididamente demasiado monótono. Supongo que de vez en cuando podría verse otra cosa. Si hubiera sabido que esto iba a resultar así nunca habría emprendido el viaje. Sería conveniente un poco más de tacto. Repetir siempre las mismas cosas no es sino una manera superflua de poner los puntos sobre las íes. No hay nadie que no pueda adivinar de qué se trata. Por otra parte, ¿qué importancia tiene el paisaje mientras el capitán Clarke o el teniente Smith demuestran tan evidente falta de tacto? Estoy harto de esos pies, esas contorsiones, y no hablemos de las conversaciones. ¿Qué significan —pido excusas— sus confidencias? ‘Nosotros los navegantes’, ¿qué quieren decir con eso? ¿Qué quieren dar a entender con su inacabable conversación sobre el tedio enloquecedor? Yo no siento ninguna curiosidad por todo esto. Pero sin duda alguna es a mí a quien aluden. Han ‘bebido a mi salud’... son todos unos borrachos. Borrachos y gente perversa. Podría casi jurar que son heroinómanos, o tal vez morfinómanos,

gente entregada a sabe Dios qué vicios allá en Pernambuco. He decidido no volver a dirigirles la palabra. No soy un navegante y no quiero tener nada que ver con la 'fantasía' náutica ni con la 'experiencia' marina. Trataré de alejarme de una manera discreta. Debo también poner en su sitio a Smith, con todas sus invenciones y su taladro. Nada significa el hecho de que haya yo hablado del alfiletero o del pez volador (es evidente que algo pudo haberseme escapado, ya que ambos han sido tan insistentes) y no basta que ellos me consideren 'un viejo navegante' y que me hagan partícipe de sus confidencias, para que me entregue a ellos.

»Tengo que decir que yo había imaginado la vida en un barco de una manera absolutamente distinta. Esta, en cambio, no es sino una especie de fétido pantano. Falta completamente el aire. Esperaba aspirar el perfume salado del mar, el espacio, etc., mucho más saludable que el aire fatigante del continente, y en cambio encuentro aquí un ambiente opresor, estrecho y prepotente y por todas partes actitudes simiescas. Pero, fundamentalmente, lo que más lamento es la absoluta falta de tacto. Anteayer, al negarme a continuar la conversación con Clarke, regresé a mi camarote, pero un gran insecto (es posible que fuera un escorpión) salió de una grieta del suelo, me observó durante un instante moviendo sus tentáculos, después de lo cual se enroscó y se inyectó todo el veneno de que estaba cargada su cola, cometiendo de esta manera un suicidio. Sabía que entre los arácnidos ésta es una práctica habitual, pero, ¿por qué tenía que hacerlo ante mí? ¿Por qué no se suicidó en la grieta de la que surgió? Fingí no haber visto nada. También en tierra firme ve uno perros o caballos, pero, Dios mío, qué discreción. A ninguno se le ocurriría salir de su perrera o su establo sólo para que los demás lo vean.

»Está previsto que pronto llegaremos a Valparaíso. Pero, ¿llegaremos alguna vez a Valparaíso? No lo sé; es posible que todo suceda normalmente y de acuerdo con los horarios... Yo nada sé de constelaciones, no sé manejar ni la brújula ni el sextante, pero si la constelación es poco favorable (como parece ser el caso) o hasta simiescamente maligna, y hemos entrado en el mal signo de Capricornio o de Sagitario, entonces, según me parece, el capitán y Smith se darán demasiada importancia y se permitirán demasiadas cosas. Siempre he temido la imaginación de los oficiales o de los marineros, o sea ese modo despreocupado, esa prepotencia, ese deseo de imponer siempre su voluntad, actitud también típica de los oficiales de caballería. De vez en cuando es necesario permanecer en silencio... saber esperar. Es necesario saber cuándo y cómo. Aquí, en cambio, todo está establecido, todo parece estar metido en una caja y por consiguiente podría ocurrir un escándalo. Las caras de los marineros no me gustan, aunque de ellos lo único que veo son sus espaldas».

Tan pronto como acabé de escribir estas frases, quemé la hoja de papel. Pero inmediatamente tomé otra y volví a escribir: «Así es, las caras de los marineros no me gustan, aunque de ellos lo único que veo son las espaldas. Las espaldas, como es fácil imaginar, son dóciles y temerosas, lo que siempre ocurre con las espaldas, pero todas las noches llega a mi camarote, proveniente de la parte inferior de cubierta, un zumbido monótono e insistente, semejante al de un enjambre de insectos. Son los marineros. Por consiguiente, Smith logra mantenerlos bajo control durante el día pero no por la noche. ¿Estarán roncando? ¿Hablando? Y si hablan, ¿de

qué temas tratan? ¿No estarán murmurando? Es lo habitual durante los largos viajes por mar. Puede ser que, dado su gran aburrimiento, se estén contando historias absurdas e interminables, en las que no exista una sola palabra de verdad. Smith me ha dicho, en efecto, que se trata de la peor ralea, carne de horca recogida en los puertos que, con toda seguridad, habrá oído en su vida toda clase de relatos. Uno se ponía feliz al contar que en Tokio había oído a un individuo elegantemente vestido, un inconfundible miembro de la alta sociedad que en la peluquería le decía a la manicura que no le cortara demasiado las uñas, pues eso le impediría hurgarse a gusto la nariz. Eso es lo que esta gente piensa de los intelectuales. Son las únicas cosas en que reparan... el resto no existe. Son capaces de pasarse horas rumiando esas pequeñeces. En fin, algo repugnante».

Quemé también aquella hoja de papel, lo que no me impidió poner en práctica mis decisiones en lo que se refiere a Clarke y a Smith. Me mantenía alejado de ellos y, cuando les veía en un extremo del barco, me dirigía al otro. Las cosas se volvían cada vez más complicadas, no lo niego, cuando uno de ellos se encontraba en un extremo y el otro en el otro. Mientras tanto comenzó a llegar una suave brisa que, en vez de soplar de costado o de popa, soplaban ligeramente a proa. La «Banbury» no retrocedía, pero de cualquier manera era bastante inquietante ver aquellas pequeñas olas estrellarse en el morro.

Resultó que Thompson tenía realmente boca de culo de gallina; cuando lo advertí, no logré contenerme (me reprocho aún esta imprudencia) y le pregunté:

—Dígame, Thompson, ¿por qué hace eso? No es necesario que lo haga, Thompson.

Thompson era un hombro grande y robusto, de rostro curtido, pecho velludo, aros en las orejas y una pequeña cicatriz en la frente (pequeña en relación con su gran tamaño). Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le veía, luego se me acercó y me dijo haciendo aquel gesto repugnante con los labios.

—Me gusta mucho hacerlo, *sir* —fue la respuesta.

—Ah, ah, Thompson —le dije deprisa—. Tenga usted cinco chelines, compre usted tabaco, Thompson.

Thompson cerró su enorme zarpa sobre las monedas y dijo:

—No va a servirme de nada.

—Me imagino que se aburre usted a bordo, Thompson —continué con benevolencia.

—¡Ay, qué aburrimento, qué aburrimento! —gimió Thompson—. Debo irme a dormir a las nueve, *sir*, como los buenos niños, *sir*, y durante el día cantar canciones. El capitán y el teniente son demasiado severos, *sir*. No puedo gozar de la vida, no puedo estar a gusto... estoy que reviento, *sir*. En otra época era yo puro temperamento, pura sangre, roja como el fuego, me sentía bien; ahora estoy pálido y exangüe... ando triscando el freno, *sir*, me estoy arruinando.

Le llevé al puente una escudilla de leche que bebió con avidez.

—Le hará bien, Thompson. La leche es blanca, pero es el mejor remedio para adquirir un color sonrosado. Todos los días dejaré frente a la puerta de mi camarote una escudilla de leche. Lo que usted necesita es leche y mucha fruta. Pero, por el amor de Dios, no haga escándalos, Thompson. Trate de resistir hasta Valparaíso. La nave está casi inmóvil, es cierto, pero el capitán me ha dicho que pronto

tendremos viento favorable. Se lo ruego, Thompson, nada de tonterías; aquí tiene usted otros cinco chelines.

Nos hallábamos detenidos en los 76 grados de longitud y a unas 450 millas al sudoeste de las Islas Canarias... pero de canarios no veíamos ni siquiera la sombra. Esos pequeños pájaros de un amarillo dorado temen evidentemente las distancias excesivas, prefieren saltar de una rama a otra en las espesas copas de los árboles meridionales, donde su canto es mucho más sonoro que en el mar. Los canarios no son pájaros marinos, sino terrestres. El viento soplaba ligera pero constantemente; siempre contra la proa de la nave, las pequeñas olas, una tras otra, golpeaban ligeramente el casco; bajo el cielo violáceo pasaban en fila india blancas y alegres nubes.

Thompson debía de haber contado algo sobre los chelines que le había entregado, pues al anochecer me detuvo el timonel, un individuo alto, gordo y asmático de mejillas colgantes y flácidas, la mirada pálida y perdida, de lunático. Se quejaba del aburrimiento y dijo que tenía los pies sucios... Aquello, dijo, le fatigaba enormemente, y sin más me pidió unos cuantos chelines. Cuando se lo reproché severamente, añadió en voz baja:

—Está bien, está bien. Así es la vida. Lo sé. Tengo cuarenta y siete años y jamás he podido tener los pies limpios... nunca lo he logrado. Los otros pueden tener los pies limpios, pero yo no... nunca... ¡Qué perra vida! Siempre ocurre algo en el momento preciso y, cuando no ocurre, no se tienen ganas. Es más, las ganas las tengo, pero al mismo tiempo —añadió perezosamente— he encontrado otros sistemas aquí —se señaló la cabeza con un dedo con mirada de espera, observándome atentamente.

Le di inmediatamente los cinco chelines y le aconsejé que por lo menos se pusiera talco en los pies... era un sistema más práctico y exigía menos tiempo. Le rogué que no comentara con nadie que había recibido dinero mío. Pero evidentemente no supo resistir la tentación. Uno de los marineros, de quien ignoraba el nombre, al pasar a mi lado y ver que nadie nos observaba, exclamó como si hablara consigo mismo:

—¡El mastuerzo!

También él recibió unos chelines. Comencé a preocuparme seriamente porque me parecía que aquella chusma se volvía cada vez más insolente. Apenas transcurridos dos días de mi conversación con Thompson, la libreta en la que anotaba mis gastos cotidianos se había llenado de una serie de nuevas anotaciones. La tripulación hubiera podido creer que se trataba de unos poemas, aunque la verdad es que yo no llevaba conmigo ningún poema, ya que había subido a la «Banbury» directamente de una lancha de motor, carente de todo equipaje:

A Thompson por «Me gusta mucho hacerlo» y por su boca en forma de culo de gallina	10 chelines
Al timonel, por sus pies	5 chelines
A X por el mastuerzo	2 chelines
A Stevens, por los tomates y los capullos	5 chelines
A Buster, por su timidez	5 chelines
A Dick, por las encinas cultivadas con pata de niño entre las altas cañas de azúcar	1 chelín 6 peniques

A O'Brien, por las gigantes- cas vacas lecheras que pastan en una llanura cu- bierta de pequeños gui- jarros redondos	3 chelines
A O'Brien, nuevamente, por el cucharón con la reco- mendación de que se mantuviera quieto hasta llegar a Valparaíso (N. B.: El se niega, dice que todavía ayer tuvo pérdi- das de sangre)	1 chelín
Total	36 chelines 6 peniques

Añadí a esta cuenta el siguiente comentario:

«Pago porque es culpa mía. Si no lo fuera, no pagaría. He hecho mal en trabar conocimiento con ese individuo (Thompson), ahora todos se aprovechan de mí y no dejan de importunarme. No hay nada peor que verse mezclado con una banda de desalmados que murmuran a tus espaldas mientras ante ti te adulan servilmente con el único fin de obtener dinero. Estoy seguro de que entre ellos no hacen sino reírse, satisfechos de haber sabido explotar al pasajero, y repiten en tono vulgar las mismas palabras que me habían dicho, sacudidos por las carcajadas y agarrándose la panza. ¡Sabe Dios cómo se les han ocurrido estos trucos! En la nave reina, éste es un hecho, una flagrante indiscreción; habría podido regañar a los marineros, pero no son los únicos en cometer indiscreciones. Los marineros son capaces de malinterpretar todo; de cualquier cosa hacen burla procaz, tanto que uno siente que la sangre le sube a la cabeza.

»La situación exige mucho tacto. La fantasía del

capitán es exuberante, mientras que Smith es capaz de apretar cálidamente la mano de la manera más placentera. Pero a cada momento pueden salirse de sus casillas. Al embarcar, yo me había olvidado del poder absoluto que el capitán ejerce sobre la tripulación y sobre los pasajeros; no obstante, se trata de un elemento fundamental que no conviene olvidar. Había olvidado también que en la mar únicamente hay hombres (naturalmente, no hablo de los grandes buques de pasajeros). Todos son hombres, y por eso un buen golpe disciplinario inicial es siempre un golpe bien asestado. En lo que respecta a la tripulación, ésta se compone de viejos lobos de mar, mucho más viejos de lo que habría podido imaginar, y con esa gente la diplomacia se vuelve necesaria, porque, para ellos nada es sagrado, sino que son iguales a los Burschen alemanes, o a los soldados acuartelados. Basta mirarlos para que no quepa la menor duda. Por consiguiente, apruebo que Smith los mantenga siempre ocupados. Esta mañana, cuando me hallaba en la proa, vi un animal semejante al oso hormiguero; el animal sacó una lengua larga y estrecha como una espada con la que trataba de alcanzar un pedazo de madera que flotaba sobre las olas a varios metros de distancia... Me dirigí a la popa, pero estaba llena de ostras, esa especie de crustáceos que se devoran vivos aún y que, desprovistos de sus conchas, van a dar a las sombrías cavernas de nuestro estómago. Nadie, fuera de ellos, puede ser devorado vivo y nada temen, aparte del limón (¡tenerle miedo al limón!). Di, pues, la espalda al mar y miré hacia el puente; pero allí, en ese preciso momento, uno de los marineros que acababa de instalarse levantó una pierna y se rascó el talón, igual que los perros cuando hacen sus necesidades junto a un macizo de flores. Terminé por encerrarme de nuevo en mi camarote durante varias

horas, echándole la culpa a la presunta humedad. Es necesario actuar con mucho tacto, es preciso no sorprenderse de nada, no debe uno alarmarse, eso no sería bien recibido, ya que todo es precisamente como es... todo es así, y yo no tengo razón alguna para manifestar mi estupor, tanto que, si me arrojan por la borda, deberé tomarlo como si se tratara de algo enteramente natural... En estas condiciones, la estupefacción constituiría una manifestación muy poco apropiada, una grave falta de tacto. De cualquier modo es necesario ser prudente, evitar las controversias, moverse con cautela, porque el tedio oprime y el sol azota. Todo terminará cuando lleguemos a Valparaíso. Pero el viento, ¡ay!, sigue soplando en sentido contrario.

»El orden, la disciplina y la limpieza que reinan en esta goleta no son sino una tenue membrana susceptible de romperse a cada momento, y parece precisamente que todo sigue ese camino».

Después de escribir estas palabras, volví a quemar el papel. Muy pronto se demostró que mis temores eran fundados y que había hecho mal en distribuir dinero entre los marineros, ya que aquello sólo había logrado excitarlos y volverlos aún más insolentes. Una vez dada la mano, tomaban el brazo. (En otra época, hacía de ello mucho tiempo, había repartido caramelos con los mismos resultados.) Un buen día me paseaba por la popa cuando descubrí ante mí, en el puente, un ojo humano. El puente estaba desierto; el único presente, el timonel, masticaba chicle; el sol tropical inundaba el navío, creando en el puente una red oblicua de sombras del cordelaje y del mástil mayor. Le pregunté al timonel.

—¿De quién es este ojo?

Se alzó de hombros.

—No sabría decirle, *sir*.

—¿Cree usted que alguien lo ha perdido o que se lo han sacado a alguien?

—No he visto nada, *sir*. Está ahí desde la mañana. Me hubiera gustado recogerlo y guardarlo en una caja, pero no puedo abandonar el timón.

—Bajo cubierta —le dije— hay otro ojo. Pero distinto. De otro hombre. Le recomiendo, Barnes, que cuando le releven recoja ambos.

—A sus órdenes, *sir*.

Reanudé el paseo interrumpido, preguntándome si debía informar del incidente al capitán y a Smith, que apareció en ese momento por la escalera posterior.

—En el puente hay un ojo humano.

Demostró de inmediato un vivo interés.

—¡Joder! ¿Dónde? ¿Y dónde está el otro?

—¿Cree usted, teniente, que se le ha caído a alguien o que se lo han extraído?

Desde el puente superior oímos la voz del capitán.

—¿Ha sucedido algo, señor Smith? ¿A qué se deben esas imprecaciones?

—¡Estos jodidos...! —respondió Smith, colérico—. ¡Estos hijos de... han comenzado a jugar al ojito!

—¿Quiere usted decir —le pregunté— que los marineros, por puro aburrimiento, han inventado un juego que consiste en sacarse de pronto un ojo con el meñique, más o menos como los niños en la escuela juegan a las zancadillas?

Desde lo alto nos llegó la voz del capitán:

—Teniente Smith, no olvide usted que, además del castigo, el autor del desaguisado debe comerse el ojo extraído, tal como lo exigen los usos marítimos.

—¡Al diablo! —imprecó el teniente—. Si han comenzado, ya no tendremos paz. Durante una temporada en el Pacífico meridional perdimos una vez las tres cuartas partes de los ojos de toda la tripulación. Tienen miedo de esto como de la peste, pero, una vez que comienzan el juego, ya no pueden contenerse. Tendré que darles una lección. ¡Van a acordarse de mí esos hijos de...!

—Debe de ser algo parecido al cosquilleo —dije—. Un niño en la escuela tiene terror pánico a que le hagan cosquillas, y por eso no puede reprimir el deseo de hacérselas a su compañero de banco, éste responde haciendo lo mismo, y así comienza el cosquilleo general.

—Yo soy quien va a cosquillearles —gruñó Smith, hurgándose nerviosamente los bolsillos.

—Debe excusarme —dije con tristeza y con algo de dolor—, pero el ojo, a fin de cuentas, no es sino un órgano mal fijado, una bolita colocada en una de las cavidades del hombre, sólo eso.

Al volver a mi camarote, me tendí en la cama, y escribí con un dedo en la pared:

«¡Lo único que faltaba! Ahora Smith comenzará a hacerles cosquillas y luego serán ellos quienes se las hagan a Smith. Es mucho peor de lo que había pensado. En apariencia todo es monótono y tonto; sin embargo, la cosa se vuelve cada vez más inminente. Hemos entrado en el campo de los ataques personales, lo cual ya es peligroso. Me siento como un cordero rodeado de lobos, como un asno en el cubil de los leones. Debo a toda costa hablar con Clarke».

La ocasión se me presentó esa misma noche en el puente de mando. Clarke estaba acodado en la barandilla y discutía con el teniente; ambos tenían los rostros preocupados e irritados. Era evidente

que examinaban la situación, ya que le oí decir a Clarke:

—Muy bien, pero a este paso tendremos carencia de ojos. Necesariamente algo debe haberles excitado... algo debe haber envalentonado a esta chusma. Ellos, por su cuenta, no habrían comenzado. A partir de hoy no nos dejarán en paz. ¿Qué pudo haberles excitado? —gritó esta última frase en el colmo de la ira.

El mar era transparente, el sol no habíase ocultado aún tras el horizonte, pero la oscuridad cubría con rapidez indecible la inmensidad de las aguas. En el cielo aparecieron las cigüeñas en su peregrinación anual desde las tierras del norte de Escocia hasta las costas orientales del Brasil. En el momento de partir, esas aves familiares se encuentran en la más penosa de las situaciones, ya que sus polluelos no son lo suficientemente grandes como para iniciar el vuelo: por una parte, el poderoso instinto migratorio las impulsa a lanzarse hacia el mar; por otra, un instinto igualmente poderoso, el maternal, las retiene junto a sus infelices retoños y no hacen sino emitir gritos desgarradores.

—El ojo es tal vez el órgano más sensible del cuerpo —dije poco después—. Es muy fácil extraer un ojo —añadí además que, en lo relativo a los ojos, yo era particularmente sensible—. Personalmente detesto que alguien me mire a los ojos a través de una paja. La tripulación me parece bastante inquieta. Tengo la impresión de que los hombres se encuentran molestos, como si les faltara algo. ¿No se les podría tranquilizar de alguna manera?

—¡Lo único que faltaba era que él se entrometiera! —exclamó Clarke con aspereza, en un tono de voz como si tuviera algo más importante de que ocuparse—. Qué carajo, ¿es que le ha entrado miedo? A veces se diría que es usted un navegante valeroso,

otras parece una mujercita plañidera —parecía estar muy nervioso—. La tripulación está enloqueciendo y usted viene a contarnos historias sin importancia. ¿Se ha transformado usted acaso en una hembra?

—De ninguna manera —dije, picado en lo vivo—. Pero si hace usted intervenir el tema de las mujeres, será mucho peor. Yo simplemente quería indicar que tengo conocimiento de que en este barco se prepara un motín.

—¿Un motín? —exclamó estupefacto Clarke.

—Se prepara un motín general —dije de mala gana—. Es evidente que está madurando, aunque en apariencia esa conspiración no exista, todo comienza a prepararse y todos se están poniendo de acuerdo a nuestras espaldas. Sé cómo va a terminar esto. Terminará muy mal.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —exclamó Clarke muy intrigado—. ¿Un motín en la «Banbury»? ¿Sabe usted algo? ¿Qué es lo que sabe, señor Zantman? ¿Un motín?

Le miré a los ojos.

—Usted lo sabe tan bien como yo. Lo que les irrita es la pureza y la decencia... mi pureza y mi decencia.

—¿Qué dice usted? —volvió a preguntar.

—Lo sé muy bien. Se debe a que soy puro y decente. Si no lo fuera, tenga la seguridad de que no se produciría tanta indecencia. Yo os conozco —añadí—, tenéis todos la misma cabeza. Os vienen ganas de no sé qué, pero yo os perturbo, soy un estorbo, ¿no es cierto? Mi pureza os perturba. Es por ello que aquí todo el mundo adula o amenaza, por eso espían y se mofan, ésta es la razón de esa cadena continua de provocaciones, y siempre, siempre un solo pensamiento... siempre, siempre.

—¿Cómo? —preguntó el capitán con la boca abierta—. ¿Habla usted de indecencia? ¿De impu-

dicia? ¡Vaya, qué tipo! Pero venga acá a beber conmigo. Tengo un coñac magnífico —exclamó excitado.

Yo estaba lleno de amargura por la actitud del capitán. Enrojeció, y sus ojillos de navegante brillaron como dos luciérnagas. En ese momento me di cuenta de que yo había hablado demasiado. Lleno de vergüenza me retiré de prisa.

3

El viento soplaba con violencia; en el cielo corrían apresuradas las nubes... Los mástiles y los alambres gemían, las gaviotas combatían contra la corriente que las arrastraba y en el puente se oían lamentos nostálgicos y cantos... Yo había dicho que sabía cómo iba a terminar aquella aventura, y por eso no me sorprendía cuando advertía los síntomas de algo que consideraba como el principio del fin. También había dicho que, si intervenía el tema de las mujeres, las cosas se pondrían peor. Y, en efecto, los marineros, mientras limpiaban las mamparas, cantaban:

Oh, bella mía, ¿por qué no me amas?

Y de la popa respondía un canto salvaje e intenso de los que estaban con los cubos y las escobas:

¡Bésame, bésame!

Era necesario evitar hablar de mujeres; era necesario no tocar aquel punto. Es bien sabido que las paredes oyen.

La proa de la goleta cortaba las grandes crestas aborregadas, se hundía, volvía a levantarse, pero no

retrocedía ni un paso a pesar de que el viento soplara en sentido contrario. La tripulación seguía cantando. Smith les había amenazado con que, si no dejaban de cantar, les haría tragar las palabras... pero aquellos viejos lobos, aquel racimo de horca sabía burlarlo todo. En vez de cantar abiertamente canciones de amor, comenzaron a lanzar con toda el alma sus habituales gritos marineros, obteniendo el mismo resultado. ¡Qué vergüenza! Al tirar las cuerdas, exclamaban:

—¡Aprieta, aprieta!

Inclinados sobre sus cubos:

—¡Lava, seca, moja, riega! —cantaban con delirio, con todo el sentimiento de nostalgia de que eran capaces.

Y Smith no tenía derecho a prohibirles aquello, ya que, en efecto, las leyes de la navegación permiten a los marinos el derecho a lanzar gritos marineros. Para colmo, una gigantesca ballena macho había comenzado a girar furiosamente en torno a la goleta, lanzando al aire trombas de agua que sobrepasaban la altura del mástil mayor; los tiburones huyeron despavoridos y un perro de aguas hizo salir a toda su familia a la superficie para contemplar con estupefacción nuestro navío.

¡Ah, qué triste espectáculo ofrecíamos! ¡Cuántas humillaciones, cuánto ridículo! La única satisfacción consistía en no encontrar en aquellos parajes a ningún amigo. Pero, la verdad sea dicha, en el origen de nuestra situación se hallaba la ligereza de Smith; el día anterior, y para contrarrestar el tedio, Smith había dado órdenes de que engancharan en el ancla un trozo de carne salada y ese anzuelo había atraído a una ballena hembra. Toda la tripulación había acudido para izar a bordo el gigantesco cetáceo y asistir a las contorsiones de su agonía. También se

presentó Smith, quien inmediatamente estalló en una sarta de juramentos obscenos.

—¡Fuera de aquí inmediatamente esa carroña, esa inmundicia, esa montaña de grasa inútil... no quiero ver más este cuerpo hinchado!

Pero era demasiado tarde. Los marineros observaban la ballena con mirada acariciadora. Thompson dijo en una especie de suspiro:

—¡Ay, ay, ay!

La ballena, como es bien sabido, es un mamífero, y era previsible que la hembra de un mamífero les excitara hasta ese grado. Si hubiese sido un pez de sangre fría no hubieran tenido reacción alguna. Sobre todo Thompson, también él un mamífero, reaccionó violentamente. Smith explotó en otra ola de sarcasmos y de insultos:

—¡Oh, cómo apesta! ¡Detesto ese olor rancio! Debe ser muy vieja, yo entiendo de estas cosas; por lo menos tendrá diecisiete años.

¡El imprudente! ¡Diecisiete años! Para una ballena se trataba, efectivamente, de una edad muy avanzada, pero diecisiete años... ¡Caramba! ¡Qué error evocar esos diecisiete años! Sin decir una palabra, los marineros lanzaron a aquella gigante al agua y, media hora más tarde, iniciaron sus lamentos nostálgicos y apasionados, y cierta inquietud actuaba extrañamente sobre los nervios de todos.

Al mediodía el capitán se dejó ver en el puente de mando, observó el mar agitado, hizo un gesto con la mano y dijo:

—La nave resiste el viento con la obstinación de una mula. Perfectamente. Teniente Smith, distribuya a los marineros una cucharada de aceite de hígado de bacalao.

Los tripulantes trataron de evadir como les fue posible aquella ración para no arruinar sus ensueños. Pero Smith logró que cada uno sorbiera su cu-

charada. Después, por cierto, volvió a reinar la calma. Sin embargo, se trataba de viejos lobos de mar, la resaca de todos los puertos del mundo, bastaba con verlos... Se hartaron de pan negro rociado con sal para sofocar el sabor del aceite de hígado de bacalao y volvieron a cantar con renovada violencia. Todo aquello se podía explicar por el hecho de que, desde el momento de nuestra partida, no habíamos visto a mujer alguna. «Desde el momento de nuestra partida», ésta era su actitud, «no hemos visto a ninguna mujer, por eso se ha despertado en nosotros una nostalgia tan violenta». Ellos sufrían de nostalgia, lo que no les impedía estimularla de todos los modos posibles; uno estimulaba y avivaba la nostalgia del otro, y éste se lo agradecía redoblándola en el otro, y así sucesivamente. Los sufrimientos de la ballena macho, que continuaba girando en torno a la nave lanzando en su locura inmensos chorros de agua, no hacía sino estimular y excitar su ardor.

«Si él puede sentir nostalgia», pensaba, «por qué no la íbamos a sentir nosotros».

¡Aquellos bribones! Era tal su astucia que producía verdadera náusea y por eso yo trataba de pasar todo el tiempo posible encerrado en mi camarote. Sabía que se trataba de una banda de desalmados, pero nunca me hubiera imaginado que pudieran llegar tan lejos. Smith no les dejaba tranquilos y en su bolsillo aparecía la punta del taladro, de manera que ellos no podían cantar tranquilos ni llamar a las cosas por su verdadero nombre. Si alguien se lo hubiera permitido, Smith le hubiese invitado inmediatamente a mantener una breve conversación en la bodega. Pero había que ver cómo sabían estimular su propia nostalgia, sirviéndose para ello de cualquier objeto. Abrazando tiernamente una escoba, se lanzaban miradas de fidelidad. O bien, al tirar las cuerdas se cimbreaban como ra-

mas de nogal, igual que si fueran una parvada de adolescentes. Yo ya no podía tolerar aquello. Habría querido ofrecer leche a toda la tripulación, pero sabía que no la habrían bebido. La escudilla de Thompson permanecía intacta ante mi puerta, a pesar de que había colocado debajo de ella no uno, sino dos chelines. Terminé por correr hasta la popa del navío y escribí con el dedo en las paredes de babor:

«Pero... pero... ¡Madre de Dios! ¡Qué banda de malhechores! ¿Qué irá a ser de mí?»

El capitán ordenó con severidad:

—Teniente Smith, esta noche haga usted cerrar herméticamente todas las puertas. Repita la dosis de aceite de hígado de bacalao y prohíba los murmullos.

El capitán y Smith parecían seriamente preocupados. Sabía también que el capitán había regañado ásperamente a Smith por su ligereza. Sin embargo, a pesar de las prohibiciones, a pesar de los ruidos del mar y los chirridos de la goleta, el habitual murmullo reapareció a través de mi cabina con una intensidad mucho mayor y mucho más violenta que en las noches precedentes. Yo no podía más. No podía resistir a la curiosidad, inoportuna y nociva, de saber qué decían, a pesar de que estaba seguro de que el ochenta por ciento de las conversaciones debía ocuparlas mi persona, por lo que hice un agujero en el suelo y acerqué el oído. Los rumores llegaron de inmediato unidos al tufo de tabaco y de aceite de hígado de bacalao, pero al principio no logré entender nada. Les oía retorcerse, gemir, lamentarse, maldecir a Smith y al aceite de hígado de bacalao que les torturaba e irritaba... Algunos cantaban en voz baja, otros mantenían conversaciones confusas y exasperadas. Sólo después de un rato pude entender:

—Las mujeres de Singapur.

Y luego:

—Las mujeres de Madrás.

—Las mujeres de Mindoro...

—Las de São Paulo, las de Loamin...

Otros gemidos, y el ruido de personas que dolorosamente se restregan en los brazos el aceite de hígado de bacalao. Luego se distinguió una voz más clara:

—Con tal de que no tengan roña...

—¡Por supuesto, sin roña!

Una vez más, siempre con el mismo tono:

—Sus manitas...

—Sus piecitos...

(¡Qué extraño juego de imaginación!)

El rumor subía de tono; pero luego volvió a oírse una sola voz:

—Yo he sido amado. Sin dejarle siquiera un chelín. ¡Sí, me amó a primera vista! Y no quiso aceptar un solo centavo.

Estalló el vocerío:

—¡Desde luego! ¡Le daría con gusto un par de pendientes o hasta un collar de corales!

—Todos pueden ser amados —refunfuñó el timonel con voz profunda—. Pero no a todos les apetece. Para amar es necesario lavarse los pies. Ahora, cuando me veo obligado a lavarme los pies, no tengo a una mujer y, cuando tengo a una mujer, no debo lavarme los pies. Siempre me ocurre lo mismo. Por eso el pasajero me ha regalado cinco chelines.

—No se trata de eso —dijo otro—. Ya se sabe que todos podemos ser amados. Lo que falta es tiempo. Nos falta tiempo, hermanos, os lo digo... Cuando tienes tiempo, también tienes dinero, pero, cuando tienes dinero, te vas al burdel donde lo resuelves todo sin tener que recurrir al amor. En cam-

bio, cuando te falta el dinero, debes embarcarte y ganarte la vida. ¡Esto sí es una porquería!

(¡Cuánta verdad encerraban sus palabras!)

Y otra vez... con mayor pasión:

—Los dientecitos...

—Los ojitos...

(¡Qué voluptuosidad! ¡Qué frenesí!)

—No se trata de eso, hermanos —dijo Thompson tétricamente—, no se trata de eso, sino de esta maldita fiebre de viajar... Os lo juro, tan cierto como que estoy aquí entre vosotros, muchas me han amado; en San Francisco y hasta en Aden me paseaba por la calles, en las ventanas estaba tendida la ropa, y ellas, ellas me lanzaban miradas...

—¿Y quién no te habría lanzado miradas? —dijo en tono adulator el grumete. (¡Qué decía? ¡Cuánta desvergüenza! A decir verdad, aquel grumete me había disgustado desde el primer momento... por su «coquetería»; fue capaz de extraerme por lo menos veinte chelines, como había anotado en mi cuaderno.)

—La nuestra es una maldita suerte, os lo juro —murmuró el timonel—, maldita. ¡Limpiar y barrer de la mañana a la noche! Yo ya tengo más de cincuenta años y os lo puedo decir: ¡Maldita sea nuestra suerte!

—Hermanos —repitió Thompson lúgubremente—, yo os digo, la culpa de todo está en esa manía de viajar. Esa maldita picazón que no te deja en paz y que te lanza al mundo... ¿Sabéis cómo es?... Es algo que se apodera de todo el cuerpo, que impide dormir. ¡Ah, hermanos míos! ¡Cuántas veces me he encontrado encima de una mujer! Cada vez pensaba que me transportaría como una nave... Haré un viaje, pensaba, pero ella no se movía ni un palmo. Y entonces algo explotaba en mí y me enloquecía, os lo juro. ¡Caramba! Corría al puente

para embarcarme en la primera nave que veía para poder volver a la mar... ¡no importaba hacia dónde!... y mecerme a gusto. Esa es la verdadera razón. Amigos, son precisamente las mujeres las que le dan a uno esta fiebre de los viajes.

—Y has llegado muy lejos, no cabe duda —rió uno con sarcasmo—. Desde hace dos semanas no hemos hecho ni treinta nudos.

—No hay manera de que nos movamos —imprecó alguien en la oscuridad—. Han cambiado los vientos.

—Pero aunque nos moviéramos —dijo otro con impaciencia—, ¿de qué serviría? En Valparaíso encontrarás la misma puta que en Bombay. Lo único que habrá cambiado será la calle.

—Yo no sé nada —dijo el timonel con voz nasal, insegura y plañidera—, durante todo el día no hace uno más que barrer, pulir y lavarse los pies. ¿Por qué nos obligan a lavarnos los pies y en cambio no nos permiten siquiera una mujer? ¿Lo hacen a propósito? Siempre es lo mismo.

Y comenzó a proferir lentamente, con alevosía, eligiendo las palabras, juramentos obscenos.

—Así revienta el hombre —dijo el grumete con voz destemplada—, ¿no es cierto, Thommy? ¿En qué piensas, Thommy?

—Y, mientras tanto, el pasajero nos da de beber leche como a los gatitos —dijo Thompson, y soltó una sarta de vulgaridades—. ¿Y si cambiásemos la ruta noventa grados... si pusiéramos la nave perpendicularmente al viento?... Entonces, sí, muchachos, que de veras navegaríamos. Todo se movería. En el Sur existen, según he oído decir, mares completamente desconocidos y dicen que hay también vacas marinas grandes como montañas, islas cubiertas de jardines y en esos jardines... ¡ay, ay!...

(¡Aja! ¿En qué estaban pensando? ¿Conque tenían ganas de pasear? Era necesario impedirlo.)

—Aquello está lleno de maravillas —dijo el grumete.

—Y hace calor —dijo el timonel—. El sol calienta mejor.

—«¡Bajo el hermoso cielo de Argentina, los sentidos gozan gracias a una niña!» ¡Vamos, muchachos, cantemos! El canto es la mejor medicina para curar la nostalgia, y de nostalgia sufrimos todos —e inició un canto en voz baja, sofocado, semejante a un lamento—. Bajo el hermoso cielo de la Argentina... —tapé el agujero del suelo, me acosté y traté de dormir, pero después de un rato me levanté y dormí en el puente, porque mi camarote estaba saturado, del olor del aceite de hígado de bacalao y no se podía respirar.

Los marineros, evidentemente, se dedicaban con toda el alma a estas interminables fábulas, a fantasear sobre mares desconocidos, los milagros y las maravillas de los trópicos, sobre las aventuras de Simbad el marino. Sin duda alguna se regodearían con historias mil veces oídas sobre montañas, jardines y rocas, relatos narrados en el estilo bíblico de Salomón... Los senos como alondras; los cabellos, una estruendosa cascada; los ojos, dos gacelas. La imaginación, semejante a un perro encadenado, gruñía y mostraba los dientes. El puente estaba completamente desierto. El mar se había hinchado aterradoramente; el viento soplabá con redoblada fuerza; entre las aguas oscuras se vislumbraba el chorro de la ballena furiosa, en su infatigable ronda. Ejem... a mi derecha el África, a mi izquierda el continente americano; en medio pululaban extraños pececitos de la familia de los gobios. Estos tienen un temor pánico a la soledad, por lo que sólo se mueven cuando se encuentran en bancos de diez mil

o más y, si se os ocurriera pescar uno y tenerlo por un instante fuera del agua, sus compañeros sacarían tristemente sus bocas a la superficie y reventarían como las ovejas en el fuego.

—Menos mal que no hay mujeres —murmuré—, porque, si llega a haber por lo menos una a bordo, nadie habría podido salvarme. Pero por fortuna estamos lejos y no hay mujeres ni posibilidad de que las haya. ¡Bendito sea el Señor!

En aquel instante oí a mis espaldas y hacia la izquierda el chasquido inconfundible de un beso. Volví la cabeza pensando que podía tratarse del chirrido del velamen, pero poco después oí el mismo sonido, aún más nítido. ¿Un beso? ¿Un beso en el barco? ¿Cómo era posible si no había mujeres? Me aclaré la garganta y caminé hacia la proa. Allí volví a oír el mismo ruido inconveniente, claramente, como si sonara en mi oído. Decidí volver inmediatamente a mi camarote. Como no había mujeres, tampoco debía haber besos y por consiguiente no debería haber oído ruidos inexistentes. Si, en cambio, se preparaba realmente un motín, era preciso retirarse. No quería inmiscuirme. ¡Que se las arreglaran como pudieran!

Deteniéndome precisamente ante la puerta de mi camarote, oí detrás del mástil, apenas a tres pasos de mí, la voz meliflua y aterciopelada del grumete:

—Thommy, Thommy, dame tu bufanda e iré contigo al circo.

—¡Thompson! —exclamé yo—. ¡Thompson! ¿Qué hace usted? ¡Por el amor de Dios, Thompson, vuelva usted a su sano juicio!

—¿Qué le pasa? —gruñó Thompson, sin soltar al grumete, que le abrazaba estrechamente.

—Pero, Thompson, no está usted con una mujer. Tenga usted una libra, Thompson, ¡una libra! Soy yo quien se lo pide...

—Pero yo parezco una mujer —intervino el chico—. Tengo la voz aguda como una mujer.

Thompson, bruscamente hizo con la mano un gesto obsceno ante mis ojos, después de lo cual me ignoraron por completo. Simulé haber olvidado mi pañuelo y me retiré inmediatamente. Pero cerca de la escotilla de babor vi a otros dos marineros que caminaban abrazados. Volví sobre mis pasos... y vi a otros dos marineros que cuchicheaban junto a la despensa.

«Nada de agradable tiene esto», me dije. «De ahora en adelante no podré volver a ver a dos marineros juntos, ni siquiera a un marinero. Deberé mirar siempre hacia otro lado. Lo mejor sería despertar al capitán. Estos murmuran y tramán algo».

Sin embargo, Clarke no dormía. Me sorprendió ver el fuego de su pipa en el puente de mando. Evidentemente había decidido vigilar la goleta aun de noche. Estaba de pie y observaba con mucha atención la punta de un dedo doblado. «¡Un buen capitán!», pensé en mi desdicha, «un excelente capitán, en apariencia un poco excéntrico, pero concienzudo, valiente y experimentado!». El no permitiría aquello. No lo consentiría. Me acerqué, y en pocas palabras, como si fuera algo natural, le hice comprender que en el barco habían aparecido los besos, que en el puente pululaban los marineros en parejas. Que paseaban del brazo, hablaban en voz baja, se inclinaban uno sobre el otro y se abrazaban.

—¿Qué? ¿Un motín a bordo? —gritó el capitán saliendo de su estado letárgico—. Teniente Smith, hágame el favor de sacar mi casco. Un motín se castiga de acuerdo con las leyes del mar y de la navegación. Los provocadores serán metidos en sacos, leeré el versículo indicado del Evangelio y luego, con una piedra atada al cuello, serán arrojados al mar. El único problema consiste en meterlos en los

sacos. Será necesario colocar un cebo en el fondo de los sacos.

(¡Qué idiotez! ¡Y en un momento como aquél! ¿Cómo era posible que la imbecilidad me saliera siempre al paso? Una inmensa fatiga se apoderó de mí, como un baño de aceite.)

—Si la nave se dirige a Valparaíso, entonces yo, como capitán, debo asegurar que llegue al puerto de Valparaíso. Debo cuidar también de que haya limpieza y orden. ¿Sí o no? ¿No es acaso justo mi razonamiento, señor Zantman?

Me observó con indecible soberbia, se hinchó, se le desorbitaron los ojos, se puso rojo, después violáceo, al punto que di unos pasos atrás y me cubrí los oídos, maquinalmente, por miedo de que pudiera explotar... y de improviso se desplegó del suelo, voló por al aire algunos pasos para luego volver a caer. ¿Qué era aquello? Parecía un pez volador. No debía haberle hablado. No se debe hablar cuando el efecto de las palabras es imprevisible y el límite de la fantasía no está definido.

—Tiene miedo —exultó triunfante al volver al suelo—. ¡Esta puta naturaleza tiene miedo! ¡Te romperé los cuernos! ¡Te aniquilaré! ¡Adelante! ¡Anda! ¡Hurra! —parecía enloquecido—. Mire eso, señor Zantman —y me hizo ver el gran índice de su mano derecha—. ¿Qué ve usted? Una arañita. Una arañita macho. Acabo de encontrarla hace poco aquí, en el puente. He visto una enorme araña hembra hacia la cual se dirigía este minúsculo insecto. ¡Vaya! A dos pasos de mí. Había que verla cómo lo esperaba hipnotizándolo, negra, inmóvil, con las piernas abiertas. Como Mane, Tecel, Fares, y había que ver cómo le suplicaba él para que no lo devorase. Ladraba, se lo juro. ¿Qué piensa usted, dígame, qué piensa usted de este machito?

—Lo peor —respondí yo tembloroso y desviando

la mirada—. Del mismo modo se comportan las serpientes para atraer a los pajaritos. Tengo una gran confusión mental. Y por consiguiente las diferencias entre las cosas parecen borrárseme, hasta las que hay entre el bien y el mal.

—¿Cómo? ¡Usted tiene razón, señor Zantman! ¡Desde luego! Los pajaritos... las serpientes... ¿cómo no se me había ocurrido? Siento hasta escalofríos. ¡Ah, esos canallas! Todo se pone de acuerdo, todo se acopla, las arañas, los pajaritos con las serpientes, los marineros, todos gozan... menos yo... Hasta aquí, debajo de mis narices, en el barco, mientras que yo... Claro que en el mar están los peces, pero los peces, Dios mío, los peces... ¡son ovíparos! —gritaba—. Nunca había pensado en eso. ¡Por un millón de centellas! ¿Había usted reflexionado sobre el hecho de que un pez ovíparo, disponiendo en sí mismo de todo lo que es necesario, puede gozar de todas las delicias? Mientras que yo, a solas, debo permanecer aquí, de pie, solo.

—Es como un matrimonio —dije prudentemente, pues sentía que todos los cabellos se me erizaban en la cabeza y temía herir a alguien—. Es seguramente como un matrimonio... En cada pez se encuentra al mismo tiempo al hombre, a la mujer y a un pequeño sacerdote. (¿Qué sentido tenía provocar de esa manera al gato que duerme? ¿Qué sentido tenía hablar en voz tan alta?) Ah, señor capitán —dije, reclinándome sobre el barandal—, quería decirle que allí, bajo el puente, no hay sólo unos cuantos marineros, sino muchos... es más, me parece que están todos juntos, que murmuran, se abrazan, se aproximan a este lugar. Dispense, creo que debo volver a mi camarote.

—Ah —dijo el capitán, frotándose las manos—. ¡Ah! ¿Así que vienen hacia acá? Muy bien. Teniente Smith, haga venir a toda prisa al segundo oficial. De

modo que habrá baile —y antes de que yo tuviera tiempo de gritar, con un gesto que ofendía en el más alto grado la decencia pública, sacó de su bolsillo un pequeño revólver silencioso de color azul marino.

Volví rápidamente a mi camarote, me tendí en el lecho y me dormí inmediatamente. Mis sueños fueron inquietos; soñé, en efecto, que todos se habían reunido en el puente vecino a mi camarote, que se creaba una gran confusión, una maraña de abrazos, un manoseo vulgar, susurros sofocados, lamentos, imprecaciones e insultos horribles. Hubo un combate cerca del puente de mando que continuó después en la parte posterior de la goleta, pero no estaba seguro de que se tratara del motín porque no había oído ningún disparo. Me parecía en cambio haber oído varias veces mi nombre, pronunciado con acompañamiento de risas salvajes, de gritos, de bromas escarnecedoras y de manos frotadas... Zantman, Zantman... como si debiera yo ofrecerles bebida a todos. Como si todo tuviera algo que ver con mi dinero.

La nave proseguía, ascendía lentamente y oía que alguien explicaba de manera repugnante que aquello se debía al hecho de que había encontrado viento contrario, por lo que el impulso del navío y el viento chocaban y la «Banbury» se veía obligada a subir a las mayores alturas. Quería llamar, pero no lograba extraer la voz de la garganta; dormía. Mientras tanto alguien tocó con un dedo el timón, viramos repentinamente y la «Banbury» impulsada por el viento, comenzó a marchar con tal violencia que me caí de la cama.

4

Hacia medianoche el viento se transformó en huracán. La goleta comenzó a bailar como un colum-

pió, chirriaba destempladamente y la velocidad aumentó a tal punto que no lograba separarme de la pared posterior del camarote. La «Banbury» resistía tenazmente la embestida del viento. Al cabo de veintiséis horas, amainó la tormenta, pero yo preferí no salir al puente. Era evidente que el amotinamiento había tenido lugar o, si no precisamente un motín, había ocurrido algo por el estilo, por lo que consideré prudente no aventurarme demasiado antes de saber con toda seguridad qué iba a encontrar en cubierta. Cerré la puerta con llave y la reforcé con el armario; en un rincón tenía una caja de galletas y once botellas de cerveza.

Por la mañana me atreví a mirar prudentemente por la ventanilla, pero inmediatamente me retiré y cerré las cortinas, es más, sobre las cortinas puse mi grueso abrigo. Lo que había visto acabó por convencerme de que no debía abandonar el camarote hasta que no se presentaran ante mi puerta y la forzaran. Mi posición era precaria, ya que podían comenzar a faltarme las galletas y ya que, además de haber puesto también las mantas encima del abrigo, por las fisuras se filtraba la luz... una luz del todo inoportuna, extrañamente cargada, luminosa, mientras que las paredes del camarote se habían agrietado y torcido debido al huracán, creando surcos y fisuras extrañamente irregulares. Aquellos surcos tenían un aspecto cerebral, falsamente inteligente, eran inútilmente deformes y terminaban en punta. En resumen, surcos muy cerebrales y puntiagudos. También aquello me inducía a la prudencia.

No sabía si me habían olvidado, si creían que una ola me había arrebatado durante el huracán, o si tenían otros asuntos de que ocuparse... Lo cierto es que durante tres días nadie se presentó. El calor se volvía insoportable. Traté nuevamente de atisbar por la ventana, pero me retiré rápidamente al ex-

tremo opuesto del camarote; vi en efecto tonos de un verde esmeralda tan deslumbrantes que sólo entonces pude comprender cómo el verde esmeralda puede ser peor que una noche tétrica y oscura. Para colmo, en la cubierta se había posado un minúsculo colibrí de ojos demasiado escudriñadores, mientras que a su alrededor surgían en profusión todos los colores del arco iris, lo cual no me gustó nada. Por el contrario, el exceso de luz, la riqueza del decorado, la explosión del colorido terminaron por indisponerme... Personalmente prefiero un crepúsculo gris y otoñal o bien una mañana neblinosa... no me gusta la ostentación; y mis preferencias se inclinan por los rincones modestos y silenciosos donde siempre sé cómo terminarán las cosas.

Y así, durante el cuarto día, seguía sin abandonar mi camarote, aunque las galletas estuvieran por acabármeme. La goleta aumentaba cada vez más la velocidad, pero sin ningún sobresalto, parecía una barca surcando la tersa superficie de un pantano... Las luces que se filtraban por las hendiduras eran cada vez más potentes. Afuera, estaba seguro, volaban los grandes y lúgubres cóndores... y los vistosos y harapientos papagayos, y los peces de oro, como en un acuario... Y también, quizás a distancia, los boababs, las palmas, las cascadas... Sí, sí... Evidentemente, los amotinados, aprovechando la fuerza del viento, habían dirigido la «Banbury» hacia las aguas desconocidas del trópico. Prefería, sin embargo, no imaginar hacia qué deslumbrantes verdores y hacia qué fantásticos archipiélagos se dirigía la nave, llevada por una corriente submarina. Y habría preferido no oír los gritos salvajes y frenéticos con que la tripulación saludaba a los colibrís, los papagayos y los otros signos que en el cielo y la tierra anunciaban (para hablar sin reticencias) la próxima y grandiosa orgía.

No, no quería saberlo. No quería saberlo y no deseaba el calor, ni la exuberancia, ni el lujo. Prefería no salir al puente por temor a ver lo que... lo que hasta ese momento ofuscado, oculto y no dicho se desencadenaría con toda su falta de pudor, entre plumajes de pavorreales y fulgores espléndidos. Desde el comienzo todo había estado en mí, y yo, yo era exactamente igual a todo lo demás. El mundo exterior no es sino un espejo que refleja el interior.

1932

Aventuras

En el mes de septiembre de 1930, mientras navegaba hacia El Cairo, me caí en las aguas del Mediterráneo. Caí con un ruido estentóreo, ya que el mar estaba perfectamente en calma y ni una sola ola rompía su superficie. Sin embargo, nadie advirtió mi caída sino hasta unos cuantos minutos más tarde, cuando la nave se había alejado ya casi kilómetro y medio. Cuando al fin se dio la orden de volver atrás y de dirigir el barco hacia mí, el capitán, nerviosísimo, ordenó la marcha a tal velocidad que el gigante pasó a mi lado sin poder detenerse y me hizo tragar, contra toda mi voluntad, una buena cantidad de agua salada. El navío volvió a dar la vuelta, pero también en esa ocasión pasó a mi lado con la velocidad de un tren a toda marcha y se detuvo demasiado lejos. La maniobra se repitió por lo menos diez veces con desconcertante obstinación. Entretanto, un gran yate privado se acercó y me recogió. Entonces mi barco, «L'Orient», pudo reemprender tranquilamente su ruta.

El capitán del yate, que era también su propietario, me hizo atar y me encerró en un camarote, porque, mientras se cambiaba los zapatos, yo había dejado escapar una mirada de estupor a la vista de sus pies blancos. Aunque tenía el rostro blanco yo habría jurado que sus pies debían ser negros como el carbón. ¡Nada de eso! ¡Tenía los pies completa-

mente blancos! Aquello bastó para que alimentara hacia mí un odio ilimitado. Comprendió que era yo la única persona en el mundo que había descubierto su secreto: era un negro blanco. (La verdad sea dicha, se trataba de un mero pretexto.) Durante los ocho siguientes meses navegó sin parar, atravesó innumerables mares, deteniéndose sólo para proveerse de combustible, y durante todo ese tiempo se deleitó con el poder absoluto que le proporcionaba el tenerme encerrado en un camarote oscuro donde podía disponer de mí a su antojo.

Por grande que fuera su odio, era natural que un día tuviera que desaparecer en los abismos de su poder sin límites y, si a pesar de todo decretó para mí una muerte cruel, no fue por hacerme sufrir sino para poder deleitarse él. Había calculado, durante largo tiempo, la manera que le permitiría disfrutar a mis expensas de placeres que, solo, no habría tenido el valor de experimentar. Algo así como el inglés que encerraba insectos en cajas de cerillas y las arrojaba a las cataratas del Niágara. Cuando fui conducido por fin al puente del yate, además de miedo, sentí nostalgia, pesar y gratitud... En efecto, he de admitir que aquel individuo había elegido para mí el tipo de muerte con el que yo había soñado desde niño. Con instrumentos especiales, de los que evitaré cualquier descripción, crearon un artefacto excepcional... Finalmente me encontré colocado en el interior de un recipiente de cristal en forma de huevo, lo suficientemente amplio como para poder mover brazos y piernas, pero demasiado pequeño como para poder cambiar de posición.

El cristal tenía un espesor de unos tres centímetros. No había una sola fisura ni un remiendo en toda la superficie. En un único extremo había un pequeño orificio por donde entraba el aire. Tomad un huevo enorme y perforadlo con una aguja, y ése

será el huevo en que me encontraba metido, mientras el espacio del que disponía no era mayor que el reservado a un embrión de pollo.

El Negro me enseñó el mapa del océano Atlántico y señaló la posición de nuestro yate; nos encontrábamos cerca del centro del océano, entre España y la parte septentrional de México. El punto exacto en que la poderosa Corriente del Golfo, proveniente de América, se dirige hacia el Canal de la Mancha, la costa norte de Inglaterra y la Península Escandinava. En el mapa se veía sin embargo que, a una distancia de unas mil millas de Europa, la Corriente del Golfo se bifurca y que su componente meridional gira hacia el Sur, a la derecha, para continuar con el nombre de Corriente de las Canarias. A la altura del Senegal, la Corriente de las Canarias tuerce nuevamente hacia la derecha (es decir, hacia la izquierda en el mapa), llamándose entonces Corriente del Ecuador; la Corriente del Ecuador sigue hacia la derecha como Corriente de las Antillas, y al final la Corriente de las Antillas, tomando otra vez a la derecha, vuelve a reunirse con la Corriente del Golfo para recomenzar de nuevo toda la trayectoria. De esa manera las corrientes forman un círculo cerrado con un diámetro de mil quinientos a dos mil kilómetros. Si se os ocurre arrojar desde el puente de un navío un trozo de madera, tened la seguridad de que, al cabo de seis meses, tal vez de un año, tal vez de tres, las agitadas aguas del océano lo conducirán, siguiendo la ruta de Occidente, al mismo punto del que partió hacia Oriente.

—Serás arrojado al mar en el interior de este recipiente de cristal —fue lo que en sustancia me dijo el Negro—, y ninguna tormenta será capaz de hacerte naufragar. Llevarás contigo un paquete con tres mil comprimidos de caldo, lo que quiere decir que, si tomaras uno al día, la ración te bastará para

vivir diez años; tienes también a tu disposición un pequeño, pero infalible instrumento para destilar agua. La verdad es que el agua no va a faltarte nunca; tendrás más de la que vas a necesitar en el curso de tu errante pasividad, tanto sobre las aguas como debajo de ellas; cuando finalmente exhales el último suspiro porque te lleguen a faltar las pastillas de caldo concentrado, tu cadáver continuará circulando por el camino trazado, flotando, flotando, flotando...

Me lanzaron, pues, a las aguas del océano. El huevo se hundió en un principio, pero más tarde emergió a la superficie... Aquel día soplaban un fuerte viento, no había sol, el mar estaba muy agitado, y la primera ola que me recibió me colocó sobre su espalda verduzca y espumante y durante unos instantes me condujo hacia las alturas, pesadamente... pero, después de haberme levantado, me hizo precipitar con estruendo hacia un abismo. Bajo la superficie del mar había una calma verdosa. Sin embargo, tan pronto como volví a ver la confusa y opaca cúpula del cielo, el dedo amenazador de Dios sobre mi cabeza, una montaña vertical me lanzó al abismo acuático, esa vez sólo por un minuto. La tercera ola arrastró el huevo de cristal dulcemente por un período bastante prolongado, luego pasó sobre mí y, mientras me cubría, encontré un poco de calma en el fondo del valle. Pero llegó una cuarta ola, luego una quinta... ¡Y al fin estalló la tormenta! Gigantes deformes, monstruos jorobados me condujeron hasta cimas enloquecedoras para luego arrojarme al fondo del abismo. Y, naturalmente, no había probabilidad alguna de hundirme para siempre. El Negro debió de haberme seguido en su barco durante unas dos semanas... luego, evidentemente cansado y aburrido, tomó otro rumbo.

Según las recomendaciones que había recibido,

cada día chupaba una pastilla de caldo concentrado, y bebía el agua destilada por medio de una sonda de hule. De esa manera me fue dado absorber la nostalgia de todos aquellos que, sin poder lanzarse, contemplan el mar desde los altos puentes de los barcos sin poder participar en su juego. Y jamás pude establecer la menor ley que regularizara mi eterno movimiento, jamás fui capaz de adivinar si el agua me levantaría o me hundiría, si me azotaría por un costado o por el otro, así como tampoco lograba comprender cómo avanzaba a pesar de que sabía que me dirigía hacia Oriente. No había nada que no fueran montañas o valles marítimos, ruidos y espuma, muros de agua verticales, desencadenados, apresurados, abismos aterradores, masas que desaparecían debajo de mí, sin que supiera yo adonde, altísimas colinas, precipicios imprevistos, crestas que aparecían rápidamente para desaparecer de inmediato en una fuga precipitada, la vista de la cima y la del fondo, toda la actividad del océano. Finalmente abandoné la actitud de observador. En cierta ocasión, vi cómo un trozo de madera solitario, que durante varios días me había hecho compañía a cierta distancia, se alejaba lentamente y desaparecía en el espacio saturado de sal y niebla. Tuve entonces deseos de aullar dentro de mi huevo, porque comprendí que aquel leño se dirigía hacia las costas de Europa, en tanto que yo seguía la ruta meridional de la corriente rumbo a las islas Canarias, para permanecer por toda la eternidad flotando, flotando, flotando... en un círculo vicioso. El Negro había hecho sus cálculos a la perfección. Sin embargo, en vez de gritar, me puse a cantar, ya que el desencadenamiento de los elementos marítimos me predisponía siempre al canto.

Un barco francés, que llevaba la bandera de la Sociedad Chargeurs Réunis, me atropello, rompió el

cristal del huevo y me rescató. Así terminó mi peregrinación. Pero eso ocurrió sólo unos años más tarde. Al desembarcar en Valparaíso, me dio inmediatamente por esconderme del Negro, pues estaba convencido de que me había seguido.

Que el Negro lograría darme caza era para mí evidente, y sólo por una razón: quien una vez ha disfrutado con otro como lo había hecho conmigo o, para expresarme mejor, quien una vez ha conocido el tipo de placer que él había obtenido de mí, nunca podrá ya renunciar, como el tigre que ha probado una vez carne humana. En efecto, al parecer, la carne humana contiene algo que no se encuentra en ninguna otra. Atravesé en la huida todo el continente americano y me dirigí hacia Occidente, y, finalmente, de todos los sitios de este mundo el que más seguro me pareció fue Islandia. Pero la mala suerte hizo que no pudiera resistir la mirada del aduanero de Reykjavik, y confesé mi culpa. Nunca había tratado de pasar nada de contrabando en ninguna frontera, siempre había mirado a los ojos a los funcionarios de aduana y siempre abría las maletas antes de que me lo pidieran. Siempre también recibía una frase de elogio del aduanero al cruzar una frontera. Pero, en aquella ocasión, mi conciencia turbia no logró resistir a una especie de reproche mudo que se ocultaba en la mirada del funcionario y admití que, a pesar de que mi equipaje no contenía ningún objeto prohibido por los reglamentos aduaneros, yo no estaba del todo libre de culpa, ya que trataba de pasarme a mí mismo de contrabando. Él funcionario no me puso ninguna dificultad, pero es evidente que informó a quien debía hacerlo; dos

días más tarde apareció el Negro y volvió a conducirme a su yate.

Y volví a encontrarme en un camarote, dando satisfacción a los desenfrenados caprichos del Negro. El yate no seguía ningún destino fijo, y no ahorrraba carbón ni vapor. El, entretanto, hacía conjeturas, entre un número infinito de posibilidades, sobre mi suerte y sobre qué punto del mapa debía reservarme. Yo aceptaba todo con la más absoluta calma, como si precisamente aquél fuera mi destino. Por otra parte, sabía cómo terminaría aquella aventura: no de una manera que me resultara del todo nueva y desconocida, sino por el contrario de una que yo conocía y que tal vez desde hacía muchos años había anhelado experimentar. Cuando, después de largos meses de prisión sofocante, pude respirar finalmente el fresco aire marítimo, vi que el puente de popa se plegaba bajo el peso de una enorme bola de acero (o más bien de un cono de acero) cuya forma recordaba un poco la de un obús.

Ese juguete debió de haberle costado por lo menos varios millones. Comprendí de pronto que aquel obús debía estar vacío, ya que de otra manera no podrían meterme en él. Y, en efecto, cuando abrieron una portezuela lateral y me arrojaron al interior, vi un pequeño saloncito. Precisamente reconocí aquel pequeño salón carente de adornos y de detalles superfluos como *mi* salón. A pesar de que las paredes del obús eran de un grosor inaudito, yo no había comprendido aún del todo las intenciones del Negro, y sólo cuando me dijo que nos encontrábamos en el océano Pacífico, en el punto exacto del abismo oceánico más profundo del mundo —17.000 metros—, comprendí... Sentí que el terror me helaba la nuca y la punta de los dedos, pero sonreí con las comisuras de la boca, saludando aquello que

desde hacía tiempo me era conocido, aquello que de tiempo atrás me estaba destinado.

Así pues iba yo a ser el único ser humano que viviría el instante en que es posible percibir el ligero contacto de la materia con el fondo del mar, el único ser viviente que viviría su agonía en aquella región que ni siquiera los crustáceos resisten. El único que conocería de manera absoluta la oscuridad, la muerte, la desesperación. En fin, mi destino superaría al de todos los mortales en cuanto a unicidad. El Negro, por su parte, ardía en curiosidad (claro que no era el único) por saber qué podría existir allá, en el fondo del mar... y estaba obsesionado por la conciencia de que se trataba de una zona del mundo que siempre le estaría vedada, que aquella zona de piedra y de frío escapaba a su imperio y permanecía inmutable, ajena a su voluntad, en las profundidades, mientras él flotaba en las superficies. Nada de extraño, pues, que quisiera *saber*, y al día siguiente a la misma hora... al día siguiente, con toda seguridad, *sabría* que allá en el fondo, diecisiete kilómetros hacia abajo, yo estaría agonizando y que, sin dar señales exteriores de su propia emoción, poseería el secreto de los abismos.

Cuando me preparaba ya para entrar en mi tumba, resultó que, por culpa de un error de cálculo, el peso específico de la bola de acero estuvo mal calibrado y que, a pesar del espesor de las paredes, aquel instrumento no permanecía bajo la superficie del agua. El Negro ordenó entonces que soldaran un asa gigantesca, que engancharan en ella una cadena y que ataran un ancla a la cadena para que pudiera permanecer en el fondo. El peso del ancla fue calculado de modo que no redujera el tiempo del descenso al fondo del océano.

Por última vez el Negro me mostró el mapa: le importaba muy especialmente que, al morir, yo tu-

viera en los ojos el punto del planeta al que estaría atado para toda la eternidad. La portezuela se cerró a mis espaldas. La oscuridad se hizo definitiva. Después, una violenta sacudida... Fui arrojado al mar y comencé a descender. Debo confesar que todo lo que entonces viví fue muy diferente a cualquier cosa que hubiera podido suponer. En efecto, yo esperaba que se establecería cierto nexo con la realidad en aquel preciso instante, pero la oscuridad y el grosor de las paredes de acero hicieron que perdiera completamente la percepción psíquica de todo lo que estaba ocurriendo y que sólo supiera que caía, que me desplomaba, que me movía hacia abajo. Acurrucado en el suelo de acero, respiraba con dificultad. Al final del viaje de dos horas, sentí una ligera sacudida. ¡Qué emoción! Aquella sacudida significaba que había tocado fondo. Veía con los ojos de la imaginación oscilar aquella bola hasta encontrar la posición correcta. ¡Así que finalmente había llegado, tocaba fondo, el punto más secreto del Pacífico!... Estaba yo, allí, y vivía... ¡y con una pierna lograba tocar mi otra pierna! Arriba, precisamente sobre mi cabeza, a una distancia de diecisiete kilómetros, el Negro. El Negro que se deleitaba con la idea de conocer finalmente aquel inaccesible fondo marítimo, de imponer su propio poder, de haber arrojado una sonda, de poder hollar aquel fondo helado y de poseerlo mediante mi tortura.

Mi tortura adquirió pronto proporciones tan alucinantes que temí que todo se convirtiera en un demente delirio. En fin, tuve miedo de que se convirtiera en algo tan poco humano que el Negro no pudiera obtener de ella ningún provecho. No quiero entrar en detalles. Sólo añadiré que tan pronto como el obús se estabilizó en el fondo, la oscuridad, que desde el principio había sido total, aumentó aún más, tanto que sentí la necesidad de esconder el ros-

tro entre las manos; una vez realizado ese gesto, ya no me fue posible separar las manos de la cara; era como si se me hubieran quedado pegadas a ella. Además, mi estado de ánimo no resistía más aquella presión espantosa, aquella opresión, aquella tensión, y comencé a sofocarme (el aire era aún relativamente respirable en aquellos momentos, pero sentía que me ahogaba cada vez que respiraba, lo cual constituye la peor forma de asfixia). En aquella soledad mis movimientos de gusano parecían tan enormes en su inutilidad que tuve miedo de mí mismo, y el solo hecho de moverme me resultaba odioso. Mi personalidad deformada en aquella horrible fosa submarina se volvió diferente a lo que era a la luz del día o, si la expresión me es permitida, a la luz de la noche de allá arriba. ¡En qué cosa tan monstruosa se convirtió! La oscuridad total había despojado mi palidez de todo tono y expresión. Mi palidez se había refugiado en el interior de mí mismo, y se hizo ciega, muda, maniatada, diferente a cualquier otra palidez existente; se volvió igual a la de un espectro. También mis cabellos erizados, allí, en medio del acero, en el agua, eran tan espantosos como un grito... un grito que yo retenía con todas mis fuerzas, porque, si lo hubiera exhalado, habría enloquecido inmediatamente... y eso era precisamente lo que deseaba evitar.

¡Ah, cómo explicar en qué cosa terrible se convierte nuestro yo cuando se le transfiere a un ambiente que no es el suyo, o cuán inhumano se vuelve un hombre cuando se le utiliza como sonda, y cómo esa inhumanidad es peor que todo lo que el hombre puede imaginar! Pero no era de esto de lo que quería hablar..., más bien hubiera querido describir cómo, a pesar de todo, logré liberarme de aquel peligro. Cuando ya no pude resistir más, comencé a dar golpes en todas las direcciones, a saltar todo lo

que me era posible, a patear con todas mis fuerzas las paredes (lo que, debo decir, formaba parte del programa del Negro, quien pacientemente esperaba allá en la superficie); comencé a empujar, a golpear el acero, a arañar, a contraerme, a crisparme, a volver a golpear en un intento de obtener algún resultado. Y aquella estéril locura debió de provocar algún movimiento, algún roce en el exterior. No sé si la cadena, arruinada por la herrumbre, se rompió, o si el gancho se escapó de una argolla de la cadena, o si el ancla mal colocada se zafó; el hecho es que en cierto momento se produjo la liberación, la salud, la respiración... la bola comenzó a ascender hacia la superficie, acelerando cada vez más su marcha y, unos minutos después, impulsado por una enorme presión, me vi lanzado al espacio, disparado como un proyectil, a más de un kilómetro de altura.

Poco después aquel obús era abierto por la tripulación del «Halifax», un barco mercante. No sabía qué había pasado con el Negro. Es posible que, al caer al mar, la bola hubiera hecho pedazos su yate o, también, que, plenamente satisfecho de lo obtenido, se hubiese marchado tranquilamente... ¡a recordar! De cualquier modo durante mucho tiempo le perdí de vista. El «Halifax» hizo escala en el puerto de Pernambuco, de donde partí a Polonia a descansar.

En ese mismo período un gigantesco bólido cayó en el mar Caspio e hizo evaporar en un instante sus aguas. Un cielo de hinchadas nubes cubrió de pronto la tierra en todas las direcciones, amenazando con producirse un segundo diluvio universal; de cuando en cuando, el sol lograba filtrarse a través de ellas e iluminar un trozo de tierra. Se produjo una gran consternación. Nadie sabía cómo hacer volver aquellas somnolientas nubes a su lecho natural sin que provocaran grandes daños. Finalmente

alguien tuvo la idea de perforar una de ellas (precisamente la que se encontraba encima del lecho vacío del mar Caspio) en la parte más ventruda, más pesada de su cuerpo, allí donde el violeta se volvía más oscuro, y la nube comenzó a desaguar. Cuando se vació por completo, en el espacio azul que había quedado abierto, penetraron otras nubes y una tras otra, mecánicamente, automáticamente entregaron el agua y reconstituyeron el mar.

Volví a mi casa de campo, cerca de Sandomierz; descansaba, salía de caza, jugaba al bridge, visitaba a los vecinos... En una de las casas de los alrededores vivía una jovencita a quien con placer habría colocado el velo blanco y ceñido su cabeza con la corona de azahares. Todo era tranquilidad. El Negro, como ya he dicho, había desaparecido, tal vez hasta había dejado de existir, y el otoño se acercaba, las hojas caían, el aire cada vez más frío incitaba a las aventuras, a la nostalgia y a los placeres. Así, por mera diversión, comencé a construir un globo, tipo Montgolfier. Muy pronto mi globo quedó listo. La envoltura era de una tela especial impermeable, particularmente ligera y resistente, y flotaba gracias al aire caliente; la tela estaba cerrada en la parte inferior por un anillo de hierro, que permitía la existencia de una amplia plataforma. En la plataforma se introducía una sencilla lámpara de petróleo, que reposaba sobre sostenes de hierro unidos al anillo. Bastaba con encender la lámpara y subir un poco la mecha para que el globo se inflara y tendiese las cuerdas que lo unían a la cesta. La envoltura plegadiza del globo podía esconderse fácilmente en el granero, pero, cuando lo inflaba, lo cual requería

cerca de una hora, su diámetro alcanzaba los treinta o cuarenta metros.

El modo más sencillo de resolver la mayor dificultad, o sea el empleo de una pequeña lámpara de petróleo para un globo de esas proporciones, se debía no tanto a mi capacidad técnica, sino a la alegre somnolencia que en ese tiempo se había apoderado de la Naturaleza. No negaré que, al subirme por primera vez a la cesta, tuve miedo del gigante que estaba tomando forma encima de mi cabeza... Sin embargo, se trataba de un gigante ligero, vacío en el interior y dócil como un niño.

Muchas satisfacciones me proporcionó tanto el hecho de calentar el balón como el de ver inflarse aquella enorme bola, tenderse las cuerdas, aumentar la elasticidad de la cobertura y alimentar la llama. De cualquier modo, debí esperar bastante tiempo antes de que la expansión del aire llenara el punto deseado. Pero, una vez que lo hubo logrado, el globo se movió con inesperada rapidez y comenzó a subir. La ascensión sólo terminó cuando el globo estuvo por encima de los árboles más altos de mi jardín. Un viento suave le hizo volar por encima de las casas de mis vecinos, lo cual constituía la meta de mis aspiraciones. Volé sobre el bosque y sobre el río, desde donde la población entusiasta me lanzaba jubilosos gritos y saludos, y, finalmente, me encontré a una altura de cincuenta metros, sobre el conocido patio, la terraza con columnas que tanto amaba. Apagué la mecha y el globo descendió suavemente hasta aterrizar en la hierba; a su lado, la casa parecía de juguete. ¡Qué estupor produjo mi aparición! ¡Qué de risas, bravos y cumplidos dirigidos a mi persona y a mi globo! ¡Nunca se había visto nada semejante! Interrumpieron la merienda para admirar mis hazañas, luego me invitaron a tomar café, queso y pastelillos, y, finalmente, admití

en la cesta a un solo pasajero y volví a encender la mecha.

El placer físico de ese viaje provenía sobre todo del hecho de que el globo era algo *enorme e hinchado*, pero también de:

1) la posibilidad de viajar por encima de la cabeza de los demás, más allá del radio de acción de sus brazos extendidos;

2) la posibilidad de elevarme cuando encontraba un árbol o una casa y volver a descender después hacia tierra;

3) que el globo, aunque fuese en verdad gigantesco, era extrañamente sensible, silencioso y dócil a todos los caprichos del aire, y que el hombre en la cesta era exactamente como él y su alma se volvía tan infantil como la suya;

4) que la brisa, que a los demás les acaricia tan sólo las mejillas, nos empujaba a nosotros en el aire y nadie podía saber qué suerte nos deparaba la navegación en el espacio;

5) la ausencia de todo mecanismo, con excepción de una pequeña lámpara de petróleo... nada de gas, sólo tela, cuerdas, la cesta y nosotros en el aire, y

6) la maravillosa *sombra* que proyectábamos sobre la hierba.

La pasajera que tenía a mi lado me proporcionaba además una alegría íntima mucho mayor que el globo mismo. Sobre los prados, los campos y los bosques, por primera vez en la vida, perdía el juicio, y lo perdía cada vez más, mientras ella me escuchaba con tal atención que habría podido besar mil veces su pequeña, perspicaz y comprensiva oreja. A pesar de que es bien sabido que las mujeres dicen amar lo novelesco, no le conté nada sobre el Negro ni sobre mis otras aventuras... Me lo impidió una

incomprensible vergüenza que me advertía que no debía hablar demasiado.

Llegó el día del cambio de anillos... Luego, empezó también a acercarse el de la boda. Durante todo aquel tiempo no pensé en cosas inconvenientes, alejé todos mis recuerdos, viví con el pensamiento puesto en ella y en el globo; comencé a vivir como si cada día fuera el primero, es decir que corría hacia el futuro, hacia el camino de la felicidad, despejado y tranquilo... ni siquiera padecía ya de pesadillas. Nunca... ninguna perversión... ni una mirada furtiva hacia aquello... que, para bien o para mal, en una época había sido mi realidad... y que luego desapareció... El abedul era un abedul; el pino, un pino; el sauce, un sauce. Y he aquí lo que entonces ocurrió: una semana antes de que la boda tuviera lugar en la iglesia de la localidad, cuando me sentía ya penetrado de ese secreto y jubiloso escalofrío prenupcial y todos me expresaban sus buenos deseos y sus felicitaciones, se me ocurrió hacer un paseo en globo durante una tormenta... Juro que no me animaba ninguna otra intención, ningún deseo inconveniente. Quería solamente disfrutar del vaivén provocado por la borrasca. Pero la tormenta me raptó con fuerza diabólica (posiblemente no se trataba del viento, sino del Negro en persona) y cuando, después de varias horas, con un gesto tan imprevisible como ominoso se levantó el telón del alba, no quise creer a mis ojos... Debajo de mí se agitaban las olas del Mar Amarillo.

Comprendí de inmediato que, en ese momento, algo se cerraba y que comenzaba... de nuevo... y... y... que debía enfrentarme a saber con qué chinearías... Me despedí para siempre de los abedules, los pinos, los sauces, así como de las mejillas y los ojos de mi amada, y dócilmente me abrí por entero a las pagodas contrahechas, a los bonzos, a las divinida-

des extrañas, a los mandarines y a los dragones. Cuando estaba por consumirse la última gota de petróleo en la lámpara, la cesta descendió en las riberas de un pequeño islote. De un bosque cercano salió un chino; al verme, lanzó un grito, comenzó a correr hacia mí, pero yo gesticulé y le di a entender que se detuviera. Era (naturalmente) un leproso. Se detuvo indeciso, me observó atentamente, emitió un sonido indefinible, semejante tal vez al del estupor; tocó con sus manos su piel pustulenta y me condujo hacia unas miserables cabañas que se veían a lo lejos. Continuaba observándome con atención, mientras yo no sabía explicarme el significado de esas miradas. Algo querrían decir... lo presentía... Al fin le seguí.

Cuando llegamos a la aldea, mi piel comenzó a gritar pidiendo auxilio, se contrajo, se crispó, se frunció, enloquecida de terror. Todos los habitantes de la aldea, sin excepción, eran leprosos: viejos, hombres, mujeres, jóvenes de ambos sexos, salvo algunos niños pequeños cuya piel tersa contrastaba violentamente con la de los demás. Se trataba de esa variante de la enfermedad, que, si no me equivoco, llaman *lepra anaesthetica* y a veces *lepra elephantiasis*; toda la piel de aquellos individuos era rugosa, purulenta, cubierta de excrecencias, hinchada, con manchas grises, blancuzcas o de un rojo sucio, cubierta de pústulas, grietas, granos y abscesos crónicos. Y aquellas personas no eran ni humildes ni reservadas como sus semejantes que en las ciudades asiáticas anuncian desde lejos con gritos su repugnante presencia. ¡Oh no, nada de eso! Necesario es decir que aquellas personas no tenían nada que ver ni con la modestia ni con la humildad. Todo lo contrario, me rodearon llenos de curiosidad y desvergüenza, me tendieron las manos con las uñas deformadas, hasta que me lancé contra ellos gritando y

amenazándoles con los puños. Inmediatamente desaparecieron en sus cabañas. Abandoné al instante aquel pueblo, pero, cuando volví la cabeza, me di cuenta de que aquella chusma había vuelto a salir de sus cabañas y que me seguía a cierta distancia. Les amenacé con los puños en alto. Desaparecieron, pero un momento después volvieron a seguirme.

La isla ocupaba poco más de unos quince kilómetros cuadrados y puede decirse que estaba completamente desierta, y que buena parte de ella la ocupaba un espeso bosque. Caminé no demasiado aprisa, pero sin darme descanso, no demasiado nervioso, pero muy rígido, no demasiado amedrentado, pero acelerando cada vez más el paso... porque continuamente sentía detrás de mí la presencia de aquellos monstruos anhelantes. No quería volver a mirarles, más bien quería darles a entender que para mí no existían, que no les veía, y sólo mis espaldas me anunciaban su progresiva cercanía. Caminé, caminé, caminé en distintas direcciones, como un viajero, un turista, un explorador, por aquí, por allá, siempre de prisa, como un hombre cargado de ocupaciones, pero finalmente no supe ya hacia dónde dirigir mis pasos por haber recorrido todas las zonas no boscosas, y entonces, después de una pasajera duda, tomé un sendero y me interné en la espesura de la selva. Se acercaron demasiado..., caminaban a unos cuantos pasos de mí, oía sus susurros y el rumor de las ramas pisadas. Al ver una piel granulosa que se ocultaba detrás de un arbusto, di la vuelta violentamente hacia la izquierda; luego, cuando me pareció vislumbrar tras las lianas una mano en estado de elefantiasis avanzada, di un salto y fui a caer en un pequeño claro. Ellos, como siempre, seguían tras mis talones. Di un fuerte golpe con el pie en el suelo y se escondieron en medio de la maleza. Reanudé la marcha, pero de nuevo surgieron cual tropel

de ratas, y sus murmullos, sus bromas, sus codazos se hicieron cada vez más atrevidos. Cada uno de mis pelos se había erizado como alambre de hierro. ¿Qué diablos querían de mí aquellos roñosos? ¿Qué querían? Las mujeres conocen esa sensación... Cuando una banda de vagabundos desenfrenados las importuna en la calle, siguiéndolas primero y luego permitiéndose bromas de mal gusto y palabras soeces... hasta que ellas se ven obligadas a huir con la cabeza baja. Eso era exactamente lo que me estaba ocurriendo.

¿Qué deseaban? Aún no había comprendido, aún no comprendía la nueva idea, pero ya una amenaza había saltado a la vista. Pues bien, si se analizan las circunstancias en que fui raptado de mi casa de campo y trasladado a aquella isla, si se considera aquel escalofrío prenupcial, la iglesia, el velo blanco, no podía tratarse de otra cosa... En fin, era claro que yo les excitaba, les excitaba de una manera peculiar... Y si bien ignoraba la causa de esa excitación y no percibía el significado de sus exclamaciones, de sus risas, de sus turbias bromas, la obscenidad, la impudicia y la lubricidad eran evidentes, de eso no cabía duda alguna. Advertía en la voz de los monstruos machos esa dura brutalidad, y en la de los monstruos hembras esa diversión maliciosa que, en los humanos de todas las razas y todas las latitudes, no puede significar sino dos cosas: o inocencia o inmadurez. ¡Ah!, ¡hubiese aceptado la lepra, pero la lepra y el erotismo a la vez eso sí que no, por Dios, la lepra erótica no! Enloquecido comencé a huir y ellos, a seguirme, lanzando gritos horribles. Sólo que mi pánico me daba una ligereza que no les era fácil de imitar a sus pies deformados por la elefantiasis. Me escondí en la espesa fronda de un árbol, me armé de un fuerte garrote y juré romperle la cabeza al primero que se me acercara.

Poco a poco comencé a comprender aquella diabólica trama... el contenido diabólico de mi tortura... Descubría el complicado mecanismo de las posibilidades que habían contribuido a realizar aquella pesadilla. Desde hacía doscientos o trescientos años ningún barco había anclado en las aguas de aquella isla, la habían olvidado como a menudo sucede con los pequeños islotes desérticos. Nadie en la isla había visto jamás a un extranjero. Bueno, ¿pero cómo interpretar esa lubricidad, esos gestos obscenos, esa terrible persecución y ese deseo de atacarme? Bah, no es difícil. Basta sumergirse en la psicología del alma negra que había organizado todo aquello (y ya para entonces disponía yo de una notable experiencia en ese terreno). Desde tiempos inmemoriales, desde hacía tres o tal vez cuatro generaciones, aquellos individuos habían contraído la lepra y a través de los años se habían acostumbrado a ella; la lepra formaba parte de la naturaleza humana... la leprosidad era a sus ojos algo del todo natural al género humano, igual que los colores a las mariposas; las excrecencias, algo tan natural como la cresta de un gallo. Imaginar a un hombre sin grietas ni pústulas era para ellos algo tan difícil como para nosotros imaginar a uno completamente carente de pelo. Y como aún no habían renunciado al amor, como sus hijos nacían sanos, como no se contaminaban sino más tarde y, como el momento en que su piel comenzaba a espesarse y a descomponerse coincidía con el de la pubertad, con los primeros besos y los primeros juegos amorosos, al verme con la piel ridículamente tersa, privada por completo de protuberancias, ridículamente suave, les parecía yo una especie de acróbata de rostro rojo (sí, debo insistir, para ellos las protuberancias, las bubas, las manchas, las grietas, las pústulas eran lo que los colores para las mariposas y lo que la barba

para nosotros), y a eso se debía que pensarán lo que pensaban. Por eso se daban codazos, se burlaban y se burlaban. Por eso me persiguieron cuando advirtieron que les tenía miedo, que huía atemorizado y avergonzado; con suma alegría me arrojaron al horror de su madurez para poseer mi inocencia, basados en la misma diabólica ley que regula los juegos de los niños en la escuela.

Durante dos meses llevé en la isla una existencia de mono, escondiéndome en la cima de los árboles, en la cima de las palmeras. Los monstruos organizaban verdaderas partidas de caza en las que yo era la presa. Nada les divertía más que la vergüenza que me hacía huir del contacto físico con sus cuerpos. Se emboscaban entre los arbustos, saltaban de improviso, me perseguían con jubilosos y lúbricos rugidos, y yo hubiese caído cien veces en sus celadas si no hubiera sido por el *odor hircinus* que sus cuerpos desprendían, por la torpeza de sus movimientos, y porque el valor desesperado que sentía multiplicaba mis fuerzas exiguas. Y, sobre todo, gracias a mi piel, a mi piel que sufría sin tregua, a mi piel sensibilizada, atemorizada, torturada, víctima permanente del pánico. No tenía otra cosa que no fuera la piel, con ella me acostaba y despertaba; ella era todo para mí.

Finalmente, por azar, descubrí unas cuantas botellas de petróleo, posiblemente provenientes de algún naufragio. Logré inflar nuevamente el globo y levantar el vuelo... Me preguntaba qué debía hacer yo cuando volviera a ver los abedules y los pinos y los ojos de la mujer amada. ¿Qué podía hacer con mi cuerpo terso, desprovisto de escamas y abscesos, sin ninguna protuberancia? ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía yo, rosado e infantil, contemplar sus ojos?

Pero como no me era posible (¡no me era posible

y basta!), abandoné todo aquello que me había abandonado a mí... Por otra parte nuevas aventuras reclamaron muy pronto mi atención. Recuerdo que en 1918 fui yo, yo solo, quien rompió el frente alemán. Como es de todos sabido, las trincheras llegaban hasta el mar. Se trataba de un verdadero sistema de canales profundos que tenían una longitud hasta de quinientos kilómetros. Sólo a mí se me ocurrió la sencilla idea de inundar esos canales. Una noche trabajé a escondidas, cavé un foso que comunicó los canales con el mar. Al penetrar ininterrumpidamente, el agua inundó las trincheras y corrió por toda la línea del frente. Con gran estupor los aliados vieron a los alemanes, empapados hasta los huesos, saltar fuera de sus fosas, presa del pánico, a las primeras luces de un amanecer brumoso.

1930

En la escalera de servicio

Al anochecer, cuando se encendían las primeras luces, me gustaba salir a las calles y abordar a las criadas, aunque sólo a las más vulgares. Sin advertirlo, aquello se convirtió en un hábito, y, como es bien sabido, *consuetudo altera natura*. Los otros funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, así como todos los secretarios de las embajadas extranjeras (los solteros, por supuesto) salían también a las calles y hacían conquistas aquí y allá, según su gusto, fantasía y temperamento, pero yo conquistaba sólo a las criadas gordas con el pañuelo en la cabeza, las criadas comunes y corrientes. Cuando fui adscrito a la Embajada de París con el cargo de segundo secretario, cargo de prestigio dados mis pocos años, tuve que renunciar y volver poco después a Polonia... tal era mi nostalgia. Me angustiaba la diversidad de pantorrillas que mostraban las sirvientas parisinas, pantorrillas delicadas, nerviosas, envueltas en medias transparentes. Su mortífera agilidad, su oprobiosa vivacidad, insoportablemente parisina, se convertía en algo demasiado fino sobre sus pequeños pies y hubiera sido vano buscar en la Place de l'Etoile o aun por la orilla izquierda del Sena una simplona que, con la cesta en la mano, volviera a casa después de haber hecho sus compras en la salchichería o en la pollería. Weyssenhoff escribió: «El ritmo excitante de los pequeños pies de la parisina».

Y era precisamente ese ritmo el que me hacía sufrir, porque yo buscaba otro ritmo, otra melodía...

He aquí cómo pasaban las cosas: divisaba a lo lejos a una criada que se desplazaba perezosamente sobre sus macizas piernas; apresuraba el paso y la seguía hasta que desaparecía tras un portón. La alcanzaba después en la escalera de servicio y de inmediato le preguntaba:

—Perdone, ¿vive aquí la señora Kowalska?
—para después añadir—: ¿No podríamos conocernos?

Aquello no significaba una conquista concreta. Por ejemplo, jamás recibí un beso, a pesar de que en los últimos años debo de haber abordado por lo menos a mil quinientas criadas. Todas eran muy temerosas, tal vez debido a la rígida severidad de las patronas, y, por consiguiente, después de entablar conocimiento, no podía obtener ninguna ventaja concreta. Sólo que la vida me resultaba más fácil...

En cierta ocasión cometí una imprudencia de la que fueron informados algunos de mis amigos, quienes se apresuraron a comentarla inmediatamente a todos nuestros amigos comunes:

—Debéis saberlo, ayer vi a Filip en la calle Hoza, y os lo juro, estaba arrobado ante una criada monstruosa.

La historia se difundió; las murmuraciones se esparcieron cada vez más, y el décimo o vigésimo murmurador comenzó a burlarse de mí, a felicitarme por mi buen gusto o por el hecho de que era un entusiasta de «las legumbres frescas». Otros llegaron hasta a insinuar que «sabían ciertas cosas, pero que preferían guardar silencio». Es fácil imaginar mi terror. En el Ministerio de Asuntos Exteriores ocurrían todo tipo de cosas, los gustos eran, como siempre, variados; a éste le gustaba tal cosa; a aquél, tal otra; pero, ¡qué diferencia entre una pierna bien

torneada enfundada en una elegante media transparente y una criada tímida, descalza y vulgar! Si se hubiese tratado de muchachas jóvenes y vivaces, entonces sí que habría podido comentar las delicias de las legumbres frescas y su sabor infinitamente mejor que el de los complicados bocadillos que ofrece la ciudad, por supuesto no tan saludables. Las criadas con la cesta en la mano no tienen, sin embargo, nada en común con las legumbres frescas, sino más bien con la grasa de cerdo, con las fritangas y con el aceite más burdo. Más de una vez llegué a pensar con amargura que en su rancia fealdad buscaba yo mi destino personal, mi desventura. ¿Cómo es posible, me preguntaba, que en todas las clases, en cada uno de los estratos sociales, se puede encontrar a una señorita, a una joven, a una muchacha, en fin, a la poesía, mientras que las únicas totalmente carentes de atractivos y de belleza son las criadas? Sólo más tarde descubrí la ley de la selección artificial: eran las amas de casa quienes elegían astutamente a esos monstruos deformes, a esas vacas demasiado obesas o demasiado sanguíneas, esos traseros gigantescos, esos rostros contrahechos por obra de un puño desconocido... Una criada debe tener precisamente ese aspecto si no quiere que algún miembro de la familia se sienta de pronto asaltado por deseos poco honestos.

Por otra parte, no es que yo sintiera una gran pasión por ellas, sino sólo cierta timidez, muy dulce, que provenía del fondo del alma. La conservaba desde la infancia, cuando reteniendo el aliento y el corazón en un puño observaba los movimientos de nuestra sirvienta. La veía servir el almuerzo, limpiar el suelo, preparar la cena... o la observaba con los ojos entrecerrados, tímida y apasionadamente, cuando antes de las fiestas limpiaba las ventanas. No soy lo suficientemente idiota como para afirmar que

una vulgar y horripilante criada puede satisfacer todas las exigencias estéticas o de cualquier otro género. Recuerdo, sin embargo, perfectamente, que en aquel tiempo, si la sirvienta sufría un resfriado, ese resfriado era a mis ojos tímidos algo mil veces más hermoso que todos los geranios que lucían en los dinteles de las ventanas... Recuerdo aún cómo todas las cosas tenían para mí el sabor del milagro, frente al que uno bajaba los ojos. Más tarde llegó, como es natural, el aprendizaje pedagógico o no, llegó la «experiencia», los zapatos de charol, las corbatas, el aseo de dientes y uñas, llegaron los éxitos, las condecoraciones, los *five o'clock tea*, llegaron París y Londres, pero la timidez sofocada por el lujo seguía prefiriendo definitivamente los monstruos de la escalera de servicio que pululaban en torno a los mercados, y sólo esos monstruos podían saciar semejante sed. Y no era a pesar de, sino más bien precisamente por pertenecer al grupo de funcionarios más distinguidos del Ministerio de Asuntos Exteriores por lo que amaba a las criadas con la faja mal puesta y me deleitaba al percibir bajo el sombrero de copa del diplomático o del abrigo inglés el antiguo desvarío, el antiguo palpitar de corazón, y me parecía que aquél era precisamente mi país de origen.

Pero era yo la timidez personificada. ¡Ah, si me hubiera atrevido! ¡Si se hubiese tratado de una doncella, de una descocada, de las tretas acostumbradas, del gabinete privado o de un cuarto de hotel, de algo alegre y brioso, entonces me habría burlado de todas las murmuraciones de este mundo y me hubiese paseado frente a todos con la convicción de ser un tigre! Ay, desafortunadamente, la mía era una verdadera timidez... ¿Qué debía hacer?, ¿cómo defenderme?, ¿cómo explicar lo que me ocurría?

—Debéis saberlo, ayer vi a Filip en la calle

Hoza, y, os lo juro, estaba arrobado ante una criada monstruosa.

Me asusté de tal modo que poco después me casé con una persona que constituía el antídoto perfecto contra cualquier criada. Fue el miedo al ridículo lo que me hizo ceder. Esa es la verdadera tiranía. Rechacé a las criadas, las borré de mis recuerdos, las licencié desde el primer mes y les di con la puerta en las narices. ¿Seguirán pasando por las calles de Hoza y Krucza aquellos inmensos monstruos de pies hinchados? Es posible, pero para mí se trataba ya de una *terra incognita*. Mi mujer era una persona extraordinariamente sedante. Tenía piernas ágiles como lianas, largas, con tobillos delgados; era el testimonio de mi buen gusto. Su silueta era también delgada y elegante, lo que hizo que mi matrimonio produjera por doquier una magnífica impresión. Contratamos también a una graciosa camarera, completamente distinta de las criadas habituales con la cesta de compras... Llevaba una cofia de encaje blanco y servía la mesa con mucha desenvoltura.

La personalidad de mi mujer se impuso en casa con pie firme pero delicado, de raza, bien torneado, cien mil veces distinto a esos pies hinchados, deformes, siempre planos. En la práctica nada había cambiado, sólo faltaban aquellas dos horas crepusculares, al margen de la existencia, pues, por lo demás, de un día a otro las cosas se desenvolvían como antes, ya que mi mujer, aun en las horas del más lánguido abandono, sabía no olvidar que yo era un funcionario del Servicio Exterior. Mientras tanto yo vagaba por la casa y repetía:

—*Ah, quelle beauté, quelle grâce!*—pronunciaba esas palabras con una abnegación inmensa, ya que, en alguna parte, en el fondo del alma, permanecía al acecho la cruel sospecha de que mi esposa, mis amigos, hasta la joven camarera con la graciosa co-

fia en la cabeza habían imaginado algo y yo me encontraba simplemente en un período de cura y observación.

¿Cómo explicar de otra manera esa extraña crueldad?... Demasiado a menudo, con excesiva asiduidad se lavaban los dientes, los pulían con demasiado esmero, calzaban zapatos demasiado puntiagudos, de barniz demasiado brillante. Mi mujer, por ejemplo, se bañaba diariamente y supongo que lo hacía con cierta intención tiránica. Abundaba la crueldad, la falta de corazón y el exceso de cierta hidroterapia fría. Parecía que quisiera sofocar en mí hasta la sombra de la nostalgia, el deseo del deseo, el recuerdo del recuerdo...

No obstante, yo aprobaba con docilidad, reconocía sus méritos y admiraba a mi mujer, de la misma manera que en París había admirado el Arco del Triunfo; pero a aquel Arco le faltaba hinchazón, le faltaba peso, y fue por eso que decidí volver a mi país. ¿Cómo, entonces, no tuve la fuerza para reaccionar del mismo modo ante mi mujer, también ella desprovista de hinchazón?, ¿cómo fue posible que, en vez de vagar sin meta a través de mares y tierras, ciertamente espléndidos, pero ajenos, no me estableciera para siempre en mi país?... ¿No es acaso nuestra primera obligación la de establecer la propia casa en el país natal?

En vez de comportarme de esa manera sensata, observaba con hipócrita admiración —traidor y renegado— el mundo hostil y helado de mi mujer, su geografía blanca y tersa, esos detalles que para mí eran tan vacuos y desérticos como el mundo lunar. «Qué deliciosa colina», pensaba yo, mirándola dormir. «Pequeña, redonda, blanca como la nieve. Delgada, flexible de cintura... ondulante, estética y moderna. ¡Qué pierna seductora, armoniosa, cómo escurre su blancura serpentina sobre la nívea sábana!»

Mentía desvergonzadamente. Todo aquello era para mí la Luna, mientras la Madre Tierra yacía exilada quién sabe dónde. Sin embargo, hasta en el sueño mi mujer era incapaz de impedir en mí cualquier sentimiento de rebelión o resistencia. ...Y había algo despótico en el modo en que su pierna se adelgazaba hacia la parte inferior, como si sólo esa forma fuera la debida.

¡Oh, qué pie pequeño, limpio, ligero, qué arco tan bien trazado, también él triunfal! —ya he hablado de cómo entró mi mujer en casa. Ella sabía hacer actuar aquel pequeño pie de una manera que no admitía protestas, lo hacía aparecer entre las mantas como si se tratara de una evidencia irrefutable. Besaba yo aquel pie con labios helados y me extasiaba ante su delgadez; los dedos eran color de rosa y poseían una gracia indecible, oh, sí, todo estaba como era debido, perfecto, perfecto, bien torneado. No había una sola mancha en toda la superficie de la piel, ni una sola, todo era blanco y terso hasta el infinito. No había sino lunas gélidas y monumentales, sólo perspectivas estéticas, líneas de árboles podados, farolillos chinos y japoneses. ¡Qué hermosura! Y todo tenía nombres extranjeros, desde la *manicure* hasta la *permanente*, pasando por el *savoir-vivre* y el *bon ton*. También yo me había vuelto europeo, todo lavado y reluciente. Además, en el mundo exterior, todo era también aséptico y reluciente, todo estaba preparado con anticipación, los calcetines, los zapatos de charol, la caña, la bata de casa a la última moda.

¡Y qué fácil y accesible resultaba todo! Bastaban unos cuantos signos convencionales. Sirviéndome de un número reducido de estos signos, conquisté el corazón de mi mujer. Y en el Ministerio cualquier cosa se resolvía también con la ayuda de esos signos convencionales. También las manicuras, las empleadas,

las coristas, presa habitual de los funcionarios del Servicio Exterior, sólo exigían signos convencionales, un número restringido de operaciones: el cine, la cena, el club nocturno, un café, como distribuidores automáticos que repartiesen sus caricias siempre y cuando se apretara el debido botón. A veces topaba con cierres de seguridad ingleses, pero ellos también cedían ante quien sabía pronunciar las mágicas palabras de encantamiento y hacía girar la llave idónea en el momento apropiado. Así que hasta la mujer mejor pertrechada (tenía la convicción de que entre éstas se encontraba mi mujer) se abría como una ostra siempre y cuando se pronunciaran las palabras precisas, las santificadas por la costumbre, y se cumplieran los gestos rituales. Todo era terso, fácil, flexible como las convencionales piernas de mi mujer, y, como ella, todo se dirigía hacia abajo, hacia el minúsculo pie, y todo se reducía a estas cuantas palabras:

—¿Invitaste a los Piotrowski al *five o'clock*?

¡Qué diferente, cuánto más complicado era el otro asunto, el de las criadas! En todas partes encontraba uno obstinadas resistencias, tremendas susceptibilidades. Mi ojo, mi nariz y mi tacto se resistían; el único que quería era mi verdadero Yo. Paseo, observo la calle, la veo: hela aquí, camina arrastrando el trasero, mueve con indolencia sus gruesas y cortas pantorrillas, desnudas en verano y cubiertas por una áspera media blanca en invierno. Acelero el paso, pero mi abrigo y mi sombrero hongo ya me han traicionado... comienzan las dificultades y el suplicio. Me gustaría ver su rostro, mirarla, saber cómo es. Pero, ¡cómo volver la cara en la calle para contemplar a un personaje tan comprometedor! ¿Qué dirían las señoras? Así pues, paso al lado de la criada casi a la carrera, luego vuelvo a rehacer mis pasos con un pretexto cual-

quiera (y ya entonces el andar se me hace más difícil, mis movimientos bajo el abrigo inglés se vuelven fatigosos), le lanzo una mirada y veo cómo es. Veo si es una de esas robustas mujeronas con mejillas sonrojadas, o pálida y tumefacta, o embrutecida y temerosa o una de las gritonas y risueñas. Cuando finalmente termina la ronda de compras y la charla con sus vecinas y entra en el portón de su edificio, me precipito tras ella, la alcanzo en la escalera de servicio y, casi sin respiración, le pregunto:

—Perdone, ¿vive aquí la señora Kowalska?

La criada aún no ha comprendido, sube trabajosamente sus pies enormes de un escalón a otro y responde que no sabe. Yo, entretanto, trato de captar cualquier ligero ruido, para estar seguro de que ni por arriba ni por abajo se acerca nadie, de que no hay ninguna ama de llaves por alguno de los pisos y le propongo (mientras el corazón me late con violencia) con voz tímida, apenas audible:

—¿No podríamos conocernos?

La criada se detiene, me mira, y he aquí que algo parece sonreír, algo se agita bajo sus chales, y la felicidad aparece con una sonrisa tímida y una manita sucia, una manita mastodóntica, sólo un poquitín, ese poco necesario que la separa de una educación refinada. La tomo, la acaricio, susurro:

—Señorita María, me gusta usted mucho. Vengo siguiéndola desde la calle Marszalkowska.

Complacida, la criada sonrío:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que le ha gustado tanto?

Le respondo con los ojos bajos, sintiendo que el corazón me estalla en el pecho.

—Todo, señorita María, todo —y trato de hablar en un tono audaz, pero con la mayor naturalidad posible para no despertar su oculta tendencia al cosquilleo.

La criada se echa a reír:

—¡Qué sinvergüenza! ¡Qué sinvergüenza!

Suelta una carcajada, y, de pronto, se cubre con un dedo un diente cariado. Absorta en su diente, se olvida por completo de mí y yo permanezco a su lado y espero. Entonces se quita el dedo de la boca, lo observa y de pronto algo se ha transformado en ella.

—No me gusta conocer a la gente en la escalera —a saber qué primitivo orgullo se ha despertado en su interior. Inmediatamente añade—: ¡Así que le gusta todo! ¡Con quién se imagina usted que está tratando!

Bajo la cabeza, me encojo de hombros, siento que se despierta en ella ese sentimiento de miedo, de ferocidad, de cosquilleo... De manera que sé que también esa vez el asunto va a terminar en nada. Entretanto, ya las otras criadas han oído, ya comienzan a abrirse las puertas de las cocinas, y, una tras otra, se asoman a la escalera, riendo, murmurando. Entonces, la mía se dobla de risa en un acceso de buen humor. ¿Qué podrá divertirla tanto? ¿Tendrá acaso deseos de bromear? Apoya el trasero en un escalón, extiende sus piernas y ruge:

—¡Ji, ji, ji, güiri, güiri, güí!

—¡Silencio, silencio! —murmuro aterrorizado, con miedo de que vaya a oírnos alguna ama de casa.

En cualquier momento una de ellas podría asomarse a la escalera. Pero las otras criadas, que se han colocado en los pisos superiores, responden con voces estridentes:

—¡Ji, ji, ji, güiri, güiri, güí!

¿Güiri, güiri, güí? ¿Qué podría significar eso? Debía de haber en mí algo que las excitaba, que provocaba en ellas, como una capa roja, su capacidad de risa. ¿Despertaba yo tal vez su sentido de la comicidad, igual que ellas, ni más ni menos, despertaban mi

olfato? ¿O tal vez aquello tenía que ver con mi abrigo elegante? ¿O con mi pulcritud y el brillo de mis uñas, igual que a los ojos de mi mujer resultaba cómica la suciedad? Pero, sobre todo, debía de ser el miedo de encontrar a sus amas... Percibían ese miedo y era precisamente eso lo que las hacía reír... Cuando comenzaban a reír, yo ya sabía que todo estaba perdido. Y si por casualidad hubiese tratado de tomarla de la mano para calmarla, para aplacar su cosquilleo... ¡Dios me perdone! ¡Tratad de hacerlo!... El monstruo se contrae, se envuelve en su chai, emite un grito que llena toda la escalera:

—¡Qué se ha creído usted!

Bajo precipitadamente la escalera, con la cabeza gacha, mientras a mis espaldas se desencadena el infierno:

—¡Habrás visto semejante cerdo!

—¡Dale, María, tíralo por la escalera!

—¡Rómpele la cresta!

—¡Sinvergüenza!

—¡Atacar de esta manera a una señorita!

—¡Atacar a una señorita! ¡Rómpele la cresta!

Sí, sí, sí, aquello no era como con las manicuras o las coristas. ¡Allá todo era enorme y feroz, tímido y repulsivo como la jungla de las cocinas! ¡Todo era así! Y naturalmente jamás se llegaba a producir ningún acto inmoral. Tales eran mis recuerdos prohibidos, los recuerdos del pasado... El hombre es realmente un animal de poco juicio, el sentimiento siempre se impone en él a la razón. Hoy en día, al examinar con calma ese pasado que nunca más volverá, sé, como también lo sabía entonces, que nada hubiera podido ocurrir entre las criadas y yo porque nos separaba un abismo natural infranqueable. Hoy, sin embargo, como entonces, me niego a creer en la existencia de ese abismo y mi ira se dirige contra las amas de casa. ¿Quién sabe? Tal vez si no fuera por culpa suya, por culpa de sus sombreros y guantes,

sus caras agrias, severas y descontentadizas... si no fuera por el miedo paralizador y por la vergüenza de encontrar a una de sus amas en la escalera... si éstas no hubieran inculcado el miedo en sus criadas, sembrando extraños rumores sobre ladrones, violaciones y asesinatos... Sí, con sus sombreros, las amas imbuían un gran temor y un terrible desasosiego. ¡Ah, cuánto odiaba a esas brujas, a esas grandes damas con una criada sólo para ellas, ellas eran las culpables!... Tal vez, pensaba, aunque quizá sin razón, tal vez sin su influencia las criadas hubieran adoptado una actitud mejor ante mí.

Comencé a envejecer. En mis sienes aparecieron algunas canas; ocupaba el alto cargo de viceministro de Asuntos Exteriores, y en pulcritud y aseo superaba "hasta a mi mujer.

—La pulcritud —le decía yo a ella—, la pulcritud a toda costa y por encima de cualquier cosa. La pulcritud significa audacia.

—¿Audacia? —me preguntó, sorprendida—. ¿Qué quieres decir?

—Y la falta de pulcritud equivale a una forma de timidez.

—No te comprendo, Filip.

—La pulcritud crea la facilidad. La pulcritud crea el esplendor. La pulcritud es un modelo de vida. Detesto todas las aberraciones, los individualismos... son la selva virgen, la espesura donde la liebre y el jabalí pasean libremente. Odio esas fuerzas primitivas que saltan de pronto en medio de aullidos... son algo horrible, ya lo creo, realmente horrible.

—No te comprendo —me dijo fríamente mi mujer—, y, a propósito de pulcritud, ¿qué es lo que haces en el baño? Cuando te lavas, haces tal ruido que se oye en toda la casa... El agua chapotea de tal manera que ayer el cartero me preguntó si ocu-

rría algo. Es necesario que te lo diga, cuando uno se lava debe hacerlo con tranquilidad... no veo la razón para armar semejante escándalo.

—Es verdad, tienes razón. Pero es que en esos momentos pienso en lo que pasa en el mundo... pienso en toda la suciedad que nos invade y que nos sumergiría en caso de que no nos lavásemos. ¡Ah, cuánto desprecio todo eso! ¡Cuánto lo odio! ¡Qué cosa más horrible! Escucha. También tú desprecias todo eso como lo desprecio yo. Dime que lo desprecias.

—Me asombra que tomes tan a pecho esas cosas —me respondió gélidamente—, yo no desprecio eso, sencillamente lo ignoro.

Me miró detenidamente y añadió:

—Filip, yo ignoro muchas cosas.

—También yo, tesoro —respondí apresuradamente.

¿Ignorar? ¿Y por qué no? Si ella lo decía, yo no tenía nada en contra. También yo, desde tiempo inmemorial, había caído en la más estúpida de las ignorancias. Sin embargo, una noche, aquella actitud suya de ignorar llegó a tal grado que poco faltó para que estallara un conflicto matrimonial. Me despertó una violenta sacudida. Mi esposa estaba de pie a mi lado, con una *negligée* colocada de prisa en los hombros... Me pareció irreconocible; temblaba de indignación y de disgusto.

—Despierta, Filip, compórtate. Estás gritando en sueños; no puedo continuar oyendo lo que dices.

—¿Yo? ¿En sueños? ¡No es posible! ¿Qué he dicho?

—«¿Vive aquí la señora Kowalska?» —dijo con repugnancia—. «¿Vive aquí la señora Kowalska?» Y luego gritabas: «¡Ji, ji, güiri, güiri, güí!» ¡Qué horror! —parecía no querer rozar esas palabras ni con la punta de la lengua—. Gemías y murmurabas que

querías estrangular a ciertas lunas pálidas, frías y sofocantes, y repetías sin cesar: «¡Las detesto, las detesto!». ¿De qué lunas se trata, Filip?

—No es nada, tesoro. ¿Es que puede uno saber qué tonterías inventa en los sueños? ¿Unas lunas? Tal vez decía lunáticas...

—Decías que querías estrangularlas... estrangularlas... y luego añadías insultos que sólo en los bajos fondos...

—Habrá sido un recuerdo de juventud. Sabes, querida, que comienzo a envejecer y que en la vejez uno recuerda la juventud...

Me miró con suspicacia, tuvo un escalofrío, y pude descubrir, con gran asombro, que después de tantos años de vida matrimonial tenía miedo. ¡Tanto miedo como un ratón puede tenerlo de un gato!

—Filip—dijo, amedrentada—, esas lunas... (era eso lo que más la atemorizaba). ¡Esas lunas...!

—No te preocupes, mi vida, tú no eres una selenita.

—¿Una selenita? ¿Qué quieres decir? ¡Por supuesto que no lo soy! ¿Qué quiere decir exactamente selenita? Claro que no lo soy. ¡Pero —exclamó—, contigo jamás he conocido una noche de tranquilidad! ¡No tienes idea de lo que son tus ronquidos! Por delicadeza no había querido decírtelo, pero, ¡por el amor de Dios!, domínate, trata de analizarlo y de explicarte qué te ocurre, de otra manera, ya lo verás, acabará por suceder una desgracia —gimió desconsolada—. ¡Ni una sola noche tranquila! ¡Ay, cuánto gimes, murmuras y roncas! Parece que fueras a partir de caza. ¿Por qué me habré casado contigo? Hubiera podido perfectamente hacerlo con León. Y, ahora, desde que empezaste a envejecer, estás cada vez peor... Y para colmo comienza la primavera. Filip, haz un esfuerzo y explícame lo de las lunas.

—No puedo explicarte nada por la sencilla razón de que no entiendo nada, querida.

—Lo peor es que no tienes ninguna intención de comprender, Filip —añadió, tamborileando con los dedos en el velador—. Te repito una vez más que no sé de qué lunas hablas, no sé a quién insultas, no sé nada, pero si algo ocurriera, recuerda que siempre he sido una buena esposa. Te he demostrado siempre mi afecto, Filip.

Me quedé muy sorprendido al saber que roncaba, pero... ¿adonde quería ir a parar? ¿Por qué adoptaba ese tono conmigo? Yo no era sino un hombre que envejecía, sin pasiones, a fin de cuentas inofensivo, desgastado por la vida regular que llevaba en casa y en la oficina... Y así, de ese episodio, nacieron mis cautos avances a nuestra camarera. Mi mujer lo advirtió, la despidió inmediatamente y contrató a otra. Pero también con ella comencé a portarme inconvenientemente. Fue despedida, igual que la que le sucedió.

—¡Filip! —exclamó un día.

—Mira, querida, es más fuerte que yo. ¿Qué puedo hacer? Envejezco, tú misma lo ves, y antes de que me retire quisiera darme ese gusto. Por otra parte, nuestras graciosas camareras, esas doncellas de cofia en la cabeza, tú bien lo sabes, constituyen el bocado preferido de los embajadores, se las consume en las mejores mesas.

En ese momento mi mujer decidió contratar a una mujer de más edad. Volvió a ocurrir, irremediablemente, la misma historia, y entonces, convencida de que se trataba de un capricho pasajero, hizo venir a casa a uno de esos monstruos de chal en la cabeza, la cual, estaba convencida, no atraería la atención de nadie.

Y, en efecto, me calmé. Subieron al cuarto de servicio el inevitable baúl... Yo permanecía con los

ojos bajos, y sólo durante el almuerzo veía un dedazo gordo y repugnante, la piel arrugada y ennegrecida del antebrazo... Oía el paso que hacía temblar la casa entera, olía el desagradable tufo de grasa y cebolla y, mientras leía el periódico, vislumbraba la turbulencia, la hinchazón, la torpeza de todos los movimientos de aquel mastodonte. Oía la voz, esa voz un poco ronca, ni urbana ni campesina, y a veces me llegaban risas estridentes provenientes de la cocina. Oía sin escuchar, veía sin mirar, mientras mi corazón palpitaba emocionado, volvía a ser tímido, amedrentado, como lo había sido en otra época en las escaleras de servicio... Vagaba por la casa y al mismo tiempo hacía extraños proyectos. No... los temores de mi mujer eran absurdos, qué espíritu de Don Juan podía amenazarla en un hombre que se estaba apagando... y que hubiera querido, cuando mucho, antes de extinguirse del todo, saborear un poco el aire del pasado, observar, escuchar...

Y así observaba atentamente el juego de la naturaleza, la trágica farsa de la vida... El efecto que mi mujer producía en la criada, y el de ésta en mi mujer, y cómo en esa confrontación ambas, tanto mi mujer como la criada, aparecían en toda su plenitud. Al principio mi mujer sólo pronunciaba un «¡Oh!» sofocado. Yo advertía que se estremecía entera cuando percibía el paso estentóreo de la criada... pero precisamente por mí estaba dispuesta a tolerar muchas cosas. Junto al baúl, la criada llevó a nuestra casa todas sus propiedades, o sea los insectos, la tortícolis, el dolor de dientes, las uñas sucias, el llanto convulsivo, las carcajadas, el mal aliento... todo eso invadió la casa mientras mi mujer fruncía cada vez más los labios, sí, hasta convertirlos en una línea de tan tenue casi invisible. De inmediato comenzó, como era previsible, la educación de la criada... Mi-

raba yo con los ojos entrecerrados cómo aquel procedimiento asumía aspectos cada vez más crueles, hasta transformarse en una especie de mutilación. La criada se retorció como si la quemaran con un hierro candente, no lograba dar un solo paso de acuerdo con su propia naturaleza; mi mujer no cedía... surgía en ella cada vez más poderoso el instinto de estrangular, cada vez era mayor el odio, en tanto que yo, desde mi rincón, me cargaba también cada vez más de odio, aunque no hubiera sabido explicar ni las razones ni el objetivo. Con admiración ligeramente velada observaba cómo frente a mi mujer se erguían fuerzas primitivas, y se desencadenaba una lucha cruel que se remontaba a la prehistoria.

Nos dimos cuenta de que la criada hacía ruidos intestinales. Mi esposa le hizo tomar unos medicamentos, pero no sirvieron de nada; de aquel abdomen surgían murmullos misteriosos y abismales, y muy a menudo se percibía la presencia de ese oscuro abismo. Mi mujer la sometió a una dieta, le prohibió comer todo lo que pudiera producir esos ruidos y al final perdió la paciencia.

—Czesia, debe poner fin a esos ruidos, de lo contrario tendré que despedirla.

La criada se asustó y a partir de aquel momento su abdomen atemorizado emitió una doble ración de música... Mientras tanto mi mujer, pálida e irritada, al ver que aquello no tenía remedio, fingía no oír nada y sólo la traicionaba un ligero temblor de párpados.

—Mire, Czesia —dijo mi mujer con severidad en otra ocasión—, le exijo que se bañe por lo menos una vez a la semana, el mejor día será el sábado. Le recomiendo que se frote con estropajo y jabón.

Semanas después, mi mujer se acercó de puntillas a la puerta del baño y miró por el ojo de la cerradura. Czesia, completamente vestida, se incli-

naba frente a la bañera y agitaba el agua con el termómetro; a su lado permanecía el jabón y el estropajo, secos, intactos. Y así, debido a una incesante irritación, mi mujer se fue paulatinamente transformando en una de esas amas de casa agrias y despiadadas (tanto que yo mismo llegué a espantarme). Solía gritar como una arpía contra el novio de la criada cuando pasaba a buscarla por la noche:

—¿Qué busca usted? ¡Largo de aquí! Le he prohibido acercarse a esta casa. ¡Fuera de aquí! ¡Ahora mismo! ¡Que no vuelva a verlo! —exactamente igual que aquellas grandes damas de tres centavos.

Observaba todo aquello, todas las extrañas transformaciones, en un estado que podría definirse de cataléptico, trazando dibujos en el mantel con un tenedor durante horas enteras. Y ya era demasiado tarde para dar marcha atrás; sólo era posible hacer un balance, asumir las cuentas y escuchar aún antes del fin los dulces y culpables ecos de la juventud. Las viejas y olvidadas historias, las viejas timideces y el viejo odio tocaban a mi puerta, como el pájaro carpintero golpea en invierno una rama seca y desprovista de follaje. Esas historias, por su parte, me hacían señales con un dedo gordo y ennegrecido. ¡Oh, cuan miserable me sentía en ese lavarse y deslavarse hasta los huesos! ¿Dónde habían quedado el temor, el pánico, la vergüenza, la zozobra? ¿Habría yo (y me detenía ahí, antes de examinar a fondo esa pregunta embarazosa) arruinado mi vida entera? ¿Era posible que sólo el pecado y la suciedad fuesen profundos? ¿Se ocultaría acaso la profundidad bajo una uña sucia? Escribí con un dedo en un cristal, sin pensar en lo que hacía: «¡Vergüenza a quien abandona la propia suciedad por la pulcritud de los demás! ¡La suciedad siempre es nuestra; la pulcritud, es de los demás!».

Reflexionaba vagamente sobre problemas nebu-

losos; me decía, por ejemplo, que cierta cantidad de suciedad y de abandono es lo que define a una criada y que, si se debiera eliminar esa suciedad y esa dejadez, dejaría de ser una criada. ¿Si todas las criadas tienen novio, y si ese novio las ama, las ama apasionadamente con toda su dosis de belleza y fealdad, podría, pues, afirmarse que también la fealdad es amada? Y, si es amada, ¿por qué se la combate? Pensaba incluso que, si alguien se dedica a amar sólo lo bello y elegante, ama sólo la mitad del ser humano. Y en seguida caí en una serie de ensueños incoherentes (no hay que olvidar que ya para entonces estaba esclerótico)... Soñaba con extraños pajaritos, encajes, avellanas, y una gran luna sardónica suspendida en el aire por encima de la tierra. La osadía se burla de la miserable timidez... El pie pequeño, gracioso, triunfal, ama burlarse del pie hinchado y antediluviano. Alguien ha dicho que en la vida la audacia lo es todo. No; la audacia significa una muerte lenta, mientras que la vida significa precisamente aquella atemorizada timidez. Quien ama a una criada monstruosa, vive; en cambio, los otros languidecen sobre un seno de belleza clásica.

—Oye, Czesia —le dije un día—, la señora dice que gritas horriblemente, que tus gritos le producen una jaqueca perpetua.

—La señora cree que una criada no es un ser humano —gimió.

—Czesia —le pregunté—, ¿es cierto lo que dice la señora, que cuando entras en este cuarto la porcelana resuena como si estuviera a punto de hacerse añicos?

Czesia respondió con aire lúgubre:

—A la señora nada le complace.

—La señora está contra las criadas —dije—, contra ti y contra todas las del edificio. Dice que sois todas muy escandalosas, que sois vulgares, que no

hacéis sino charlar hasta reventarle a uno los tímpanos y que además transmitís enfermedades. No le gustan las criadas porque dice que sois todas ladronas... eso la enferma. Según la señora, también los novios de las criadas roban y transmiten toda clase de enfermedades.

Terminada esta declaración, me quedé callado como si no hubiera abierto la boca... y, como todos los días, a la vuelta del Ministerio, hojeé los periódicos. Poco después mi esposa me pidió que despidiera a la criada.

—En los últimos tiempos —dijo— se ha vuelto arrogante, me mira de mal modo y, además, se pasa el día entero en la escalera de servicio con las otras criadas. Un día había cuatro en la cocina. En el patio murmura con los porteros; ya es tiempo de que la despidamos.

—¡Bah, déjala un poco más! Es cierto que es una parlanchina incorregible, pero al menos es honrada. No nos roba.

Mi mujer comenzó a ponerse tremendamente nerviosa, me parece que de manera desproporcionada.

—¡Czesia!, ¿de qué se reía usted tanto con la portera?

—De nada, sólo conversábamos.

No sé cuál fue la razón, pero el hecho es que mi mujer no podía ya dominar sus nervios. Un día me hizo una verdadera escena: un momento antes, al salir al balcón, había visto a la camarera del apartamento de en frente que le contaba algo a la cocinera; ambas la miraron y soltaron la carcajada. Tuve que intervenir y poner fin a la escena. Asomé la cabeza y comencé a gritar:

—¿Qué significa eso? Basta ya de risitas estúpidas.

Pero mi mujer parecía sufrir casi de manía persecutoria:

—Te lo ruego, debes despedirla este fin de mes. Su arrogancia crece día a día. Esparce rumores desagradables sobre nosotros. Le prohibí que hablara con las otras criadas, pero hoy volví a encontrarla murmurando con la portera y con la horrible cocinera de la planta baja. ¡No puedo soportar más estas estupideces!

—¿Por qué despedirla de repente? Es posible que mejore con el tiempo.

—Mira, Filip —dijo con repentina inquietud—, no tengo ninguna objeción para que volvamos a tomar a nuestra primera camarera —y añadió con un esfuerzo—: Haz el favor de escucharme y dime qué puede significar esto: Czesia se burla de mí a mis espaldas. ¿Quién la anima a hacerlo? Estoy segura de que tan pronto como le vuelvo la espalda me hace muecas, me saca la lengua y gesticula soezmente. Te lo repito, estoy segura.

—¿Pero qué dices? No debes sentirte bien, tesoro. ¿De qué podría burlarse, si no hay nada ridículo en ti?

—¿Cómo puedo saber qué es lo que provoca su burla? Tal vez la imbecilidad, la suya por supuesto. Es evidente que algo en mí...

—Es posible que tu manicura la haga reír, esos espejitos brillantes colocados en hilera —dijo pausadamente—, o el hecho de que te suenes las narices con un pañuelo. Sólo Dios sabe qué pueda divertir a una criada inculta e ignorante... tal vez tus jabones.

—¡Calla! —gritó—. No tengo la menor curiosidad por saberlo. Además, no sólo se ríe ella, sino también las demás. ¡Debías oír sus risas vulgares y groseras! ¡Qué desvergüenza! Habla con el propie-

tario del edificio. ¡Qué se han creído esas mujeres! Enfermaré, de eso estoy segura.

Le grité a Czesia:

—¡Czesia!, ¿por qué pones nerviosa a la señora? ¡Sabes bien que es una persona delicada y que puede enfermarse con facilidad!

También me quejé al propietario del edificio por el desorden que reinaba en la escalera. Pero, al día siguiente, alguien me arrojó una cebolla marchita por una ventana. Me pareció percibir acentos primaverales en el patio, cierta estupidez y vulgaridad, un cosquilleo inesperado y tremendo... como si alguien cosquilleara delicadamente los pies a un mastodonte. Una de las criadas de la escalera lateral se atrevió a reírse abiertamente de mi mujer; en nuestra puerta aparecieron dibujos repugnantes y frases verdaderamente escalofriantes, escritas con tiza, y mi mujer y yo aparecíamos en posturas horribles y obscenas. La criada, por órdenes de mi mujer, debía borrar esos escritos varias veces al día. Llevada por la desesperación, mi esposa permanecía al acecho en el corredor, irrumpía en el patio de la escalera al menor ruido, pero jamás logró pescar a nadie con las manos en la masa. Comenzamos a ser víctimas de todo tipo de bromas.

—¡La policía! ¿Dónde está la policía? ¡Llama a la policía! ¡Cómo se atreven! ¡Hay que despedir a todas las criadas, a la portera, a sus hijos! ¡También ellos son impertinentes! ¡Es una mafia! ¡Una conjura! ¡Me ha oído, Czesia? Voy a llamar a la policía. ¿Por qué me mira de ese modo? ¡Le prohíbo mirarme así! ¡Largo de aquí!

Pero los gritos de mi mujer no hacían sino soliviantar una arrogancia y un odio tremendos, larvados e impertinentes.

—¿Qué pasa, Filip? —me dijo un día mi mujer, temblando de miedo—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

Hay algo sucio que me amenaza, algo que está madurando. ¿Qué hay en mí de extraño? ¿Qué quieren de mí? ¡Filip! —me miró y un instante después perdió todo color, se volvió gris, apagada y fue a acurrucarse silenciosamente en un rincón.

Yo permanecía en mi sillón, con el periódico en la mano y el cigarrillo entre los dedos que dejaba consumir mientras reflexionaba. No me quedaba ninguna duda... habríamos podido despedir a la criada, cambiar de casa, hasta ir a vivir en otro barrio, claro que podíamos hacerlo, pero yo era inerme, tímido y medroso. Si mi mujer odiaba a la criada, era normal que también la criada odiara a mi mujer. Me inclinaba sobre aquel odio, lo tomaba entre las manos temblorosas, lo observaba con los ojos débiles de un viejo y escuchaba la voz insistente que provenía de la cocina:

—Pues le digo, señora, que si yo quisiera contarle todo, todas las rarezas que he visto en esta casa, me moriría antes de vergüenza y a usted se le helaría la sangre en las venas.

Yo escuchaba y callaba.

Un día mi mujer se quitó un anillo y lo puso en la mesa del comedor, y yo, mecánicamente, lo tomé y me lo guardé en el bolsillo. Poco después le pregunté:

—¿Dónde tienes tu anillo, tesoro?

—¡Czesia!

Czesia respondió:

—¡Señora!

Mi mujer gritó:

—¡Ladrona!

La criada vociferó vulgarmente, con los brazos en jarras:

—¡Ladrona serás tú!

Mi mujer:

—¡Cierra el pico!

La criada:

—¡El pico lo cerrarás tú!

Mi mujer:

—¡Fuera, fuera de aquí, inmediatamente!

La criada:

—¡Fuera de aquí!

¡Vaya escena! En todas las ventanas aparecieron caras de criadas, de todas partes llegaban gritos, insultos e improperios, una terrible carcajada resonó fuertemente, y he aquí lo que vi: la criada asió a mi mujer por los cabellos y comenzó a tirar, a tirar, y a través de una especie de niebla me llegó la voz implorante de mi mujer:

—¡Filip!

1929

La virginidad

Nada más artificioso que las descripciones de las jóvenes y las alambicadas comparaciones que se producen en esas ocasiones. La boca... una cereza... los senos, como botones de rosas... ¡Ah, si todo pudiera resolverse comprando una cesta de flores y frutas en el mercado! Si la boca supiera realmente igual que una cereza madura, ¿quién tendría aún el valor de amar? ¿Quién se dejaría tentar por un caramelo... es decir por el dulce beso? ¡Chist! ¡Basta! Misterio, tabú... no hablemos demasiado de la boca. El codo de Alicia, visto con los ojos del sentimiento, era a veces un blanco y terso ángulo virginal que fluía hacia las tonalidades más cálidas del brazo... otras, en cambio, el brazo se abandonaba, se convertía en un hoyuelo redondo y dulce, un refugio, una capilla lateral del cuerpo. Por otra parte, Alicia era como cualquier hija de un mayor retirado, criada en una finca de la periferia por una madre que la adoraba. Como las demás jóvenes, de vez en cuando se acariciaba distraídamente el codo; como ellas, había aprendido rápidamente a enterrar el piecito en la arena...

Olvidemos eso...

La vida de las muchachas en flor no puede compararse con la vida de un ingeniero o de un abogado, tampoco con la de una ama de casa, una esposa o una madre. Basta pensar en la nostalgia o en

el rumor de la sangre, incesante como el tic tac de un reloj. Alguien ha dicho que no hay nada más extraño que el atractivo físico. Debe ser un problema proteger a una muchacha cuya razón de existir es... seducir a los demás. Pero Alicia, estaba bien protegida por el canario Fifí, por la madre y esposa del mayor, y por Bibí, el perrito, al que todas las tardes sacaba a pasear con el bozal puesto. La conjura de estos animales domésticos en defensa de Alicia era realmente apasionante. «Bibí», cantaba el canario, «perrito Bibí, sal con la amita. ¡Anda! ¡Levanta las patitas! ¡Anda, muévete!... Aleja de ella los malos pensamientos. Ten cuidado con la sombrilla que es muy perezosa pero que debería proteger del sol la cara de nuestra amita».

Una hermosa tarde de agosto, Alicia paseaba por los senderos del parque divirtiéndose en perforar el suelo con el puntal de la sombrilla. Rodeaba el parque un muro por el que trepaban rosales silvestres; un vagabundo, que tendido encima del muro se calentaba al sol, tomó un terrón de ladrillo y se lo arrojó a Alicia. Golpeada en la espalda, trastabilló y estuvo a punto de caer... Iba a gritar cuando vio que su perseguidor, sin manifestar ni cólera ni satisfacción, tomaba otro trozo de ladrillo. El rostro de aquella bestia expresaba sólo la pereza de la siesta vespertina, una indiferencia y un cinismo sin límites. Alicia sonrió vagamente con labios trémulos de dolor, después de lo cual el vagabundo saltó del muro y desapareció... Al regresar a su casa Alicia repetía:

—Le he sonreído...

—¡Alicia! ¡Alicia! —le gritó su madre—. Ven, Alicia, que la merienda está preparada.

—Ya voy mamá —respondió Alicia.

—¿Por qué bebes a sorbos, hijita? ¿Has visto que alguien tome el té de esa manera?

—Está bien, mamá —respondió Alicia.

—Alicia, ¿qué haces? No comas ese trozo de pan que cayó al suelo.

—Lo hago para ahorrar, mamá.

—Alicia, ¿qué haces? No comas ese trozo de pan con mantequilla. Avergüénzate, hija, de ser tan egoísta... ¡Oh, oh! ¿Por qué le aplastas la pata al pobre animalito? ¿Puedes decirme qué te ocurre hoy?

—¡Ay, mamá, soy tan distraída! —dijo Alicia entre sueños—. Mamá, ¿por qué llevan pantalones los hombres? También nosotras tenemos piernas. ¿Y por qué llevan los hombres los cabellos cortos? ¿Por qué se afeitan los hombres?... ¿Porque deben hacerlo o porque les gusta?

—El pelo largo no les queda bien a los hombres, Alicia querida.

—¿Y por qué se preocupan los hombres de eso?

Mientras preguntaba, Alicia escondió en la manga la cucharilla de plata con la que había bebido el té.

—¿Cómo, por qué? —respondió la señora—. ¿Por qué te rizas el cabello? Para que sea el mundo más hermoso y el sol no nos prive de sus rayos.

Alicia, sin embargo, no la oyó; se había levantado y salió al jardín. Sacó la cucharita y la observó durante un buen rato.

—La robé —dijo con estupefacción—. ¡Me la he robado! ¿Qué debo hacer ahora?

Finalmente decidió enterrarla al pie de un árbol. ¡Ah, si no la hubieran golpeado con aquel pedazo de ladrillo jamás hubiese robado esa cucharita! Es también posible que a las mujeres les desagrade recurrir a cualquier medio extremo en la vida exterior... pero interiormente saben resolver toda situación a fondo, basta con que se lo propongan.

Mientras tanto el mayor, un hombre fuerte y

corpulento, apareció en la puerta de la casa y le anunció:

—Alicia, mañana llega tu prometido. Ha vuelto de China.

El compromiso de Alicia había tenido lugar hacía cuatro años, el día en que había cumplido los diecisiete.

—¿Consentirá usted, señorita? —había preguntado, muy confuso, el joven.

—¿Qué dice? —preguntó ella.

—Estoy pidiendo su mano, Alicia —murmuró el joven enamorado.

—¿No va a pretender que me corte una mano? —había preguntado la ingenua muchacha, sonrojándose violentamente.

—¿Así que no quiere ser mi prometida?

—¡Claro que quiero, a condición de que no me pida a cambio un miembro del cuerpo! ¡Qué tonterías son éstas! —exclamó.

—¡Eres maravillosa! ¡No tienes idea de lo deliciosa que puedes ser, muchachita mía! ¡Embriagadora!

Durante toda la noche había vagado por las calles pensando: «Había tomado mi frase al pie de la letra, creía que yo... quería llevarme su mano, que se la pensaba cortar como si fuera una rebanada de pan. ¡Dan ganas de arrodillarse!».

Era, sin lugar a dudas, un muchacho encantador, con la tez blanca que contrastaba con unos labios encarnados... Su espíritu no era uno de sus menores encantos. ¡El espíritu humano es tan rico y variado! Hay quienes construyen su propia moralidad sobre la rectitud, otros la edifican sobre la bondad del corazón. Para Pablo el alfa y el omega, la base y el eje de toda virtud residían en la virginidad. Esta condicionaba por entero su espíritu; en torno a ella estaban situados todos sus instintos superiores.

También Chateaubriand consideraba la virginidad como una forma de perfección y, suspirando por ella, decía: «Vemos, pues, que la virginidad asciende del ser más bajo en la escala biológica y llega al hombre, y del hombre salta a los ángeles y de los ángeles a Dios, para perderse en el infinito. Dios mismo es un gran solitario en el universo, es la eterna juventud del Cosmos».

Si Pablo amaba a Alicia era porque el codo, las manos, los pies eran más virginales de lo que es frecuente... quién sabe si era un don de la Naturaleza o fruto de los esmerados cuidados de sus progenitores... o también porque era la encarnación misma de la virginidad.

«Es virgen», pensaba, «no sabe todavía nada. ¡La cigüeña! No, es demasiado hermoso pensarlo; es posible que caiga de rodillas». Al pasar por el rastro de la ciudad añadió: «¿Será también posible que crea que es la cigüeña la que hace venir al mundo los corderos?... El cordero asado, que ve sobre la mesa de su mamaíta... ¡Ah, es sublime! ¿Cómo podría uno no amarla?

»¿Cómo no adorar al Creador? ¡Es inconcebible! ¡Qué maravilla es la Naturaleza desde el momento en que algo como la virginidad es aún factible en este valle de lágrimas! La virginidad... una categoría de seres encerrados, aislados, incontaminados, separados por una tenue membrana, distintos a todos los que les rodean, están resguardados de toda obscenidad, sellados... —y no se trata de una vana fraseología retórica— porque es un sello tan real y válido como cualquier otro. Una mezcla perturbadora de física y metafísica, de elementos abstractos y concretos... De una pequeña partícula puramente corporal nace el inmenso mar del idealismo y de los milagros, en evidente contraste con nuestra triste realidad.

»No sabe nada, mientras come el cordero asado ni siquiera logra imaginar nada, su comer es inocente... Así es todo en ella de la mañana a la noche. Recuerdo la vez en que dijo la arañita, en vez de decir la araña, la arañita que se come las mosquitas. ¡Oh, qué delicia! Inocente en el salón, en el comedor, en su alcoba, tras las cortinas blancas y hasta en su excu... ¡Basta! ¡Qué abominable pensamiento!» Cerró las mandíbulas y toda su cara se sacudió por un temblor nervioso. «No, no, ella jamás hace eso, no sabe nada de esas cosas, ¡tan cierto como que Dios existe!» Pero sabía que estaba mintiendo. «De cualquiera modo esas cosas ocurren fuera de ella, su espíritu no participa en ellas. Ocurren mecánicamente...

»¡De acuerdo! Pero de cualquier modo, qué terrible pensamiento.

»¡Ah! ¿Y yo? ¿Yo que pienso eso, que soy capaz de pensar algo semejante, que no permanezco sordo ni ciego frente a ese horror, sino que lo observo mentalmente? ¡Qué baja! No es culpa de la muchacha, sino mía, porque soy un vicioso, un tipo sucio y no sé enmudecer espiritualmente. ¿O acaso le debo a su virginidad una parte de mi ignorancia? Precisamente, quien desee adorar dignamente a una virgen debe ser, también él, virgen e ignorante... de otra manera el idilio...

»Así, pues, también yo deseo ser virgen. ¿Pero, cómo lograrlo? No soy virgen. Podría, como hacen los sacerdotes y las monjas, sumergirme en las tinieblas, en los ayunos y las sotanas, mantener la abstinencia sexual, pero, ¿de qué me serviría? ¿Es acaso virgen un monje o un sacerdote? ¡Cien veces no! El secreto de la virginidad masculina se oculta en otro lado. Sobre todo es necesario cerrar bien los ojos y luego confiar en que el instinto marque la salida. En efecto, advierto instintivamente, aunque

ignoro las razones y el porqué, que sus orejas son más vírgenes que su nariz, y todavía más que sus orejas lo es la suave línea de los hombros, el pulgar más que el índice. Del mismo modo podría juzgar todos los detalles de su figura, y del mismo modo el instinto me guiará a la conquista de la virginidad masculina y me hará digno de Alicia.»

Sería inútil que nos extendiéramos sobre el camino recorrido por Pablo siguiendo las indicaciones del instinto. Cada uno de nosotros ha vivido algo semejante entre los trece y los catorce años de edad. Los padres lo habían destinado al comercio, pero él estaba indeciso entre seguir la carrera militar o entrar en la marina. En el oficio militar rige, es cierto, ciega obediencia y una dura disciplina, pero falta el espacio. Los marineros en cambio son superiores a los otros por el hecho de que, aun faltándoles la compañía femenina, tienen el espacio, la naturaleza y la libertad a raudales... Además, el agua del mar es salada. La nave, con su ligero vaivén, les conduce a países remotos, entre palmas tropicales y hombres de color, en un mundo tan irreal como el que sueñan en sus camitas blancas Alicia y sus condiscípulas. Por lo tanto, es justo llamar a esas partes del mundo países vírgenes, países donde los hombres llevan trenzas, donde las orejas, agobiadas por pesados aros metálicos, caen hasta los hombros, y divinidades sentadas bajo el baobab devoran a los esclavos y a los recién nacidos, mientras la población se abandona a frenéticas danzas rituales. El beso, que consiste en frotarse las narices —tal como es costumbre en las tribus salvajes—, ¿no es acaso fruto del sueño de una cabecita inocente? Pablo pasó largos años en esos países. Le chocó el hecho de que las vírgenes locales no llevaran faldas, ni siquiera camisetas, y que, a fin de cuentas, lo mostrarán todo. «¡Qué asco!», pensaba. «Es la destruc-

ción de la fascinación... como si el color no bastara para acabar con todo. Cuando una mujer es negra, roja o amarilla... no hay mucho que hacer; con falda o sin ella, nunca podrá aspirar al título de virgen.»

—Tú, Moni-Buatu —le dijo a una muchacha negra—, tú, desnúdate... nada de rubores... negra, hoyada, grotesca... Jamás podrás comprender el divino embarazo de la inocencia recubierta por algo que hace bajar tímidamente la cabeza.

«La falda, la blusa, la sombrilla, los guantes, la sagrada ingenuidad provocada por el instinto... todo eso es delicioso, pero no es para mí. Por ser hombre no me puedo abandonar a esas coqueterías e inocentes pudores. Por el contrario, el honor, la nobleza, el valor, la parquedad de palabras... éstos son los atributos de la virginidad masculina. Debería, pues, conservar en relación con el mundo una determinada ingenuidad masculina, el equivalente de la ingenuidad virginal. Debería saber abrazarlo todo con una mirada más pura. Debería alimentarme de lechuga. La lechuga, en efecto, es más virgen que el rábano. ¡Vaya uno a saber por qué! Tal vez porque es más ácida. Sin embargo, el limón es menos virgen que el rábano.

»También desde el punto de vista masculino existen secretos maravillosos, asuntos guardados bajo siete llaves: la bandera, la muerte en defensa de la bandera. ¿Qué otras cosas? La fe es un gran misterio, especialmente cuando se trata de una fe ciega. El ateo es una prostituta con quien todo el mundo puede acostarse. Debo encontrar algo, elevar ese algo a la categoría de ideal, amarlo, creer ciegamente en él y estar dispuesto a sacrificarle la vida; pero, ¿qué? Cualquier cosa. Siempre y cuando contenga un ideal. ¡Heme aquí, virgen viril, sopor-tando el peso del propio ideal!»

Transcurridos cuatro años pasea ahora de nuevo con su prometida por los senderos del parque. Forman una bellísima pareja. La esposa del mayor los observa extasiada, bordando junto a la ventana de la casa, mientras por el prado Bibí corretea tras los pajaritos que vuelan a la vista de su lengua roja.

—Has cambiado —dice solemnemente el joven—, casi no hablas, ni mueves los brazos.

—Pero no, no es cierto, te amo como siempre —respondió Alicia distraídamente.

—¿Lo ves? En otra época no habrías dicho que me amabas. No me lo esperaba de ti, Alicia; no esperaba que esa frase impúdica pudiera brotar de tu boca, que tus labios y tu lengua fueran capaces de formularla. Y, en general, me pareces inquieta, excitada, ¿no tendrás, por casualidad, laringitis?

—Te amo, sólo que...

—¿Sólo que...?

—¡Júrame que no te vas a reír!

—Sabes perfectamente que jamás me río. Si acaso sonrío... y eso, muy candorosamente.

—Explícame lo que quiere decir el amor y lo que soy yo.

—¡Ah, cuánto tiempo he esperado este instante! —exclamó él—. ¿Qué quiere decir amor? Ven, sentémonos en ese banco. Como bien sabes, desde que nuestros primeros progenitores, en el paraíso, siguiendo el artero consejo de Satanás, probaron el fruto del árbol del conocimiento, todo comenzó a ir mal. «¡Dios!», suplicaban los hombres, «concédenos por lo menos un poco del candor y de la inocencia perdidos». Dios miraba a esa banda de infelices sin saber en verdad cómo y dónde colocar el candor y la inocencia entre semejante montón de basura. Fue entonces cuando creó a la virgen, el recipiente de la inocencia, la selló bien y la envió a vivir entre los hombres, quienes ante ella sintieron de inmediato una nostálgica languidez.

—¿Y las casadas?

—Las mujeres casadas no son nada; una patraña, una botella abierta y evaporada.

—Entonces, explícame, ¿por qué los hombres lanzan piedras contra las vírgenes?

—¿Qué dices, Alicia?

—Me ha ocurrido varias veces —dijo Alicia, sonrojándose—: un hombre, cuando me encuentra por un camino desierto, cuando nadie nos ve, me arroja piedras.

—¿Qué dices? —exclamó Pablo en plena estupefacción—. Jamás había oído nada semejante —susurró—. Dime, ¿te han apedreado?

—Sí, un hombre cogió un guijarro y me lo lanzó. Me dolió, sabes —murmuró Alicia.

—No habrá sido nada... Es cierto que existen hombres malvados... lo hacen para divertirse... o para ejercitar la puntería. No pienses más en eso.

—Pero, entonces, ¿por qué sonríen las vírgenes en esos casos? —insistió Alicia.

—¿Sonríen? ¿Cómo es posible? Pero, ¿qué dices? ¿Te ha ocurrido esto con frecuencia?

—Con mucha frecuencia. Casi a diario, cuando estaba sola o con Bibí.

—¿Y a tus amigas?

—A ellas les ocurre lo mismo. No podemos sino sonreír —continuó pensativa—, aunque nos duela mucho.

«De cualquier modo es extraño», pensaba Pablo mientras volvía a su casa. «¡Desconcertante! ¡Brutal! Pedradas contra las vírgenes... Nunca había oído hablar de ello. Para decir verdad, son cosas que por lo general se mantienen en secreto. Ella misma dice que le ocurre cuando no hay nadie presente. Brutal, eso desde luego, pero a la vez delicioso, ¿por qué será? Tal vez por instinto. Me siento conmovido, extrañamente excitado. El mundo virgen, el mundo

del amor está lleno de estas mágicas rarezas. Los desconocidos que sonrían por la calle, alguien que le acaricia un codo a otro, una sonrisa a través de las lágrimas, o el beso perpetrado con la punta de la nariz... son algo no menos extraño que el lanzamiento de una piedra. Puede ser que exista un código entero de signos preestablecidos y de usos que yo, por haber vivido tanto tiempo en China o en África, en medio de salvajes, ignoro totalmente.

»El aspecto distintivo de la virginidad reside en el hecho de que cada cosa asume un valor diverso del real. El lanzamiento de una piedra, por un hombre virgen, no es ofensivo como puede serlo, por ejemplo, el más ligero roce de una mano en una mejilla. Un hombre común pensaría en la manera más eficaz de escapar del campo de batalla, salvando posiblemente la piel, mientras que para mí, por el contrario, el honor vale más que cualquier otra cosa, el honor y la bandera, el pabellón nacional, el estandarte multicolor que ondea al viento.

»La monarquía tiene más elementos de virginidad que la república, por contener una mayor dosis de secreto que entre los charlatanes de un parlamento. El monarca, colocado en su pedestal, carente de pecados, inmaculado, irresponsable... es virgen; en menor medida, también un general es virgen.

»¡Oh, santo misterio de la existencia! ¡Oh, milagro de la vida! No escudriñaré tus secretos mientras reciba los dones que quieras ofrecerme. Por el contrario... recibirás de mí una respetuosa venia, un profundo suspiro de respeto y reconocimiento, panteísmo y contemplación, ningún análisis, pues los resultados son siempre catastróficos. La virginidad y el misterio son la misma cosa, cuidemos bien, entonces, de no desgarrar el sagrado velo.»

También Alicia hacía algunas consideraciones:

«¡Qué extraño es el mundo! Nadie le responde a uno directamente, sino siempre por alusiones simbólicas. No logro nunca saber nada de nada. Pablo, como era de esperarse, me ha contado una leyenda. Estoy rodeada por todas partes de símbolos y leyendas: todos están contra mí. El paraíso, Dios, es posible que se haya inventado a propósito para mí, para nosotras, las jóvenes. Estoy convencida de que todos se ocultan y fingen y que todo se basa en una conjura. Mi propia madre está en connivencia con Pablo. Es sencillamente delicioso beber el té a sorbos, aplastarle la cola a los perritos... Muy bien... la religión, el deber, la virtud; pero me parece que, más allá de todo eso, detrás de un biombo, existen gestos y movimientos estrictamente definibles y que cada uno de esos términos altisonantes se rechice a un gesto determinado, a un punto bien definido. Puedo imaginarme todo el mecanismo perfectamente. Por lo general todos se visten y se comportan educadamente... Pero basta que se queden cara a cara con otro ser humano para que los hombres les lancen piedras a las mujeres y que éstas sonrían al sentir dolor. Y después... roban... ¿Acaso no robé yo una cucharita de plata y la enterré en el jardín, al no saber qué hacer con ella?... Mi madre a menudo leía en voz alta historias de robos, ahora sé de qué se trata. Roban, sorben el té, aplastan las patas de los perros y, en general, actúan de una manera imprevisible. Esto es el amor... Las vírgenes son educadas en la inocencia para que después todo les resulte más perturbador. ¡Dios mío, estoy temblando!»

De Alicia a Pablo:

Querido Pablo, las cosas me parecen un poco distintas de como tú me las explicas. Siento una extraña languidez. Ayer oí a mamá contarle a

papá que los desocupados se «reproducen» de manera dramática, que vagan «semidesnudos», que se alimentan con horribles inmundicias, y que el número de robos, riñas y agresiones crece vertiginosamente. Dímelo todo... dime qué significa todo eso, para qué sirven esas «inmundicias», por qué vagan «semidesnudos». Pablo, te lo suplico, debo saber al fin cómo portarme. Siempre tuya... Alicia.

De Pablo a Alicia:

¡Adorada! ¿Qué ocurre en tu querida cabe-cita? Te suplico, en nombre de nuestro amor, que no pienses más. Sí, esas cosas existen, se encuentran en la vida... pero, reflexionemos, nada resulta más fácil que perder la virginidad... ¿Y qué ocurriría entonces? La verdad contenida en el candor es infinitamente mayor que la carroña de la realidad. ¡Permanezcamos en la inocencia! ¡Vivamos en la inocencia! ¡Sirvámonos de nuestro instinto juvenil y virginal y evitemos contemplar mentalmente aquello de lo que no tenemos necesidad, como me ocurrió a mí, hace tiempo, cuando te conocí! El conocimiento mancha, la ignorancia preserva; tuyo eternamente... Pablo.

«El instinto», pensaba Alicia, «el instinto, sí, pero, ¿qué quiere el instinto?... ¿Qué quiero yo? Ni siquiera lo sé... Tal vez me gustaría morir, o tal vez comer algo amargo. No encontraré paz hasta que... Soy tan ignorante, tengo los ojos vendados, como dice Pablo... Me espanto constantemente... El instinto, mi instinto de virgen... ¡Será él quien me muestre el camino!».

A la mañana siguiente le dijo a su novio, que se extasiaba contemplando su codo:

—¡Sabes, Pablo, a veces me vienen unos deseos realmente locos!...

—Tanto mejor, querida, me lo esperaba —respondió—. ¿Qué serías sin tus caprichos y tus antojos? ¡Adoro tu candor irracional!

—Sin embargo, mis antojos son extraños, querido Pablo... casi me avergüenzo de decírtelos.

—No pueden ser demasiado extraños, dada tu inocencia —respondió—. Mientras más locos y extraños sean tus antojos, con mayor entusiasmo los satisfaré, dulce amor mío. Cediendo a tus deseos rendiré homenaje a nuestra virginidad.

—Pero, mira... en verdad... las cosas son un poco distintas. Yo, por lo menos, siento una extraña languidez. Dime, ¿también tú, como los otros... también tú has robado?

—¡Alicia! ¿Por quién me tomas? ¿Qué quieres decir? ¿Podrías por un solo instante amar a un hombre que se ha manchado con semejante villanía? He tratado siempre de ser digno de ti, cándido, en los límites de la virilidad, se comprende.

—No lo sé, Pablo, no lo sé... Pero, dime y sé sincero, te lo ruego... dime si alguna vez has engañado a alguien, has mordido, has caminado semidesnudo, has dormido al lado de una pared o has golpeado a alguien, has lamido o has comido inmundicias.

—¡Tesoro! ¿Qué cosas dices! ¿Cómo se te ha ocurrido todo esto? Alicia, reflexiona... ¿Si he engañado a alguien? ¿Dónde dejas mi honor? ¡Te has vuelto loca!

—¡Ay, Pablo —respondió Alicia—, qué espléndido día... ni una nube en el cielo y el sol es tan resplandeciente que necesito protegerme los ojos!

Absortos en la conversación, caminaron por la casa y se encontraron de pronto en la cocina, donde, encima de un cubo de basura, había un hueso, evi-

dentamente abandonado por Bibí, con algunos trozos de carne todavía enganchados.

—Mira, Pablo, un hueso —dijo Alicia.

—Vamonos de aquí —respondió Pablo—. ¡Vamonos! Hay olores de cocina, tufo a drenaje. No sabes todo lo que me sorprende, querida Alicia, que en una cabecita como la tuya se hayan incubado semejantes ideas.

—Espera, Pablo, espera, no te marches... Parece que Bibí no terminó de roer ese hueso... Pablo, me siento tan... ni siquiera sé cómo... ¡Ay, Pablo!

—¿Qué tienes, mi amor? ¿Te sientes desvanecer? Tal vez sea el calor, el sol.

—No, no, ¡cómo se te ocurre...! Mira cómo nos observa... Parece que quisiera mordernos... devorarnos. Dime, ¿en verdad me quieres?

Se detuvieron frente al hueso. Bibí lo sacudía y lo lamía, rememorando pasadas delicias.

—¿Que si te quiero? Mi amor es tan grande que para encontrar otro semejante sería necesario ascender hasta la cima de una montaña.

—A mí, querido Pablo, me gustaría tanto que royeras, o sea, que royésemos juntos ese hueso. No me mires así que me ruborizo —le abrazó—; no me mires de ese modo.

—¿El hueso? ¿Qué? ¿Qué has dicho, Alicia?

—¿Lo ves, Pablo? —dijo Alicia aún abrazada a él—. Aquella piedra provocó en mí una inquietud extraña. No quiero saber nada, no me digas nada... estoy harta del jardín y de las rosas, del muro y del candor de mi vestido, tal vez, ¡ah!... tal vez me gustaría tener cardenales en la espalda... Aquella piedra me reveló... le reveló también a mi espalda, que allá, al otro lado del muro, hay algo... algo que podría comer, que podría roer este hueso, o sea que, si lo royésemos juntos, contigo Pablo, tú y yo, yo y

tú, debemos hacerlo, debemos hacerlo —insistió con vehemencia—, de otro modo moriré joven.

Pablo permanecía inmovilizado por el terror.

—Pero, amor mío, ¿qué importancia tiene un hueso? ¿Has enloquecido? Si realmente tienes tantos deseos pide que por lo menos te den un hueso limpio, un hueso de caldo.

—Pero es que precisamente se trata de ese hueso de la basura —gritó con impaciencia, pateando—. Roerlo a escondidas de la cocinera.

Y de improviso surgió entre ellos un altercado, encarnizado y lánguido como el sol de verano que se apresuraba a ocultarse.

—Alicia, ¿pero es que no te das cuenta de que se trata de algo horrible, apestoso? ¡Puah!, me da náuseas; precisamente la cocinera tira ahí todas las inmundicias.

—¿Las inmundicias? También yo siento náuseas y me siento desvanecer... pero también las inmundicias me producen apetito. Créeme, Pablo, es necesario que lo hagamos, roamos, comamos... todos hacen lo mismo, lo he oído decir, créemelo, basta con que nadie nos vea.

Riñeron durante largo rato.

—¡Me da asco!

—Es algo ciego, extraño, misterioso, púdico, lánguido.

—¡Alicia! —gritó finalmente Pablo, cerrando los ojos—, por el amor de Dios comienzo a dudar. ¿Qué ocurre? ¿Es sueño o realidad? No quiero interrogarte, sabes muy bien que no soy curioso, pero... dime, ¿estás bromeando, te burlas de mí? Habla, Alicia. ¿Qué ocurre contigo? Dices que una piedra. ¿Es posible que una pedrada pueda hacer brotar el deseo malsano de roer un hueso? Es demasiado salvaje, demasiado... soez. No, yo respeto tus deseos, pero aquí ya no se trata del instinto de

una virgen, sino más bien de una serie de patrañas que has inventado de cabo a rabo.

—¿De cabo a rabo, Pablo? —respondió Alicia—. ¿No me has dicho tú mismo que es necesario cerrar los ojos, sin pensar, en silencio, ingenua y candidamente?... ¡Oh, Pablo, hazlo pronto, mira cómo brilla el sol y con qué somnolencia pasea ese gusano por una hoja y yo... siento esa languidez, Pablo... Te digo que todos lo hacen, salvo nosotros... ¡Salvo nosotros que no sabemos nada de nada! ¡Ah, crees que nadie me ha golpeado... pues debo decirte que por la noche los guijarros zumban como flechas, hasta tal punto que no logro conciliar el sueño y, a la sombra de los árboles, la gente roe huesos y come inmundicias debido a la hambruna, y además andan semidesnudos. ¡Eso es el amor! ¡Eso es el amor!

—¡Lo veo! ¡Te has vuelto loca! ¡Basta! —gritó, sujetándola por una manga—. ¡Ven, deja en paz ese hueso!

—¡No, no, por nada del mundo!

Era tal su desesperación que la habría podido golpear. Pero, precisamente en aquel momento, se oyó detrás del muro un golpe y un lamento. Corrieron a asomarse encima de los rosales: a un lado del camino, bajo un árbol, una joven descalza se lamía la rodilla.

—¿Qué le ocurrió? —murmuró Pablo.

Una piedra silbó en el aire y golpeó la espalda de la muchacha... Esta cayó y corrió a esconderse detrás de un matorral... A lo lejos podía oírse el grito de un hombre:

—¡Te enseñaré yo! ¡Verás lo que te va a pasar! ¡Ya lo verás! ¡Ladrona!

El aire era acariciador; abrazaba las mejillas. Reinó en la naturaleza un silencio, un éxtasis palpitante y perfumado...

—¿Lo has visto? —preguntó Alicia.

—¿Qué ocurrió?

—Apedrean a las muchachas... las apedrean... para divertirse... sólo por placer...

—¡No, no... no es posible!

—Tú mismo lo has visto... Ven, que el hueso nos espera. ¡Volvamos a nuestro hueso! Lo roeremos juntos... ¿Quieres?... ¡Juntos! ¡Yo contigo, tú conmigo! Mira, lo tengo ya en la boca. ¡Ahora te toca a ti! ¡Tómalo!

El festín de la condesa Kotlubaj

Me resultaría en extremo difícil explicar cómo nació mi amistad con la condesa Kotlubaj. Para que nos entendamos mejor, debo aclarar que, cuando digo amistad, aludo a esa aparente intimidad que puede nacer entre una aristócrata de pura raza, en la cúspide de la escala social, y un individuo que, aunque se comporta con toda dignidad, pertenece sólo a un medio burgués. Conquisté la simpatía de la exigente condesa —sin que desee vanagloriarme demasiado— gracias a cierta altivez que sé demostrar en circunstancias favorables, a mi agudeza y a una tendencia innata al idealismo. Desde niño me he considerado un ser pensante, me gustaba reflexionar sobre problemas de alto vuelo y transcurría horas enteras meditando sobre conceptos fascinantes y nobles.

Mis investigaciones desinteresadas, las nobles ideas, mi espíritu romántico, aristocrático, idealista, ligeramente anacrónico, me allanaron la vía hacia los salones de la condesa y sus increíbles banquetes de los viernes. La condesa pertenecía, en efecto, a ese tipo de mujeres superiores que poseen una faceta evangélica y otra renacentista: esa especie de mujeres que patrocinan subastas de beneficencia y a la vez se desviven por proteger las artes. La gente admiraba sus múltiples obras de misericordia; sus tés eran famosos, se trataba de *five o'clock* artísticos,

en los que se desempeñaba como una Médicis... Pero aún más interés suscitaba el salón menor del palacio, salón exclusivo, reservado a un selecto grupo de invitados realmente íntimos y de confianza.

Los más famosos eran los almuerzos vegetarianos de los viernes. Como decía la misma condesa, eran comidas destinadas a ofrecer un instante de distensión a la filantropía cotidiana. Algo a medio camino entre un festejo y una justa del espíritu.

—Deseo también algo que yo pueda disfrutar —me dijo la condesa, sonriendo majestuosamente, cuando hace dos meses me invitó por vez primera a uno de esos almuerzos—. Venga el viernes. Haremos un poco de música, estaremos sólo unos cuantos, una reunión muy íntima; por supuesto también usted... El viernes... y que no exista siquiera la sombra de un pensamiento sobre esa maldita carne —aquí un estremecimiento de rechazo—, de esa eterna carne y esa sangre a la que sois tan adictos. ¡Sois demasiado carnívoros! ¡Oléis demasiado a carne! No sabéis ser felices si no es frente a un bistec sanguinolento, rechazáis la abstinencia. No hacéis sino engullir horripilantes trozos de carroña de la mañana a la noche. Os desafío a todos... —añadió entrecerrando los ojos, gesto significativo y simbólico—. Quiero demostrarle al mundo que el ayuno no es una penitencia, sino que puede convertirse en un goce del espíritu.

¡Qué honor haber sido incluido entre las diez o quince personas admitidas en los almuerzos vegetarianos de la condesa! ¡Formar parte del cogollito íntimo!

Los grandes de este mundo me han fascinado siempre y me he sentido atraído por su poder magnético... ¡Qué decir entonces de la atmósfera particular de esos almuerzos! Podía ser que la intención

de la condesa fuera la de crear una especie de nuevos trinitarios dispuestos a combatir la barbarie moderna. Ella estaba evidentemente convencida de que los grandes linajes aristocráticos debían no sólo magnificar los saraos y las grandes recepciones, sino también, debido a la superioridad de su raza —superioridad espiritual y artística—, garantizar la propia existencia. Bastaba en fin que un salón fuera aristocrático para que sus altos propósitos quedaran garantizados. Era ésta una convicción arcaica, basada un poco en la gracia de Dios; de cualquier modo, a pesar de su respetable anacronismo, era una convicción valiente y profunda, como la que se podía esperar de la heredera de los ilustres Krasinski. Y, en efecto, cuando, lejos de los cadáveres, de los mataderos, de los millares de bueyes degollados, los representantes de los linajes más gloriosos se reunían en torno a la mesa en el antiguo comedor de la condesa y bajo su batuta resucitaban los simposios platónicos, parecía que el espíritu de la poesía y de la filosofía se posara en la cristalería y los ramos de flores, mientras las palabras fascinantes se componían por sí solas en rimas.

Un príncipe, asiduo huésped del salón, había aceptado el papel de intelectual y filósofo y lo hacía de un modo tan noble y bello que el mismo Platón, avergonzado, se hubiese escondido tras él, con la servilleta bajo el brazo, dispuesto a cambiarle y a servirle los platos. Una baronesa había aceptado animar las reuniones con el canto, a pesar de no haberlo estudiado nunca, pero dudo de que Ada Sari en semejantes ocasiones fuera capaz de mostrar tan buen gusto. Había algo maravilloso, maravillosamente vegetariano, algo —me atrevería a decir— lujosamente vegetariano en esos banquetes de menú tímidamente abstemio, y era impresionante ver inclinarse a las más grandes fortunas sobre un plato

de achicoria, sobre todo si se pensaba en el mundo cruelmente carnívoro que nos rodeaba. Hasta nuestros dientes, esos dientes de roedores, parecían perder su carácter cainita... En lo referente a la cocina, los menús vegetarianos de la condesa no tenían rival; sus tomates rellenos con arroz poseían un sabor inigualable, sus tortillas de espárragos gozaban de reputación mundial, tanto por el sabor como por el aroma.

Aquel viernes en cuestión recibí el honor de ser invitado al almuerzo, y no sin un inevitable temblor llegué en un modesto carruaje al pórtico del antiguo palacio, situado en los alrededores de Varsovia. Sin embargo, en vez de la esperada multitud, encontré sólo a dos invitados y, además, de escasa importancia: una vieja marquesa desdentada, quien por fuerza debía comer sólo legumbres todos los santos días del año, y cierto barón, es decir el barón de Apfelbaum, cuyos orígenes eran dudosos y que, gracias a sus innumerables millones y a su madre, la princesa Pstryczynska, se hacía perdonar la estirpe paterna y el aspecto desastroso de su nariz... Tan pronto como entré sentí una imperceptible disonancia... una especie de embarazo... y además la sopa de calabaza —especialidad de la casa—, la sopa de calabaza dulce, cocida hasta convertirla en papilla, que sirvieron como primer plato, resultó inesperadamente insípida. A pesar de ello no manifesté mi desilusión ni revelé el más mínimo estupor (en cualquier otro sitio me lo habría permitido, pero en la casa de la condesa Kotlubaj, ¡jamás!). No sólo eso, sino que con el rostro iluminado y feliz me atreví a hacer este cumplido:

—*¡Ah, qué excelente sopa!*

¡Nada en ella recuerda el sabor de la muerte!

Como ya he dicho, las expresiones poéticas surgían solas bajo el estímulo de esos banquetes de los viernes; aquello se debía a la excepcional armonía y al alto nivel que se alcanzaba en aquel almuerzo, y hubiera estado también fuera de lugar no introducir la rima en el flujo normal de la conversación. Pero de pronto —¡horror!— el barón Apfelbaum, fino poeta y célebre gastrónomo, por consiguiente doblemente admirador de las artes culinarias de nuestra anfitriona, se inclinó hacia mí y me murmuró al oído, ocultando apenas su disgusto y la rabia, cosas de las que nunca lo hubiera supuesto capaz:

*—Este calducho nos hubiera entretenido
si el cocinero no lo hubiera jo...*

Tosí, estupefacto. ¿Qué quería decir? Por fortuna, en el último momento, el barón había logrado serenarse. ¿Pero qué había ocurrido en aquella casa desde la última vez en que había estado en ella? El almuerzo parecía una miserable copia de los festines del pasado, el alimento era escaso, y, en general, reinaba un aire fúnebre. Terminada la sopa, sirvieron el segundo plato: zanahorias a la cacerola. Admiraba el ánimo de la condesa. Pálida, vestida enteramente de negro, con las joyas de la familia encima, consumía con valor la miserable pitanza, obligándonos a seguir su ejemplo, y, con su acostumbrada habilidad, supo conducir la conversación hacia temas más alados. Abrió con gracia el debate, aunque con cierto sentimiento de pesadumbre. Sacudió la servilleta.

*—Que el espíritu vuele con presteza.
Decidme, pues, ¿qué cosa es la belleza?*

Respondí al instante, balanceando gallardamente el cuerpo:

*—De la belleza el amor es el mejor ejemplo.
Amor es quien conforta nuestro atribulado co-
razón.
Para sembrar y arar no poseemos talento;
no obstante el frac, somos ovejas del Pastor.*

La condesa me lanzó una sonrisa de agradecimiento por la inmaculada belleza de este pensamiento. Mientras tanto el barón, como un lebrél de caza, acuciado por el fuego sagrado de la competencia, volvió a la carga, agitando los dedos, haciendo centellear las piedras preciosas de sus anillos y diseminando poesía a su alrededor, arte en el que sobresalía:

*—Bello puede ser el tulipán;
bello también el huracán.
Pero más bella será siempre la piedad.
Helas:
Afuera, como azote golpeando la maleza,
la lluvia helada dura una eternidad,
infeliz, miserable, nuestra naturaleza.
¡Ah, dadme una lágrima! Lluvia de la Piedad,
ahí yace el secreto de belleza y nobleza.*

—Lo ha dicho magníficamente —murmuró con entusiasmo la marquesa—. Es maravilloso. ¡La piedad! ¡San Francisco de Asís! También yo tengo mis pobres, mis pequeños niños raquíticos. A ellos he dedicado toda mi desdentada vejez. Jamás debemos olvidar a los pobres ni a los infelices que sufren...

—Ni a los prisioneros, ni a los inválidos que no pueden permitirse el lujo de adquirir miembros de recambio —añadió el barón.

—Las pobres viejas maestras jubiladas —dijo con profunda compasión la condesa.

—Los peluqueros que sufren de varices y los mineros que apenas comen y padecen ciática —añadí yo conmovido.

—Precisamente —dijo la condesa. En sus ojos se encendió una luz extraña y la mirada se fugó hacia metas lejanas—. ¡Así es! El amor y la piedad, dos flores, rosas de té, las rosas de la vida... Sin embargo, tampoco es posible olvidar nuestros deberes para con nosotros mismos —reflexionó un instante y parafraseando la frase del príncipe José Poniatowski, añadió—: ¡Dios me ha confiado a María Kotlubaj y sólo a El la entregaré!

*—Encendamos en verano e invierno,
con nuevo espíritu e ideales nuevos,
nuestro sagrado fuego eterno.*

—¡Magnífico! ¡Incomparable! ¡Qué finura!... ¡Profunda, sabia, orgullosa! ¡Dios me ha confiado a María Kotlubaj y sólo a Él la entregaré! —gritamos a coro, mientras yo, tocado en la fibra del patriotismo, ya que se había mencionado al príncipe Poniatowski, añadí con voz trémula:

*—¡A izquierda y derecha el águila blanca,
en nuestro pabellón defiende la patria!*

Los camareros trajeron una gigantesca coliflor cubierta de mantequilla fresca deliciosamente horneada; al recordar las experiencias precedentes, se podía prever que se trataba de un plato desabrido. De aquella manera se desenvolvía la conversación en el salón de la condesa, tal era el género de banquete, a pesar de las circunstancias culinarias poco favorables. Me sentía orgulloso de mí, ya que mi

tesis de que el amor era la belleza no tenía nada de obtuso, es más, supongo que hubiera podido coronar algunos poemas filosóficos. Sin embargo, mientras decía aquello, otro comensal lanzó inmediatamente un aforismo aún más audaz: «La Piedad es todavía más bella que el Amor». ¡Magnífico! ¡Ciertísimo! Pensándolo bien, en efecto, la Piedad tiene alas más amplias, protege más que el mismo Amor. Sin embargo, eso no era todo: nuestra sabia anfitriona, temiendo que pudiésemos abandonarnos al Amor y a la Piedad, hace una referencia a los nobles deberes que cada uno tiene para consigo mismo. ¡La forma, las buenas maneras, el modo de expresarse, la noble y distinguida reserva del banquete, estaban perfectamente a tono con el contenido! «No, mis queridos amigos», pensaba yo extasiado, «quien no ha estado jamás en uno de los almuerzos de los viernes de la condesa Kotlubaj ignora lo que realmente es la aristocracia».

—¡Deliciosa coliflor! —exclamó en medio del silencio el barón, poeta y gastrónomo, y se dejó oír un desagradable trémolo en su voz.

—Es cierto —aprobó la condesa, observando el plato con algunas sospechas.

Para mí, aquella coliflor no tenía nada de especial; es más, me resultaba tan desabrida como los platos precedentes.

—¿Será posible que Felipe...? —preguntó la condesa, mientras sus ojos lanzaban centellas.

—Yo me cercioraría —dijo la marquesa con un tono de desconfianza.

—¡Llamad a Felipe! —ordenó la condesa.

—Es inútil ocultárselo, querido amigo —dijo el barón de Apfelbaum.

Y en voz baja me lo explicó todo, sin esconder su propia irritación. Hacía dos semanas, durante el almuerzo, la condesa había descubierto por casua-

lidad que Felipe, el cocinero, condimentaba aquel ayuno con jugo de carne. ¡Qué vergüenza! ¡No podía creerlo! ¡Sólo un cocinero podía hacer algo semejante! Lo peor era que aquel indisciplinado mequetrefe no sólo no había mostrado ningún arrepentimiento, sino que, por defenderse, había expuesto la tesis de que deseaba «salvar la cabra y las coles». ¡Qué habría querido decir con eso? (Parece ser que en otra época había estado al servicio de un obispo.) Sólo cuando la condesa le amenazó con despedirle, juró que el hecho no volvería a repetirse.

—¡El grandísimo imbécil! —terminó con furia su relato el barón—. ¡El grandísimo imbécil! ¡Dejarse sorprender así! A eso se debe que el día de hoy, como usted habrá visto, la mayoría de los invitados no se presentó... y... si no fuera por esta coliflor... me temo que habrían tenido razón.

—No, no —dijo la desdentada marquesa, masticando con las encías—, no me parece de ninguna manera el sabor de la carne... más bien *comment dirais-je...* mñam... mñam... me parece algo mucho más refrescante... ¡Vaya uno a saber las vitaminas que contendrá!

—Tiene pimienta —observó el barón, probando discretamente otra porción—. Tiene algo delicadamente fuerte... mñam... mñam... pero no es carne —añadió inmediatamente—; es un plato decididamente vegetariano, pimentacoliflorado. Tenga confianza en mí, querida condesa, en cuanto a sabores mi paladar es un oráculo.

La condesa, no obstante, no quedó tranquila hasta que apareció el cocinero; un tipo alto, seco, pelirrojo, de mirada innoble, quien juró por el alma de su mujer que había servido una coliflor inmaculada.

—Todos los cocineros son iguales —dije con tono de suficiencia, y me llevé a la boca un trozo de

esa coliflor que tanta aprobación había obtenido entre los comensales (aunque seguía yo sin encontrarle ningún gusto especialmente delicioso).

—Los cocineros necesitan ser controlados sin cesar. (No sé si este tipo de observación fuera especialmente adecuado para la situación, pero me sentía excitado y ligero como la espuma del champán.) ¡El cocinero, con el gorro de cocinero y su delantal de cocinero!

—Tiene un aspecto tan respetable —dijo la condesa con cierto deje de sufrimiento, y volvió a servirse un poco de mantequilla frita de la salsera.

—Respetable... respetable... ¿cómo no? —insistí yo con una obstinación digna de mejores causas—. ¡Pero cocinero al fin y al cabo! Queridos amigos, un cocinero es un hombre simple, *homo vulgaris*, su tarea es la de preparar platillos exquisitos y refinados; ya en esto se oculta una peligrosa paradoja. Es la animalidad la que prepara lo exquisito. ¿No es extraño?

—¡Un sabor refinado! —exclamó la condesa, aspirando a nariz abierta el perfume de la coliflor (que yo seguía sin percibir) y gesticulando con el tenedor que movía espasmódicamente.

—¡Refinadísimo! —repitió el banquero y, para no mancharse de mantequilla, se ató al cuello la servilleta—. Si me lo permite, condesa, me volvería a servir un poquitín. Me siento renacer después de aquella... ejem... sopita. Mñam... mñam... Es cierto, no puede uno confiar en los cocineros. Tenía yo un cocinero que sabía preparar como nadie los macarrones a la italiana. ¡Comía yo cantidades increíbles! Pero, un día, entro en la cocina y veo mis macarrones en la cacerola... la cacerola estaba llena... era un verdadero ovillo... de lombrices... mñam... mñam... lombrices de mi jardín, que aquel sinvergüenza me daba en lugar de macarrones. A

partir de aquel día jamás he vuelto a atreverme... mñam... mñam... a mirar dentro de las cacerolas.

—¡Precisamente —dije—, precisamente! —y continué hablando de los cocineros, diciendo que eran unos bribones, asesinos en escala menor, para quienes no tenía ninguna importancia darnos pimienta, condimentar, embrollar; eran observaciones fuera de lugar, inoportunas, pero ya para entonces me había desencadenado...

—Usted, condesa, no tocaría jamás con la mano la cabellera del cocinero, y, sin embargo, se come sin parpadear un pelo suyo.

Habría seguido hablando en ese tenor, enfiebrado como estaba, pero debí interrumpirme porque nadie me escuchaba. Me espantó y me dejó estupefacto ver a la condesa, nuestra anfitriona, la custodia de nuestras virtudes, engullir su plato en silencio y con una glotonería atroz. El barón la acompañaba caballerosamente, inclinado sobre el plato, atragantándose con los bocados, mientras la vieja marquesa trataba de mantener el paso, mascando y engullendo enormes trozos, temerosa, evidentemente, de que los otros consumieran las mejores porciones.

Este imprevisto e inaudito atracón —perdónese la expresión, pero no encuentro otra más adecuada—, ese atracón en *esa* casa, ese horrible salto cualitativo había sacudido a tal punto la base de mi existencia que, sin poder contenerme más, estornudé, y como había dejado el pañuelo en el bolsillo de mi abrigo, me vi obligado a pedir permiso a los presentes y levantarme de la mesa. En el vestíbulo traté de recuperar el equilibrio. Sólo quien, como yo, conocía desde hacía tiempo a la condesa, a la marquesa y al barón, había presenciado la elegancia de sus movimientos, la delicadeza, la reserva y la finura de todo lo que hacían, sobre todo al comer,

la incomparable nobleza de sus rasgos, podrá comprender plenamente el espantoso efecto que su conducta me produjo. Me detuve un instante en el vestíbulo y mi mirada cayó sobre un periódico que salía del bolsillo de mi abrigo. Leí el título:

MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE COLIFLOR

y el subtítulo:

Corre peligro de congelación

y, al fin, el texto de la sensacional noticia:

El joven Valentín Coliflor, del pueblo de Rudka (que forma parte de las propiedades de la conocida y distinguida condesa Kotlubaj), se presentó hoy en la comisaría para comunicar que su hijo Bolek, de ocho años, ha escapado de casa. Bolek tiene nariz chata y cabellos claros. La policía tiene conocimiento de que el muchacho se escapó de su casa porque cada vez que el padre se embriagaba le golpeaba con el cinturón y la madre le hacía padecer de hambre (fenómeno bastante frecuente en el actual período de crisis). Se teme que el niño pueda haberse quedado congelado al vagar por el campo durante las lluvias otoñales.

—Tss —silbé—, tss...

Contemplé por la ventana los campos sumergidos tras la fina cortina de lluvia y volví al comedor, donde la enorme bandeja de plata ostentaba los restos de la coliflor. La panza de la condesa semejaba la de una mujer en el séptimo mes de embarazo... El barón casi sumía el órgano olfativo en el plato... mientras que la vieja marquesa rumiaba y rumiaba

infatigablemente, moviendo las mandíbulas, y parecía —debo decirlo— una vaca.

—¡Divino, maravilloso! —repetían—. ¡Efervescente, incomparable!

Sin saber qué decir, traté de volver a comer mi coliflor y a reflexionar con calma; intentaba en vano encontrar algo que justificara la actitud anómala de los comensales.

—Me gustaría saber precisamente qué ocurre —murmuré tímidamente, un poco avergonzado.

—¡Ja, ja, ja! ¡Así que no lo sabe! —gritó con gran estruendo el barón, y siguió comiendo, regocijadamente.

—Pero joven —dijo la marquesa sin cesar de comer—, ¿en verdad no advierte usted nada?

—No es usted un gastrónomo —corroboró el barón con una delicada sombra de reproche—, en cambio yo... *moi, je ne suis pas gastronome, je suis gastrosophe!*

No sé si fue ilusión mía, pero mientras hacía aquel juego de palabras en francés, algo en él pareció hincharse, de modo que la última palabra, aquel *gastrosophe*, la emitió con los carrillos llenos, con una altanería que jamás le había conocido.

—Es un plato bien preparado, claro... bastante apetitoso, sí, sí, pero... no obstante... —murmuré.

—¿Pero? ¿Pero, qué? ¿Así que realmente no logra usted percibir el sabor? ¿Esta delicada frescura... esta... mñam... mñam... fragancia indefinible... este sabor particular... este aromita, este alcohol? Pero, querido... —por primera vez desde que nos conocíamos empleó para tratarme aquel altivo «querido»—, ¿acaso bromea usted?

—¡No vayan a decírselo! —se entrometió en nuestra conversación la condesa, riendo coquetamente—. ¡No se lo digan! ¡De todos modos no lograría comprenderlo!

—El gusto, jovencito, se mama con la leche materna —masculló la marquesa con expresión jovial, haciéndome sentir, al menos así me lo pareció en aquel momento, que mi madre, ¡que en paz descanse!, había nacido en el seno de una modesta familia campesina.

Se levantaron de la mesa y condujeron sus enormes abdómenes al dorado saloncito Luis XVI, en el que cada quien eligió el sillón más confortable; ahí comenzaron a reír y a bromear. No me cabía duda de que su alegría se alimentaba en mi actitud de desconcierto. Desde hacía tiempo frecuentaba a los aristócratas en té y conciertos de beneficencia, pero, lo juro, jamás había observado semejante comportamiento, jamás un cambio tan radical, tan violento. No sabía si sentarme o permanecer en pie, si conservar la seriedad o poner buena cara ante aquellas bromas de mal gusto, si debía sonreír bobamente... Por consiguiente, intenté volver a la Arcadia, o sea a la Belleza, o sea a la sopa de calabaza:

—Volviendo a nuestra discusión sobre la Belleza...

—¡Basta, basta! —gritó el barón de Apfelbaum, tapándose los oídos—. ¡Qué fastidio! ¡Basta por ahora!... ¡Queremos divertirnos! ¡Encanallarnos! Voy a cantar un aria, un aria de opereta:

*Este Fulano nada ha comprendido.
¡Arrojémosle a un hondo precipicio!
O tal vez deberíamos explicarnos mejor:
Belleza no es lo bello, belleza es el sabor,
el sabor, el sabor, el gustoso sabor.
¡Tal es de la belleza el esencial factor!*

—¡Bravo! —exclamó la condesa, mientras la marquesa le hacía eco con una risa infantil, mostrando las encías—. ¡Bravo! ¡Cocasse! ¡Charmant!

—Pero me parece que... que esta historia... que, en fin —balbuceé mientras mi mirada por entero imbecil contrastaba visiblemente con el frac que vestía.

—Nosotros, quiero decir la aristocracia —susurró la marquesa a mi oído con expresión benévola—, adoramos la más completa libertad en las costumbres, por supuesto cuando nos encontramos en el círculo de nuestros semejantes: en esas canciones, ya usted lo habrá oído decir, somos hasta capaces de emplear expresiones vulgares; sabemos ser frívolos y a menudo también, en ciertos casos, plebeyos. ¡Por consiguiente no hay por qué asustarse! ¡Basta con aprender a conocernos!

—En efecto, no somos terroríficos —añadió el barón con aire de superioridad—, aunque nuestra grosería parezca menos aceptable que nuestra elegancia.

—No, tiene razón, no somos terribles —graznó la condesa—. ¡Aún no hemos cometido el delito de antropofagia!

—Exactamente, todavía no somos caníbales, no nos hemos comido a nadie, con excepción de...

—Con excepción de...

—*Fi donc*, ja, ja, ja —soltaron una gran carcajada, lanzando por el aire los cojines recamados, mientras la condesa declamaba:

—Sí, sí.

¡Lo esencial es el sabor!

Son buenos los cangrejos, servidos en su momento justo,

también el pavo, dorado a su preciso punto.

¿Queréis conocer el sabor de mi boca?

Con quienes poseen gustos ajenos a nuestra tribu, no podríamos jamás llegar a tutearnos.

—Pero, condesa —susurré—, los guisantes, la zanahoria, el puerro, los calabacines...

—¡La coliflor! —añadió el barón relamiéndose los labios de una manera sospechosa.

—Precisamente —dije yo definitivamente desorientado—, ¡precisamente! ¡La coliflor!... ¡La coliflor!... La abstinencia... los almuerzos vegetarianos...

—¡Ejem, ejem...! ¡La coliflor? ¡Verdad que estaba buena?... ¡No es cierto que era deliciosa? ¡Eh? Espero que al fin haya usted comprendido qué le daba sabor a nuestra coliflor. ¡Aja! ¡Lo comprendió usted al fin?

¿Qué manera de hablar era aquélla? ¿De dónde sacaba aquel tono? Ese aire de protección... ¡esa suficiencia de gran señor! Comencé a tartamudear... ¿Qué decir?... ¿Cómo negar?... ¿Cómo confirmar?... Pero a todo esto, el barón (jamás hubiera supuesto que ese hombre noble y humanista, aquel hermano poeta, fuera capaz de hacerme sentir tan duramente su superioridad), se arrellanó todavía más cómodamente en su poltrona y, acariciándose los finos tobillos, herencia de la princesa Pstryczynska, se dirigió a las señoras en un tono que literalmente me anuló:

—Lo ve, condesa, no vale la pena que invite a gente cuyo gusto corresponde aún a una época primitiva.

Una vez dicho eso, sin ocuparse más de mí, comenzaron a bromear, gesticulando con los vasos en la mano mientras yo me reducía a una *quantité négligeable*. Hablaron de «Ficha» y de sus obsesiones, de «Gaby» y de «Bobo», de la princesa «Mary» y de no sé qué «malezas», de Fulano que era intratable y de una mujer abominable. Se contaban anécdotas y bromas, con pocas palabras, en un lenguaje privilegiado, empleando términos como «enloquecedora», «fantástico», «agobiante», «grotesca», y llegando a imprecaciones de una vulgaridad inena-

rrable. Cabía pensar que el nivel de una conversación no podía ser más bajo; yo, entretanto, con mis conceptos de belleza, de humanismo, con todas mis nobles ideas, había sido no sé por qué eliminado y hecho a un lado como una silla rota; ni siquiera tenía el valor de abrir la boca. Ellos, en cambio, contaban misteriosas bromas aristocráticas que provocaban la hilaridad general; como yo ignoraba la causa de esas bromas apenas lograba sonreír. Dios mío, ¿qué había ocurrido? ¿Qué metamorfosis imprevista y cruel? ¿Por qué se habían comportado de un modo tan diferente a la hora de la sopa de calabaza? ¿Eran realmente los mismos con quienes hacía poco, ante la sopa de calabaza, departía yo armoniosamente en pleno iluminismo humanista? ¿De dónde surgía entonces ese inesperado y mortífero radicalismo, esa hostilidad, ese sarcasmo, esa incomprendible tendencia a la mofa ardiente, al sarcasmo y, además, a la altivez y al desprecio, que impedían cualquier manifestación de confianza? ¿Cómo explicarse esa metamorfosis? Las palabras de la marquesa sobre «su círculo» me habían recordado sin embargo todo el desagradable chismorreo que reinaba en mi ambiente burgués... historias a las que yo, por otra parte, no había concedido nunca ninguna importancia, sobre la doble vida de los aristócratas y a su modo de aislarse herméticamente de miradas indiscretas.

Ya no soportaba mi silencio que, al prolongarse, me hacía precipitarme en un abismo, y al fin dije, dirigiéndome a la condesa, sin saber por qué, como un eco desvaído del pasado:

—Le pido perdón si la interrumpo, condesa, usted había prometido dedicarme los *Efluvios de mi espíritu*.

—¿Qué dice? —preguntó divertida, como si no me hubiera oído—. ¿Qué? ¿Ha dicho algo, querido?

—Siento molestarla, condesa, pero usted me había prometido un ejemplar dedicado de los *Efluvios de mi espíritu*.

—Ah, sí, es cierto, es cierto —respondió la condesa distraídamente, pero con su cortesía habitual (¿la habitual u otra distinta? Debió de haber sido distinta pues mis mejillas se sonrojaron violentamente) tomó un pequeño volumen encuadernado en piel blanca y trazó rápidamente algunas palabras en la primera página, firmando Condesa Podlubaj*.

—¡Pero, condesa! —grité al instante, horrorizado al ver distorsionado de esa manera el histórico nombre—. ¡Kotlubaj!

—¡Oh, qué distracción! —exclamó en medio de la hilaridad general—. ¡Qué distraída soy!

Yo no tenía la menor gana de reír.

—Tss, tss —estaba por protestar de nuevo.

La condesa, sin embargo, se reía a mandíbula batiente, a la vez que su piececito bien nacido describía extraños arabescos en la alfombra, ora a la izquierda, ora a la derecha, ora en redondo, y lo hacía de un modo en extremo sugestivo y cosquilleante, como si encontrara placer en el aspecto ligero de su pantorrilla; el barón, despatarrado en un sillón, se preparaba para otra salida humorística, pero su oreja, la típica oreja de los Pstryczyński, se volvía más pequeña que de costumbre; sus dedos largos sostenían sobre su boca un racimo de uvas. La marquesa permanecía sentada con su habitual elegancia, pero su esbelto y delicado cuello de gran dama se alargó posteriormente y parecía que su piel marchita me estuviera observando de soslayo. No debemos olvidar un detalle muy importante. Afuera diluviaba. Era una lluvia con ráfagas de viento constante que azotaba los cristales de las ventanas.

* *Podlubaj*, significa «húrgame la nariz». (N. del T.)

Puede ser que me haya dejado impresionar por el fulminante e inmerecido trato al que fui sometido, puede ser también que sufriera la manía de persecución típica de aquellos que, pertenecientes a una clase social inferior, han sido admitidos en sociedad. Mi sensibilidad había sido estimulada por extraños vínculos casuales, por, llamémoslo así, analogías... Es posible que de improviso hubiera sentido un fluido extraordinario que me recorría por entero. Ni siquiera negaré que la distinción, la finura, la gentileza y la elegancia continuaban siendo distinguidas, finas, gentiles y elegantes al máximo, sobre esto ni siquiera voy a discutir, pero a la vez eran *asfixiantes*, de modo que todas esas virtudes humanísticas me parecieron enloquecidas, salidas de matriz. Además, me había parecido (el indudable efecto de la pantorrilla, la oreja y el cuello) que, sin mirarme, es más, ignorándome con sus aires de grandes señores, advertieran perfectamente mi estado de postración y gozaran de él hasta el infinito. Me entró la sospecha de que aquel Podlubaj... que, en fin, no por fuerza tenía que ser un lapsus... que, para decirlo en pocas palabras, aquello era una invitación para que le metiera los dedos en la nariz a la condesa. Miré las puntas relucientes de sus zapatos de charol y mi atroz convicción se afianzó... Calladitos, calladitos, continuaban aún riéndose de mí por no haber percibido el sabor de la coliflor... Para mí se había tratado de un platillo vegetariano común y corriente... Había demostrado ser diabólicamente ingenuo y diabólicamente burgués, ya que no había sabido paladar la coliflor... Se burlaban de mí a la chita callando, pero estaban dispuestos a transformar su burla silenciosa en otra más estrepitosa, a la primera señal de emoción. No me cabía duda... me ignoraban, no se preocupaban de mi existencia, pero a la vez aquellos órganos de sus aristocráticos cuerpos,

la ágil pantorrilla, la pequeña oreja, el cuello marchito me provocaban y me invitaban a romper el sello del secreto.

Es inútil que explique demasiado esas silenciosas tentaciones; ese oculto y morboso coqueteo había sacudido todo lo que en mí se asía al elemento racional. He aludido vagamente al «secreto» de la aristocracia, al misterio de su buen gusto, a ese misterio que no será capaz de penetrar quien no forme parte de los elegidos, ni siquiera reconociendo —como pedía Schopenhauer— los trescientos principios del *savoir-vivre*. Por un instante me dejé transportar por la esperanza de que, una vez revelado el misterio, también sería admitido en su círculo, podría desencadenarme, decir «enloquecedor» y «fantástico» igual que ellos... Pero... ¿por qué no admitirlo abiertamente?... Además de todas las otras consideraciones, el miedo y el terror de ser abofeteado paralizaban por completo mi deseo de conocimientos más profundos. Con la aristocracia uno jamás puede estar seguro, hay que proceder con una prudencia mayor que la que se recomienda a quien debe tratar a un cachorro de leopardo. En cierta ocasión, la princesa X le preguntó a un tipo de la alta burguesía el nombre de soltera de su madre; aquél, envalentonado por la aparente libertad que reinaba en el salón y por la tolerancia con que habían sido acogidas sus bromas anteriores, convencido de que podía permitírsele todo, respondió: «Sin agraviar a los presentes, tenía el nombre campesino de Piedzik»... Aquel «sin agraviar a los presentes» fue más que suficiente, se le consideró de una vulgaridad sin límites y a nuestro personaje le indicaron la puerta de salida.

«Felipe...» reflexionaba yo prudentemente, «sin embargo, Felipe había jurado...». ¡Pero un cocinero no es sino un cocinero! Un cocinero es un cocinero;

una coliflor, una coliflor; una condesa, una condesa... ¡Sobre todo no hay que olvidar nunca este último hecho! Precisamente éste: ¡una condesa es una condesa, un barón es un barón, y las rachas de viento y de lluvia allí afuera... viento y lluvia!; las manitas infantiles y la espalda marcada por las huellas del cinturón paterno bajo la cortante lluvia son manitas infantiles y una espalda llagada... ¡de modo que la condesa es una condesa, no me cabe duda! Una condesa es siempre una condesa y tengamos cuidado en no buscarnos dificultades.

Advertí que perseveraban en la más completa y casi paralizante pasividad; luego comenzaron a revolotear en torno a mí, primero casualmente, después, cada vez más de cerca, más directamente, para demostrarme sin términos medios que habían decidido continuar divirtiéndose.

—Mirad su expresión aterrada —exclamó finalmente la condesa y comenzaron a hablar todos a la vez diciendo que con toda seguridad yo me sentía escandalizado y aterrado, ya que en mi ambiente, ¿qué duda cabe?, nadie se divertía, nadie tenía tanta imaginación; nosotros cultivábamos maneras infinitamente mejores que las de los salvajes aristócratas. Fingían temer la severidad de mi juicio... y comenzaron a acusarse en público, a simular arrepentimiento... Parecía que temieran mi juicio más que cualquier otra cosa.

—¿Pero qué dice? ¡Por el amor de Dios, qué hombre terrible! —exclamó la condesa (a pesar de que el barón no era de ninguna manera terrible, excepción hecha tal vez de aquella oreja pequeña que se divertía en tocar de vez en cuando con la punta de sus largos dedos óseos).

—¡Comportémonos como es debido! —gritó el barón (la condesa y la marquesa se comportaban precisamente como era debido).

—¡Basta de majaderías! ¿Qué hacen esas piernas encima del sofá? ¿No se da cuenta de que ofende los sentimientos de este pobre hombre? ¡Su nariz, condesa, exagera en verdad su aspecto nobiliario! ¡Tenga piedad!

(¿Piedad de quién?... ¿Queréis decirme por qué debía sentir piedad la nariz de la condesa?) La marquesa, silenciosa, lloraba de risa. El hecho era que yo, como un avestruz, escondía la cabeza en la arena. Y eso les divertía y les llevaba a exagerar la nota... Parecían haber perdido los antiguos temores... parecían desear sólo que yo comprendiera por fin... Y sin lograr contenerse hacían cada vez alusiones más directas. ¿Alusiones? ¿A qué? Siempre a lo mismo, y siempre revoloteaban más cerca de mí y cada vez más descaradamente...

—¿Me está permitido fumar? —preguntó con afectación el barón, extrayendo la cigarrera de oro.

¡¿Me está permitido fumar?! Como si no supiera que afuera llovía, que diluviaba, que un viento horriblemente helado podía de un momento a otro romper los cristales. ¡¿Me está permitido fumar?!

—¡Oíd, llueve sin tregua! —murmuró ingenuamente la marquesa—. (¿Sin tregua? ¡Ah, sí!, ¡sin tregua!)—. ¡Escuchad el tic tac tic! ¡Ah, os lo ruego! ¡Escuchad esas gotitas!

—¡Qué temporal, qué viento horrible! —exclamó la condesa—. ¡Ay, ay, ay! ¡Qué horrible temporal! ¿Tiene sentido mirar? ¡La sola visión me hace reír y me pone la piel de gallina!

—¡Eh, eh, eh! —intervino el barón—, ¡mirad qué maravilla, cómo gotea todo! ¡Mirad los arabescos que dibuja la lluvia! Observad el fango; se hace viscoso, crece, se extiende, parece salsa Cumberland, ¡y esa lluvia que azota, y ese viento que muerde, muerde, lo aplebeya, lo pellizca, lo flagela

maravillosamente a uno! ¡Se me hace la boca agua, os lo juro!

—¡Es cierto, excelente, delicioso, realmente delicioso!

—¡Exquisito!

—¡Como una pechuga de pollo!

—¡Un fricasé de carnero!

—¡Un cocktail de langostinos!

Todas esas bromas, lanzadas con la desenvoltura de la que sólo es capaz la verdadera aristocracia, fueron seguidas por movimientos y gestos cuyo significado... ¡ay!, hubiese preferido no comprender, hundirme en mi sillón, inmóvil y no comprender. Y no hablo del hecho de que la oreja, la nariz, el cuello, el piececito enloquecían, se volvían frenéticos... El banquero, al inhalar el humo de su cigarrillo, hacía aparecer pequeños aros azules. ¡Si sólo fueran uno o dos! Pero los hacía uno tras otro con aquella boca de embudo. La condesa y la marquesa le aplaudían. Cada aro subía, se elevaba, y luego se disolvía en melodiosas espirales. La mano de la condesa, larga, blanca, serpentina, se había posado en el terciopelo de su sillón, mientras la nerviosa pantorrilla se contorsionaba bajo la mesa, insidiosa como una víbora, negra y punzante. Comencé a sentirme a disgusto. Pero no bastaba... Juro que no exagero... el barón había llevado la desvergüenza al grado de levantar el labio superior, sacar del bolsillo un mondadientes y comenzar a hurgarse los dientes, sus ricos dientes putrefactos recamados con placas de oro.

Desvanecido, sin saber a qué santo encomendarme o hacia dónde huir, me dirigí suplicante a la marquesa, quien hasta entonces había mostrado ser la más generosa conmigo y que durante el banquete había hablado tan conmovedoramente de la Piedad

y los niños raquíticos... Comencé pues a hablarle de la Piedad, a implorar piedad.

—¡Oh, señora, que os habéis sacrificado tanto por los pobres niños desgraciados! ¡Oh, señora, por el amor de Dios!

¡Imaginaos lo que me respondió!

Me observó con estupefacción, con sus ojos sin brillo, enjugó las lágrimas provocadas por la risa excesiva, y después, como acordándose de algo, me dijo:

—Ah, comprendo, ¿me habla usted de mis pequeños? Es cierto, cuando los niños caminan sobre sus piernitas enclenques, cuando les veo caer y levantarse, me siento todavía fuerte como una encina. En otra época acostumbraba montar a caballo, vestía traje de amazona negro y calzaba botas brillantes; hoy, en cambio, *hélas... les beaux temps sont passés...* Ahora, como ya es demasiado tarde para montar a caballo, porque soy vieja, cabalgo alegremente sobre mis pequeños paralíticos —y, de pronto, levantó la mano, mientras yo saltaba, porque, lo juro, quería hacerme ver sus piernas viejas aunque rectas, sanas y fuertes todavía.

—¡Jesús! —grité semidesvanecido—. ¿Y el Amor, la Piedad, la Belleza, los presos, los inválidos, las pobres maestras jubiladas?

—Claro que nos acordamos de todo eso —rió la condesa y yo sentí que un estremecimiento me recorría la columna—. ¡Nuestras queridas pobres maestras!

—Nos acordamos de ellas —me tranquilizó la marquesa.

—Las recordamos —repitió el barón de Apfelbaum—. ¡Las recordamos! —yo estaba rígido de miedo—. ¡Nuestros queridos, hermosos prisioneros!

No me miraban... miraban un punto en el techo, tal vez esperaban evitar de este modo las excesivas

contracciones de sus músculos faciales. ¡Ah! Ahora ya no había lugar a dudas, había finalmente comprendido dónde me hallaba y mi mandíbula comenzó a temblar espasmódicamente. Entretanto, la lluvia azotaba los cristales de las ventanas, los azotaba con sus constantes latigazos.

—¡De cualquier manera el Señor existe! —balbuceé al fin, tratando desesperadamente de asirme a algo—. Dios existe —añadí más lentamente porque el nombre de Dios resonó en aquella estancia tan a despropósito que se hizo un gran silencio, mientras sus rostros comenzaban a compartir las primeras señales de mi descortesía. Esperaba casi que me señalaran la puerta de salida.

—Por supuesto que existe —dijo en fin el barón de Apfelbaum, haciéndome polvo con su infalible tacto y elegancia—. El Señor existe, claro que existe, y se pasea con la Señora.

¿Qué podía uno replicar? ¿Quién no perdería la cabeza al oír semejantes respuestas? Calló. La marquesa se sentó al piano, mientras el barón y la condesa comenzaron a bailotear... y a cada movimiento era tal la elegancia, el buen gusto, la finura... que sentí un deseo poderoso de escapar, pero, ¿cómo salir sin despedirme? ¿Despedirme mientras bailaban? Permanecí pues en mi rincón y era verdad que jamás, ni antes ni después, había yo imaginado semejante impudicia, jamás admitido la posibilidad de que existieran semejantes actitudes... No quiero violentarme describiendo lo que ocurrió... nadie podrá exigirme hacerlo. Basta con que diga esto: mientras la condesa adelantaba un pie, el barón retiraba el suyo, y así una infinidad de veces... con caras perfectamente compuestas, en un tango cualquiera, nada especial... La marquesa tecleaba frenéticamente. Ahora sabía de qué se trataba... me lo habían hecho comprender con violencia... ¡Era un

baile de caníbales! ¡Un baile de caníbales!... Con elegancia, con buen gusto y con finura... Faltaba sólo la presencia del pequeño tótem, el monstruillo negro de cabeza cuadrada, labios prominentes, nariz chata que desde alguna parte patrocina esas bañales. Dirigí luego la mirada hacia la ventana y vi algo espeluznante... un pequeño rostro infantil redondo, la nariz chata, las cejas enarcadas, las orejas en abanico, un rostro febril y enfermizo que observaba lo que ocurría en el interior con una mezcla de idiotéz totémica y de éxtasis celestial... Durante una hora (o quizá dos) no pude sino mantener la mirada hipnóticamente fija en los botones de mi chaleco.

Cuando al fin, de madrugada, logré salir y bajé la resbaladiza escalera del pórtico, me aventuré bajo la lluvia por entre un macizo de flores y vi, bajo la ventana, un cuerpo exangüe. Era, naturalmente un cadáver, el cadáver de un muchachito de ocho años, cabellos rubios, nariz chata, pies descalzos, flaco a tal punto que... podría decirse... parecía haber sido completamente devorado... Aquí y allá, bajo la piel sucia, podía verse algún trozo de carne. En eso había terminado el pobre Bolek Coliflor, fascinado por la luminosidad de las ventanas, visibles desde lejos en medio de campos inundados. Mientras corría hacia el portón, apareció, no sé por dónde, Felipe, el cocinero, vestido de punta en blanco, con su gorro redondo, la barba rojiza, con aquella distinción de maestro del arte culinario, que primero degüella la liebre y luego la sirve bien aderezada a la mesa; se inclinó, me miró de reojo y dijo en tono servil:

—¡Espero que el señor haya disfrutado de nuestra cena vegetariana!

Crimen premeditado

En el invierno pasado tuve que visitar a un hidalgo, Ignacy K., con el propósito de ayudarle a resolver algunos problemas referentes a sus propiedades. Tan pronto como obtuve una licencia de unos días, confíe mis asuntos a un colega, un juez suplente, y telegrafíé: «Martes seis tarde favor enviar calesa». Sin embargo, cuando llegué a la estación no encontré ni calesa ni caballos. Hice algunas averiguaciones. Mi telegrama había sido, por supuesto, entregado; el destinatario en persona lo había recogido el día anterior. Me gustara o no, tuve que alquilar un primitivo cabriolé, deposité en él mi maletín y mi bolsa de mano. En la bolsa de mano guardaba un pequeño frasco de colonia, una lima para las uñas y unas tijeras. Avancé durante cuatro horas, campo a través, de noche, en silencio, en medio del deshielo. Temblaba bajo mi abrigo urbano, los dientes me castañeteaban. Observaba la espalda del conductor y pensaba: «Arriesgar la espalda de esta manera... Siempre sentado, casi siempre por lugares solitarios, con la espalda vuelta hacia los otros y expuesto a cualquier capricho de quienes se sientan detrás».

Al final llegamos frente a un portón de madera. Oscuridad, salvo en la parte superior donde se veía una ventana iluminada. Golpeé en la puerta; estaba cerrada. Golpeé con mayor energía. Nada, sólo si-

lencio. Los perros me atacaron y tuve que volver a la calesa. Luego le llegó al cochero el turno de llamar a la puerta.

«Su hospitalidad», me dije, «no es muy estimulante».

Finalmente, se abrió la puerta y apareció un hombre alto y delgado, de unos treinta años, con el bigote rubio y una lámpara en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó, como si acabara de despertar, mientras movía la lámpara.

—¿Es posible que no hayan recibido mi telegrama? Soy H.

—¿H.? ¿Qué H.? —dijo, observándome con atención—. ¡Que Dios le acompañe y guíe en su camino! —añadió con dulzura, como si hubiera sido tocado por un presagio, abriendo y cerrando los ojos; mientras sostenía con una mano la lámpara—. Adiós, adiós, señor, que Dios le acompañe —y dio un rápido paso hacia atrás.

Dije más ásperamente:

—Perdóneme, señor. Ayer envié un telegrama en el que anunciaba mi llegada. Soy el juez de instrucción H. Deseo ver al señor K. Si no pude llegar antes fue porque no enviaron un coche a recogerme a la estación.

—¡Oh, sí! —respondió después de reflexionar un momento y sin que mi tono pareciera producirle la menor impresión—. Sí, tiene razón; usted envió un telegrama. Pase, por favor.

¿Qué había sucedido? Sencillamente, como me lo explicó el joven ya en el vestíbulo (se trataba del hijo de mi anfitrión), sencillamente... se habían olvidado por completo de mi llegada y del telegrama recibido el día anterior por la mañana. Desconcertado, me disculpé cortésmente por la intrusión, me quité el abrigo y lo colgué de una percha. Me condujo a una pequeña sala, donde una joven, al ver-

nos, saltó del sofá con una ligera expresión de asombro.

—Mi hermana.

—Encantado.

Y en realidad lo estaba, pues el bello sexo, aun sin intenciones adicionales, el bello sexo, digo, nunca hace daño. Pero la mano que me tendió estaba sudorosa. ¿Dónde se ha visto a una mujer tender una mano sudorosa? La muchacha, con excepción de una cara bonita, pertenecía a esa especie que podríamos llamar sudorosa e indiferente, carente de reacciones, despeinada.

Nos sentamos en unas butaquitas rojas, de estilo antiguo, y empezó la conversación introductoria; pero aun aquel primer cambio de impresiones tropezó con una resistencia indefinible, y, en vez de la deseable fluidez, era torpe y lleno de obstáculos.

Yo: Deben de haberse sorprendido al escuchar los golpes en la puerta, a estas horas.

Ellos: ¿Los golpes? ¡Oh, sí, claro!

Yo (cortésmente): Siento haberles molestado, pero tuve que recorrer los campos esta noche como un don Quijote. ¡Ja, ja!

Ellos (tranquilos, serenos, sin considerar oportuno otorgar a mi broma más que una sonrisa convencional): ¡Por favor!... Sea usted bienvenido.

¿Qué ocurría? Todo parecía realmente extraño, como si les hubiera ofendido, como si me tuvieran miedo o les preocupara mi presencia, como si se sintieran avergonzados frente a mí. Hundidos en sus butacas rehuían mi mirada; tampoco se miraban entre sí y soportaban mi compañía con el más evidente fastidio. Era como si no se preocuparan más que por ellos mismos y temblaran ante la idea de que yo fuera a decirles algo hiriente. Finalmente, comencé a irritarme. ¿De qué tenían miedo? ¿Qué encontraban de extraño en mí? ¿Qué clase de recibimiento

era aquél? ¿Aristocrático, aterrorizado o arrogante? Cuando hice una pregunta sobre la persona que era objeto de mi visita, es decir sobre el señor K., el hermano miró a la hermana, y la hermana al hermano, como si se concedieran la prioridad. Al fin, el hermano carraspeó y dijo clara y solemnemente, como si se tratara sólo Dios sabe de qué:

—Sí, está en casa.

Fue como si dijera: «Su Majestad, el Rey, mi padre, está en casa».

La cena transcurrió también extrañamente. Fue servida con negligencia, con desprecio hacia los alimentos y hacia mí. El apetito con que, hambriento como me encontraba, engullí aquellos dones del Señor pareció chocarle hasta a Esteban, el majestuoso criado, para no hablar de los hermanos, que silenciosamente escuchaban los ruidos que yo producía, y ustedes saben lo difícil que es tragar cuando alguien está escuchando. A pesar de todos los esfuerzos, cada bocado pasa por la garganta con un penoso estruendo. El hermano se llamaba Antonio, la hermana Cecilia.

Luego, ¿quién llegó de pronto? ¿Una reina destronada? No, era la madre, la señora K. Se movía lentamente, me tendió una mano fría como el hielo, miró alrededor suyo con una especie de estupor y se sentó sin pronunciar una palabra. Era una mujer rolliza y de baja estatura; pertenecía a ese tipo de viejos nobles rurales que son inexorables en cuanto a normas se refiere, especialmente a las de urbanidad.

Me miró con severidad e ilimitada sorpresa, como si tuviese yo alguna frase obscena escrita en la frente. Cecilia hizo entonces un movimiento con la mano, pretendiendo explicar o justificar algo; pero el movimiento murió en el aire, mientras la atmósfera se hacía cada vez más densa y artificial.

—Quizás esté molesto a causa de este viaje sin sentido —dijo de pronto la señora K.

¡Con qué tono lo dijo! Un tono de agravio, el tono de una reina que ha fracasado al recibir la tercera de una serie de reverencias y como si comer una chuleta constituyese un delito de lesa majestad.

—Tienen ustedes aquí unas chuletas de cerdo excelentes —dijo rencorosamente, pues, a pesar de mis esfuerzos, me sentía vulgar, estúpido y lleno de una confusión que iba en aumento.

—¿Chuletas?... ¡Ah, sí, las chuletas...!

—Antonio no le ha dicho nada todavía, mamá —fueron las palabras que salieron entonces de la boca de la tranquila y tímida Cecilia.

—¡Cómo! ¿No se lo ha dicho? ¿Quieres decir que no le han dicho nada *aún*?

—¿Para qué, mamá? —murmuró Antonio, palideciendo y mostrando los dientes, como si estuviera instalado en la silla del dentista.

—¡Antonio!

—Bueno... ¿Para qué? No importa... No te preocupes... Siempre habrá tiempo para eso —dijo, y se interrumpió.

—Antonio, ¿cómo puedes?... ¿Qué significa eso de que no me preocupe? ¿Cómo puedes hablar de ese modo?

—Nadie tiene... Bueno, da lo mismo...

—¡Pobre hijo! —murmuró la madre, acariciándole el cabello, pero él le quitó la mano con ruda energía—. Mi esposo —dijo secamente, dirigiéndose hacia mí— falleció anoche.

—¡Qué! ¿Murió? ¿Así que eso era?... —exclamé, dejando de comer.

Puse el cuchillo y el tenedor a un lado y tragué rápidamente el bocado. ¿Cómo podía ser? La víspera misma había ido a la estación a recoger el telegrama. Los miré. Los tres esperaban, modesta y

gravemente, esperaban con las bocas contraídas, austeras, inflexibles. Esperaban calladamente. ¿Qué era lo que esperaban? ¡Oh, sí, claro! Debía expresarles mi condolencia.

Fue todo tan imprevisto que en el primer momento casi perdí el dominio de mí mismo. Me levanté de la silla y murmuré confusamente algo tan vago como: «Lo siento... mucho... perdónenme». Me detuve, pero ellos no reaccionaban; no les parecía suficiente. Con los ojos bajos, las caras inmóviles, sus vestidos raídos; él, sin afeitarse; ellas, desaseadas, con las uñas negras, permanecían sin decir nada. Me aclaré la garganta, buscando desesperadamente un buen principio, una frase apropiada, pero en mi cabeza, ustedes han de conocer esa sensación, se había hecho un vacío absoluto, un desierto, mientras, sumergidos en su sufrimiento, ellos aguardaban. Aguardaban sin mirarme. Antonio tamborileaba ligeramente la mesa con los dedos; Cecilia, turbada, se quitaba la mermelada de su vestido sucio, y la madre, inmóvil como si se hubiese vuelto de piedra, con aquella severa, inexorable, expresión de matrona. Me sentí incómodo, a pesar de que como juez de instrucción había tenido en mis manos centenares de casos de muertes. Pero el hecho es que... ¿cómo decirlo?, un cadáver feo asesinado, cubierto por una sábana, es una cosa, y el respetable difunto que muere por causas naturales y es colocado en un ataúd, otra muy distinta. Esa irregularidad (que acompaña a la primera) es una cosa, pero la muerte honrada, la muerte en toda su majestuosidad es otra. Nunca, repito, nunca me habría sentido tan embarazado, si me hubiesen explicado todo desde el primer momento. Ellos también se sentían incómodos. También estaban asustados. No sé si solamente porque yo era un intruso, o porque en aquellas circunstancias experimentaban cierta

confusión ante mi identidad oficial, ante esa cierta actitud positivista que la larga práctica había desarrollado en mí, la vergüenza de ellos hizo que yo mismo me sintiera terriblemente avergonzado; para decirlo francamente, me hizo sentirme abochornado fuera de toda proporción.

Baluceé algo referente al respeto y aprecio que siempre había sentido por el difunto. Al recordar que no le había vuelto a ver desde que éramos estudiantes, lo cual sabrían seguramente, añadí: en nuestros tiempos de colegio. Como seguían sin responder, y como debía terminar de alguna manera mi discurso, pedí que me permitieran ver el cadáver, y la palabra «cadáver» produjo un efecto desafortunado. Mi confusión evidentemente domó a la viuda. Rompió a llorar y me tendió una mano que besé con humildad.

—Hoy —dijo casi inconscientemente—, de madrugada... por la mañana me levanté... fui... llamé... Ignacio, Ignacio. Nada; yacía allí. Me desmayé... Me desmayé... Y desde entonces me tiemblan las manos. ¡Mire!

—¡Mamá, basta!

—Me tiemblan, me tiemblan sin cesar —repitió, levantando los brazos.

—¡Mamá! —volvió a decir Antonio en voz baja.

—Me tiemblan, me tiemblan, como ramas temblorosas...

—Nadie tiene... nadie... Da lo mismo. ¡Una tragedia!

Antonio pronunció estas palabras con brutalidad y salió de repente del comedor.

—¡Antonio! —gritó la madre atemorizada—. ¡Cecilia, vé tras él!

Yo permanecí allí, mirando las manos temblorosas, sin que se me ocurriera nada, sintiendo que a cada minuto mi situación era más embarazosa.

—Usted deseaba... —dijo súbitamente la madre—. Vamos allá... Yo le acompañaré.

Aún ahora, al considerar fríamente el asunto, creo que en ese momento tenía yo derecho a un poco de atención y a mis chuletas de cerdo. Por eso pude, y aun debí haber contestado: «A sus órdenes, señora, pero primero terminaré las chuletas, porque desde el mediodía no he probado alimento». Tal vez si le hubiera respondido de esa manera, el curso de varios acontecimientos trágicos hubiese sido distinto. Pero, ¿tuve acaso la culpa de que ella lograra aterrorizarme y de que mis chuletas, así como mi propia persona, me parecieran tan poca cosa, algo indigno de pensar en ello? Y me sentía tan turbado, que aún ahora me ruborizo al recordar mi turbación.

Mientras subíamos al piso superior, donde yacía el cadáver, ella murmuró para sí:

—Un golpe terrible... Una sacudida, una espantosa sacudida. Ellos nada dicen. Son orgullosos, difíciles, inescrutables, no dejan penetrar a nadie en su corazón, prefieren desgarrarse a solas. Espero que Antonio no enferme. Es duro y obstinado; ni siquiera permite que me tiemblen las manos. No debería haber tocado el cuerpo, y sin embargo tuvimos que hacer algo, arreglarlo. No lloró, no lloró en ningún momento. ¡Oh! ¡Cuánto desearía que alguna vez pudiera llorar!

Abrió la puerta. Tuve que arrodillarme e inclinar la cabeza reverentemente sobre el pecho, mientras ella permanecía a mi lado, solemne, inmóvil, como si me estuviera exponiendo el Santísimo Sacramento.

El muerto estaba en la cama tal como había fallecido; lo único que habían hecho era colocarlo boca arriba. Su cara azul e hinchada indicaba la muerte por asfixia, tan general en los ataques al corazón.

—Muerte por sofocación —murmuré, ya que claramente advertí que se trataba de un ataque cardíaco.

—El corazón, el corazón... Murió del corazón...

—¡Oh! Algunas veces el corazón puede... puede... —dije lúgubrementemente.

Ella continuaba en pie, esperando. Me persigné, recé una plegaria y luego (ella seguía en pie) exclamé con dulzura:

—¡Qué nobleza de rasgos!

Le temblaban tanto las manos que tuve que besárselas de nuevo. Ella no reaccionó, sino que continuó de pie, como un ciprés, contemplando tristemente la pared. Como más pasaba el tiempo, más difícil era negarse a manifestarle por lo menos un poco de compasión. Así lo exigía la educación más elemental. Me puse en pie, innecesariamente quité a mi traje algunas motas de polvo y tosí levemente. Ella seguía en pie. Rodeada de silencio y olvido, los ojos perdidos como los de Níobe, la mirada cuajada de recuerdos. Estaba despeinada y mal vestida. Una pequeña gota se deslizó hasta la punta de su nariz y se columpió, se columpió... como la espada de Damocles, mientras los cirios humeaban. Minutos después traté de retirarme silenciosamente; pero ella saltó como si la hubiesen empujado, dio unos cuantos pasos hacia delante y volvió a detenerse. Me arrodillé. ¡Qué situación intolerable! ¡Qué problema para una persona de mi sensibilidad! No la acuso de maldad consciente. ¡Nadie podría convencerme de eso! No era ella, sino su maldad, la que insolentemente disfrutaba con mis actos de humildad ante ella y el difunto.

Arrodillado, a dos pasos del cadáver, el primer cadáver que no tenía yo derecho a tocar, contemplaba infructuosamente la sábana que lo envolvía hasta los codos. Las manos estaban fuera de la sá-

baña. Algunas macetas con flores yacían al pie del lecho, y la palidez del rostro surgía del hueco de la almohada. Miré las flores y luego al rostro del difunto, pero lo único que se me ocurrió fue el pensamiento inoportuno, extrañamente persistente, de que me hallaba ante una especie de escena teatral ya preparada. Todo parecía parte de un escenario teatral: había allí un cadáver que miraba arrogante, distante, indiferente, al techo, con los ojos cerrados; cerca de él, su inconsolable viuda; y además yo, un juez de instrucción, arrodillado, pero con el corazón enteramente vacío, furioso como un perro al que se le ha puesto a la fuerza un bozal. «¿Qué ocurriría si me acercase, levantase las sábanas y echase una mirada, o al menos tocase el cuerpo con un dedo?» Sólo pensaba en eso, pero la gravedad de la muerte me mantuvo en mi sitio y el sufrimiento y la virtud me impidieron la profanación. ¡Fuera! ¡Prohibido! ¡No te atrevas! ¡Arrodíllate! ¿Qué ocurre? Gradualmente comencé a preguntarme quién habría preparado tal espectáculo. Yo soy un hombre ordinario y sencillo que no se presta a semejantes representaciones teatrales... No debería... «¡Al diablo!», me dije repentinamente. «¿Qué estupidez! ¿Cómo me puede suceder esto? ¿Dónde he adquirido esta artificiosidad, esta afectación? Generalmente me comporto de diferente modo. ¿Me habrán contagiado su estilo? ¿Qué es esto? Desde que llegué todo lo que hago resulta falso y pretencioso, como la representación de un actor mediocre. He perdido completamente mi personalidad en esta casa. ¿Por qué me estoy dando importancia?»

—Hmmm... —murmuré nuevamente, no sin cierta pose teatral, como si, una vez lanzado a aquel juego, fuese incapaz de volver a mi estado natural—. A nadie le aconsejo que trate de burlarse de mí. Soy capaz de aceptar el reto.

Entretanto, la viuda se sonaba la nariz y se encaminaba hacia la puerta, hablando sola, carraspeando y agitando los brazos.

Cuando por fin me hallé en mi habitación, me quité el cuello; pero, en vez de ponerlo en la mesa, lo arrojé al suelo y comencé a pisotearlo. Sentía que me ardía el rostro y mis dedos se agarrotaron de una manera para mí completamente inesperada. Estaba furioso. «Me están poniendo en ridículo», me dije. «¡Qué mujer malvada! ¡Qué hábilmente lo ha preparado todo! ¡Exige que se le rinda homenaje! ¡Que le bese uno las manos! ¡Exige de mí sentimientos! ¡Sentimientos! Pues bien, supongamos que no tenga sentimientos. Supongamos que odie tener que besar manos temblorosas y murmurar plegarias, arrodillarme, fingir murmullos, unos murmullos horriblemente sentimentales... Pero, sobre todo, detesto las lágrimas que resbalan hasta la punta de la nariz, además de que amo la claridad y el orden.»

—Hmm... —dije aclarándome la garganta, y hablando solo, con un tono de voz diferente, cortés, como si me hallase en el juzgado—. ¿Quieren que les bese las manos? Tal vez también debería besarles los pies, pues, después de todo, ¿quién soy yo frente a la majestad de la muerte y del sufrimiento familiar? Un agente del orden, vulgar e insensible, nada más. Mi naturaleza es clara. Pero, hmmm... No sé... ¿No ha sido todo demasiado apresurado? En su situación, yo me hubiese portado más... modestamente, con un poco más de cautela. Debieron haber tenido en cuenta mi carácter especial, ya que no mi carácter privado, entonces... entonces... al menos mi carácter oficial. Esto es lo que han olvidado. Después de todo, soy un juez de instrucción y aquí hay un cadáver, y la idea de cadáver parece evocar algunas veces, no siempre inocentemente, la de juez de instrucción. Y si consideramos detenidamente el

curso de los acontecimientos desde ese punto de vista... hmmm..., el punto de vista de un juez de instrucción —formulé lentamente—, ¿cuáles podrán ser las consecuencias?

»Pasemos, pues, revista a los hechos: llega un huésped, que, accidentalmente, resulta ser un juez de instrucción. No le envían el coche, se resisten a abrirle la puerta. En otras palabras, hacen todo lo posible para que se sienta incómodo. De ello se deduce que alguien tiene interés en que este hombre no penetre en la casa. Después lo reciben de mala gana, con un desprecio escasamente disimulado, con miedo... Y, ¿quién puede sentirse molesto, quién puede tener miedo en presencia de un juez de instrucción? Es necesario mantenerle algo oculto. Un hombre muere de un ataque cardíaco en una habitación del piso superior. ¡No es agradable! Tan pronto como el cadáver sale a la luz emplean todos los medios posibles para forzarme a que me arrodille, a que bese manos, con el pretexto de que el finado murió de muerte natural.»

Todo el que quiera tildar de absurdo o ridículo este razonamiento, no debe olvidar que un momento antes había tirado mi cuello al suelo. Mi sentido de la realidad había disminuido. Mi conciencia se hallaba oscurecida a consecuencia del insulto; es claro que no podría ser completamente responsable de mis actos.

Mirando siempre hacia delante, dije con absoluta serenidad: «Hay algo irregular en todo esto».

Eché mano de toda mi agudeza y comencé a establecer la cadena de hechos, a construir silogismos, a seguir los hilos y a buscar pruebas. Sí, sí, la majestuosidad de la muerte es, desde cualquier punto de vista, digna de respeto, y nadie puede acusarme de no haberle rendido los honores que merece; pero no todas las muertes son igualmente majestuosas.

Antes de que esas circunstancias hayan sido acla-

radas, no podría, en su situación, estar seguro de mí mismo, ya que el caso es especialmente oscuro, complejo y dudoso, hmmm... como todas las evidencias parecen señalar.

A la mañana siguiente, estaba tomando el café en la cama, cuando advertí que el muchacho de servicio encendía la estufa, un muchacho soñoliento y mofletudo, que me miraba de vez en cuando con muestras de curiosidad. Puede que supiera quién era yo.

—¿De modo que murió tu amo? —le dije.

—Así es.

—¿Cuántas personas trabajan aquí?

—Dos: Esteban y el mayordomo, excluyéndome a mí. Si se me incluye, somos tres.

—¿El amo murió en la habitación de arriba?

—Arriba, por supuesto —replicó con indiferencia, soplando el fuego e inflando sus carrillos carnosos.

—Tú, ¿dónde duermes?

Dejó de soplar y me miró, pero su mirada esta vez era más astuta.

—Esteban duerme con el mayordomo en un cuarto junto a la cocina, y yo duermo en la despensa.

—Es decir que desde el sitio donde duermen Esteban y el mayordomo no hay modo de pasar a las otras habitaciones, excepto a través de la despensa, ¿no es así? —pregunté con indiferencia.

—Así es —respondió, y me miró con atención.

—Y la señora, ¿dónde duerme?

—Hasta hace poco dormía con el señor, pero ahora duerme en su cuarto de al lado.

—¿Desde su muerte?

—¡Oh, no! Se mudó antes; hace tal vez una semana.

—¿Y sabes por qué abandonó la habitación de su marido?

—No, no lo sé...

—¿Dónde duerme el joven Antonio? —fue mi última pregunta.

—En la planta baja, junto al comedor.

Me levanté. Me vestí cuidadosamente. ¡Muy bien! Si no me equivocaba, había encontrado otro dato significativo, un detalle interesante. Después de todo, el hecho de que una semana antes de la muerte, la señora abandonase la alcoba del marido, era asombroso. ¿Habría tenido miedo de contraer una enfermedad cardíaca? Hubiera sido un miedo superfluo, por así decirlo. Sin embargo, no debía apresurarme a extraer conclusiones prematuras, ni dar un paso en falso. Me encaminé al comedor. La viuda estaba al lado de la ventana. Con las manos juntas, contemplaba una taza de café, y entonces murmuró algo monótonamente, moviendo acompasadamente la cabeza, con un pañuelo sucio y húmedo entre las manos. Cuando me acerqué, comenzó repentinamente a caminar alrededor de la mesa en dirección opuesta a la mía, mientras seguía murmurando algo y agitando los brazos, como si hubiera perdido el sentido. Pero yo había recuperado la calma perdida el día anterior y, manteniéndome a un lado, esperé pacientemente a que por fin se diera cuenta de que estaba allí.

—¡Ah! Buenos días, buenos días, señor —dijo vagamente, advirtiéndome al fin mis repetidas reverencias—. ¿Así que ya se...?

—Lo siento —murmuré—. Yo... yo... no me voy aún. Me gustaría permanecer un poco más.

—¡Oh, sí! —dijo, y luego murmuró algo sobre el traslado del cadáver, y hasta llegó a honrarme preguntándome con poca convicción si permanecería para asistir al funeral.

—Es un gran honor —le dije—. ¿Quién podría rehusar este último servicio? ¿Se me podría permitir ver el cadáver otra vez?

Sin dar ninguna respuesta y sin dirigirme una mirada, subió por las escaleras crujiendo.

Después de una breve plegaria, me puse en pie, y, como si reflexionara sobre los enigmas de la vida y la muerte, miré a mi alrededor.

«Es extraño», me dije, «muy interesante. A juzgar por las evidencias, este hombre murió seguramente de muerte natural. Aunque su cara esté hinchada y lívida, como la de las personas estranguladas, no hay señal alguna de violencia, ni en el cuerpo ni en la habitación». Realmente me parecía como si hubiera muerto, en efecto, tranquilamente de un ataque cardíaco. Sin embargo, me acerqué al lecho y toqué el cuello del cadáver con un dedo.

Este insignificante movimiento produjo en la viuda el efecto de un rayo. Saltó.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Qué es esto? ¿Qué hace?

—Por favor no se agite, mi querida señora —repliqué y, sin más explicaciones, comencé a examinar el cuello del cadáver, así como toda la habitación, escrupulosamente.

Provocar un escándalo es oportuno en ciertas ocasiones. Pues no podríamos sacar nada en limpio si los escrúpulos nos impidieran realizar una inspección minuciosa cuando la necesidad lo impone. ¡Vaya! Literalmente no había traza de nada. Nada en el cuerpo, nada en el tocador, ni dentro del guardarropa o en la alfombrilla junto a la cama. Lo único que destacaba en el conjunto era una enorme cucaracha muerta. Sin embargo, ciertos indicios aparecieron en la cara de la viuda aunque siguió inmóvil, observando mis movimientos con una expresión de intenso terror.

Esto me impulsó a preguntarle lo más cautamente posible:

—¿Por qué se cambió a la habitación de su hija hace aproximadamente una semana?

—¿Yo? ¿Por qué?... ¿Que por qué me cambié? ¿Cómo se atreve...? Mi hijo me lo recomendó... Para dejarle más aire. Mi esposo se había estado asfixiando durante toda una noche. Pero, ¿cómo puede...? Después de todo, ¿qué asunto...? ¿Qué...?

—Disculpe, por favor. Lo siento, pero...

Y un significativo silencio sustituyó el resto de la frase.

De pronto, pareció advertir la personalidad oficial del hombre a quien se dirigía.

—Pero, después de todo... ¿cómo puede ser? Diga... ¿Es que ha advertido usted algo?

Una nota de miedo no del todo disimulado se revelaba en la pregunta. Me aclaré la garganta y respondí:

—De cualquier manera —le dije secamente—, debo pedirle que... Me han dicho que van a transportar el cuerpo... Bien, debo pedirle que el cuerpo permanezca aquí hasta mañana.

—¡Ignacio! —exclamó.

—Así es —fue mi respuesta.

—¡Ignacio! ¿Cómo puede ser eso? ¡Increíble! ¡Imposible! —dijo mirando el cuerpo con una expresión de dureza—. ¡Mi querido Igna...!

Y lo que resultó más interesante es que se detuvo en medio de una palabra, se irguió y me desafió con la mirada; después de lo cual, profundamente ofendida, abandonó la habitación. Les pregunto, ¿por qué debía de sentirse ofendida? ¿Acaso una muerte natural constituye un insulto a la esposa que no ha tenido parte en ello? ¿Qué hay de insultante en la muerte natural? Puede resultar con se-

guridad insultante para el asesino, mas no ciertamente para el cadáver ni para sus deudos. Pero en aquella ocasión tenía cosas más urgentes que hacer que formularme preguntas retóricas. Apenas me quedé solo con el cadáver, comencé un minucioso registro y, mientras más avanzaba en él, mayor era mi estupor. «Nada, nada por ningún lado», murmuré; «nada más que la cucaracha aplastada junto al tocador. Hasta podría llegar a suponer que no hay bases para una acción ulterior».

¡Bien! ¡Allí, era donde residía el problema! El mismo cadáver probaba claramente al examen de cualquier experto que había muerto normalmente de asfixia cardíaca. Todas las apariencias: la falta de coche, el disgusto, el miedo, las reticencias hacían suponer algo turbio; pero el cadáver, contemplando el cielo, proclamaba: «¡Morí de un ataque cardíaco!». Era una certidumbre física y médica, un hecho; nadie lo había asesinado, por la sencilla razón de que *no había sido asesinado*. Tenía que admitir que la mayoría de mis colegas hubiesen suspendido la investigación allí mismo. ¡Yo no! Me sentía demasiado ridículo, demasiado irritado, y había ido ya demasiado lejos. El asesinato es algo que se produce intelectualmente; tiene, pues, que ser concebido por alguien. Los palomos asados no vuelan por el aire.

«Cuando las apariencias testimonian en contra del asesinato», me dije sabiamente, «debemos ser astutos, debemos desconfiar de las apariencias. Si, por otra parte, la lógica, el sentido común y las pruebas se convierten en los abogados del criminal, y las apariencias hablan en contra de él, no debemos confiar en la lógica ni en el sentido común ni en las pruebas. Muy bien... Pero con las apariencias, ¿cómo podríamos (ya lo señala Dostoievski) preparar un asado de liebre sin liebre?».

Miré al cadáver, y el cadáver miraba al cielo,

proclamando con el cuello su inmaculada inocencia. ¡Allí residía la dificultad! ¡Allí se levantaba el obstáculo! Pero lo que no puede ser removido puede ser asaltado: *hic Rodhus, hic salta!* ¿Le era posible a aquel rostro helado oponer una resistencia contra mi rápida y cambiante fisonomía, capaz de encontrar la expresión adecuada para cada situación? Y en tanto que el rostro del cadáver seguía siendo el mismo —sereno, aunque con cierta vacuidad—, mi rostro expresaba una solemne astucia, el desprecio de los demás y la seguridad en mí mismo, tal como si dijera: «Soy un pájaro demasiado viejo para ser cazado con trampas».

«Sí», me dije gravemente, «este hombre ha sido conducido a la muerte. Ha sido el corazón quien lo ha asfixiado. Hmmm... hmmm... La defensa me pondría en aprietos. El corazón es un término demasiado amplio, hasta podríamos decir un concepto simbólico. ¿Quién, después de levantarse con furia ante la noticia de un crimen, quedaría satisfecho al escuchar la tranquilizadora respuesta de que no había ocurrido, de que el corazón había sido el único responsable? Perdónenme, ¿qué corazón? Sabemos cuan confuso, cuan complejo puede ser un corazón. Un corazón es un saco que puede almacenar un cúmulo de cosas: el frío corazón del asesino, el corazón del libertino reducido a cenizas, el corazón fiel de la mujer enamorada, un ardiente corazón, un corazón ingrato, un corazón celoso, un corazón vengativo, etcétera».

La cucaracha aplastada parecía no tener ninguna relación directa con el crimen. Hasta entonces sólo una cosa estaba clara: el occiso había muerto de asfixia, y la asfixia era de naturaleza cardíaca. Si consideráramos la carencia de heridas externas, podríamos también certificar que la asfixia había tenido un carácter interno. Sí, eso era todo... Nada había que

hacer; un carácter cardíaco, interno. «Evitemos sacar conclusiones prematuras... Y ahora sería conveniente salir a dar un paseo por el jardín y echar un vistazo alrededor de la casa.»

Volví a la planta baja. Al entrar en el comedor, escuché el sonido de pasos ligeros y rápidos que huían. Posiblemente se trataba de Cecilia. «¡Ay, niñita! De nada vale huir, la verdad siempre prevalece.» En el comedor, los sirvientes ponían la mesa para el almuerzo. Me observaron en silencio, y yo, con paso lento, me aventuré hasta las habitaciones más distantes y en una de ellas vi a Antonio que se alejaba. Para una muerte de tipo cardíaco, de origen interno, reflexioné, era preciso admitir que no había casa que se prestara mejor que aquel viejo edificio. Para hablar con exactitud, no había tal vez nada que resultara recriminatorio y, sin embargo —podía olfatearlo—, había allí pánico y cierto olor en el aire, uno de esos olores que sólo se pueden tolerar cuando uno mismo los produce, un olor como de sudor, un olor que se puede designar como el olor de los afectos familiares. Continué husmeando, y advertí ciertos pequeños detalles que, aunque triviales, no me parecieron desprovistos de significación: las raídas y amarillentas cortinas, los cojines bordados a mano, la abundancia de fotografías y retratos, los respaldos de las sillas gastados por el uso excesivo, a través de varias generaciones de espaldas, y, además, una carta inconclusa en un papel blanco rayado, un cuchillo con un trozo de mantequilla en una de las ventanas de la sala, un vaso con medicamento en una mesa de noche, un listón azul tras una estufa, una telaraña, muchos guardarropas, viejos olores, todo esto componía una atmósfera de especial solicitud, de gran cordialidad. A cada paso, el corazón encontraba alimento; sí, el corazón podría regresar a la ciudad sobre mantequilla rancia,

cortinas, el listón y los olores (y uno podía entusiasmarse ante ese alimento, observé). También pude apreciar el hecho de que la casa era excepcionalmente íntima y que esa «intimidad» se manifestaba precisamente en ciertas ventanas tapiadas y en la salsera desportillada en la que yacía una pequeña plasta de veneno contra la polilla desde el verano anterior.

No obstante, no se puede reprochar que, en mi obstinado celo por mantener un curso interno, olvidara otras posibilidades. Me propuse descubrir si existía una comunicación entre la parte de la casa destinada a los sirvientes y la de los amos, un paso que no fuera a través de la despensa, y comprobé que no existía. Llegué hasta salir fuera y, lentamente, fingiendo pasear, caminé alrededor de la casa en la nieve derretida. Era inconcebible que alguien hubiera podido penetrar de noche a través de las puertas o las ventanas, pues estaban protegidas por poderosas barras de hierro. De aquí que, si algún hecho había tenido lugar en la casa durante aquella noche, no se podía sospechar sino del sirviente que dormía en la despensa. Nadie sino él, especialmente si se consideraba la maligna expresión de sus ojos.

Al decirme esto, agucé los oídos, pues a través de una ventana abierta me llegó una voz; ¡pero cuán diferente era ahora de la que había escuchado! ¡Cuán deliciosa y prometedora! Ya no era la voz de una reina doliente, sino una voz sacudida por el terror y la angustia, una voz temblorosa, débil, femenina, que parecía infundirme confianza, tenderme una mano.

—¡Cecilia, Cecilia!... Asómate a la ventana. ¿Se ha ido? Observa bien. No te asomes tanto, que te puede ver. Hasta puede llegar aquí a espiar. ¿Has corrido la cortina? ¿Qué es lo que busca? ¿Qué es

lo que ha visto? ¡Oh, mi pobre Ignacio! ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué registraba la estufa? ¿Qué buscaba en el armario? ¡Es terrible! ¡Anda por toda la casa! A mí nada me importa, que haga lo que quiera; pero Antonio... Antonio no lo tolerará. ¡Para él es una injuria! Se puso completamente pálido cuando se lo conté. ¡Ay! Temo que la calma lo abandone.

«Si el crimen tuvo un carácter doméstico como podía suponerse después de los resultados de la investigación», continué pensando, «el deber exige que admitamos que un asesinato cometido por el criado con el posible propósito de un robo no puede ser considerado por nadie, en ninguna circunstancia, como de carácter doméstico. El suicidio es diferente; un hombre se mata y todo sucede en su interior. Así es el parricidio, donde, después de todo, es la propia sangre la que comete el crimen. En cuanto a la cucaracha, el asesino debe de haberla aplastado en el momento del crimen».

Mientras hilaba tales reflexiones, me senté en el estudio con un cigarrillo, y entonces se presentó Antonio. Al verme, me saludó, pero más tímidamente que la primera vez; hasta me pareció que se sentía nervioso.

—Tienen ustedes una hermosa casa —le dije—. Encuentro aquí una gran serenidad y una cordialidad poco habituales. Un verdadero hogar, un hogar cálido. Le hace a uno suspirar por la niñez, pensar en la madre, la madre con su bata de dormir, las ganas de morderse las uñas, la necesidad de un pañuelo.

—¿El hogar?... ¡El hogar, sí, claro!... Pero no es eso. Mi madre me ha dicho que... usted parece pensar... eso es...

—Conozco un excelente remedio contra los ratones: el ratotex.

—¡Oh, sí! Debo ocuparme más, mucho más... de

ellos. Dicen que esta mañana estuvo usted en el cuarto de mi padre... Eso es bastante... lo siento... con el cadáver...

—Sí.

-¡Ah! ¿Y...?

-¿Y?... ¿Y qué?

—Dicen que encontró usted algo...

—Sí, una cucaracha muerta.

—Aquí abundan las cucarachas muertas... Sí, las cucarachas... Quiero decir que son numerosas las cucarachas que no están muertas.

—¿Quería usted mucho a su padre? —pregunté, tomando de la mesa un álbum de fotos de Cracovia.

Esta pregunta indudablemente le sorprendió. No estaba preparado para ella. Incluyó la cabeza, miró a los lados, suspiró y dijo con voz entrecortada, con indecible pesar, casi con aversión:

—Bastante...

—¿Bastante? Eso no es gran cosa. ¡Bastante! Y además lo dice con reticencia.

—¿Por qué me lo pregunta? —inquirió con voz ahogada.

—¿Por qué se porta usted con tan poca naturalidad? —pregunté yo a mi vez, con un tono de simpatía, acercándome a él de manera casi paternal, con el álbum en la mano.

—¿Yo? ¿Poca naturalidad? ¿Cómo puede...?

—¿Por qué se ha puesto usted lívido, lívido como la pared?

—¿Yo? ¿Lívido?

—Claro, claro. Mira usted furtivamente... No termina sus frases... Habla de ratones, de cucarachas... Su voz es demasiado alta, luego demasiado apagada, ahogada, áspera, y de nuevo rompe usted en una especie de chillido que le destroza a uno los tímpanos —le dije muy secamente—. Sus ademanes son nerviosos. Sí, parece nervioso, exaltado. ¿A qué

se debe eso, joven? ¿No es mejor condolerse de una manera sencilla? Hmmm... ¡Bastante, dice! ¿Y por qué persuadió a su madre hace una semana de que abandonara repentinamente la habitación de su padre?

Completamente paralizado por mis palabras, sin atreverse a mover un brazo, o una pierna, sólo logró murmurar:

—¿Yo...? ¿Qué quiere decir? Mi padre... mi padre... necesitaba más aire fresco.

—¿En la noche de su muerte durmió usted en su habitación en la planta baja?

—¿Yo? En mi habitación, por supuesto... en la planta baja.

Me aclaré la garganta y regresé a mi cuarto dejándolo en una silla, con las manos cruzadas encima de las rodillas, la boca ligeramente abierta y las piernas estrechamente unidas. «¡Aja! Se trata posiblemente de un temperamento nervioso. Un temperamento, una naturaleza exaltada... Excesivas emociones, cordialidad exagerada...» Pero me contuve, pues no quería aún asustar a nadie. Mientras me lavaba las manos en mi cuarto y me preparaba para la comida, el mismo criado de la mañana entró a fin de preguntarme si necesitaba alguna cosa. Tenía otro aspecto: los ojos apuntaban en todas direcciones, sus modales revelaban un servilismo astuto, y todas sus fuerzas espirituales estaban en el más alto grado de actividad. Le pregunté:

—Bien, ¿qué novedades hay?

—Excelencia —dijo él—, usted me preguntó si había dormido en la despensa anteanoche. Quería decirle que esa noche, al oscurecer, el joven amo cerró con llave la puerta de la despensa.

—¿Nunca había cerrado el joven esa puerta?

—Nunca. Jamás. Solamente en esa ocasión. Pensó que yo estaba dormido, porque era ya muy

tarde; pero yo no dormía todavía, y oí cuando cerró. No sé cuándo volvió a abrir, porque estaba durmiendo cuando me despertó por la mañana para decirme que el viejo amo había muerto, y entonces la puerta estaba ya abierta.

¡Así que por alguna razón inexplicable el hijo del difunto había cerrado la puerta de la despensa durante la noche! ¿Cerrar la puerta de la despensa? ¿Qué podía significar?

—Le ruego a su Excelencia que no diga que yo se lo conté.

No había sido desatinada mi calificación de aquella muerte de posible delito doméstico. La puerta estaba cerrada, así que ningún extraño había tenido acceso a la casa. La red se espesaba a cada minuto, la soga tendida alrededor del cuello del asesino, es decir, la soga en torno al cuello de la víctima. Aunque soslayara este problema, había echado un ingenuo vistazo al cuello, que resplandecía con inmaculada blancura, y uno no podía permanecer eternamente en un estado de ciega pasión. Muy bien, estoy de acuerdo: me hallaba furioso. Por una razón u otra, el odio, el disgusto, los insultos me habían obcecado, manteniéndome tercamente en un absurdo evidente. Eso es humano, y todos lo podrán entender. Pero llegaría el momento en que recobraría la calma. Como dice la Biblia: «Llegará el día del Juicio». Y entonces... hmmm... yo diría: «Aquí está el asesino», y el cadáver diría: «Morí de asfixia cardíaca». Y entonces, ¿qué? ¿Cuál sería la sentencia?

Supongamos que el juez preguntara: «¿Sostiene usted que este hombre fue asesinado? ¿En qué se basa?».

Yo respondería: «Me baso, Excelencia, en que su familia, su mujer y sus hijos, particularmente su hijo, se comportan extrañamente, se comportan

como si lo hubieran asesinado; no cabe duda». ¡Dios! Pero, ¿de qué manera pudo ser asesinado cuando no fue asesinado, cuando la autopsia demuestra claramente que murió de un ataque al corazón?

Y entonces el abogado defensor, ese chivo pagado, se levantaría y, en un largo discurso, moviendo las mangas de la toga, comenzaría a probar que se trata de un equívoco originado por mi torpe manera de razonar; que había yo confundido el crimen con el dolor, y que lo que consideraba la manifestación de una conciencia culpable no era sino la expresión de una extremada sensibilidad, que tiende a replegarse frente al frío contacto de un extraño. Y, una vez más, el insolente, cansado estribo: «¿Por qué milagro ha sido asesinado, si no ha sido asesinado de ninguna manera, si no hay la menor huella en el cuerpo que pueda demostrarlo?».

Esta objeción me preocupaba tanto que a la hora de la comida, a fin de desvanecer mis preocupaciones y dar un descanso a mis dudas penetrantes, y sin ninguna segunda intención, comencé a opinar que, en su esencia real, el crimen «por excelencia» no era un hecho físico sino psicológico. Si no me engaño, nadie habló, excepto yo. Antonio no pronunció una palabra, no sé si debido a que me consideraba indigno de ella, como había sido el caso la noche anterior, o por miedo de que su voz resultara demasiado estridente. La madre viuda, sentada pontificalmente en su silla, continuaba, me imagino, sintiéndose mortalmente vejada, mientras sus manos temblorosas pretendían asegurarse la impunidad. Cecilia sorbía silenciosamente líquidos demasiado calientes. En cuanto a mí, como resultado de los motivos antes mencionados y sin pensar que podía cometer una falta de tacto, ni reparar en la

tensión que imperaba en la mesa, discurrí larga y volublemente.

—Deben creerme. Hablando estrictamente, la forma física de un cadáver, el cuerpo torturado, el desorden en la habitación, los así llamados indicios, no constituyen sino detalles secundarios, nada, apenas un apéndice del crimen real, una formalidad médica y judicial, una deferencia del criminal para con las autoridades, y nada más. El crimen real lo comete siempre el espíritu. ¡Los detalles externos...! ¡Santo Dios! Voy a citarles un caso: un joven, repentinamente y sin ninguna explicación, clavó un largo alfiler de sombrero ya pasado de moda en la espalda de su tío y benefactor, de quien había recibido protección durante treinta años. Ahí lo tienen. La magnitud del crimen psicológico ante la pequeñez, casi invisibilidad de los efectos físicos, un pequeño agujero en la espalda, hecho por un alfiler. El sobrino explicó posteriormente que, por distracción, había confundido la espalda de su tío con el sombrero de su prima. ¿Quién iba a creerle? ¡Oh, sí! Para hablar en términos físicos, el crimen es una bagatela; lo difícil estriba en localizar los conceptos espirituales. A causa de la extraordinaria fragilidad del organismo humano, uno puede cometer un asesinato por accidente o, como ese sobrino, por distracción, y de la nada surgen entonces repentinamente, ¡tras!, un cadáver. Una mujer, la mujer más bondadosa del mundo, locamente enamorada de su marido, descubrió cierto día, durante la luna de miel, un repelente gusano en las frambuesas que estaba comiendo el esposo. Debo decirles que el marido detestaba esos gusanos más que cualquier otra cosa. En vez de prevenirle, se le quedó mirando con una tierna sonrisa, y luego le dijo: «Te has comido un gusano». «¡No!», gritó el marido horrorizado. «Claro que te lo has comido», le respondió la mujer,

y comenzó a describírselo. «Era de tal y tal manera, gordo y blancuzco.» Hubo muchas risas y bromas; el marido, pretendía estar disgustado y levantaba los brazos al cielo, lamentándose de la maldad de su mujer. Todo el asunto quedó olvidado. Una semana o dos después, la mujer estaba terriblemente asombrada de ver que su marido perdía peso, enflaquecía, devolvía el alimento. Se sentía asqueado de sus propios brazos y piernas, y (perdónenme la expresión) no cesaba de vomitar. Su repugnancia de sí mismo aumentó hasta convertirse en una terrible enfermedad. Y, de pronto, un día... terribles lágrimas, espantosos lamentos, se había matado. Al fin, después de un severo interrogatorio, reveló que en los más oscuros rincones de su conciencia sentía una atracción antinatural por un perro bulldog al que su marido había golpeado poco antes de comerse las frambuesas. Otro caso más. En una familia aristocrática, un joven asesinó a su madre repitiéndole insistentemente la palabra «monstruosa». En el tribunal afirmó hasta el final ser inocente. ¡Oh! El crimen es algo tan fácil que se asombrarían ustedes de saber cuánta gente muere de muerte no natural..., especialmente cuando se trata del corazón, ese misterioso lazo entre los hombres, ese intrincado corredor secreto entre ustedes y yo, esa bomba de succión y de fuerza que puede succionar con excelencia y esforzarse maravillosamente. Después se componen una atmósfera de luto, unas caras de cementerio, una dignidad doliente, la majestuosidad de la muerte, ¡ja, ja, ja!, únicamente a fin de provocar el respeto del dolor para que nadie se asome al interior de ese corazón que secretamente cometió un cruel asesinato.

Estaban sentados como ratones de sacristía sin atreverse a interrumpirme. ¿Dónde estaba el orgullo de ayer? De pronto, la viuda, pálida como la

muerte, arrojó su servilleta y, con las manos más temblorosas que de costumbre, se levantó de la mesa. Yo me froté las manos.

—Lo siento, no fue mi intención herir a nadie. Hablaba en términos generales sobre el corazón en el que tan fácil resulta esconder un crimen.

—¡Malvado! —exclamó la viuda, con la respiración entrecortada.

El hijo y la hija se levantaron de la mesa.

—¡La puerta!... —les grité—. Muy bien, seré un malvado; pero, ¿puede explicarme alguien por qué anteanoche estuvo cerrada la puerta?

Una pausa. Imprevisiblemente, Cecilia prorrumpió en un lamento nervioso, y entre gimoteos logró decir:

—La puerta... no fue mi madre. Yo la cerré. Fui yo quien lo hizo.

—Eso no es cierto, hija. Yo ordené que cerraran la puerta. ¿Por qué te humillas ante este hombre?

—Tú diste la orden, mamá; pero yo quise... yo quise... yo también quise cerrar la puerta y la cerré.

—Perdónenme la interrupción —les dije—. ¿Cómo es eso? (Yo sabía que Antonio había cerrado la puerta de la despensa.) ¿De qué puerta están hablando?

—La puerta... la puerta del cuarto de mi padre. Yo la cerré.

—Yo fui quien la cerró. Te prohíbo que digas esas tonterías, ¿me oyes? ¡Yo la cerré!

¿Qué era aquello? ¿Así que también ellas habían estado cerrando puertas? La noche en que el padre iba a morir, el hijo cierra la puerta de la despensa, a la vez que la madre y la hija cierran la puerta de la habitación.

—¿Y por qué, señoras, cerraron esa puerta —les pregunté impetuosamente—, excepcional y particularmente esa noche? ¿Con qué objeto?

¡Consternación! ¡Silencio! ¡No lo sabían! Bajaron la cabeza. Una escena teatral. Entonces resonó la voz agitada de Antonio:

—¡Basta! ¿No os da vergüenza dar explicaciones? ¿Y a quién? ¡Más serenidad!

—¡Vamos! En ese caso, tal vez pueda usted explicarme por qué cerró la puerta de la despensa esa noche, dejando incomunicados los cuartos de los sirvientes.

—¿Yo? ¿Cerré yo la puerta?

—¿No? ¿No lo hizo usted? Hay testigos. Es algo que puede probarse.

¡Nuevamente el silencio! ¡Otra vez la consternación! Las mujeres giraban aterradas por el espanto. Finalmente el hijo, como si recordara algo muy remoto, declaró con voz dura:

—Lo hice yo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué cerró usted la puerta? ¿Tal vez para impedir corrientes de aire?

—No puedo decírselo —replicó con una soberbia difícil de explicar, y abandonó el comedor.

Pasé el resto del día en mi habitación. Sin encender la vela, me paseé de un lado para otro, de pared a pared, durante largo rato. Afuera comenzaba a oscurecer; las manchas de nieve refulgían con creciente vivacidad en las sombras que derramaba la tarde, y los intrincados esqueletos de los árboles rodeaban la casa por todas partes.

«¡Una casa especial para ti!», me dije, «Una casa de asesinos, una casa monstruosa, donde se ha perpetrado un asesinato a sangre fría, bien oculto y premeditado». ¡Una casa de estranguladores! ¿Él corazón? De antemano sabía lo que se puede esperar de un corazón bien alimentado y qué clase de corazón tenía aquel parricida, un corazón henchido de grasa, nutrido con mantequilla y calor familiar. Lo sabía, pero no quería aventurar nada prematura-

mente. Y ellos, ¡tan orgullosos! ¡Exigían tales homenajes! Mejor sería que explicaran por qué habían cerrado las puertas.

¿Por qué, pues, en el momento en que tenía todos los hilos en la mano y podía señalar con el dedo al asesino, por qué, pues, perdía mi tiempo en vez de actuar? Aquel obstáculo, el único obstáculo: aquel cuello blanco e intacto que, como la nieve del exterior, se tornaba más blanco en la negrura de la noche. El cadáver debe de haber sido objeto de reflexiones por parte de aquella banda de asesinos. Hice aún un nuevo esfuerzo y me aproximé al cadáver en un ataque frontal, con la visera levantada, llamando al pan, pan y señalando claramente al criminal. Pero era como luchar contra una silla. Por más exacerbadas que estuviesen mi imaginación y mi lógica, el cuello seguía siendo el cuello y la blancura, la blancura, con la muda obstinación de los objetos inanimados. Por consiguiente, no había más que proseguir hasta el final, insistir en aquella falacia y en aquel absurdo de venganza y esperar, esperar, contando ingenuamente con la posibilidad de que, si el cadáver no se corrompía, tal vez la verdad pudiera encontrar por sus propios medios, como el petróleo, el camino hasta la superficie. ¿Estaba perdiendo el tiempo? Sí, pero mis pasos resonaban en la casa, y todos podían escuchar que caminaba incesantemente. Era probable que ellos, abajo, no estuviesen ya tan tranquilos.

Pasó la hora de la cena. Eran cerca de las once, pero yo continuaba sin moverme de la habitación sin cesar de llamarlos bellacos y asesinos. ¿Había triunfado? Con el resto de mis fuerzas confiaba en que mi obstinación y perseverancia serían recompensadas, que mi pasión llegaría a dar cuenta de la resistencia que se le oponía, con tanto empeño y tantas expresiones faciales distintas que finalmente no pu-

diera ya la situación mantenerse y que, al llegar al punto máximo, se resolviera de alguna manera y diera nacimiento a algo, a algo ya no en el reino de la ficción, sino a algo real. Porque no podíamos seguir así indefinidamente: yo arriba, ellos abajo. Alguien tenía que decir: «Me rindo»; todo dependía de quién fuese el primero. En la casa reinaban la calma y el silencio. Pasé al salón, pero no percibí ningún ruido en la planta baja. ¿A qué podrían estar dedicados? ¿Estarían por fin haciendo lo que se esperaba de ellos? En tanto que yo había triunfado gracias a todas aquellas puertas cerradas, ¿estarían ellos lo suficientemente asustados, estarían deliberada, adecuadamente aguzando los oídos para captar el sonido de mis pasos, o estarían sus espíritus demasiado fatigados para continuar trabajando? «¡Ah!», exclamé con alivio, cuando a eso de la media noche oí al fin pasos en el salón, y luego alguien llamó a mi puerta.

—¡Adelante! —dije.

—Lo siento —dijo Antonio, sentándose en la silla que le indiqué.

Parecía enfermo, estaba pálido y ceniciento. Yo ya sabía que la coherencia en el discurso no era su virtud más descollante.

—Su conducta... —comenzó—, y luego sus palabras... Para decirlo de una vez: ¿qué significa todo esto? O se va inmediatamente de mi casa... o me habla con claridad. ¡Esto es un chantaje! —estalló.

—¿Así que al fin me lo pregunta? —dije—. ¡Bastante tarde! Y aún ahora habla en términos muy generales. ¿Que qué puedo decirle? Pues bien, su padre ha sido...

—¿Qué? ¿Qué ha sido...?

—Estrangulado.

—Estrangulado. Muy bien, estrangulado... —re-

pitió, estremeciéndose, con una especie de extraño placer.

—¿Se alegra?

—Sí.

—¿Quiere hacer otras preguntas? —le dije después de una pausa.

—¡Pero si nadie oyó ruidos ni gritos! —exclamó.

—Ante todo, sólo su madre y su hermana dormían cerca, y esa noche habían cerrado la puerta. En segundo lugar, el asesino debe de haber atacado inmediatamente a su víctima y...

—Muy bien, muy bien —murmuró—, muy bien. Un momento. Otra pregunta. ¿Quién ha sido a su juicio... quién?

—¿De quién sospecho, quiere decir? ¿Qué cree? ¿Podría usted afirmar que durante la noche alguien del exterior hubiese podido penetrar en la casa con tal sigilo que no lo advirtieran el guardabosque ni los perros? ¿Podría creer en la posibilidad de que se hubiesen dormido tanto el guardabosque como los perros y que la puerta de la finca, por algún descuido, hubiese quedado abierta? ¿Es así? ¿Qué coincidencia tan desafortunada!

—Nadie pudo haber entrado —replicó orgulloosamente.

Estaba sentado, muy erecto, y pude advertir en su inmovilidad que me despreciaba con todo el corazón.

—Nadie —confirmé rápidamente, disfrutando alegremente de su orgullo—. ¡Absolutamente nadie! Así que sólo quedan ustedes tres y los tres sirvientes. Pero el paso de los sirvientes fue interceptado por usted. Sólo Dios sabe por qué cerró la puerta de la despensa. ¿O es que ahora va a negar que la cerró?

—La cerré.

—Pero, ¿por qué? ¿Con qué intención?

Saltó de la silla.

—No adopte usted esos aires —le dije, y mi breve comentario le hizo volver a sentarse, mientras su cólera se desvanecía.

—La cerré sin saber por qué, maquinalmente —dijo con dificultad, y murmuró por dos veces—: Estrangulado, estrangulado...

Era el suyo un temperamento nervioso. Todos ellos poseían un temperamento nervioso.

—Y como su madre y su hermana también cerraron... maquinalmente, su puerta, sólo queda... Bueno, usted sabe muy bien quién queda. Usted, y únicamente usted, pudo aquella noche tener libre acceso a la habitación de su padre. «El labrador de regreso a casa sucumbe en el fatigoso camino, y deja el mundo a la oscuridad y a mí.»

—Supone entonces —exclamó— que yo... que yo... ¡Ja, ja, ja!

—¿Quizá trata usted con esa risa de expresar que es inocente? —dije secamente, y su risa, después de unos cuantos intentos, sucumbió en una nota falsa—. ¿No fue usted? En ese caso, joven —dije más suavemente—, ¿quiere explicarme por qué no derramó una sola lágrima?

—¿Una lágrima?

—Sí, ni una lágrima. Su madre me lo confesó en un murmullo, ¡oh, sí!, al principio, ayer mismo en la escalera. Es habitual que las madres pierdan la cabeza y traicionen a sus hijos. Y hace un momento usted se reía y declaró que se sentía feliz por la muerte de su padre —dije con triunfal énfasis, repitiendo sus palabras hasta que, una vez que la fuerza lo abandonó, me miró como a un ciego instrumento de tortura.

Sin embargo, al sentir la creciente gravedad de la situación, echó mano de todas sus fuerzas y trató de dar una explicación en forma de un *avis au lec-*

teur, un aparte, digamos, que surgía directamente de su garganta.

—Era sólo sarcasmo... ¿comprende?

—¿Se permite el sarcasmo a la muerte de su padre?

Hubo otro silencio y luego murmuré confidencialmente, casi a su oído:

—¿Por qué está tan turbado? Después de todo, se trata de la muerte de un padre... No hay nada perturbador en ello.

Cuando recuerdo ese momento, me felicito de haber salido adelante con paso seguro; él ni siquiera se movía.

—¿Estará usted turbado porque le quería? ¿Quizá le quería usted realmente?

Balbuceó con dificultad, con disgusto, con desesperación:

—¡Muy bien! Si usted insiste... sí... entonces, sí, muy bien... Así era —dijo arrojando algo sobre la mesa, y después exclamó—: ¡Mire, es su cabello!

Era en verdad un rizo.

—Perfectamente —le dije—, quítelo de ahí.

—¡No, no quiero! Puede usted tomarlo, se lo regalo.

—¿A qué se deben todos esos estallidos? Está bien, usted le quería, eso es natural. Sólo quiero hacerle una pregunta más; porque, como se dará usted cuenta, no entiendo mucho estos amores de ustedes. Admito que ha logrado casi convencerme con este rizo de cabello; pero, ¿sabe?, hay una cosa fundamental que no logro aún resolver —aquí nuevamente bajé la voz y murmuré a su oído—: Usted le quería, eso está muy bien; pero, ¿por qué hay tanta confusión, tanto desdén en ese amor? —se volvió a poner lívido y no respondió nada—. ¿Por qué tanta crueldad y repulsión? ¿Por qué oculta su amor de la misma manera que un criminal oculta su crimen?

¿No me responde? ¿No lo sabe? Tal vez yo pueda decírselo. Usted le amaba. Sí, pero cuando su padre enfermó, le habló a su madre sobre la necesidad de aire fresco. Su madre, quien, dicho sea de paso, también le amaba, escuchó y asintió. Es cierto, muy cierto, un poco de aire fresco a nadie puede hacerle daño; así que se cambió a la habitación de su hija, pensando: «Estaré cerca de él, pendiente de cualquier llamada del enfermo». ¿No es así? Puede usted corregirme.

—Así fue.

—¡Exactamente! Soy un viejo lobo, lo ve. Pasa una semana. Una noche la madre y la hija se encierran en su habitación. ¿Por qué? Sólo Dios lo sabe. Es necesario reflexionar sobre cada una de las vueltas de llave de una cerradura. ¿Una, dos, tres? La hicieron girar maquinalmente y se metieron en la cama. Sí, mientras usted, al mismo tiempo, cerraba abajo la puerta de la despensa.

Saltó de golpe, pero se volvió a sentar y dijo:

—Sí, fue así exactamente...

—Y entonces se le ocurrió que su padre podría necesitar algo. Tal vez usted pensaba: «Mi madre y mi hermana se han dormido, y mi padre puede necesitar algo». Así, sin hacer ruido, subió por las crujiertes escaleras hasta la habitación de su padre. Bien... Cuando lo encontró en la habitación... El resto no necesita comentarios; procedió usted maquinalmente.

Escuchaba sin creer a sus oídos. Repentinamente pareció despertar y exclamó con un aullido que se podría calificar como de desesperada franqueza, la cual sólo podía inspirarse en un gran miedo:

—¡Pero si yo no estuve allí! ¡Pasé la noche entera abajo, en mi habitación! No sólo cerré la puerta de la despensa, sino que también me encerré en mi

cuarto. Yo también dormí encerrado... Debe tratarse de algún error.

—¿Qué? —exclamé—. ¿También usted se encerró? Al parecer, todo el mundo se encerró. ¿Quién fue entonces?

—No lo sé, no lo sé... —dijo con estupor, secándose la frente—. Sólo ahora comienzo a comprender que debimos de haber estado esperando que ocurriera algo; debimos de haber tenido un presentimiento y, por miedo, por pudor —exclamó violentamente—, nos encerramos todos con llave... porque todos queríamos que mi padre, que mi padre... resolviera por su cuenta sus asuntos.

—¡Ah! Ya veo... Sintiendo que la muerte se aproximaba, se encerraron antes de que llegara a producirse. ¿Así que esperaban el crimen?

—¿Lo esperábamos?

—Muy bien; pero, entonces, ¿quién lo asesinó? Porque él *fue asesinado*, mientras ustedes esperaban, y recuerde que ningún extraño tuvo la posibilidad de hacerlo.

Calló.

—Le digo que yo estaba realmente en mi habitación, encerrado —murmuró al fin, oprimido por el peso de una lógica irrefutable—. Debe de tratarse de un error.

—En ese caso, ¿quién lo asesinó? —seguí repitiendo incesantemente—. ¿Quién lo asesinó?

Reflexionó, como si hiciera un profundo examen de conciencia y revisara sus intenciones más recónditas. Estaba pálido. Su mirada, bajo las pestañas caídas, parecía dirigirse hacia su interior. ¿Descubrió algo allí, en lo más profundo? ¿Qué descubrió? Tal vez se vio a sí mismo saliendo de la cama, caminando sigilosamente por las traidoras escaleras, dispuestas las manos para la acción. Tal vez, en un único instante, le sobresaltó el incierto pensamiento

de que, después de todo, quién podía saberlo. Era algo que no podía excluirse por completo. Tal vez fue en ese preciso instante cuando el odio se le apareció como un complemento del amor; quién sabe (ésta es sólo una suposición mía) si en una fracción de ese instante no llegó a penetrar en la terrible dualidad de los sentimientos. Esta idea cegadora pudo haber sido una revelación (al menos ésa es mi interpretación) y debe de haber hecho estragos en su interior, de tal manera que, envuelto en su amor, llegó a resultarse intolerable hasta para sí mismo. Y aunque esto duró sólo un instante, fue suficiente. Después de todo, se había visto forzado a luchar contra mis sospechas ya durante doce horas; durante doce horas había sentido una persecución despiada y obstinada tras él, y debe de haber digerido todos los absurdos de que el pensamiento es capaz más de un millar de veces. Como un hombre roto dejó caer la cabeza y me dijo claramente, mirándome a la cara:

—Yo lo hice... Fui... yo.

—¿Qué quiere decir con eso de «fui»?

—Yo fui, ya lo dije, fui yo quien lo hizo, como usted ha dicho, maquinalmente.

—¿Qué? ¡Es verdad! ¿Lo admite? ¿Fue usted? ¿Real y verdaderamente?

—Sí, fui yo.

—¡Aja! Así es. Y todo el asunto no le llevó más de un minuto.

—No más... Un minuto cuando mucho. No debemos sobreestimar el tiempo. Un minuto. Luego regresé a mi cuarto, me acosté y caí dormido. Antes de caer dormido, bostecé y pensé, esto lo recuerdo muy bien ahora, que, ¡oh, oh!, al día siguiente tenía que levantarme muy temprano.

Me quedé atónito. Su confesión era tan clara, tal vez demasiado clara, aunque su voz se volvió áspera a la vez que feroz, llena de un gozo extraordinario.

¡No había duda de ello! ¡No se podía negar! Muy bien, pero el cuello, ¿qué se podía hacer con aquel cuello que obtusamente mantenía sus propios derechos en la alcoba? Mi pensamiento trabajaba febrilmente; pero, ¿qué puede un cerebro contra la testarudez de un muerto?

Deprimido, contemplé al asesino, que parecía aguardar. Y —es difícil de explicar—, en ese momento advertí que no me quedaba nada que hacer sino admitir franca y totalmente los hechos. Golpearme la cabeza contra el muro, es decir contra el cuello, era infructuoso. Cualquier posible resistencia o estratagema serían inútiles. Tan pronto como advertí esto, sentí una gran confianza en él. Advertí que lo había empujado hasta muy al fondo, y que había llevado a cabo una maniobra demasiado artera, y, en mi confusión, exhausto y sin aliento después de tantos esfuerzos y efectos fáciles, me convertí repentinamente en un niño, un niño pequeño y desamparado que desea confesar sus errores y travesuras a su hermano mayor. Me pareció que él entendería y no me negaría sus consejos. «Sí», pensé, «es lo único que me resta por hacer: una confesión franca. El entenderá, me ayudará: encontrará una solución». Pero, por si acaso, me levanté y fui acercándome a la puerta.

—Ve usted —dije, y mis labios temblaron ligeramente—; hay una dificultad... cierto obstáculo, una formalidad, para ser sinceros, nada importante. La cosa es que —toqué el picaporte—, a decir verdad, el cuerpo no revela huella alguna de estrangulamiento. Para expresarlo en términos fisiológicos, no fue estrangulado, sino que murió normalmente de un ataque cardíaco. ¡El cuello, sabe usted, el cuello! ¡El cuello no ha sido tocado!

Dicho esto me deslicé por la puerta entreabierta y crucé rápidamente el salón. Irrumpí en el cuarto

donde yacía el cadáver y me escondí en el guardarropa. Con gran esperanza, aunque también con miedo, aguardé. El lugar era oscuro, sofocante, y los pantalones del muerto me rozaban el cuello. Esperé largo rato, y comencé a dudar: pensé que nada iba a ocurrir, que habían estado burlándose de mí, que me habían llevado durante todo el tiempo a hacer el ridículo. La puerta se abrió suavemente y alguien se deslizó en el interior con cautela. Después escuché un ruido espantoso. La cama crujía horriblemente. Todas las formalidades se estaban cumpliendo *ex post facto*. Luego los pasos se retiraron tal como habían llegado. Cuando, después de una larga hora, tembloroso, bañado en sudor, salí de mi escondite, la violencia y la fuerza prevalecían entre las sábanas revueltas de la cama; el cadáver estaba colocado en diagonal con respecto a la almohada, y en el cuello aparecían, nítidas, las impresiones de diez dedos. Aunque los peritos médicos no estuvieron del todo satisfechos con aquellas huellas dactilares (alegaban que había algo que no era del todo normal), fueron consideradas al fin, junto con la plena confesión del asesino, como una base legal suficiente.

El diario de Stefan Czarniecki

1

Nací y crecí en una casa muy respetable. ¡Oh, amada infancia, con cuánta emoción te recuerdo! Veo a mi padre: un hombre fascinante, orgulloso, un rostro cuya mirada, rasgos y cabellos grises personificaban una estirpe perfecta y noble. Veo a mi madre: vestida siempre de negro, con unos pendientes antiguos como único adorno. Me veo a mí mismo: un muchachito serio y pensativo. ¡Ay, qué ganas de llorar ante tantas esperanzas nunca satisfechas! Había en nuestra vida familiar un solo punto oscuro, y era el hecho de que mi padre odiara a mi madre. O mejor dicho —me he expresado mal—, no es que la odiara, sino más bien que no la soportaba, y siempre me resultó difícil explicarme tal situación. Sin embargo, ése fue el comienzo del enigma que en la edad madura me condujo a la catástrofe interior. En efecto, ¿en qué me he convertido? En un inútil, o, para decirlo explícitamente, en un desastre moral. Por ejemplo, me comporto de la siguiente manera: mientras beso la mano de una dama babeo de tal manera que me veo obligado a sacar el pañuelo y secar la saliva, murmurando un imperceptible «perdón».

Muy pronto pude advertir que mi padre evitaba como la peste todo contacto con mi madre. Evitaba

mirarla, y llegaba al extremo de mirar hacia otro lado o contemplarse las uñas cuando hablaba con ella. ¡Nada tan triste como los ojos bajos de mi padre! A veces la miraba a hurtadillas con expresión de infinito disgusto. No lograba comprenderlo, pues yo, en cambio, no experimentaba ninguna aversión hacia mi madre. Es más, a pesar de que hubiese engordado enormemente, al grado de tropezar con todas las cosas, me gustaba que me arrullara, apoyando la cabeza sobre sus rodillas. Pero, ¿cómo entonces explicar mi existencia? ¿Cómo, pues, había yo venido al mundo? Probablemente había sido concebido bajo una especie de coacción, con los dientes cerrados, violentando los instintos. Dicho de otra manera, supongo que mi padre debió de luchar durante algún tiempo en nombre del deber conyugal contra su disgusto (de nada se vanagloriaba tanto como de su honor varonil) y que un bebé, yo, fue el fruto de ese heroísmo.

Después de ese esfuerzo sobrehumano, y casi seguramente único, su repugnancia se manifestó con fuerza explosiva. Un día sorprendí sus palabras cuando le gritaba a mi madre, retorciéndose los dedos con gestos desesperados:

—Te estás quedando calva. Dentro de poco estarás más calva que un trasero. ¿Te das acaso cuenta de lo que significa una mujer calva? ¿Lo que significa para mí? La calvicie de una mujer... una mujer con peluca... no, lo que es yo no lo soporto.

Después, tranquilizándose, añadía con voz sosegada, cargada de sufrimiento:

—Eres horrorosa. Ni siquiera adviertes cuan horrible es tu aspecto. Por otra parte, la pérdida del pelo no es sino un detalle, igual que la nariz. Puede haber detalles repelentes aun entre los arios, pero tú, tú eres enteramente horrible, eres la personificación misma de lo horrible... Si por lo menos hu-

biera un punto en tu cuerpo que careciera de rasgos horripilantes, tendría yo al menos un punto de partida, una base, y créeme, te lo juro, hubiera podido concentrar en él todos los sentimientos que prometí ante el altar. ¡Dios mío!

Todo aquello me resultaba incomprendible. ¿Por qué debía considerarse peor la calvicie de mi madre que la de mi padre? Además, sus dientes eran mucho mejores; había entre ellos un canino con una obturación de oro. ¿Y por qué mi madre no sentía repugnancia hacia él y le gustaba acariciarle (en presencia de invitados, pues eran las únicas ocasiones en que él no se rebelaba)? Mi madre era una mujer majestuosa. Aún puedo verla presidir un gran banquete o una venta de beneficencia, o rodeada de la servidumbre en su capilla privada mientras rezaba las oraciones nocturnas.

Nadie tan religioso como mi madre. No se trataba de fervor, sino de furor, una furia de ayunos, plegarias y acciones piadosas. A determinada hora todos nos presentábamos con puntualidad en la capilla, llena de crespones luctuosos, yo, el mayordomo, el cocinero, la camarera y el portero. Después de las oraciones comenzaban los sermones. «¡El pecado! ¡La vergüenza!», vociferaba mi madre con violencia, mientras su doble papada oscilaba y temblaba como la yema de un huevo. ¿Acaso no me expreso con el debido respeto por aquellas sombras queridas? Ha sido la vida la que me enseñó ese lenguaje, el lenguaje del misterio..., pero no debemos anticiparnos...

A veces mi madre nos convocaba a horas insólitas, a mí, al cocinero, al mayordomo, al portero y a la camarera.

—¡Ruega, ruega pobre hijo mío por el alma de ese monstruo que tienes por padre! ¡Rogad también

vosotros por el alma de vuestro amo que se ha vendido al diablo!

A veces, dirigidos por ella, cantábamos las letanías a eso de las cuatro o las cinco de la mañana, hasta que finalmente, vestido de frac o de smoking, aparecía mi padre con una expresión de supremo disgusto en la cara.

—¡De rodillas! —estallaba con tono amenazador mi madre, acercándose a él a tropezones y mostrándole con el brazo extendido un crucifijo.

—¡Basta! —respondía él—, ¡todos a la cama!

Era la orden de un gran señor.

—La servidumbre es mía —respondía entonces mi madre, y él salía apresuradamente, acompañado de las lamentaciones suplicantes que entonábamos ante el altar.

¿Qué significaba todo aquello, y por qué mi madre hablaba de sus «malvadas acciones»? ¿Por qué a mi madre le producían horror las acciones de mi padre en tanto que a él lo que le producía horror era ella? La inocencia de mi espíritu infantil se perdía en esos misterios.

—¡El muy vicioso! —exclamaba mi madre—. Recordad que no es posible tolerar lo que aquí está ocurriendo. Aquél que no grite a la vista del pecado ¡que se ate al cuello una piedra de molino! Nunca se podrá sentir demasiado horror, desprecio y odio ante sus vicios. ¡El juró y ahora... ahora me desprecia! ¡Juró que no iba a despreciarme! ¡Al infierno! ¡Le doy asco, pero él me produce más asco todavía! ¡Llegará el día del juicio! ¡Entonces podrá verse cuál de nosotros es mejor!... ¡El alma! ¡El alma no tiene nariz ni pierde el cabello!... Es la fe ardiente la que abre las puertas del Paraíso. Llegará el día en que tu padre, retorciéndose por los tormentos, me suplicará a mí, que estaré sentada a la diestra de Jeovah, quiero decir a la diestra de Dios

Padre, me suplicará que mueva un dedo para ayudarlo. Veremos si entonces le daré asco.

También mi padre era un hombre piadoso y frecuentaba regularmente la iglesia, aunque nunca ponía los pies en nuestra capilla privada. Lo recuerdo, impecablemente vestido, decir con aquel guiño que le era característico:

—Créeme, querida, que estás cometiendo una falta de tacto. Cuando veo ante el altar tu nariz, tus orejas, tus labios, tengo la convicción de que también Cristo se siente a disgusto. No te niego el derecho a la religión; por el contrario, desde el punto de vista religioso, una conversa es algo hermoso, pero, ¿qué quieres?, se trata de esfuerzos perdidos, la naturaleza es inflexible. Recuerda el refrán: «Dios perdonará, los hombres olvidarán, pero la nariz quedará».

Yo entre tanto crecía. De cuando en cuando mi padre me sentaba en sus rodillas y observaba detenidamente mis rasgos.

—Hasta el momento la nariz es como la mía, a Dios gracias. Pero sus ojos, y sus orejas... ¡pobre niño! (y aquí sus nobles rasgos se crispaban de dolor). Sufrirá terriblemente cuando sea consciente de ello, y no me extrañaría que se produjera en él una especie de «*progrom* interior».

¿De qué conciencia hablaba y a qué *progrom* aludía? Además, ¿de qué color tenía que ser un ratón nacido de un macho negro y una hembra blanca? ¿Tenía por fuerza que nacer manchado? O tal vez, cuando los colores contrastantes son de igual intensidad, debería nacer un ratón incoloro... Pero veo que, por impaciente, me anticipo a los acontecimientos.

Fui un buen alumno: aplicado y puntual, pero nunca gocé de la simpatía de los demás. Recuerdo la primera vez que me presenté ante el director: llegué lleno de entusiasmo, de buena voluntad, con el fervor que me era natural. El director me tomó amablemente de la barbilla. Pensaba yo que cuanto mejor me portara mayor sería el respeto de que gozaría entre los compañeros y los profesores. Pero mis buenas intenciones se estrellaban contra el muro de un invencible misterio. ¿Qué misterio? Yo no lo sabía, ni siquiera ahora lo sé por completo, yo me sentía sencillamente rodeado de un misterio hostil, aunque fascinante e impenetrable. ¿Os acordáis de aquella deliciosa y enigmática tonada?:

Uno, dos y tres, dos pan pan
no hay judío que no sea un can.
Los polacos en cambio son águilas de oro,
Uno dos y tres, ahora le toca al loro.

Cantábamos aquella estrofa a la hora del recreo. Sentía la fascinación de aquellas palabras y me encantaba declamarlas, pero no lograba explicarme el porqué de esa fascinación. Lo único que comprendía era que debía apartarme, limitándome a contemplar a los otros chicos cuando jugaban. Trataba de hacerme agradable con mis buenas maneras y con mi aplicación en el estudio, pero tanto mis buenas maneras como la aplicación no me procuraron sino una actitud hostil por parte de mis compañeros y también (lo que me parecía extraño y sobre todo injusto) por parte de los profesores.

Me acuerdo del inolvidable profesor de historia y de literatura nacional, un vejete tranquilo, bastante inofensivo, que jamás levantaba la voz.

—Señores —decía, mientras se sonaba la nariz con un enorme pañuelo de colores o se rascaba la oreja con el dedo meñique—, ¿qué otra nación ha sido Mesías de las demás naciones? ¿Qué otra, una avanzada de la Cristiandad? ¿Qué nación puede ostentar un príncipe Poniatowski? Veamos, por ejemplo, a los genios y a los precursores de la humanidad, nosotros contamos con tantos como Europa entera —y luego preguntaba de inmediato—: ¿Dante?

—Yo lo sé profesor —gritaba—. ¡Krasinski!

—¿Y Moliere?

—¡Fredro!

—¿Newton?

—¡Copérnico!

—¿Beethoven?

—¡Chopin!

—¿Bach?

—¡Moniuszko!

—¡Sacad las conclusiones! —terminaba—. Nuestra lengua es cien veces más rica que la francesa, que, sin embargo, está considerada como una lengua perfecta. ¿Cómo se expresan los franceses? *Petit, petiot*, cuando mucho, *très petit*. En cambio nosotros, ¡vaya riqueza!: pequeño, pequeñito, pequeñín, pequeñísimo, pequeñuelo, pequeñitito, y muchas otras formas más.

Yo era quien mejor y más rápidamente respondía, pero él no sentía por mí la menor simpatía. ¿Por qué? No lo sabía. Un buen día comentó, entre toses, con voz extrañamente confidencial:

—Los polacos, señores míos, han sido siempre perezosos; sin embargo la pereza es siempre compañera del genio. Los polacos han sido siempre valientes y perezosos. ¡Magnífico pueblo, el polaco!

A partir de entonces, disminuyó mi interés por el estudio. Sin embargo, ni siquiera esta nueva actitud logró valerme la simpatía del profesor de his-

tona y de nada me sirvió su preferencia por los des-
aplicados y perezosos.

Bastaba con que nos lanzara una mirada para que de pronto se hiciera el silencio en la clase.

—¡Vaya, al fin la primavera! La sangre circula más rápidamente y nos conduce hacia los prados y los bosques. Los polacos han sido siempre holgazanes y desobligados. Nunca han logrado soportar mucho tiempo un mismo lugar. Ah, sí, las suecas, las danesas, las francesas y las alemanas pierden la cabeza por nosotros, pero nosotros preferimos a las polacas. ¿No es acaso famosa en el mundo entero la belleza de la mujer polaca?

El resultado de esas incitaciones fue que me enamoré de una joven, con la que repasaba las lecciones, sentados uno al lado de la otra en el mismo banco del parque. Durante mucho tiempo no supe cómo empezar, hasta que finalmente me decidí a preguntarle:

—¿Me permite, señorita? —ella ni siquiera me respondió.

A la mañana siguiente, después de pedir consejo a mis compañeros de clase, vencí mi timidez y le di un pellizco; ella cerró los ojos y soltó una risita. Lo había logrado. Volví a casa triunfante, feliz y seguro de mí mismo, aunque extrañamente turbado por aquel modo desacostumbrado de reír y de cerrar los ojos.

—También yo —les dije a mis compañeros, reunidos en el patio de la escuela—, también yo soy un vagabundo, un perezoso, un pequeño polaco. ¡Lástima que no me hayáis visto ayer en el parque, habríais asistido a cosas inauditas! —y les conté lo sucedido.

—¡Qué cretino! —comentaron, pero por primera vez me habían escuchado con interés.

De pronto alguien gritó:

—¡Una rana!

—¿Dónde? ¡Todos tras ella!

Todos nos precipitamos tras la rana. Comenzamos a golpearla con varas hasta que murió. Me sentía emocionado y orgulloso de haber sido admitido a sus juegos más íntimos; presentía que allí daba inicio una nueva etapa de mi vida.

—También hay una golondrina —grité—. Se metió en el salón de clases y ahora no puede salir.

Atrapé la golondrina y le rompí un ala para impedir que se escapara. Estaba a punto de golpearla con un palo cuando todos se acercaron a mi alrededor, exclamando:

—¡Pobrecilla! ¡Pobre pajarito herido! Démosle unas migas remojadas en leche —y cuando advirtieron que había estado a punto de golpearla con un palo, Pawleski frunció el ceño, apretó las mandíbulas hasta que la piel pareció a punto de estallar y me asestó un violento bofetón en plena cara.

—Lo ha abofeteado —gritaron los demás—. Estás deshonrado, Czarniecki. No te dejes humillar, sé hombre y devuélvele el golpe.

—No me es posible —repuse—, puesto que soy yo el más débil. Si se lo devuelvo volverá a golpearme y seré humillado por segunda vez —en respuesta a estas palabras, todos se lanzaron contra mí y me golpearon sin ahorrar escarnios ni insultos.

¡El amor! ¡Ese desatino fascinante e incomprensible...! Un pellizco, otro más, hasta un abrazo tal vez... ¡Ah cuántas cosas se encierran en esa palabra! ¡Bah! Ahora sé perfectamente bien a qué atenerme, he descubierto el secreto parentesco que existe entre esa emoción y la guerra. También en la guerra se producen los pellizcos, los abrazos, sí, pero en aquel tiempo no era aún un fracasado, sino, por el con-

trario, me sentía lleno de entusiasmo. ¿Amaba? Puedo afirmar sin temor a exageraciones que buscaba el amor con la esperanza de destruir el muro que protegía aquel enigmático secreto... Con ardor y con fe soportaba todas las extrañezas del más extraño de los sentimientos, contando con lograr finalmente comprender de qué se trataba.

—¡Te deseo! —le decía yo en un susurro a mi adorada. Pero ella destruía mi entusiasmo con lugares comunes.

—¿Quién es usted? Usted no es nadie —decía con aire misterioso, observándome—. Usted no es sino un consentido, un pequeño niño de mamá.

¿Niño de mamá? ¿Qué horror! ¿Qué quería decir con eso? ¿También ella estaría en el secreto? Yo, poco a poco, había llegado a comprender. Había comprendido que, si bien mi padre era de raza pura, mi madre también lo era, pero en sentido contrario, en sentido judío. Ignoraba qué razones habían obligado a mi padre, un aristócrata arruinado, a casarse con mi madre, hija de un rico banquero. Pero comprendía el sentido de las miradas horrorizadas de mi padre cuando examinaba mis rasgos y comprendía las expediciones nocturnas de aquel hombre, que se marchitaba en la aborrecida convivencia con mi madre y que tendía, por razones superiores de la especie, a transmitir la propia simiente a un vientre más digno. ¿Realmente comprendía yo? No, tal vez no comprendía nada y por eso se espesaba el fascinante muro de misterio: conocía, en teoría, los principios y sin embargo no sentía la menor aversión ni por mi madre ni por mi padre... era yo, a fin de cuentas, un hijo afectuoso. Aún ahora, por desconocer la teoría, no sé de qué color es el ratón nacido de un macho negro y de una hembra blanca; supongo tan sólo que conmigo se produjo un caso excepcional, una circunstancia sin precedentes, en que

las razas hostiles de los padres, ambas igualmente poderosas, se neutralizaron a tal punto que yo nací siendo un ratón sin pigmentación. ¡Un ratón neutro! He ahí mi destino y mi secreto, he ahí por qué no he tenido fortuna, por qué no he tomado parte en nada a pesar de haber participado en todo. He ahí por qué me sentí a disgusto cuando oí la expresión «hijo de mamá», acompañada, para colmo, de un ligero movimiento de párpados, gesto que ya más de una vez me había ocasionado problemas.

—El hombre —dijo ella, entrecerrando los ojos—, el hombre debe ser valiente.

—También yo puedo ser valiente —le respondí—. ¡Ya lo creo!

Le venían a la mente los caprichos más inesperados. Me ordenaba que saltara profundas zanjas, que sostuviera pesos excesivos.

—Golpea ese abedul, pero no ahora, sino más tarde cuando el vigilante esté observando. ¡Destroza las ramas de estos arbustos! ¡Arroja al agua el sombrero de aquel señor! —yo evitaba discutir, recordando el incidente ocurrido en el patio del colegio; por otra parte, cuando trataba de comprender la razón de sus caprichos, me contestaba que ella misma las ignoraba, que ella era en sí un enigma, una fuerza elemental—. ¡Soy una esfinge! —decía—. ¡Soy el misterio...!

Cuando yo fracasaba en algo, ella se entristecía; cuando triunfaba, se ponía feliz como una muchacha y me permitía besar una de sus deliciosas orejas... como premio. Sin embargo nunca se permitió responder a mi apremiante: «¡Te deseo!».

—Algo hay en ti —me respondía, avergonzada—, ni siquiera sé lo que es, pero es algo repulsivo.

Yo sabía muy bien lo que significaban esas palabras.

Debo admitir que todo aquello era extrañamente seductor, hermoso, pero también poco satisfactorio. Sin embargo, no perdía el ánimo. Leía mucho, sobre todo poesía, y trataba de asimilar de la mejor manera el significado de mi secreto. Recuerdo un tema escolar: «El polaco y otros pueblos». Escribí: «Es inútil explicar la evidente superioridad de los polacos sobre los negros y los pueblos asiáticos; el color de la piel de estos últimos es repugnante. Pero la superioridad del polaco es igualmente indudable en lo que se refiere a otros pueblos europeos. Los alemanes son pesados, brutales, tienen los pies planos; los franceses son pequeños, mezquinos y depravados; los rusos son peludos, los italianos... *bel canto*. ¡Qué consolador resulta, pues, haber nacido polaco! Nada tiene entonces de extraño que todos nos envidien y quieran eliminarnos de la superficie terrestre. Sólo un polaco no produce repulsión».

Escribí aquel ensayo sin convicción, pero sentía que se trataba del significado profundo de mi enigmático secreto, y la ingenuidad de mis aseveraciones me producía una sensación agradable de placer.

3

El horizonte político se volvía cada vez más amenazador; mi amada, en cambio, cada vez más nerviosa. ¡Ah, las grandes y maravillosas jornadas de septiembre! Aquellos anhelos, aquella amargura, aquel incendio, aquel sentimiento de irrealidad, tenían el sabor de la menta y del musgo, como había leído en un libro. La multitud por las calles, los cantos y cortejos, la locura y la exaltación, todo enmarcado por el paso cadencioso de las tropas que se desplazaban hacia el frente. He ahí al antiguo combatiente por la Independencia... ¡lágrimas y bendi-

ciones! Allá, la movilización y los adioses entre parejas de recién casados. Más allá aún, las banderas, los discursos, el entusiasmo delirante, el himno nacional. Juramentos, sacrificios, lágrimas, manifiestos, indignación, exaltación, odio. Si los artistas son dignos de crédito, nunca fueron más hermosas las mujeres. Mi amada no me hacía caso; su mirada se volvió más sombría y más profunda, más elocuente; no tenía ojos sino para los militares. Yo me preguntaba qué debía hacer. El mundo enigmático había de pronto adoptado proporciones cósmicas y debía ser doblemente prudente.

Al igual que los demás, afirmaba tumultuosamente mi patriotismo, y hasta llegué a participar en varios juicios sumarios contra los espías. Comprendía que aquello era sólo un paliativo. Algo en la mirada de mi Jadwiga me obligó a alistarme como voluntario; fui adscrito a un regimiento de ulanos. Pronto me convencí de que había elegido el buen camino: en la sección médica, desnudo, de pie con mis documentos en la mano, delante de seis funcionarios y de dos médicos, me ordenaron levantar una pierna y comenzaron a examinar el talón; todos tenían la misma mirada escrutadora, seria, reflexiva y fríamente calculadora de Jadwiga; es más, me sorprendió que ella nunca hubiese reparado en mi talón cuando en el parque me reprochaba mi debilidad.

De pronto me vi convertido en un soldado y un ulano que cantaba junto con los demás: «Ulanos, ulanos, bellos muchachos, más de una joven correrá alegremente tras los colores de vuestras insignias». Y, en efecto, mientras atravesábamos la ciudad cantando, inclinados sobre el cuello de nuestros caballos, con lanzas y kepis, una expresión maravillosa aparecía en el rostro de las mujeres, y sentía que muchos corazones latían también por mí. No en-

tiendo por qué, ya que no había dejado de ser el conde Stefan Czarniecki, hijo de una Goldwasser, sólo que calzaba botas militares y llevaba en el cuello unas tiras de color frambuesa. Mi madre me suplicaba que no tuviera piedad ni conociera el perdón; me bendecía con una santa reliquia en presencia de toda la servidumbre; la camarera era visiblemente la más conmovida.

—¡Arrasa, quema, mata! —gritaba mi madre en su delirio—. ¡No perdones a nadie! Eres un instrumento de Jeovah, quiero decir de Dios Nuestro Señor. Eres el instrumento de la ira, del horror, del desprecio, del odio. ¡Destruye a todos los malvados que sienten repugnancia aunque en el altar hayan jurado que nunca la sentirían!

Mi padre, aquel gran patriota, lloraba en un rincón.

—Hijo mío —me dijo—, con la sangre podrás borrar la mancha de tu origen. Piensa en mí siempre antes de iniciar la batalla y ahuyenta como la peste el recuerdo de tu madre, podría serte fatal. ¡Piensa en mí y no perdones! ¡No perdones! Extermina hasta el último de aquellos bribones! ¡Haz desaparecer todas las otras razas para que sólo la mía sobreviva!

Mi amada me entregó por primera vez su boca; fue en un parque, al sonido de una orquesta de café, una noche en que los perfumes de musgo y de menta eran especialmente penetrantes; sin ninguna preparación, sin preámbulos, me ofreció su boca. ¡Qué delicia! ¡Estuve a punto de llorar! Ahora comprendo que se trataba de un pregusto a cadáveres: así como nosotros, los hombres, nos preparábamos para la carnicería, ellas, las mujeres, habían dado ya comienzo a la obra. Sin embargo, en aquella época yo no era aún un fracasado y la idea, aunque me hu-

biese venido a la mente, me habría parecido filosofía vana, así que no supe ocultar mis lágrimas de alegría.

La guerra es hermosa. Ah, perdonad, vuelvo una vez más al misterio que me angustiaba. El soldado en el frente chapotea entre fango y cadáveres; las enfermedades, la suciedad y los piojos le persiguen y, cuando un obús le destroza el vientre, sus intestinos saltan por el aire. ¡Pafff! ¿Cómo comprender el misterio? ¿Por qué el soldado es una golondrina y no una rana? ¿Por qué la profesión de soldado es tan hermosa y tan envidiada por todos? Me explico mal, no es una profesión hermosa, sino espléndida, sí, sí, espléndida es poco decir. Era precisamente la conciencia de ese esplendor lo que me proporcionaba las energías para combatir a ese abominable traidor del alma del soldado: el miedo... Y aquello me proporcionaba una extraña felicidad, como si me encontrara ya al otro lado del muro infranqueable. De cuando en cuando lograba colocar un tiro de fusil en el blanco preciso, y entonces me sentía columpiar en la sonrisa impenetrable de las mujeres, al ritmo del gallardo canto de los ulanos, y hasta sentía ganarme el afecto de mi caballo (el orgullo de todo ulano), que hasta el momento sólo me había dedicado mordiscos y coces.

4

Sin embargo, ocurrió un día un incidente que me lanzó al abismo de la depravación moral, de la que, hasta el momento, no he logrado escapar. Todo sucedía de la mejor manera posible. La guerra se había desencadenado en todo el mundo y, con ella, el secreto. Los hombres se lanzaban contra las bayonetas, odiaban, experimentaban disgusto y despre-

ció, amor y veneración. Ahí donde en otro tiempo el honrado campesino almacenaba el grano no había ahora sino escombros. ¡Yo estaba en medio de ellos! No tenía la menor duda sobre cuál fuese el camino justo a seguir; la dura disciplina militar me indicaba el camino del secreto. Corría al ataque, yacía en las trincheras entre exhalaciones de gases asfixiantes. La esperanza, consuelo de todos los imbéciles, me hacía vislumbrar ya las dichosas perspectivas del porvenir: el regreso a casa, librado de una vez por todas de la insostenible situación de ratón neutro. ¡Pero las cosas no ocurrieron de esa manera! El cañón retumbaba a lo lejos... la noche caía sobre campos roturados por los proyectiles... En el cielo se desplazaban lentamente las nubes... soplaban un viento gélido, mientras nosotros, más espléndidos que nunca, defendíamos con tesón por tercer día consecutivo una colina en cuya cima se erguía un árbol mutilado. El teniente nos había dado la orden de resistir hasta la muerte.

Fue entonces cuando cayó el obús que al explotar le cortó de tajo ambas piernas al ulano Kacperski y le destrozó los intestinos. El golpe le dejó estupefacto, no sabía lo que había ocurrido, aunque un instante después explotó en una carcajada convulsiva, también él explotó, pero de risa. Se llevó la mano al vientre ensangrentado y comenzó a estremecerse con esa risa macabra, histérica, alucinante, durante largos e interminables minutos. ¡Qué carcajadas tan contagiosas las tuyas! No podéis siquiera imaginar lo que significa semejante risa en el campo de batalla. No sé cómo pude resistir hasta el final de la guerra. Cuando volví a casa, con aquella risa aún en el oído, comprobé que todo lo que hasta entonces había sostenido mi existencia yacía hecho escombros, que nada quedaba de mis sueños de vivir una vida feliz al lado de Jadwiga y que, en el de-

sierto que se extendía ante mis ojos, no quedaba más que volverse comunista. ¿Comunista? ¿Por qué? Pero, en primer lugar, ¿qué es lo que entiendo por comunista? Ese término no implica para mí ninguna connotación ideológica exacta, ni un programa, sino más bien todo lo contrario, todo lo que contiene algo extraño, hostil, oscuro y que provoca en los individuos más serios estremecimientos de horror y les extrae salvajes gritos de repulsión.

Si tuviera que trazar un programa sería el siguiente: exijo y pretendo que todo, los padres y las madres, las razas y la fe, la virtud y las esposas, todo, absolutamente todo, sea nacionalizado y distribuido, bajo entrega rigurosa de cupones, en porciones iguales y suficientes. Exijo, y sostendré esta exigencia delante de todo el mundo, que mi madre sea cortada en pequeños trozos y que sea repartida entre quienes no son suficientemente devotos en sus oraciones; que lo mismo se haga con mi padre entre aquellos cuya raza es poco satisfactoria. Exijo, además, que todas las sonrisas, todas las gracias, todos los encantos, sean suministrados exclusivamente bajo petición expresa, y que el rechazo injustificado se castigue con la permanencia en correccionales. Ese es mi programa. ¿El método? Dos elementos principales lo constituirán: sonrisas acariciadoras y guiños. Insisto en sostener que la guerra destruyó en mí todo sentimiento humano. Insisto en establecer como principio que yo, personalmente, no he firmado la paz con nadie y que el estado de guerra sigue siendo para mí algo válido. «¡Ah, ah!», me diréis, «¡qué programa absurdo, qué método tan imbécil y poco comprensible!». Es posible que así sea. Pero, decidme, ¿es acaso *vuestro* programa más realista? ¿Son *vuestros* métodos más comprensibles? Por otra parte, no quiero obcecarme en el programa

ni en los métodos...; si elijo el término «comunismo», lo hago exclusivamente porque el «comunismo» constituye para intelectos que le son adversos un enigma totalmente incomprensible, como lo son para mí vuestras sonrisas sarcásticas y vuestros rostros brutales.

Así las cosas, señores míos, vosotros sonreís, os hacéis guiños, acariciáis las golondrinas y torturáis a las ranas, os obcecáis en determinar la forma de una nariz, estáis dispuestos siempre a odiar a alguien, y hay siempre alguien que os produce repulsión, o caéis en éxtasis por excesivo amor, y todo ello siempre con el único fin de satisfacer un enigma. ¿Qué ocurrirá cuando también yo tenga mi secreto personal y cuando obligue a todo el mundo a aceptarlo, sirviéndome de todo el patriotismo, de todo el heroísmo; de todo el espíritu de sacrificio que me fueron enseñados en el amor y en la guerra? ¿Qué ocurrirá si también yo comienzo a sonreír (aunque mi sonrisa será muy distinta) y cuando guiñe el ojo con la seguridad de un viejo soldado? Creo que fue con mi adorada Jadwiga con quien estuve más irónico. «¿No es acaso la mujer ya en sí algo misterioso?», le pregunté. (A mi regreso me recibió con efusiones extraordinarias, observó la medalla que llevaba yo en el pecho e inmediatamente nos dirigimos hacia el parque.)

—Claro que lo es —respondió—. ¿No soy yo acaso misteriosa? —añadió bajando los párpados—. ¿No soy una mujer que desencadena las pasiones, una mujer esfinge?

—También yo constituyo un misterio —le dije—. También yo dispongo de un lenguaje personal secreto, y deseo que lo adoptes. ¿Ves este sapo? Te doy mi palabra de soldado de que voy a metértelo debajo de la blusa, si inmediatamente, con toda seriedad y fijando en mí la mirada, no repites conmigo

las siguientes palabras: Cham, bam, biu, mniu, ba, bi, ba be no zar.

Fue imposible. No quiso pronunciarlas. Encontró toda clase de excusas, explicando que sería tonto e ilógico decirlas, que ella *no podía*, se puso roja como un tomate, trató de tomar todo a broma, hasta que finalmente comenzó a llorar.

—No puedo, no puedo —repetía entre sollozos—. Me da vergüenza. ¡Cómo voy a decir esas palabras tan absurdas!

Tomé entonces un sapo grande y gordo y cumplí mi palabra. Se puso como una loca. Se tiró al suelo, y el grito que lanzó se podía sólo comparar al del hombre a quien el obús le había cortado las dos piernas y reventado el vientre. Admito que la comparación y la misma broma con el sapo son de pésimo gusto, pero, señores, debéis recordar que también yo, el ratón incoloro, el ratón ni blanco ni negro, también yo, digo, soy un hecho de pésimo gusto en la opinión de mucha gente. ¿Es que para todas las personas las mismas cosas deben ser bellas y agradables? Lo que de toda esta historia me resulta agradable y misterioso, lo que tuvo el perfume de musgo y menta fue que ella enloqueció, incapaz de librarse del sapo que se agitaba bajo su blusa.

Es posible que no sea yo realmente un comunista, sino sólo un pacifista militante. Vago por el mundo, navego en medio de opiniones incomprensibles y cada vez que tropiezo con un sentimiento misterioso: sea la virtud o la familia, la fe o la patria, siento necesidad de cometer una villanía. Tal es el secreto personal que opongo al gran misterio de la existencia. ¿Qué queréis?... cuando paso junto a una pareja feliz, una madre con su niño o un anciano amable, pierdo la tranquilidad. Pero a veces el corazón se me encoge y una gran nostalgia de vo-

sotros, padre y madre queridos, se apodera de mí.
¡También de ti siento nostalgia, oh santa infancia
mía!

1926

El bailarín del abogado Kraykowsky

Deseaba asistir yo por trigésima quinta vez a la representación de *La princesa de las Czardas* y era tal mi retraso que, en vez de hacer la larga cola, me coloqué directamente frente a la taquilla.

—Querida señora, le quedaría muy agradecido si me da, como de costumbre, un billete de galería —dije, cuando de pronto sentí que alguien me sujetaba fríamente (sí, he dicho fríamente) por el cuello, y me arrastraba hasta el sitio que me correspondía, o sea, el último de la cola.

El corazón me latió enloquecidamente, la respiración se me cortó. ¿No era acaso terrible el hecho de ser arrastrado por el cuello en un lugar, para colmo, público? Pero al volver la cara vi a un individuo alto, rozagante, perfumado, con un pequeño bigote cuidadosamente recortado. Conversaba con dos damas elegantes y con otro caballero mientras observaba los billetes recién comprados.

Todo el mundo me miraba. Era necesario decir algo.

—¿Es usted a quien le debo esta gentileza? —pregunté con tono irónico y quizá hasta amenazador.

Pero como me sentía a punto de desvanecerme mi voz resultó casi imperceptible.

—¿Qué? —preguntó él, casi encima de mí.

—¿Si es a usted a quien le debo la gentileza?
—repetí, aunque nuevamente en voz muy baja.

Delante de cuarenta pares de ojos y de una gran variedad de rostros mi corazón enloquecía, mi voz se extinguía, y ya me dirigía hacia la puerta cuando en el último instante (¡y bendigo ese instante!) algo se desató dentro de mí y volví sobre mis pasos. Me coloqué en la cola, adquirí un billete y pude llegar a mi localidad a tiempo para oír las primeras notas, pero en esa ocasión mi alma no se entregó, como siempre sucedía, al espectáculo. Mientras la princesa de las Czardas cantaba haciendo sonar las castañuelas contoneándose y suspirando, mientras unos jóvenes delicados con cuellos altos y sombreros de copa desfilaban ante su brazo extendido, yo contemplaba una cabeza de cabellos rubios y engominados que aparecía intermitentemente en las primeras filas de platea, y me repetía:

—¡Ah, así es!

Después del primer acto, bajé, me apoyé ligeramente en el barandal de la escalera y esperé un poco. Después, le saludé. No respondió. Volví a saludarle con una reverencia, dejé vagar la mirada distraídamente y volví a saludarle cuando lo creí oportuno. Regresé a mi asiento de galería, tembloroso, extenuado.

Al salir del teatro me detuve en la acera. Pronto le vi aparecer. Se despedía de una de las señoras y de su marido:

—Hasta la vista, queridos. Así es que sin falta, os lo ruego, mañana a las diez de la noche en el «Polonia». Mis respetos.

Después ayudó a subir a la otra dama en un taxi. También él estaba por subir cuando me acerqué a él.

—Les ruego que me perdonen si resulto inoportuno, pero tal vez pueda usted ofrecerme asiento en

su coche por un rato. ¡Me gusta tanto viajar con comodidad!

—¡Déjeme usted en paz! —vociferó.

—Tal vez pueda usted ayudarme —le dije con toda tranquilidad al chófer—. Me gusta tan... —pero ya el automóvil estaba en marcha.

Disponía de muy poco dinero. Apenas el suficiente como para cubrir mis necesidades más imperiosas. Sin embargo, me metí de un salto en el siguiente taxi y di órdenes al chófer de que siguiera al de los otros.

—Perdone —le decía poco después al portero de un edificio marrón de cuatro pisos—, me parece haber visto al ingeniero Dziubinski. ¿No fue él quien entró hace un momento?

—¿Qué me dice? —respondió—. Hace un momento entró el abogado Kraykowski con su esposa.

Volví a casa. Esa noche no pude dormir. Mis pensamientos regresaban con obstinación a lo ocurrido en el teatro, a mis saludos reverenciales, a la partida del abogado. Me agitaba en la cama, en el insomnio provocado por la gran excitación que me impedía dormir y que, debido a esa permanente agitación, se convirtió en un verdadero ensueño con los ojos abiertos. A la mañana siguiente envié un ramo de rosas a la casa del abogado Kraykowski. Frente a su casa había un pequeño café con terraza. Pasé allí toda la mañana y, al fin, lo vi salir a eso de las tres de la tarde, elegantemente vestido de gris, con un bastón en la mano. ¡Ah, qué manera de caminar y silbar y blandir el bastón, su pequeño bastón! Pagué apresuradamente la cuenta y salí tras él. Admiraba el ligero balanceo de sus hombros, y me regocijaba de que no sospechase nada, de que todo aquel asunto fuera mío, íntimamente mío. Dejaba tras de sí una fresca fragancia masculina. Cualquier posibilidad de contacto con él parecía remota. Sin

embargo, también para eso encontré remedio. Decidí actuar de la siguiente manera: si daba vuelta a la izquierda me compraría el libro que tanto deseaba, *Aventuras*, de Jack London. Si en cambio doblaba a la derecha, no compraría nunca el libro y, aunque me lo regalasen, jamás leería una sola línea. ¡Ay, hubiera podido observar durante horas aquel punto de la nuca donde terminaba el cabello y comenzaba su blanco cuello! Dio vuelta a la izquierda. En otras circunstancias hubiera corrido de inmediato a la primera librería, pero en esa ocasión continué tras él, dominado por un sentimiento de indecible gratitud.

La presencia de una florista me dio otra idea. Sí, podía yo inmediatamente, en ese mismo sitio, celebrarlo, rendirle un homenaje directo. Tal vez él no lo advirtiera. Pero... ¿tenía eso acaso alguna importancia? Resulta aún más hermoso un homenaje en silencio. Compré un ramo de violetas y pasé corriendo junto al abogado. (Desde el momento en que penetré en su campo visual, se me hizo casi imposible caminar con paso indiferente.) Luego arrojé unas cuantas tímidas violetas a sus pies. Me encontré entonces en una situación anómala: caminaba, caminaba siempre, sin saber si me seguía, si había cambiado de ruta o si había entrado en un edificio. No tenía fuerzas para mirar atrás; nada en el mundo me habría obligado a hacerlo. Cuando al fin pude dominarme, simulé que el viento me hacía perder el sombrero; pero ya él había desaparecido.

Todo ese día viví con una única idea: a las diez de la noche en el «Polonia».

Entré tras ellos en el lujoso local y me senté en una mesa vecina. Presentía que aquello habría de costarme caro. Pero, ¿qué importancia podía tener eso? Tal vez me quedara sólo un año de vida; ¿tenía entonces algún sentido economizar? Inmediata-

mente advirtieron mi presencia; es más, las señoras, con una absoluta falta de tacto, comenzaron a murmurar. El, por el contrario, no defraudó mis esperanzas. No se dignó a prestarme la más mínima atención. Se deshacía en cortesías: inclinaciones galantes hacia las dos damas, miradas furtivas en torno suyo para contemplar a las otras mujeres. Hablaba lentamente, degustando las palabras, mientras examinaba la carta:

—Entremeses, caviar... mayonesa... pollo... pina... café... Pommard, Chablis, coñac y licores.

Yo también ordené:

—Caviar... mayonesa... pollo... pina... café, Pommard, Chablis, coñac y licores.

Aquello duró demasiado. El abogado comía en exceso, sobre todo mucho pollo, y yo tuve que hacer un gran esfuerzo. Con terror de no ser capaz de imitarlo, espiaba si él se servía una segunda ración. No hacía sino servirse y comer vorazmente, a grandes bocados, despiadadamente, bebiendo vaso tras vaso hasta que para mí aquello se convirtió en un suplicio. Jamás podré volver a probar el pollo, ni a contemplar la mayonesa, a menos que podamos ir juntos a comer al restaurante, entonces será distinto, entonces, de eso estoy seguro, podré resistirlo todo. Bebió tal cantidad de vino que la cabeza comenzó a darme vueltas. Un espejo reflejaba con toda claridad su imagen. ¡Qué gracia en sus inclinaciones! ¡Qué arte, qué habilidad en la manera de preparar los *cocktails*! ¡Qué elegancia de modales, cuando bromeaba con el palillo en la boca! Una calvicie discreta comenzaba a insinuarse en la parte posterior de la cabeza; sobre sus manos esmeradamente cuidadas brillaba un anillo con un escudo; su voz de barítono era profunda, dulce, aterciopelada. Su esposa era una nulidad, era, podría decirse, indigna de él. ¡En cambio, la mujer del doctor! Advertí de

inmediato que, cuando se dirigía a ella, su voz adquiría entonaciones más dulces y tiernas. ¡Ay, aquello estaba claro! La esposa del doctor era una mujer hecha realmente para él: delgada, serpentina, elegante, perezosamente felina, con una deliciosa arbitrariedad femenina. Cuando él pronunciaba la palabra «garras», la entonación era magnífica. Sentía uno que la amaba, que la conocía. «Garritas», «mujercita», «bombita», «chapucerito», «tigrillo», «borrachito». «¡Ja, ja, qué borracherita la que ha pescado nuestro doctor!» Y luego: «¡Hágalo por mí, se lo ruego!». Aquel «¡hágalo por mí, se lo ruego!» era tan elocuente e irresistible, tan correcto, que esas pocas palabras parecían resumir todos los triunfos. Y el abogado tenía las uñas color rosa, especialmente la del dedo meñique. Regresé a mi casa a eso de las dos de la mañana y me eché en la cama, aún vestido. Me sentía mareado, indigesto, deshecho, tenía hipo, la cabeza me estallaba, y aquellos platillos delicados me destrozaban el estómago. ¡Qué orgía! ¡Orgías, placeres! ¡Parrandas! Aquella noche en el restaurante había sido una verdadera orgía. Mi primera orgía nocturna. ¡Por él y para él!

A partir de entonces comencé a esperar todos los días en la terraza del café a que saliera el abogado para luego seguirlo. Otro seguramente no hubiera estado en condiciones de dedicar seis o siete horas diarias a tal espera. Pero yo tenía tiempo de sobra. La enfermedad (epilepsia) era mi única ocupación, y no podía decir que fuera una ocupación de tiempo completo, sino más bien algo situado al margen de la vida cotidiana. Fuera de eso, no tenía ninguna otra obligación. Era un hombre libre. No tenía, como otras personas, ni parientes, ni amigos, ni conocidos que me molestaran, ni tampoco mujeres ni bailes, excepto el baile de San Vito. Unos ingresos modestos eran más que suficientes para cubrir mis

necesidades, y todo hacía prever que mi organismo extenuado no resistiría mucho. ¿Para qué, pues, había de ahorrar? Tenía el día libre de la mañana a la noche, unas vacaciones sin tregua, tiempo ilimitado. Era yo un sultán, y las horas mis odaliscas.

—¡Oh, muerte!, ¿hasta cuándo me harás esperar?

El abogado era goloso, y me es difícil explicar cuan hermosa me parecía su gula. Todos los días, al regresar del Tribunal a casa, entraba en una pastelería y devoraba dos pastelillos de manzana... Yo le observaba a través del escaparate: primero introducía el pastelillo en la boca con gestos cautos y meticulosos, para no ensuciarse con la crema, y luego se lamía los dedos o se los limpiaba con una servilleta de papel. Después de pensar con mucho cuidado, un buen día decidí entrar en la pastelería.

—Señorita, ¿conoce usted al abogado Kraykowski? Viene aquí a comer todos los días un par de pastelillos. ¿Sí? Perfectamente. Pues bien, quiero pagar sus pastelillos con un mes de anticipación. Cuando venga, no acepte usted el dinero, sino, por favor, dígame que ya está todo pagado. No se asombre; se trata sencillamente de una apuesta que he perdido.

Al día siguiente llegó como siempre, comió sus dos pastelillos y, cuando quiso pagarlos, no le aceptaron el dinero; se enfadó y arrojó las monedas a una hucha de beneficencia. ¿Qué me importaba? Aquella formalidad carecía de importancia... podía dar todo lo que quisiera a los huérfanos, lo esencial era que había comido mis pastelillos. Basta, no quiero angustiaros con descripciones demasiado pormenorizadas. Por otra parte, ¿es posible describir algo? Un océano ilimitado de cosas comenzó a cubrirme de la mañana a la tarde, a menudo también de noche. A veces era algo feroz, como, por ejem-

pío, el día en que estuvimos sentados uno frente al otro en el tranvía. ¡Qué alegría cuando por casualidad podía prestarle algún servicio! A veces las situaciones eran risibles. ¿Risibles, dulces, feroces? Sí, a fin de cuentas nada, y, sin embargo, algo tan difícil, tan delicado, tan sagrado como la propia persona humana; nada puede igualar al ávido poder de esos elementos misteriosos que, sin grandeza y sin objeto, nacen entre desconocidos para unirlos con cadenas terribles. Imaginad al abogado al salir del excusado y buscar una moneda de quince groczys para dejar la propina, y encontrarse con que ya ha sido pagado el servicio. ¿Qué podría sentir él en esos momentos? Imaginad que a cada paso que da tropieza con señales de adoración, de obediencia, de respeto, muestras de fidelidad y de un sentimiento férreo del deber, signos que denotan una pasión. Pero volvamos a la esposa del doctor. Su conducta me torturaba. ¿Podría ser tan insensible? Los avances del abogado parecían no surtir ningún efecto, ni sus *cocktails* y palillos en el «Polonia» parecían hacer en ella la menor impresión. Era evidente que lo rechazaba. Un día lo vi salir furioso de casa de ella, con la corbata desarreglada... ¡Qué mujer! ¿Qué hacer, cómo convencerla, cómo persuadirla de que comprendiera pronto y profundamente, como lo había hecho yo, lo que el abogado sentía por ella? Después de algunas dudas y titubeos decidí que lo mejor sería escribirle una carta anónima.

«Señora:

»¿Cómo puede usted hacerlo? Su comportamiento es. incomprensible. No, señora, no debe usted comportarse de esa manera. ¿Será insensible a sus modales, a sus gestos, a las inflexiones de su voz, a su perfume? ¿No es capaz de reparar en esa perfección? ¿Qué clase de mujer es usted? Yo, en su

lugar, sabría ya cuáles son mis obligaciones si él se dignara a señalar con su dedo meñique mi pequeño, miserable y deforme cuerpecito femenino.»

Pocos días después, el abogado Kraykowski se detuvo (estábamos en una calle desierta), se volvió hacia mí y se me acercó con el bastón en la mano. No tenía derecho a dar marcha atrás, así que continué mi camino, aunque una extraña sensación de desvanecimiento se apoderó de mí cuando él me agarró por la solapa y me sacudió violentamente mientras golpeaba el suelo, iracundo, con su bastón.

—¿Qué significan esos estúpidos anónimos? —exclamó—. ¿Qué es lo que pretende? ¿Por qué me sigue a todas partes? ¿De qué diablos se trata? Voy a romperle el cuello a bastonazos.

No podía yo hablar. Me sentía feliz. Aceptaba todo aquello como si fuera la santa comunión, con los ojos cerrados. Me arrodillé en silencio, ofreciéndole la espalda. En la espera de los golpes viví momentos hermosísimos, como sólo pueden disfrutar aquellos que saben que pronto van a morir. Cuando me levanté, lo vi alejarse velozmente, golpeando el suelo nerviosamente con el bastón. Regresé por las calles desiertas, con el corazón colmado de un sentimiento de gracia y de bendición divinas. Sin embargo, pensaba que aquello había sido demasiado poco, que aún no bastaba, que era necesario más, mucho más.

A la gratitud se unió entonces el remordimiento. Era evidente que ella había considerado mi carta como una broma estúpida y se la había mostrado al abogado. En vez de ayudarle, había empeorado la situación, y todo por haber sido demasiado conformista, demasiado perezoso, porque me había esforzado poco, por mi poca seriedad, mi poca respetabilidad, no había tenido ningún poder persuasivo.

Escribí:

«Señora:

»Con el propósito de hacerle comprender, de tocar su conciencia, declaro que a partir de hoy me infligiré toda clase de penitencias (ayunos, etc.) hasta que ocurra aquello. ¡Qué desvergüenza la suya! ¡Qué palabras debería usar para explicarle que se trata de una necesidad, de un deber que hay que cumplir! ¡Cuánto se propone usted que dure la espera? ¡Qué significa esa obstinación? ¡Por qué tanto orgullo?»

Y a la mañana siguiente, al acordarme de un detalle importante, añadí: «Perfumes: sólo Violette. A él le gusta».

A partir de entonces, el abogado dejó de visitar a la esposa del doctor. Yo me desesperaba, pasaba las noches en blanco. No, no soy ningún ingenuo. Comprendía muchas cosas, aunque nadie pudiera suponerlo... Me doy perfecta cuenta de la impresión que podía provocar una carta como la mía en una mujer de mundo, y no de sacristía, como era la esposa del doctor. En los momentos de mayor emoción puedo reír con sorna, aunque eso de nada sirva. ¿Disminuía por ello la intensidad de mi indignación? ¿O era acaso menos verdadero mi respeto al abogado? Nada de eso. ¿Qué hay de más esencial? ¿La salud, la vida? Pues bien, juro que con la misma sonrisa de sorna en la cara yo habría ofrendado mi vida y mi salud para que ella... Oh, en fin, para que ella le satisficiera. ¿Tendría aquella mujer escrúpulos morales? Pero... ¿qué podía significar la estúpida moral ante la figura del abogado Kraykowski? Decidí tranquilizarla a ese respecto.

«¡Debe hacerlo! ¡El doctor... semejante nulidad... no existe!»

Pero en su caso no se trataba de moral, sino de simple orgullo, o, peor aún, de vulgar orgullo, o de

absurdos caprichos de mujer carente de comprensión ante los problemas fundamentales y sagrados de la vida. Pasaba yo una y otra vez bajo sus ventanas, preguntándome qué podía suceder tras aquellas cortinas (se levantaba muy tarde), en qué estado de ánimo se encontraría. Las mujeres son verdaderamente seres muy superficiales. Trataba de recurrir al magnetismo: «¡Debes hacerlo! ¡Debes hacerlo!», repetía sin cesar con la mirada fija en la ventana, «hoy, esta noche, esta misma noche, si tu marido se ausenta». De pronto recordé que el abogado había tenido intención de golpearme y que, si aún no lo había hecho, podía ser por falta de tiempo. Abandoné todo y me dirigí apresuradamente al edificio de Tribunales, sabiendo que estaría a punto de salir. Y, efectivamente, pocos minutos después, lo vi aparecer en compañía de otros dos caballeros. Me acerqué y sin decir palabra me arrodillé, ofreciendo la espalda a los golpes de su bastón.

Sentí sobre mí el estupor de aquellos dos señores, pero no me preocupé; en lo que a mí se refiere hubiese podido soportar el estupor de la humanidad entera. Cerré los ojos, tendí los brazos y esperé con confianza... pero no recibí un solo golpe. Balbuceé, hacia los adoquines de la acera:

—¿Tal vez ahora? Ahora, ahora...

—Es un pobre idiota —su voz melodiosa se extendió sobre mí—. Lo siento mucho. ¿Cómo pudo haberseme olvidado? Tengo una cita urgente. Ya continuaremos la charla una próxima vez. Hasta la vista, señores. Toma estos centavos, pobre hombre. ¡Hasta la vista!

Y se precipitó de prisa hacia un taxi. ¡Ah, los taxis! Uno de aquellos señores quiso darme una moneda, pero yo no se lo permití.

—No soy ni un mendigo ni un idiota. Tengo dig-

nidad y sólo acepto limosna de manos del abogado Kraykowski.

Emprendí un plan de hipnosis, de presión constante y sistemática, recurriendo a mil hechos pequeños, a indicaciones simbólicas, las que, sin penetrar hasta la conciencia, crearían un estado de necesidad subconsciente. En la pared del edificio de aquella mujer dibujé una gigantesca K y una flecha. No voy a hablar aquí de todas las invenciones, de todos los trucos y las intrigas más o menos hábiles de que eché mano, basta saber que rodeé a la esposa del doctor con una red de extraños acontecimientos. El empleado de la casa de modas se dirigía a ella, aparentemente por error, tratándola de esposa del abogado. El portero, encontrado por azar en la escalera, decía que el juez Krajewski preguntaba si le habían devuelto su sombrero. Krajewski = Kraykowski; juez = abogado; era necesario tomar precauciones; gota tras gota se perfora la roca. No se sabía por qué clase de magia al entrar en casa se veía rodeada del aroma de agua de lavanda y del jabón de violetas usado por el abogado. Otra historia: en plena noche sonaba el teléfono; ella corría, descolgaba el auricular, y una voz desconocida e imperiosa le ordenaba:

—¡Hágalo!

Y luego nada, silencio.

Sin embargo, poco a poco fui perdiendo la esperanza. El abogado no volvió a visitarla y todos mis esfuerzos parecían caer en el vacío. Vislumbraba el momento de la capitulación definitiva, y lo temía. Temía no ser capaz de aceptar la derrota. Ver al abogado ultrajado en aquel terreno era algo que yo no podía tolerar, aunque a él pareciera no importarle. Para mí seguiría siendo un ultraje, una injusticia, una infamia definitiva. Sí, señores, ésa es la

palabra, definitiva. Sin poder creerlo, temblaba aterrorizado ante la inevitabilidad e inminencia del fin.

¡Lo que son las cosas! La verdad es que la buena suerte existe. ¡Ah, cuan hábiles habían sido! Y, si he de decir la verdad, debo decir que le guardo un poco de rencor al abogado Kraykowski. ¿Había, acaso, necesidad de esconderse tanto? ¿No se daba cuenta de lo que yo estaba sufriendo? ¿Se trataba de una mera coincidencia? Pero, ¿qué coincidencia es realmente una coincidencia? Fue una corazonada. Una noche regresaba a mi casa, cuando algo me dijo que debía entrar en el parque. Debía acostarme temprano porque a la mañana siguiente, al amanecer, tenía que aparecer junto a la puerta del abogado una placa dorada con la inscripción ABOGADO KRAYKOWSKI, pero una voz interior me ordenaba: ¡Al parque! Entré, y en el fondo, más allá del lado, vi... ¡ja, ja!... vi el ala amplia del sombrero de ella y su bombín. ¡Ah, qué par de perversos, bribones y tramposos! Mientras yo sufría, ellos se daban cita allí, a mis espaldas. ¡Con qué astucia habían organizado aquellas citas! ¡Quién podría saber cuántos taxis empleaban para realizarlas! Caminaron por un sendero lateral y al fin se sentaron en un banco. Yo me oculté detrás de los arbustos. No esperaba nada, no pensaba en nada, tendido bajo una enramada contaba rápidamente las hojas, sin reflexionar en lo que hacía, como si no existiera.

De pronto el abogado la abrazó, la atrajo hacia sí y murmuró:

—Aquí... en medio de la naturaleza. ¿Lo oyes? Un ruiseñor. Ahora, aquí, cantan las aves... Acompañémoslo, al ritmo de su canto, te lo ruego.

Y luego, ah, aquello fue cósmico, y yo no pude resistir más, me pareció como si todas las fuerzas del Universo explotaran dentro de mí, en una locura sagrada, fue como si una columna me hubiera tras-

pasado, como si una corriente eléctrica se descargara terriblemente en mi interior. Me levanté y comencé a gritar con una voz que podía oírse en todo el parque:

—¡El abogado Kraykowski se la está...! ¡El abogado Kraykowski se la está...! ¡El abogado Kraykowski se la está...!

Alarma general. Unos corrían, otros se asomaban, la gente surgió de todas partes, y yo sentí una primera sacudida, una segunda, una tercera, las piernas me temblaron y comencé a bailar como nunca antes lo había hecho, con la espuma en los labios, sollozando en medio de las convulsiones. Fue una danza orgiástica. No recuerdo nada más. Desperté en el hospital.

Me siento cada vez peor. Los acontecimientos de los últimos tiempos me han vencido. El abogado Kraykowski sale mañana, ocultándose de mí (aunque yo lo sé) para una pequeña localidad al Este de los Cárpatos. Quiere buscar refugio en las montañas durante unas semanas, con la esperanza de que yo lo olvide. ¡Debo seguirle! ¡Sí, seguirle! ¡Seguir a todas partes a ese hombre que es mi estrella! No sé si volveré vivo de ese viaje, las emociones pueden resultarme excesivas.

Me arriesgo a morir en medio de la calle, al pie de un muro. Si eso ocurre (es necesario que prepare un documento), quiero que mi cadáver le sea remitido al abogado Kraykowski.

1926